
HISTORIA DE ANTIOQUIA

ROBERTO CADAVID MISAS

ARGOS

©Dirección de Cultura de Antioquia, 1996

©Estela Cecilia Mendoza de Cadavid

NOTA DEL EDITOR

Entre los años 1985-1989, Argos -Roberto Cadavid Misas- publicó cada domingo (con algunas interrupciones) en las páginas del periódico El Colombiano su columna Historia de Antioquia.

Al reproducirlas en el presente volumen de la Colección

Autores Antioqueños se rinde homenaje a quien, como Argos, supo conjugar sus intenciones pedagógicas con el gusto por el conocimiento, en un modo de decir gracioso, sencillo, lleno de alusiones al habla popular y de referencias a personajes y situaciones de actualidad e interés nacional.

Esta edición conserva la estructura de las «charlas» tal y como fueron publicadas en El Colombiano, pero las ha agrupado en capítulos para conservar así la unidad temática del texto y la fluidez del relato histórico. Del mismo modo da en notas de pie de páginas algunos datos sobre acontecimientos contemporáneos.

Con respecto a ciertas incorrecciones gramaticales, se optó por respetarlas para conservar el tono familiar y coloquial de la narración, que en últimas define el carácter humorístico de la misma. Aparecen entonces sin corregir palabras como «pal», «entablarsen», «acuérdesen», «bareque», entre otras.

La Historia de Antioquia ofrece asimismo la ocasión para rendir un homenaje al caricaturista Luis Fernando Vélez Ferrer -Velezefe- reconocido por su agudeza y el comentario certero de sus cuadros.

Sólo alcanzó Velezefe a ilustrar las primeras cincuenta charlas de la Historia de Argos, y aunque su labor fue continuada por diferentes dibujantes del medio periodístico, hemos optado por dejar el espacio privilegiado de la caricatura sólo a la expresividad de su mirada, a la firmeza de su mano.

PRÓLOGO

Por inmerecido honor otorgado por la Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia y la familia de Roberto Cadavid Misas (ARGOS), atiendo el encargo de prologar la edición de la Historia de Antioquia para la colección Autores Antioqueños.

Considero útil y oportuna esta publicación, tanto por la calidad de la obra como por la necesidad de divulgar el estudio de nuestra historia, en forma accesible y atractiva para el público en general.

Cierto es que existen documentos extensos, bien escritos y confiables, como la importante obra de Francisco Duque Betancur, que fue premiada en el concurso abierto por la Asamblea, con ocasión de celebrarse el sesquicentenario de la proclamación de la Independencia absoluta en el Departamento, atendiendo la Ordenanza 6 de 1961, y a la cual se refiere ARGOS frecuentemente, citándola, lo mismo que a otros documentos históricos que complementan aquella obra.

No entiendo que el encargo del prologuista llegue hasta la misión de calificar estos documentos, ni siquiera el valor científico del relato de ARGOS, todos muy respetables, pero susceptibles siempre de alguna rectificación, como pidió el profesor Nicolás Gaviria en su informe sobre el extenso libro de Duque, que resultó de 1.035 páginas. El mismo Duque incluye una lista de erratas que los lectores deben tener en cuenta.

Evidentemente, sin sacrificar algún valor, la Historia de Argos es más completa que la de Duque, porque aporta muchas referencias nuevas. Sin embargo, el suscrito fue olvidado en la Charla del 26 de febrero de 1989, que figura ahora en la edición del libro en el capítulo LXIV: «Gobernadores 1932-1952», cuando olvidó decir que en 1935 renunció el gobernador Aurelio Mejía y lo reemplazó Jesús Echeverri Duque, quien me envió en la terna de candidatos para Director de Educación Pública a la Presidencia, porque tanto la Educación como la Higiene dependían de nombramientos nacionales. Así fue como me correspondió cumplir una Ordenanza de 1935 para crear, por primera vez, el Bachillerato femenino y abrir las puertas de las Universidades a la mujer, lo que considero el máximo honor en mi vida. Igualmente pude obtener la creación de lo que hoy es el Instituto Tecnológico Pascual Bravo, en su iniciación, en 1936, como una Escuela de Artes y Oficios anexa al Liceo de la Universidad de Antioquia.

Sin duda, como lo reconoció la Academia de la Lengua, Argos prestó a nuestro idioma español valiosos servicios, y la vigilancia cotidiana de lo que se publicaba en los periódicos, con su amenazadora «gazapera», purificó el estilo y acostumbró al buen uso de los términos y giros gramaticales a los colaboradores. El

Vigilante de los cien ojos, «el que todo lo ve» o Panoptes, el otro nombre con que la Mitología llamaba a Argos, mencionado por Homero. Con la muerte de Roberto ha sido necesario establecer en los periódicos columnas de comentaristas y correctores del lenguaje, porque se impuso esta disciplina para satisfacer las exigencias de los propios lectores, ya habituados a sentirse protegidos del mal empleo de la lengua.

Recuerdo, cuando publiqué mi libro sobre el El Misterio del Tiempo, que Roberto fue desde Buga, donde vivía, a visitarme para que en otra edición cambiara la fea palabra «Reversar», que yo había usado al estudiar los fenómenos temporales, porque esto significaba, según el Diccionario de la Academia, «vomitar lo que se tiene en el estómago, revesar», mientras yo quería explicar a mis pacientes lectores que no se puede hacer retroceder el tiempo como se hace con el automóvil. Entiendo que los académicos ya tienen automóvil y aceptan en las nuevas ediciones de su Diccionario aquel feo término.

Esto al menos sirvió para renovar una vieja amistad desde la Escuela de Minas, donde yo era profesor y él un aplicado discípulo.

Roberto fue un excelente profesional de la Ingeniería: al principio como administrador de empresas, más tarde en estudios de planes hidroeléctricos y en trabajos de alta agrimensura en el Valle del Cauca. Además, políglota notable; me dijo que había hecho un arreglo con un sacerdote: enseñarle inglés, a cambio de latín y griego.

Fueron muchos los encuentros con Jorge Franco Vélez, en la madrugada, en tertulias «antialcohólicas», puesto que ellos dos se habían comprometido en esa lucha, a la cual colaboré con mi prólogo de Hildebrando, famoso relato de Franco, que se volvió «best-seller».

No quiero fatigar al lector, porque este prólogo sólo tenía por objeto dar testimonio de la fidelidad de la obra que hoy comento y la seguridad de que recibirá muchas enseñanzas de nuestra ilustre Historia de Antioquia para que no permita, con su voto, divisiones amenazantes del territorio. Por ejemplo, como puede leerse en las páginas de Argos, Urabá es el origen de este Departamento y ahora rompiendo una tradición que se remonta a la llegada de los descubridores se le quiere cercenar; como enseña Argos: «El primero que conoció tierras de Antioquia, por Urabá, fue Rodrigo de Bastidas, el que después fundó a Santa Marta. Él se vino bordeando la costa, desde el Cabo de la Vela hasta el golfo, por allá por 1501. Así pues que apenas hacía nueve años que Cristóbal Colón nos había descubierto». De igual forma, otros movimientos intentan segregarse a la región de Puerto Berrío para formar un Departamento del Magdalena Medio, olvidando aquella historia del Ferrocarril, donde se dice que debajo de cada carril blanquea un hueso de los trabajadores que cayeron, víctimas del paludismo. Apátridas son también los que sueñan unir el Suroeste cafetero con Risaralda o Caldas y hay quienes preferirían que el Bajo Cauca se uniera al Sinú.

La Historia de Antioquia debe ser el aglutinante que nos mantenga unidos a una tradición honrosa, como mantienen a los hebreos dispersos en el mundo sus libros sagrados.

JOAQUÍN VALLEJO ARBELÁEZ

PRESENTACIÓN

Amigas y amigos: aquí estoy a su mandar, pa empezar a cumplir el encargo que me hicieron de contarles a ustedes lo que yo sepa de la historia de Antioquia.

Primero que todo, me les presento. Yo me llamo Feliciano Ríos, y

soy el mismo zapatero remendón que le contó a Rafael Arango Villegas, ese señor tan gracioso de Manizales, la historia de Adán y Eva en el paraíso. Últimamente he estado dando unos cursillos (¡valiente palabra tan fea!) en Bogotá, uno de Mitología y otros de Historia Sagrada y de Historia Patria. Esos tales cursillos los ha venido sacando Argos, que es mi amigo y mi secretario, en uno de los periódicos de allá. Algunos de ustedes que los hayan leído se habrán dado cuenta que yo no soy un sabio, ni mucho menos, porque no paso de ser un remendón, que no hice sinó hasta cuarto de primaria en una escuela de pueblo. Pero, eso sí, toda la vida no he hecho otra cosa que leer cuanto papel se me atraviesa... Mentiras: cuanto papel no: obras escogidas, porque me gusta es ilustrarme; y como tengo buena memoria, y dicen que buena labia, es mucho lo que me buscan pa que cuente cosas, por eso me tienen ustedes aquí. Eso sí: pueden estar seguros de que no voy a inventar nada; todo es sacado de los libros; puede que no lo cuente con un hablado muy fino que digamos, pero les pido que no le echen la culpa al pobre Argos de lo que él llama gazapos que se me zafen, porque son míos, y él no hace más que escribir lo que voy diciendo.

También les advierto que, como ya en la Historia Patria conté muchas cosas que también son de Antioquia, los amigos que ya las leyeron, perdonen, pero no me queda de otra que repetirla pa los que no la conocen.

Una buena noticia que les voy a dar es que Velezefe, el compañero de Argos, se ofreció pa hacerle un dibujo a cada charla de éstas, pa que salga bien chévere en el periódico.

Y al grano, dijo el marrano... ¿Grano? ¡Qué cuento de grano! Ya se acabó el campo que me dieron, hablando paja, y ni siquiera alcancé a empezar.

Hasta el domingo, pues muchachas y muchachos.

I

OJEDA, NICUESA

Voy a comenzar por el principio, salteándome lo más aburridor.

El primero que conoció tierra de Antioquia, por Urabá, fue Rodrigo de Bastidas, el que después fundó a Santa Marta. Él se vino bordeando la costa, desde el cabo de la Vela hasta el golfo,

por allá por 1501. Así, pues, que apenas hacía 9 años que Cristóbal Colón nos había descubierto.

De compañero de Bastidas vino también Juan de la Cosa, que era un navegante tan entendido que lo llamaban El Oráculo de los Mares. Él fue el que hizo el primer mapa de esas costas. No crean que les voy a contar que Bastidas había hecho la misma gracia de Colón: haber traído a Juan de la Cosa... ¡Ah cuento viejo y malo, pero qué dolor! En todo caso, ya se los conté. Perdonen.

Ya estábamos, pues, descubiertos, pero nada que se movían los españoles a fundar pueblos ni a entablarse en lo que llamaban Tierra Firme, que es lo que hoy es Centroamérica y Suramérica. No, señor: ellos se la pasaban en Santo Domingo, que era la capital de la isla que llamaban la Española, y allá era donde estaba la gobernación de todo lo que iban descubriendo.

Y así fueron pasando los años, cuando por allá en 1509 se le acerca Juan de la Cosa a Ojeda, que en ese tiempo vivía en Santo Domingo...

Pero, un momentico, que se me olvidaba que todavía no les había contado quién era ese tal Alonso de Ojeda. Era un cliente de esos que llaman de buena familia, y muy avisado y muy hábil pa toda clase de juegos; pero no de tahurería sino de deportes, y pal manejo de armas. Ese como que dominaría las 33 paradas del machete. Cuando todavía estaba muchacho, como de unos 30 años, ya había estado por estos lados, cuando el segundo viaje de Cristóbal Colón, y como que le quedó gustando esto, pues cuando volvió a España consiguió que unos amigos ricos le parapetaran dos barcos pa venir a rebuscarse por aquí. En ese

viaje -que fue antes del de Bastidas- vino también Juan de la Cosa, y llegó a Venezuela y descubrió toda esa costa hasta el cabo de la Vela, en la Guajira. Que le puso ese nombre cuando vio asomar una punta de tierra blanca, hágasen de cuenta una vela de barco. No crean que era porque se pareciera a un cabo de vela en un candelero.

Pasaron los años, como les dije, y en Santo Domingo se volvieron a topar Ojeda y Juan de la Cosa. Ojeda, en ese tiempo, estaba en la olla, pero eructando pollo, y le dice Juan de la Cosa:

-Hombre, Alonso: vos que tenés tan buenas palancas en España, ¿por qué no pedís que te den pa gobernar una parte de Tierra Firme, a ver si así algún día levantamos cabeza?

Pues la propuesta le sonó a Ojeda, que mandó al mismo Juan de la Cosa pa España a echar el cuento pa que le dieran esa gobernación. Y fue tanta la labia que gastó el amigo Juan de la Cosa, que le dieron a Ojeda lo que pedía.

Pero da la casualidad que por ese mismo tiempo estaba intrigando lo mismo en la Corte otro cliente que también tenía allá muy buena rosca: Diego de Nicuesa. Era también bajito como Ojeda, y muy por el estilo de él: ducho en el manejo de armas y buen chalán. Y hasta buen guitarrista como que era.

¿Y qué pasó? Pues que el Rey, cuando se vio en el parangón de darles mando a los dos, y con ganas de que fuera ligero, porque a él le convenía que esta tierra empezara a producir, resolvió hacer lo de Salomón: repartírsela a los dos. A Ojeda le dio pa que mandara desde el cabo de la Vela hasta el golfo de Urabá, y a eso le dieron el nombre de Nueva Andalucía; y a Nicuesa, lo que llamaron Castilla del Oro, que iba desde Urabá, pal lado de Panamá, hasta el cabo de Gracias a Dios.

Y gracias a Dios que ya por hoy acabamos.

* * *

Tenemos ya, pues, a Ojeda y a Nicuesa en Santo Domingo, alistándose pa venir a encargarse de la gobernación que le habían dado a cada uno en Tierra Firme. Nicuesa estaba bien equipado de buques y gente y armas y herramientas y todo lo que se necesita

pa empezar una colonización. El pobre Ojeda, que estaba en los rines, resolvió amanguarse con un tal Martín Fernández de Enciso -que le decían Enciso nada más, así como a Gonzalo Jiménez de Quesada le decían Quesada. En ese tiempo los llamaban por el apellido que mejor sonara...- ¿En qué iba? ¡Ah, sí! En que Ojeda hizo compañía por partes iguales con Enciso, que era un abogado y notario allá en Santo Domingo y tenía platica. Hicieron este arreglo: que Ojeda salía pa su colonización y Enciso se quedaba en Santo Domingo consiguiendo más provisiones y más gente, pa salir después a juntársele donde lo encontrara.

Dejemos pues a Nicuesa preparando también su viaje, y lo mismo a Enciso, los dos en Santo Domingo, y vámonos con Ojeda. Éste llevaba de compañero a Juan de la Cosa, y también iba ahí Francisco Pizarro, que en ese tiempo todavía no era nadie, pero que después fue el que conquistó el Perú. Esto era en noviembre de 1509.

A los cinco días de salidos llegaron al punto donde después fundaron a Cartagena, y Ojeda dio orden de desembarcar. Pero Juan de la Cosa le aconsejó:

-Hombre, no hagás tal. Estos indios de por aquí son muy bravos. Yo ya conozco la movida. Echemos más bien pal lado de Urabá, que los de allá son más mansitos.

Pero Ojeda no le quiso hacer caso: que él no le tenía miedo a unos infelices indios en pelota, que no tenían más que flechas pa medírsele a las armas de pólvora de él. Que respetaran...

Y desembarcaron en lo que se llamaba Calamarí, que es donde está hoy Cartagena, y los indios, todos cabreados, se fueron acercando a ver qué era la cosa, y Ojeda se les paró al frente con su batallón y le dijo a uno de los frailes que venían con él que se parara encima de una piedra pa que les leyera el Manifiesto. El tal Manifiesto era un papel que les habían mandado de España a todos los conquistadores pa que se lo leyeran a los indios que fueran descubriendo. Era una pastoral muy larga en que les decían a los indios que tenían que creer en Nuestro Señor Jesucristo, y que el Papa era el que mandaba aquí en la tierra, y que uno de esos papas le había dado al Rey de España la tierra donde ellos estaban, y por eso tenían que volversen católicos, apostólicos y romanos y obedecer todo lo que el Rey mandara. Y oigan cómo acababa, más o menos:

«Si no lo hiciéredes, vos faré guerra y vos sujetaré al yugo de la Iglesia y de Su Majestad, y tomaré vuestras mujeres e hijos y los haré esclavos y vos haré todos los males que pudiere».

En fin, «acabaré hasta con los indios de vuestras perras». (Esto último es invento mío, porque los indios no conocían perros).

Apenas acabó el cura de leer el Manifiesto empezó Ojeda a hacerles carantoñas a los indios y a ofrecerles espejitos y chaquiras, como pa comprárselos; pero los indios que ya conocían el almendrón porque ya les había tocado entenderse con los españoles, y que tampoco habían entendido ni mu del Manifiesto, contestan con una andanada de flechas que daba miedo. Hasta las indias disparaban. Pero como los de Ojeda tenían armas de pólvora, dicen también a echar candela y eso se volvió la hora llegada, hasta que los indios tuvieron que coger el monte.

Entonces los españoles, que se creían ya sin peligro, se regaron por todos esos ranchos a requisarlos y a echarle mano a lo que topaban que valiera la pena, y cuando los indios los vieron desperdigados, se volvieron a juntar y se les dejaron venir en cargamontón, y esta vez sí les fue a los españoles como a los

perros en misa. Esa fue mucha matazón. Cómo sería, que hasta el pobre Juan de la Cosa cayó muet-to a punta de flechas. Y eso por no haberle hecho caso el Ojeda.

Éste sí logró salvarse de milagro, huyendo por entre unos matorrales hasta que llegó adonde estaban los barcos. Gracias dio a llegar con vida. El domingo será que sigue pa Urabá, a fundar a San Sebastián, ya en tierra antioqueña.

II

SAN SEBASTIÁN DE URABÁ

Íbamos en que, después de esa matazón que les hicieron los indios de Turbaco a los españoles, logró volárseles Ojeda rompiendo chiribitales, y llegó hasta el mar, adonde habían quedado algunos en los barcos.

En esas fue apareciendo la expedición de Nicuesa, que venía

ya en busca de su gobernación de Castilla del Oro. Pues ese Nicuesa se manejó bien en ese tiro porque se le puso a la orden a Ojeda, y entre los dos volvieron a entrar donde los turbacos y acabaron con ellos. Les quemaron los ranchos, y los indios más bien se dejaban quemar adentro que salir. No dejaron titere con cabeza los amigos españoles.

De a'í siguió Nicuesa a fundar su gobernación, que acuérdesen que le tocaba del golfo de Urabá pa allá, pal lado de Panamá. Ojeda sí no quiso saber más de esa costa de los lados de Cartagena, porque le había quedado sabiendo a cacho, y echó pa adelante, hasta que llegó adonde empieza el golfo.

Ahora, como una de las condiciones que les había puesto el rey pa darles las gobernaciones era que cada uno tenía que hacer dos fortalezas, él escogió pa hacer la primera de las que le tocaban a él, un morrito como muy aparente, donde desemboca el río Damaquiel, entre Arboletes y Necoclí. ¿Alguno de ustedes conoce por allá? Yo no he ido sinó hasta Necoclí.

Pues a'í desembarcó y construyó su fuerte, que sería cualquier corral de talanqueras de guadua, y armó 30 ranchos de bareque con techo de paja. Pero no se rían, porque sepan y entiendan que ese fue el primer pueblo que se fundó en Tierra Firme. Como quien dice, en Suramérica, o, mejor dicho, en el continente americano. Y fue en tierra de lo que hoy es Antioquia. Según eso, Ojeda fue el primer gobernador que

tuvimos, aunque no hubiera sido sino en ese bordito. A ese pueblo lo bautizó San Sebastián de Urabá, ese santo que mataron a punto de flecha, dizque pa que los defendiera de las de los indios.

Esto fue en 1510; pero no les voy a dar muchas fechas: apenas las de las cosas más importantes.

Al principio la pasaron más o menos bien los españoles, gastándose el bastimento que habían traído en los barcos, y lo que lograban rebuscarse por a'í cazando y pescando; pero ligero, ligero se les fueron agotando las provisiones y empezó a ponerseles el dulce a mordiscos, porque los indios de esos lados también resultaron malcriados, y no los dejaban sembrar nada, ni siquiera cazar ni pescar. Los tenían acorralados.

Pero una vez oyó contar Ojeda de un cacique dizque muy rico que vivía no lejos de a'í, que se llamaba Tirufí -casi Tirofijo* - y resolvió salir con unos soldados bien escogidos a ver qué lograba levantar con él, aunque fuera a la brava; pero le supo a leche de perra, porque el indio le resultó respondón y flechero.

Entonces resolvió mandar uno de los barcos pa Santo Domingo -que también le decían La Española- con una carta pa Enciso -que también le decían el Bachiller- preguntándole que qué era la demora, que se moviera con gente y provisiones. Y pa animarlo, le mandó un poquito del oro que había cogido, y unos indios presos.

Pero pasaban las semanas y nada que aparecía el tal Bachiller Enciso, y mientras tanto los indios no los dejaban tener vida en San Sebastián, y en uno de esos ataques le clavaron a Ojeda una flecha envenenada en una pierna, y qué tan macho sería que mandó calentar al rojo vivo una espada y que se la zamparan en la herida. Y ni siquiera se frunció. Y se salvó.

Y siguieron aguantando hambre y pasando trabajos, hasta que un día alcanzaron a divisar un barquito que venía de por allá lejos, y se les abrió tamaño corazón, creyendo que era el Bachiller Enciso; pero, mentiras, que resultó ser un tal Bernardino de Talavera, que era un pirata muy mala ficha que andaba por esos mares haciendo de las suyas con una parranda de fugados de la cárcel. Pero siempre les sirvió mucho, porque les cambió bastimentos por oro.

Y viendo Ojeda que Enciso no daba señales de vida resolvió alzar vuelo con esos piratas a traer recursos. Les dijo a los que quedaban que no se confundieran; que él iba y no se demoraba; que si dentro de 50 días no había vuelto, que arrancaran ellos también pa Santo Domingo como mi Dios les ayudara. Que como reemplazo de él les dejaba a Pizarro. Éste era el mismo Francisco Pizarro que más tarde conquistó el Perú.

Y se fue Ojeda con los piratas, pero ¡mucho que ellos se iban a ir pa la Española o Santo Domingo, si precisamente era de allá que se habían venido de huida de la justicia! Al fin y al cabo piratas. ¡Cómo no que iban a coger pa allá, pa que les volvieran a agarrar! Echaron fue pa Cuba y allá botaron a Ojeda amarrado en

un pantanero; pero de ahí logró él salir, y como pudo llegó a la Española, y la primera noticia que encontró fue que Enciso hacía nada que había salido pa Urabá. Entonces empezó Ojeda a levantar gente y armas y víveres pa volverse pa su San Sebastián, pero ¡quién dijo!: en ésas le echó mano la justicia dizque por haber estado en compañía del tal Talavera con sus piratas. Porque lo que es a esos ya los habían pasado al papayo. Al pobre Ojeda, que era inocente, al fin como que le aplicaron el indulto, pero como estaba tan en la olla y bien enfermo, al fin estiró allá la pata, casi de limosna, y no volvió a güeler ni de lejos su gobernación de la Nueva Andalucía.

Recemos un padrenuestro por el alma del que nos fundó el primer pueblo. Amén.

III

ENCISO, BALBOA

Vimos el domingo que Ojeda había dejado a Pizarro al cuidado de San Sebastián y de la poca gente que les quedaba, que eran por ahí unos 70, y cuando pasaron los 50 días que les había dicho Ojeda, y fundidos ya a punta de hambre y de trabajo, resolvieron armar

el vuelo pa la Española en dos barquitos de mala muerte, que era cuanto tenían: en el uno mandaba Pizarro y en el otro un tal Valenzuela, pero cómo les parece que cuando pasaban frente a Isla Fuerte, por los lados de donde queda hoy San Bernardo del Viento, se dejó venir una tempestad horrible que volvió añicos el barquito de Valenzuela y no se salvó ni uno. Otro padrenuestro por esos pobres ahogados, que no dejaron ni los sombreros, o morriones, que era como se llamaban esos gorros de fierro puntudos que se ponían.

Pizarro siguió con los 35 que quedaron, y cuando iban por los lados de donde está hoy Cartagena, alcanzaron a divisar dos buques grandes que venían, y dijeron: «Ese tiene que ser Enciso». Pues sí, señor: Enciso era. Ahí venía ya por fin, después de haberse demorado como diez meses alistando ese viaje. Él había salido de Santo Domingo o la Española con 150 pasajeros, pero como a los dos o tres días de salidos fueron apareciendo en la cubierta del barco dos o más que no estaban en la lista: Balboa y Leoncico, el perro de él, que no lo desamparaba ni pa... hacer pipí.

El cuento es este: Vasco Núñez de Balboa era un gallo muy alentado para la aventura y pal negocio, y muy avisado y muy de armas tomar. Él había estado con Bastidas en aquella correría que hicieron por la costa de nosotros por allá a principios de ese siglo, ¿se acuerdan? Fue cuando descubrieron desde el cabo

de la Vela hasta más allá de Urabá. Después de eso se había establecido Balboa en Santo Domingo, y allá estaba desde entonces, pero le había ido muy mal en unos negocios y estaba más quebrado que un tabaco en el bolsillo de atrás, y las culebras lo mantenían a punto de coger el monte. Y en ese tiempo que lo metían a uno a la guandoca por deudas...

Pero él no era ningún pendejo. Cuando vio que el buque de Enciso estaba listo pa zarpar -vean como he adelantado en el hablado de los marineros-, con la ayuda de uno de ellos, que era amigo de él, unos dicen que se metió en un barril grandote y otros que se escondió en una de las velas del barco. Partamos diferencias y digamos que se metió con su chandoso en el barril y se tapó con la vela, y a'í se quedó acurrucado hasta que sintió que el barco iba lejos de tierra. Entonces sí salió, y el domingo será que vemos qué le pasó.

* * *

Lo último que les conté el domingo fue que Balboa, así que sintió que el barco iba ya lejos de tierra, se salió de ese barril pa estirarse y desentumecerse, y si vieran ustedes la embejucada que se pegó Enciso cuando lo alcanzó a ver: no sabía si dejarlo botado en la

primera isla que encontraran o tirarlo al mar de una vez.

Pero a ese Balboa lo estimaban mucho casi todos los que iban en ese paseo, y le echaron el cuento a Enciso de que no le hiciera nada, porque ése les podía servir mucho, por ser tan baquiano pa todo, y más que todo porque, como había estado con Bastidas hacía como diez años por los lados pa donde ellos iban, ya sabía cómo era la movida por allá. Entonces resolvió dejarlo seguir, pero siempre refunfuñando.

Por a'í como a los ocho días fue que se encontraron con el barquito en que venía Pizarro con su gente, y estos les contaron todos los trabajos que acababan de pasar en San Sebastián, y que ya por fin, gracias a Dios, iban pa Santo Domingo a descansar de tantas peripecias. Pero Enciso les contestó que no soñaran con Santo Domingo ni con Santa Dominga: que tenían que seguir con él, quisieran o no quisieran, porque él ya era el jefe que mandaba en esa gobernación de Nueva Andalucía, en vista de que Ojeda no daba señales de vida y que a De la Cosa, que era el segundo, seguro que se lo habrían zampado en sancocho los turbacos.

Así que los de Pizarro no tuvieron de otra que voltear cola y seguir con los de Enciso otra vez pa San Sebastián. Pero era tan salada esa gente, o serían tan de mala muerte los barcos en que andaban que, cuando llegaron a donde empieza el Golfo de Urabá, que es lo que llaman la punta Caribana, se volvió astillas contra una roca el barco en que iba Enciso, y lo que es la gente por lo menos se salvó, pero sí se ahogaron un poco de animales y de provisiones que traían.

Pero siguieron. Y cuando llegaron a San Sebastián, ¿qué fue lo que encontraron? Pues que los indios le habían prendido candela al tal fuerte y a los ranchos y no se veía sino el pavesero que levantaba el viento.

Y dice el señor bachiller don Martín Fernández de Enciso dizque a volver a armar los ranchos, pero ¡quién dijo! Los indios no los dejaban tener vida, cuando no con flechas envenenadas, con bodoqueras o con lo que les pudieran tirar. Ellos estaban defendiendo su tierra, y esos barbudos no tenían por qué venir a fundarles pueblos en lo que era de ellos.

Y así fue cuando empezó a funcionar Balboa, que convenció a Enciso que echaran pal otro lado del golfo, que también le tocaba en la gobernación a Ojeda; que cuando él había ido por allá con Bastidas habían estado en unas vegas muy fértiles y muy bonitas, y que por allá había un pueblo de indios mansitos, que no le ponían veneno a las flechas, como esos hijuemadres de San Sebastián.

Y con eso tuvo Balboa pa coger hinchada entre todos los que iban. Menos con Enciso, que no se lo podía tragar.

Y se volvieron a embarcar en los buques y echaron pal otro lado del golfo, adonde había dicho Balboa, pa ese pueblo de indios, que quedaba como una legua adentro, a la orilla del Tanela, al frente de Turbo.

El cacique de ese pueblo se llamaba Cemaco, que apenas supo que habían llegado los españoles armó 500 flecheros, hizo apartar las mujeres y los chiquitos, y se quedó esperando que lo atacaran los blancos barbados.

A Enciso siempre le entró algo de culillo -¡perdón!- cuando vio semejante batallón de indios, y él con tan poquita gente, pero a éstos los hizo arrodillar y les echó este sermoncito:

-¡Bueno, muchachos! O ganamos ésta o aquí quedamos todos tendidos. Pidámosle a Nuestra Señora de la capillita de la Antigua, en Sevilla -que a ésa sí le tengo mucha fe-, que si nos ayuda a salir con bien de esta hecha, le pongo el nombre de Ella al pueblo que fundemos aquí. ¡Adentro, pues!

IV

SANTA MARÍA DE LA ANTIGUA

Pues les fue bien a los de Enciso y Balboa en el combate con los indios de Cemaco, porque éstos no envenenaban las flechas, como los del otro lado del golfo, y también porque era muy trabajoso ganarles a los españoles, que iban forrados en fierro y con escudos

de palo, y que disparaban escopetas y tenían caballos y perros. A esos no les entraba ni la Maunífica.

Y se adueñaron del pueblo y lo pusieron Santa María de la Antigua del Darién. Ésta sí se volvió una ciudad de verdad, y hasta llegó a tener obispo, y se puede decir que fue la primera de tierra firme, porque lo que es San Sebastián no había pasado de ser un pueblito de mala muerte: 30 ranchos de vara en tierra que no merecían nombre de ciudad.

Bueno: es cierto que Santa María venía quedando en lo que hoy es el Chocó, y por eso no debíamos meterla en la historia de Antioquia, pero como tuvo tanta importancia, y además quedaba en la Nueva Andalucía, que era la gobernación de Ojeda, y Antioquia pertenecía a esa gobernación, tengámosla en cuenta. Además, tampoco hay que ser tan exagerados de no salirse del camino ni pa' coger florecitas.

Hay una equivocación muy común y es llamarla Santa María la Antigua. ¿Cómo se les ocurre que iban a llamar ellos antigua a una ciudad recién fundada? Enciso la puso Santa María de la Antigua, porque, como les conté, se la había dedicado a la Virgen de una capilla de Sevilla que se llama la Antigua.

Sigamos. Se establecieron, pues, pero no se demoró Enciso en meter la pata con una orden que dio: que a todos les estaba prohibido, bajo pena de muerte, adueñarse del oro que les cogieran a los indios. Que se lo tenían que entregar a él, pa él rendirle cuentas al rey.

Y se juntaron todos y dijeron:

¡Cómo no que le vamos a entregar a él, pa que se lo robe, el orito que conseguimos con hartito trabajo!
¡Vea!

Y todos hicieron una seña lo más de grosera con los dedos.

Y después, sin tenerlo en cuenta a él pa nada, se pusieron de acuerdo para nombrar empleados y concejales, y a Balboa lo pusieron de alcalde.

Enciso se les embejucó, pero ellos le alegaron que él no los mandaba, porque allá estaban en territorio de Nicuesa. (Porque ellos creían que la gobernación de Ojeda, la Nueva Andalucía, iba hasta la mitad del golfo, y que de ahí pa lo que es Chocó y Panamá era de Castilla del Oro, que era la de Nicuesa).

En estas y las otras fueron apareciendo dos buques desconocidos, que los traía un tal Rodrigo de Colmenares, que venía de Santo Domingo con ayuda de gente y provisiones pa los de Nicuesa. Los de Santa María los recibieron con los brazos abiertos, y se les ocurrió una parada muy buena pa desencartarse de Enciso, y fue que cuando siguió Colmenares su viaje en busca de Nicuesa, que estaba en Nombre de Dios, por los lados de Colón, mandaron con Colmenares tres comisionados a pedirle a Nicuesa que viniera a hacerse cargo de Santa María, que era de él. Y todo eso no era sino pa poder mandar pa la porra a Enciso.

Pero resulta que cuando Colmenares y los tres comisionados llegaron a Nombre de Dios, se encontraron que Nicuesa estaba en la olla, porque los indios le habían matado casi toda la gente, y se les

habían acabado las provisiones y estaban pasando las de Cain, y por eso recibieron a los recién llegados como caídos del cielo.

Pero cómo les parece que Nicuesa, que estaba pasando hartos trabajos, cuando supo lo de Santa María empezó a mostrar el cobre, porque era muy agalludo y mala persona. Y dijo que él si le iba a poner orden a esas peloterías allá; que se tuvieran fino, porque él era el único que podía disponer del oro que cogieran. Que con él la cosa era a otro precio.

Pues esto no les gustó ni cinco a los comisionados de Santa María, y el domingo será que vemos qué es lo que sigue.

Cuando los comisionados de Santa María le conocieron las intenciones a Nicuesa, de ir a manejarlos como un dictador, no les gustó ni cinco, y ahora veremos lo que resolvieron.

Era tan pretencioso ese Nicuesa que, cuando se embarcó pa

Santa María mandó que fueran en este orden: adelante los comisionados en dos buques, pa que llegaran primero y les avisaran a los de Santa María que detrás, en el último buque, venía nada menos que su nuevo gobernador y jefe, don Diego de Nicuesa. Y eso era pa que le prepararan un tope bien legal, como de obispo.

Y los comisionados sí llegaron primero a Santa María, y les contaron a los que se habían quedado la clase de res que era el tal Nicuesa, y las intenciones que traía, y esto que les dicen y ellos que resuelven recibirlo con lo que le dice San Ignacio al Demonio: ¡No entres!

Y cómo les parece que a Nicuesa le salió el tiro por la culata, él que iba tan engreído dizque a hacerse cargo de Santa María de la Antigua, y a echarle mano al orito que hubieran cogido y a castigar al perro y al gato. Porque en la playa estaba toda la gente de Balboa esperándolo, y no lo dejaron siquiera poner pie en tierra. Y empieza ese hombre a rogarles y hasta a humillárseles y a pedirles que por amor de Dios lo recibieran aunque fuera preso, que él no volvía a pasar trabajos a Nombre de Dios por ninguna plata. Pero los de Santa María se rancharon en que se largara con su música a otra parte y le hicieron voltear cola en su barquito, que era una coca de huevo, junto con 17 hombres que lo acompañaban. Y hasta el sol de hoy. No se volvió a tener noticia de ellos. Ustedes verán si les rezamos también un padrenuestro.

Y al mes siguiente se largó también Enciso pa España a hacerle mala atmósfera a Balboa. Pero éste quedó por fin ya dueño del patio, sin cincha que le apretara.

Y empieza ese hombre con su gente a conquistar esa tierra. Echó primero pal lado de Panamá, por lo que llaman el Tapón del Darién.

Lo que sigue, hasta que Balboa descubre el Pacífico, es más bien historia de Panamá, pero de todos modos se las voy a contar, porque no se les olvide que esa tierra fue de nosotros, y también porque ese descubrimiento fue muy importante pa todo el mundo.

Al primero que visitó Balboa fue al cacique Careta, que resultó muy buena persona y no sólo los atendió muy bien y les dio cargas de bastimento pa que llevaran -porque ya se estaban muriendo de hambre-, sino que le dio una hija de él a Balboa. Los españoles la pusieron Fulvia, pero ella se llamaba era Anayansi. A mí me parece más bonito este nombre. Aunque Fulvia tampoco es feo. Estaba todavía muy sardinita, pero era muy linda y muy inteligente. Lo que es el castellano lo aprendió volando, y fue mucho lo que le sirvió a Balboa de a'í en adelante, pa traducirle los enredajos que hablaban los indios y pa sapearlos cuando estaban tramando alguna cosa contra él. Porque fue que ella se enamoró de él de verdad. Y es que ese Balboa era muy buen tipo: no era ni vengativo ni rencoroso como esos otros hijue... españoles, y más bien era como ingenuo. Pero eso sí: guapo y de empuje.

Otro cacique donde estuvieron se llamaba Comagre. Ese sí era muy oligarca y vivía como en un palacio de guadua, de techo de paja, pero que sí se podía llamar palacio porque tenía muchos salones llenos de riquezas. Ese Comagre le dio a los españoles un banquete que, de leerlo uno en la historia, se le va la baba. Y les regaló un montón de joyas de oro. ¡Pero qué! Cogen esos agalludos de soldados esas bellezas y las vuelven pedazos, y empiezan a pesarlas en un balancín pa repartírselas por partes iguales; y cuando los alcanza a ver Panquiaco, que era el hijo mayor de Comagre, no se aguanta y coge ese balancín y lo avienta a la porra y les dice:

-¿Así es la gana de oro que mantienen ustedes? ¿No les da vergüenza dañar esta belleza de alhajas, que hartó trabajo nos costó hacerlas? Si lo único que buscan ustedes es oro, no es sino que pasen esta cordillera, y al lado de allá hay...

El domingo será que sabemos qué es lo que hay al lado de allá de esa cordillera.

* * *

Íbamos en que Panquiaco, el hijo de Comagre, les estaba echando este sermón a los españoles que habían dañado las alhajas de oro pa repartírselas:

-¿Conqué así es la gana de oro que mantienen ustedes? ¿No les da vergüenza dañar esta belleza de alhajas, que hartó trabajo nos

costó hacerlas? Si lo único que buscan ustedes es oro, no es sinó que pasen esta cordillera, y al lado de allá hay un mar grandísimo, con buques como los de ustedes, que son de un rey más rico que el que le pongan y tiene choto el oro. Nosotros somos unos pobretones en comparación.

Dicen unos que ésta fue la primera noticia que tuvo Balboa de que había otro mar detrás de esas montañas, y desde entonces se le metió en la cabeza que tarde o temprano tenía que descubrirlo.

Pero, por el momento, volvió a Santa María con su gente, y como le habían dicho que pal lado de arriba, pa donde hoy es el Chocó, o por esos lados, dizque había un tesoro increíble que se llamaba el Dabaibe, que quedaba en lo alto de una montaña que no se sabía dónde era, arrancó pa allá a ver si se ganaba ese premio de montaña. Esta vez descubrió la boca del Atrato, y cogió río arriba hasta que llegó a donde está hoy el pueblo de Riosucio -pero no el Riosucio de mi compadre Otto Morales Benítez* sinó el otro, el del Chocó- y siguió aguas arriba por el río Sucio, y quién sabe hasta dónde llegó: lo cierto del caso fue que no encontró tal Dabaibe y tuvo que devolverse pal Atrato.

Entonces fue cuando conoció un pueblo de indios que se llamaba Abibaibe, y esos indios vivían encima de los árboles. Hacían los dormideros en las copas y de allá bajaban por unas escaleras de bejucos; y cuando llegó Balboa al pie de ellos y les gritó que bajaran, ellos le hicieron pistola y recogieron las escaleras. Entonces los de Balboa sacaron las hachas y empezaron a cortarles los árboles, y a'í sí bajaron arreados los indios y las indias con todo el orito que tenían, y creo que hasta novias les encimaron a esos barbados, que hacía días que no probaban.

En vista que fue poco el oro que sacaron de esa correría por el Atrato y por el río Sucio arriba en busca del Dabaibe, se volvieron pa Santa María y allá encontraron que de Santo Domingo les habían mandado más gente y más víveres, y también el nombramiento de Capitán de la Antigua, que le mandaba el Rey a Balboa. Pero al mismo tiempo le llegó una carta de un amigo de él que estaba en España, en que le contaba que allá estaba el tal Enciso rajando de él y haciéndole la guerra en la Corte.

Entonces fue cuando resolvió Balboa mandarle al Rey una carta muy larga y muy clarita, en que le explicaba por qué no habían dado bola en esa gobernación los amigos Ojeda y Nicuesa.

Mejor dicho: me parece tan buena esa carta, que voy a leerles unos pedazos. Empieza así:

«Hago saber a Vuestra muy Real Alteza que ambos a dos gobernadores, así Diego de Nicuesa como Alonso Ojeda, dieron muy mala cuenta de sí, por su culpa, que ellos fueron causa de su perdición por no saberse valer. Los que a esta tierra pasan toman tanta presunción y fantasía en sus pensamientos, que les parece ser señores de la tierra, y desde la cama han de mandar la tierra y gobernar lo que es menester».

Dice después Balboa, pa que vean ustedes cómo era de buen tipo con los indios y con todo el mundo, y por qué era que lo querían tanto:

«La mayor parte de su perdición ha sido el mal tratamiento de la gente, porque creen que desde que una vez los tienen, los tienen por esclavos. Yo principalmente he procurado, por doquiera que he andado, que los indios de esta tierra sean muy bien tratados, no consintiendo hacerles mal ninguno y dándoles muchas cosas de Castilla por atraerlos a nuestra amistad».

El domingo seguimos.

* * *

Sigamos con la carta que le mandó Balboa al rey. Le contaba los trabajos que había pasado: «Yo he procurado nunca haber dejado andar la gente fuera de aquí sin ir yo delante, andando de noche o de día por ríos y ciénagas y montes y sierras. (Me hace acordar de

esa canción de La buena ventura, que empieza: Iba andando por los montes, por llanos y prados y todo lugar. Pero sigamos: no nos distraigamos). Y las ciénagas de esta tierra no crea Vuestra Alteza que es tan liviano que nos andamos holgando, porque muchas veces nos acaece ir una legua y dos y tres por ciénagas y agua, desnudos, y la ropa cogida puesta en tablanchina encima de la cabeza, y andar de esta manera dos y tres y diez días».

Le cuenta también la correría que hizo por el Atrato y por el río Sucio arriba, en busca del Dabaibe, y por fin le habla del otro mar que dizque había, y le pide que le mande gente y modo de ir a descubrirlo.

Y oigan cómo acaba la carta, pa que se den cuenta de lo que le gustaban los abogados:

«Una merced quiero suplicar a Vuestra Alteza me haga, porque cumple mucho a su servicio, y es que Vuestra Alteza mande que ningún bachiller en leyes ni otro ninguno, si no fuere de medecina, pase a estas partes de la Tierra Firme, o una grande pena que Vuestra Alteza para ello mande proveer, porque ningún bachiller acá pasa que no sea diablo, y tienen vida de diablos, en que no solamente ellos son malos, más aún facen y tienen forma por donde hayan mil pleitos y maldades».

Pero como se quedó esperando la contesta del rey, y nada que aparecía, resolvió salir él mismo por su cuenta a descubrir ese mar y esos caciques del otro lado, que dizque estaban tuquios de oro.

Así, pues, que armó un buque y un mundo de canoas grandes y salió de Santa María de la Antigua con unos mil hombres, entre españoles y indios.

Y llegó a la tierra de Careta, el papá de Anayansi -¿se acuerdan de ella?-. Eso quedaba ya por Panamá, en un punto donde después fundó el puerto de Acla.

Ya el otro día les dije que esta parte no es historia de Antioquia, pero también les advertí que la iba a contar, porque es muy importante, y también pa revolverle algo de guadua a este negocio.

Y se van metiendo por esas montañas cerradas, a abrir trocha pa ir avanzando paso a paso, hasta que por allá al cabo de muchas semanas de pasar trabajos, el 25 de septiembre de 1513 -no se les olvide- dijo uno de los indios:

-De allí de la punta de aquel morro se alcanza a ver el otro mar. Y esto que oye Balboa y que manda a hacer alto a todo el mundo, para ir él primero que todos a conocer ese mar, que no lo había visto antes ningún blanco.

Y subió, y desde allá alcanzó a divisar «el azul inmenso que se extendía en lontananza». No vayan a creer que este verbo lo hice yo: esos son arranques de don Pacho Duque en su libro de historia de Antioquia.

Y a í sí siguen con más ánimo, y cuando al cabo de cuatro días llegaron a la orilla del mar, se va metiendo Balboa en él hasta que el agua le dio a las corvas, con una bandera en una mano y la espada pelada en la otra, y grita a todo pecho:

«¡Vivan los altos y poderosos monarcas don Fernando y doña Juana! (esta era la pobre Juana La Loca, que era ya la reina -aunque de mentiritas- porque su mamacita Isabel La Católica ya se había muerto). ¿En qué íbamos?

(¡Ah, sí!)... poderosos monarcas, don Fernando y doña Juana, soberanos de Castilla y de León y Aragón, en cuyo nombre tomo y aprehendo la posesión real y corporal de estos mares y tierras y costas y puertos y islas australes, con todos sus anexos y reinos y provincias que les pertenecen o pertenecer puedan en cualquier manera y por cualquier título que sea o ser pueda, y del tiempo pasado y presente o porvenir, sin contradicción alguna».

(Ese Balboa como que sabía más abogacía que cualquier bachiller de leyes que le mandaran).

De manera pues, mis queridos pandechócolos, que el océano Pacífico le pertenece al amigo Juan Carlos, que es el heredero de don Fernando y de misía Juana La Loca. Le pertenece por toda la eternidad. Amén.

V

BALBOA, PEDRARIAS

Ya que nos metimos a contar la historia de Santa María de la Antigua y de Balboa, habrá que acabarla, antes de seguir con la de Antioquia.

Cuando Balboa le mandó esa carta al rey, andaba el Enciso por la corte de España haciéndole la guerra y levantándole falsos, hasta el punto que el rey resolvió mandar otro que se hiciera cargo de esa gobernación de Tierra Firme.

Y la suerte le tocó a la carajadita de don Pedro Arias de Ávila, que todo el mundo le decía Pedrarias, que era una malísima res, como de lo peorcito que haya venido por aquí a conquistarnos. Ya estaba viejo: tenía más de 70 años, y era envidioso, rencoroso, traicionero: ni pa qué seguir. Cómo les parece: pa venir a reemplazar a un tipazo como Balboa...

Y le armó el rey la primera expedición a todo timbal que salió pa estas tierras. Eran como dos mil personas: unos 1.500 soldados y el resto mujeres, muchachos, curas, nobles, y hasta un obispo, por cierto el primero que funcionó por aquí. Era como pa empezar una colonización en forma.

Y esto era porque su Majestad no tenía ni idea que Balboa había descubierto el Mar del Sur, que era el nombre que le habían puesto al Pacífico; y cuando lo vino a saber, ya era tarde, porque Pedrarias ya había salido pa acá.

Y van llegando ese mundo de buques a Santa María y se va apeando ese gentío y van saliendo filados, que eso parecía una procesión del Corazón de Jesús: adelante Pedrarias, de gancho con su mujer, misiá Isabel de Bobadilla, que se había venido con él, aunque habían dejado los hijos en España; y detrás seguía el señor obispo y los nobles, con toda la percha encima, y después la fila de soldados estrenando uniforme... Pa venir a ver los que los recibieron: una parranda de deshilachados, medio en pelota, de pata en tierra o en alpargates; pero eso sí: machos y muchos: tantos, que unos le propusieron a Balboa que no dejaran arrimar a esos zánganos, que venían a aprovecharse de lo que ellos habían muñequeado. Pero ese Balboa era tan decente que, no sólo mandó que les hicieran un buen tope, sino que le ofreció a Pedrarias la propia casa de él, que era la mejorcita del pueblo.

Pedrarias fingió en un principio ser como amigo de Balboa; pero no era sinó pa sacarle datos de cómo era la movida por allá, pa él después aprovecharse; y apenas ya no lo necesitó más, mandó que le levantaran lo que llamaban un juicio de residencia, que era como llamarlo a que rindiera cuentas de su manejo en todo ese tiempo que había sido gobernador de allá sin que nadie lo hubiera nombrado. Pues del tal juicio resultó que lo zamparon a la guandoca y le cobraron unas multas escandalosas.

Pero el obispo Juan de Quevedo, que ligero, ligero se había dado cuenta de la clase de gallo que era Balboa, se puso del lado de él y lo defendió; y Pedrarias, de miedo del obispo, lo soltó libre y mandó que le devolvieran lo que le habían confiscado.

Y en estas y las otras llegó un buque de España con el nombramiento que le mandaba el rey a Balboa de Adelantado del Mar del Sur; y cómo sería de mala ficha el tal Pedrarias, que se guardó ese nombramiento en una de las secretas del carriel, pa que Balboa no se enterara; pero el obispo también se dio cuenta de eso, y Pedrarias tuvo que entregárselo a Balboa.

En fin: acortando: el nuevo gobernador empezó a hacer desastres: a mandar expediciones a cuanta parte había, a martirizar y a matar a los pobres indios pa robarles el orito y lo que tuvieran que valiera la pena; pero los indios se dieron cuenta ligero que ya no era Balboa el que los visitaba, y se van pegando qué embejucada y empiezan a atacar y a matar españoles y a desbaratarles todas sus correrías. Tres jefes de los blancos se berrearón a punta de flecha envenenada.

* * *

Cuando el obispo Quevedo se puso a pensar que este disgusto entre los dos jefes no iba a traer nada bueno, se juntó con ellos y los convenció que era mejor que arreglaran sus diferencias por las buenas, y llamó aparte a Pedrarias y le echó este cuento:

-Hombre don Pedro: por conveniencia suya le aconsejo que se contente con Balboa. ¿Y sabe lo mejor que puede hacer? Volverlo yerno suyo. Allá en España quedó su hija mayor, María, toda soltera. Entréguesela a Balboa, que es de buena familia y buen partido.

El Pedrarias, por muy mandón que fuera siempre tenía que pedirle permiso a su minguerra, misia Isabelita, y como ella estaba más bien del lado de Balboa, le pareció bien la cosa y los casaron por poder.

Entonces Pedrarias le dio a Balboa orden de pasar al otro lado del istmo:

-Váyase pal otro mar y se arma allá unos barcos bien dobles y bien buenos, pa que salga en ellos a recorrer toda esa región, hasta que dé con ese indio que dizque está tuquio de oro. Le voy a dar más gente y lo que necesite, y le doy un año y medio de plazo para esa comisión.

Y salió Balboa de la Antigua pal puerto de Acla, más allá de Capurganá, y allá armó su expedición como de 700 hombres. Entre ellos iban 20 negros que fueron de los primeritos que trajeron del Africa pa que sudaran la gota gorda en estas tierras.

Y dice esa gente a atravesar ese istmo, que no era cualquier carajadita de montaña, arrastrando esos troncos de árbol pa hacer los tales buques. Esa sí fue lo que dicen una obra de romanos. Meses enteros se gastaron pasando al otro lado, pero cuando llegaron allá, en seguida hicieron un par de barquitos, y en ellos se pusieron a darle vueltas a un poco de islas que había allá. Son las que llaman el Archipiélago de las Perlas, porque allá se pescaban muchas. Precisamente una de esas islas es Contadora, la del Grupo*, que

ahí ta la Virgen que nos arregle el problemita ese de Centroamérica. Dizque la llaman así porque allá era que contaban las perlas, pa repartírselas, en tiempo de los piratas.

Se me había olvidado contarles que ahí iba Anayansi con su amado Vasco Núñez, porque él había resuelto jugársela a la mujer que le habían dado, ya desde antes de conocerla. O tal vez diría que más vale malo por conocido que peor por conocer. ¡Mentiras! Anayansi era de lo mejorcito que mi Dios había echado al mundo. Pero siempre le salió por un ojo a Balboa habérsela llevado, como les voy a contar.

Porque resulta que a los barquitos les entró broma y se averiaron todos, así que no pudo seguir su correría pal lado del sur en busca de los indios ricos, que venían a ser los Incas del Perú. Entonces resolvió pedirle cacao a Pedrarias, y despachó a un tal Garavito, que resultó ser un traicionero de primera, a que le dijera a Pedrarias que le mandara más gente y más ayuda, y que le alargara el plazo de año y medio, que ya casi se cumplía. También le encargó a Garavito que se averiguara por bajo cuerda si eran ciertas las bolas que andaban: que el rey le iba a quitar a Pedrarias le teta de la gobernación, porque había sabido lo mal que se estaba manejando.

¿Y saben cuál fue la razón que le dio Garavito a Pedrarias? Que Balboa lo que quería era independizarse de él, pa alzarse con todo lo que iba a descubrir en ese mar del Sur, y que el no cambiaba a Anayansi por nadie, porque ella como que era la maldición del gitano para él, y que el matrimonio que le habían acomodado con esa fea que se había quedado en España no había sido sino una payasada. En fin, lo puso por el suelo. Como patacón pisao.

Y se pega qué embejucada el Pedrarias. Pero como era tan jodido, le mandó una carta lo más de zalamera a Balboa, diciéndole que lo felicitaba por todo lo que había hecho, y que tenía mucha gana de hablar con él. Que viniera a Acla pa que acabaran de convenir lo que había que hacer pa dar con el famoso reino del oro.

Balboa, todo inocente, salió a hablar con su suegro. Pero éste ya le había ordenado a Pizarro que le echara mano. Y fue tan corrompido el Pizarro que habiendo sido íntimo de Balboa, lo hizo poner preso. Y por ahí derecho el verraco de Pedrarias le hizo levantar un juicio acusándolo de que se quería adueñar de lo que era del rey.

¿En qué paró la cosa? Ya lo verán en la próxima charla.

* * *

Fin de Balboa. Pues condenaron a muerte a Balboa. Y apelación a los infiernos. No quiero contarles detalles. Es el colmo que a un gallo de esos le hubieran leído esta infamia:

«Esta es la justicia que manda hacer el Rey nuestro Señor, y

Pedro Arias, su lugarteniente, en su nombre, a este hombre, por traidor y usurpador de las tierras sujetadas a la real corona».

Y de un hachazo le bajó el verdugo la cabeza al gran Vasco Núñez de Balboa. Y por entre las cañabravas de la cerca del solar dizque veía todo el señor gobernador don Pedro Arias de Ávila, por mal nombre Pedrarias, a quien Dios tenga en la quinta paila mocha de los profundos infiernos por *sécula seculorum*. Amén.

A Balboa le mandó mochar Pedrarias la cabeza en enero de 1519, y la mandó poner encima de un estacón alto, en media plaza de Acla, pa que se la comieran los gallinazos a la vista de todos.

Las historias no vuelven a mentar al perro Leoncico, que si todavía estaba vivo debía estar muy viejo y muy chandoso, porque hacía ya nueve años que habían fundado a Santa María de la Antigua, que fue cuando se lo trajo metido entre un barril.

¡Pobre animalito! Si no se había muerto, ¡cómo serían los aullidos que daría al pie de ese poste, y los brincos pa bregar a lamberle la cara a su amo tan querido!

Pero dejemos estas ternuras, que nos regañan, y sigamos con la historia.

Pedrarias arrancó enseguida para otro lado del istmo a adueñarse de las tierras de allá, que él todavía no conocía. Pues ese mismo año, y a la orilla del Pacífico, fundó a Panamá. Pero no donde está hoy, porque a í la pasaron más tarde. Y esa fue una ciudad que se volvió importante ligero, ligero.

En todo caso, como lo que él quería era que no quedara ni sombra de Balboa, hizo pasar para Panamá todo lo que había en Santa María de la Antigua que valiera la pena. Trasteó hasta con el obispo, que por cierto ya no era el querido Juan de Quevedo. En Santa María no quedaron sino unos pocos, unos por enfermos y otros porque estaban muy apegados y no quisieron moverse de a í, y el pueblo duró como unos cuatro o cinco años más, hasta que se murió del todo, y entonces vinieron los indios y le prendieron candela a lo que quedaba.

Hace unos años estuvo por allá el rey Leopoldo de Bélgica, dizque viendo a ver qué se topaba de lo que hubieran dejado los españoles; pero, ¡que iba a haber encontrado! Tal vez algunas olletas y herraduras y pendejadas por el estilo, porque lo que son las casas todas habían sido de vara en tierra o de bahareque, o, cuando más, de tapia. Ninguna de material. Así que de la primera ciudad que tuvimos en Colombia no quedó ni el pegado.

Echémosle, pues, la bendición a ese rastrojo, y empecemos ahora sí la historia en forma de Antioquia.

Pero por hoy les voy a interrumpir aquí, porque vamos a dar un salto como de diez años en que no pasó nada, y el domingo empezamos la historia de Julián Gutiérrez, que apuesto a que muchos de ustedes ni siquiera lo habían oído mentar.

Hasta después, pues.

VI

JULIÁN GUTIÉRREZ

El domingo les prometí hablarles hoy de Julián Gutiérrez, que creo que muchos de ustedes ni siquiera han oído mentar. Y ya ven: me parece a mí uno de los españoles más importantes de la conquista.

Habíamos quedado en que Pedrarias fundó la ciudad de Panamá,

y pasó para allá su gobernación, y Santa María de la Antigua quedó abandonada. Como recordarán, lo que es el istmo de Panamá, que era lo que llamaban Castilla del Oro, le había tocado a Nicuesa en el reparto con Ojeda. Del golfo de Urabá para acá no le tocaba a esa gobernación, más sin embargo, no solamente Pedrarias sino otros gobernadores que siguieron después de él mandaban expediciones para el lado de lo que es hoy Antioquia, principalmente en busca de oro. Mejor dicho, hubo un tiempo en que esa parte del departamento de nosotros tenía que ver con Panamá. Después le tocó fue a Cartagena, como veremos.

En todo caso, cuando entraban los españoles a lo que son hoy las bananeras de Urabá era a acabar con los indios, que tampoco eran ningunas palomas de la paz, que digamos: ellos defendían lo que era de ellos. Veamos cómo lo cuenta un historiador:

«La tierra del oriente del Urabá antioqueño había sido defendida heroica y tenazmente por los moradores primitivos, y algunos historiadores han elevado hasta dos mil el número de castellanos que habían sido muertos, tanto por la inclemencia de la tierra como por la hierba maldita con que envenenaban sus flechas los naturales. Uno de los que murieron en una entrada de éstas fue el capitán Esteban Milanés, y fue entonces cuando Miguel Rivas, súbdito de Pedrarias, realizó una de las últimas expediciones con propósito de venganza, y con espíritu de severidad y retaliación incendió poblaciones, destruyó sembrados de la costa, porque no se atrevió a penetrar, y tomó prisioneros que entregó a la esclavitud».

Después de esto fue que apareció Julián Gutiérrez. Era el año de 1532. Estaba de gobernador en Panamá Antonio de la Gama, y Gutiérrez era el teniente de él -como quien dice el representante de él- en Acla, aquel pueblito donde mataron a Balboa, que quedaba un poco más allá del golfo de Urabá.

Él vivía con doña Isabel del Corral. ¿Saben ustedes quién era Isabel del Corral? Pues una india antioqueña, porque era del lado de acá del golfo, que los españoles habían criado desde chiquita, la habían acristianado con ese nombre, y como que era hija de un cacique, pero no se sabe de cuál. En todo caso, ella aprendió a hablar muy bien el castellano y era la macha de intérprete. Como la india Catalina, la de Cartagena. Esta querida Isabel es el primer personaje antioqueño que figura con nombre propio en la Historia.

Pues el amigo Julián Gutiérrez se enamoró de ella, que era muy bonita y muy inteligente, y no tardó en contraer nupcias con ella. Con cura y todo. Según cuentas éste como que fue el primer matrimonio de español con india que hubo por estos lados.

Pues por esa época fue cuando se le ocurrió a Gutiérrez ir adonde su patrón De la Gama a Panamá a proponerle que hicieran el ensayo de ir él, Julián, acompañado de su mujer Isabel, por ser india, a pasar al lado antioqueño del golfo a tratar con los indios por las buenas, a cambiarles el orito por cosas que les sirvieran y no por espejitos ni pendejadas, ni arrebatao a la brava. Mejor dicho, a negociar con ellos como gente decente.

De la Gama le apará la caña, así que a poco salieron Julián, Isabelita y unos pocos compañeros a negociar -no a pelear- con los indios. Que, entre otras cosas, debían estar muy cabriados con todas las que les habían hecho los españoles. Tal vez con la ayuda de Isabel y con buenos regalitos se aplacaran. También les llevaban, para devolverlos, los indios que había llevado Rivas a Panamá como esclavos.

Hasta el domingo.

* * *

Les dije yo hace ocho días que Julián y la india que se llamó doña Isabel del Corral se habían casado por la Iglesia, pero eso fue después que habían vivido un tiempo arrejuntados, digamos.

En todo caso, unos mesecitos antes de ese casorio, salió Julián

con su Isabelita y unos pocos compañeros a tratar de arreglar por las buenas las relaciones con los indios del Urabá antioqueño, que debían estar hechos unas fieras con los españoles, que no habían ido allá sino a apoderarse del orito que tenían y a acabar con ellos y a hacerles daños. Pero también es cierto que

esos indios de la parte de nosotros se habían defendido como gatos patas arriba, y que eran muchos los barbudos conquistadores que habían mandado para la paila mocha a punta de flechas envenenadas.

Pero Julián y su comisión iban confiados en que tal vez por ser Isabelita cuñada de uno de esos caciques, y por hablar tan bien hablados los dos idiomas, y llevar tan buenas intenciones de hacer la paz entre indios y españoles, conseguirían lo que no ha podido Belisario: la paz*.

Voy a leerles, por encima, lo que dice un historiador sobre este primer viaje, para no tener que ponerme a inventarles lo mismo con otras palabras:

«Llegados al pueblo indígena de Amiconí, fueron enviados hacia los respectivos caciques, una india primero y después un indio, con la debida explicación de la princesa Isabel. No obstante estas precauciones, ni una ni otro regresaron. Más adelante, Isabel en persona invitó a dos indios cuñados suyos y logró persuadirlos de que tanto ella como sus compañeros de viaje, sólo buscaban su amistad, y aun se proponían reparar las injusticias anteriores.

«La grata embajadora consiguió su propósito y pronto la noticia se difundió por toda la comarca. Los caciques le entregaron a Gutiérrez sainos y maíz, y éstos les regalaron peines, cuchillos y anzuelos, y también les entregaron algunos de los prisioneros que habían llevado los otros conquistadores. Por eso los caciques, muy agradecidos, trataron de pagar; pero Gutiérrez les rechazó la oferta y apenas les recibió un poco de oro por otros artículos como hachas y puñales. Después de esto se despidió cordialmente de los caciques, con la promesa de volver pronto».

Este fue, pues, el primer viaje de Julián a la tierra de nosotros, que en verdad no le correspondía a él, porque él era de los de Panamá: como quien dice, de otro paseo. Pero no le hace; gallos de esa clase eran los que necesitábamos por aquí, aun cuando fueran indocumentados.

Cuando volvió Gutiérrez a Acla y pasó a Panamá a darle cuenta al gobernador Gama, éste se entusiasmó mucho y juntó a todos los gamonales y les contó lo bien que le había ido a Gutiérrez y les dijo que en vista de eso había resuelto seguir con ese sistema de pacificación y por eso iba a salir de Panamá para Acla a armar otra expedición más en forma que la otra, para ponerla en manos del mismo Gutiérrez.

Así es, pues, que como a los cuatro meses volvió a salir Julián con Isabelita y quince compañeros. Sigamos leyendo salteado:

«Fueron despachados en las naves y con destino a los indígenas de la misma región oriental del golfo (o sea territorio antioqueño), una cantidad considerable de utensilios de trabajo como hachas, cuchillos, tijeras, agujas, anzuelos, (que eran cosas que no tenían los indios, que no conocían el hierro). También

alimentos como harinas, aceites y quesos, junto con ropa como mantas, camisas, hamacas, y además una silla que le mandaba el gobernador Gama al principal de los caciques.

«En aceptación de los principios puestos en práctica por Gutiérrez en su primer viaje, el gobernador recomendó manifestarles a los caciques que él nada les exigiría, y que sólo les aceptaría lo que voluntariamente quisieran obsequiarle en compensación, ya que su fin era la amistad, que invitara a algunos de los indígenas importantes a venir con él hasta Acla, donde los esperaría el gobernador».

El domingo veremos las fiestas que les hicieron en Acla a los indios.

* * *

Salió, pues, Julián con su Isabelita y con quince compañeros, para su segundo viaje a tierras antioqueñas en Urabá, y llevaba un mundo de regalos, y una india esclava, para devolverla, y una silla para el cacique más importante.

Llegaron donde Evecaba, que era el cacique más principal de todos los del golfo, y a él le tocó la india y la silla. Que perdone la pobre indiecita que la miente parejo con la silla; pero, ¿de qué otro modo se puede decir?

Evecaba hizo llamar a los otros caciques de por ahí y les contó lo que estaban haciendo Julián y su mujer, que también era india como ellos, y les dijo que estos españoles sí se manejaban como gente decente, no como esos otros hijuemadres conquistadores que habían pasado antes por ahí. Que éstos no les arrebataban las alhajitas de oro sino que se las cambiaban por herramientas y cosas útiles.

Todos esos caciques quedaron encantados con Julián y compañía, y ocho de ellos se fueron acompañándolos para Acla, antojados de ver qué fiestas eran las que les iba a hacer el gobernador Gama, que los había mandado invitar.

Pues sí, señor. Las fiestas no fueron ninguna parrandita de mala muerte. Se las voy a leer de un libro, para que después no digan ustedes que son exageraciones mías.

«La llegada de regreso a Acla tuvo lugar el 14 de septiembre de 1532. Para la recepción de Julián Gutiérrez y los indígenas se desarrollaron fiestas de homenaje y esplendor cual no se habían visto antes, al parecer, en territorio americano.

«Tal día coincidió con la fiesta religiosa de la Santa Cruz, y en la iglesia celebraban misa solemne, con asistencia del gobernador Gama, cuando a ella entraron el capitán Julián Gutiérrez, Isabel del Corral y el acompañamiento de españoles e indígenas visitantes. El gobernador tuvo la cortesía de colocar a estos

últimos a su lado y darles algunas instrucciones por medio de la intérprete Isabel. Los indígenas guardaron en todo tiempo la mayor compostura. Después de esta ceremonia empezaron los festejos, que nos muestran las costumbres de la época.

«A la hora del almuerzo fueron convidados a la mesa del gobernador los tres indígenas principales en compañía de Gutiérrez y de Isabel. Más tarde se hicieron carreras de caballos, que algún historiador considera como las primeras en suelo americano, y a la noche se convidó a cenar y a un baile.

«De todo esto los indígenas se mostraban maravillados y agradecidos.

«Al día siguiente, que era domingo, se convidó a todo el pueblo para reunirse en la plaza con sus mejores atavíos, y luego vino el desfile hacia el templo para la misa de precepto encabezado por la orquesta. A la salida de la iglesia los aborígenes mostraron su admiración por las mujeres españolas. Y el gobernador, para complacerlos, los invitó después del almuerzo a una reunión con éstas, que fue seguida de un baile a la usanza española.

«En las horas de la tarde se realizó una corrida con un torete solamente, que parece que fue la primera realizada en suelo americano, y que modesta en su demostración de principio, tuvo, sin embargo, el gran entusiasmo que podría despertar en los castellanos el colorido de su patria lejana.

«Los tres días siguientes se les convidó a la pesca con excursiones a diversos sitios para el efecto, y por la noche intercambiaron bailes y cantos».

Hasta aquí el autor. Ahora digo yo que ¡ah bueno haber estado en esas fiestas!

* * *

Después que se acabaron las fiestas en Acla volvieron a sus tierras los caciques, y con ellos se fue Julián con su Isabelita, en su tercer viaje.

De este viaje no hay mayor cosa que contar, sinó que cuando volvieron a Acla, viendo el gobernador Gama, de Panamá, que a Gutiérrez le estaba yendo tan sumamente bien con el manejo por las buenas de los indios del lado antioqueño del golfo, le escribió a la Corte pidiéndole que no le fuera a dar ese territorio a ningún otro español, porque era fijo que venía a echar a perder todo lo bueno que había hecho Gutiérrez.

Así que, viéndolo bien, en ese tiempo vinimos a ser de Panamá.

Quién sabe qué pasaría con el correo porque esa carta no llegó a la Corte sinó cuando ya le habían dado el mando de la Nueva Andalucía, es decir desde las Bocas de Ceniza hasta las bocas del Atrato, al desnarizado Pedro de Heredia, que fue el que fundó a Cartagena.

Pero como en España no conocían bien la geografía de esta tierra, así como los bachilleres de ahora, por allá en febrero de 1533 repuntó la reina -que era Juana La Loca- dándole cuenta a Gama de que le había concedido a Heredia la Nueva Andalucía, pero que le estaba prohibido entrar al territorio del costado oriental del golfo (como si este costado oriental, que es el Urabá antioqueño de hoy no quedara en la Nueva Andalucía).

No voy a seguir con estas geografías tan cansonas, pero sí les cuento que ese enredo de que no se sabía de quién era la orilla oriental del golfo, si de Panamá o de Cartagena, fue la razón para que hubiera muchas peloterías de unos contra otros.

Porque a Heredia le vinieron con cuentos de que de esa región que él consideraba con razón como suya, estaba apoderado Gutiérrez, que era de Panamá, es decir, de otro paseo; y al gobernador Gama, de Panamá, le contaron que el gobernador Heredia, de Cartagena, estaba haciendo desastres en ese territorio, donde no podía entrar, según la carta de la reina.

Pues llegó a tal punto el disgusto que en octubre de 1534 mandó Heredia una comisión de Acla nada más que a echarle mano a mi lindo Julián -como lo llamaba Isabelita-. Eran 700 hombres bien armados, al mando de un capitán Alonso de Cáceres. Oigan las órdenes que le dio Heredia:

«Caso que el pueblo quiera defender a Gutiérrez, emplearás la fuerza, y si se acogiere a la Iglesia, de ella lo sacarás, aunque tengas que dar muerte a quien se oponga; traédmelo preso con grillos, que juro a Dios le he de ahorcar, tan pronto esté en mi poder. Poco me importará, sin embargo, que no logres a Gutiérrez, con tal que no te vengas sin su mujer».

A ésta la quería más que todo porque sabía las dos lenguas.

Ahora oigan cómo cuenta un historiador esa operación:

«Desembarcaron e inmediatamente se dirigieron a la casa de Julián Gutiérrez, desquiciaron las puertas en medio del mayor alboroto. Dos soldados subieron al sobrado donde dormían Julián e Isabel y, sin ninguna clase de contemplaciones, les obligaron a bajar en camisa. En la estancia había por toda luz una lámpara encendida ante unas imágenes; los salteadores tuvieron buen cuidado de derribarla para poder saquear a oscuras...»

Y como yo también me quedé a oscuras, tendré que esperar hasta el domingo para volver a prender la lamparita y ver en qué acaba esto.

Sigamos con el asalto de Alonso de Cáceres, mandado por Pedro de Heredia, el gobernador de Cartagena, a llevarle preso a Gutiérrez.

«En la estancia había por toda luz una lámpara encendida ante

unas imágenes; los salteadores tuvieron buen cuidado de derribarla para poder saquear a oscuras con mayor impunidad, llevándose entre otras cosas un jarro, una taza, un salero y media docena de cucharas, todo ello de plata, más cinco camisas y cuatro pares de zaragüelles».

(Cuento todo esto, para que vean que también me interesan las pendejadas de la historia. Los zaragüelles eran unos calzones a lo cogepuerco que usaban los hombres en ese tiempo).

«De los vecinos de la villa, a unos los despertó el bullicio y a otros, Julián Ruiz que, saltando las tapias de los corrales les notificó lo que pasaba. Algunos de ellos salieron sin vestir, los más, con las armas que hallaban a mano, acudieron llenos de coraje a la casa de Gutiérrez, situada en la calle real. Pero los soldados de Cáceres, que estaban a la puerta, les hicieron frente, diciéndoles:

«¡Teneos afuera; si llegáis acá, mataros hemos!

«Luego los conminaron a que cada cual se fuese a su casa. La superioridad de los de Heredia era tan aplastante, que ningún vecino se atrevió a hacer uso de sus armas. Amaro Martínez, clérigo, que se presentó con una espada en la mano, hubo de sufrir de boca de la soldadesca el calificativo de rufián. A otro cura de la villa le dijeron que se fuese a sus bachillerías».

En resumidas cuentas, alzaron para Cartagena con Julián y su Isabelita.

Y entonces empezó Heredia a mandar gente de la de él al Urabá antioqueño a tratar a los indios a las patadas -o, mejor dicho, a bala- y a echar a perder todo lo bueno que había hecho Julián.

Pero no lo mandó matar, como había amenazado, sino que más bien bregó a echárselo al bolsillo, para que trabajara a favor de él, y lo comisionó para que, junto con su hermano Alonso de Heredia, fueran a fundar un pueblo en la culata de Urabá, cerquita de donde antes había fundado Alonso de Ojeda a San Sebastián de Urabá. Ustedes se acuerdan.

Salieron, pues, en tres buques, Julián, con su garrapata Isabel, Alonso de Heredia y 200 hombres más, entre los cuales iba Francisco César, que es uno que va a funcionar mucho en esta historia del descubrimiento de Antioquia. Por el momento les cuento que este Francisco César era uno de los españoles buenas personas, como Bastidas, Balboa y uno que otro más.

Salieron, pues, de Cartagena, a fundar ese pueblo en la culata de Urabá, pero cuando llegaron a Catarapa, en la desembocadura del Sinú, y desembarcaron a conseguir más bastimentos, resolvió Gutiérrez volarse con los que lo quisieran seguir, y más de 70 se fueron con él, entre ellos Francisco César, y fueron a templar a Acla otra vez.

Alonso de Heredia siguió con los que quedaron, para fundar el pueblo que le había mandado don Pedro, y lo fundó un poquitico al sur de donde había estado San Sebastián de Urabá, 25 años antes.

«Alonso de Heredia eligió un sitio pintoresco, de buenas aguas, donde fundó a San Sebastián de Buenavista, un poco adentro del río Icoquilla, a una media legua del mar. Tal fundación tuvo lugar en mayo de 1535».

De aquí para adelante siguieron una partida de peleas entre los de Castilla del Oro, o Panamá, y los de Cartagena, cada uno alegando que el lado antioqueño del golfo le pertenecía, y los dos tenían razón, porque las equivocadas eran las cédulas que habían venido de España, como vimos el otro día.

Ahora, para acabar con este cuento de Gutiérrez, que ya va para largo y se me aburren, les cuento que en uno de los combates que tuvieron quedaron derrotados los de Gutiérrez, así que él y su mujer Isabelita fueron llevados otra vez presos a Cartagena.

VII

FRANCISCO CÉSAR

Se me había olvidado contarles que Heredia, antes de mandar fundar a San Sebastián de Buenavista, ya el año anterior, 1534, había hecho una correría por el Sinú arriba, hasta más allá de donde piensan hacer la represa de Urrá, hasta descubrir tierras de Antioquia.

Lo que pensaba él era buscar el tesoro de Dabaibe, que nadie daba buena razón de dónde estaba, y él tampoco dio con él. Al principio sí fueron muchas las guacas que encontró y esculcó y las dejó barridas del todo y fue mucho el oro que sacó, pero de ahí para adelante se le puso color de hormiga la correría porque se le murió casi toda la gente y tuvo que voltear cola para Cartagena.

En otra excursión de esas que hizo don Alonso, el hermano de don Pedro, se fue por el lado de Ayapel y llegó hasta el Bajo Cauca antioqueño, pero tampoco pudo pasar de ahí. Esto era a fines de 1535.

El domingo hace 8 días les dije que iba a dejarlos descansar de Julián Gutiérrez y de su india doña Isabel; pero me arrepentí: a esa pareja tan querida y tan importante no los podemos dejar presos en Cartagena en poder de don Pedro de Heredia. Vamos a seguir viéndolos.

Cuando Barrionuevo, que era el gobernador de Panamá, supo que Julián y doña Isabel estaban presos, enseguida se fue él mismo en persona para Cartagena a libertarlos de la cárcel, y Heredia se los entregó a

cambio de no sé cuánto oro, y con ellos se volvió para Panamá. De allá de Panamá le escribió Barrionuevo a los blancos de España poniéndoles quejas de Heredia: de todo lo malo que era con los indios, y que por eso éstos se habían vuelto a sublevar, y que eso era una vaina, porque se estaba perdiendo todo lo bueno que había hecho Julián Gutiérrez. Y que, además, esos indios no eran muy comeme que digamos, y que a los españoles se les iba a poner el dulce a mordiscos.

Por ese mismo tiempo le llegaron a la corona otras cartas de la misma gente de los Heredias en que los acusaban de crueles y ventajosos. Pues con eso tuvo la Corona para mandarle a don Pedro de Heredia lo que llamaban un juez de residencia a pedirle cuentas y a castigarlo si era el caso. El juez que mandaron se llamaba Juan Vadillo, que más se demoró en llegar que en zampar a la guandoca a los dos Heredias.

Por ese tiempo andaba armando el gobernador de Panamá, Barrionuevo, otra expedición para el lado antioqueño de Urabá, mandada otra vez por Julián Gutiérrez; pero cuando lo supo Vadillo en Cartagena les mandó decir que no se les ocurriera hacer tal, porque esa tierra le pertenecía a la gobernación de Cartagena.

En fin, para no cansarlos más a ustedes con ese alegato entre los de Panamá y los de Cartagena de que ese territorio era del uno o del otro, les digo que por fin resolvieron de España, el 17 de marzo de 1536, escribir una cédula que le entregaba definitivamente ese lado del golfo a Cartagena. Así, pues, para que lo sepan, mis queridos camaradas, que hubo un tiempo en que fuimos cartageneros. Pero no se nos ocurrió hacer reinado de belleza. Era que todavía no éramos paisas.

Y ese mismo año salió la primera correría que hicieron los españoles por el interior de Antioquia. La hizo Francisco César, que era uno de los conquistadores buenos, que había llegado como segundo de don Pedro de Heredia cuando éste vino a fundar a Cartagena; pero como a Heredia se le apareció después, llegado de España, su hermanolo Alonso, en seguida le quitó el puesto a Francisco César para nombrar de segundo a don Alonso. ¿No es eso lo que llaman nepotismo? En todo caso, César no era rencoroso, y siguió trabajando con Heredia como si tal cosa.

Muy bueno que Vadillo los tenga guardados a los dos Heredias.

Les empezaba a contar que César había salido de San Sebastián de Buenavista con 100 soldados de a pie y 20 de caballería, con la intención de llegar a la serranía de Abibe, que se llamaba así por el nombre del cacique que mandaba allá.

Y esto es todo por hoy.

Como les contaba, César llegó a la tierra del cacique Abibe, que era de los indios catíos, que eran un poquito distintos de los caribes de la orilla del golfo. Los catíos también eran canibales, es decir, que comían gente, como los caribes, pero no envenenaban las

flechas. Eran un poquito como menos salvajes.

También les contaba de las mil penalidades que pasaron, abriendo trocha todo un mes para llegar al pico de una montaña, en medio de qué invierno tan espantoso. Pero, en fin, medio muertos llegaron, pero llegaron al alto y alcanzan a ver qué hermosura de valle que se abría al otro lado de esa montaña. Eso era lo que llamaban el valle de Guaca. Pero este nombre no tiene nada que ver con el pueblo de Guaca, que queda en una cañada, más allá de Itagüí, y que hace más de cien años que están bregando a cambiarle el nombre por Heliconia y no han podido. Les decía que el valle que llamaban de Guaca los conquistadores venía a quedar más bien por los lados de Chigorodó.

El cacique principal de esa tierra era el famoso Nutibara, el que le prestó el nombre al hotel de Medellín y el que le quitó el nombre al morro de los Cadavides, que era como se llamaba ahora años lo que es hoy el cerro de Nutibara, donde está el pueblito paisa.

Pero no nos distraigamos tanto y sigamos la historia.

Nutibara era hijo del cacique Anunaibe, que ya se había muerto y le había dejado de herencia todas sus riquezas, que eran muchas. Cómo serían, que Nutibara no iba nunca a pie, sino en una camilla de oro que llevaban cuatro hombres. ¡Lo que le hubiera durado esa camilla si hubiera sido aquí en Medellín...!

Cuando llegó César ya no le quedaban más que unos 50 hombres de a pie y unos 10 ó 12 de a caballo: el resto había parado los tarros en el camino. Esa siempre era muy poquita gente para enfrentarle a Nutibara; que había juntado un poco de miles de indios para atajarlo, que estaban armados de macanas, flechas, hondas y cerbatanas y tenían cornetas y tambores, y estaban adornados con plumas en la cabeza, como el indio del Pielroja, y con colgandijos de oro en las orejas y en las narices. Ese ejército de Nutibara era cosa respetable. Pero los de Francisco César, en cambio, tenían pólvora y caballos, que eran dos cosas que no conocían los indios y que los aterraron. Y tenían también los españoles escudos y corazas que los defendían, y sobre todo eran muy verracos -con perdón de las señoras-.

Pues a poco de llegar César allá se armó la pelea, porque los indios no querían que vinieran esos barbuchas a metérseles a la tierra de ellos así a la brava, y resolvieron atajarles el paso.

El que los mandaba era Quinunchú, hermano de Nutibara, que era un gallo muy caliente, pero que no le valió, porque en media batalla César, junto con otros de a caballo, se les dejaron ir encima y esos indios iban cayendo a lado y lado y los pisaban los caballos, y en un momento dado pensó César: «yo creo que si les mato al jefe a estos pendejos se van a ver en la olla, y van a ser míos».

Y se le deja ir a toda, lanza en ristre, a Quinunchú y ¡ran! Se la ensartó en todo el pescuezo y le salió por la nuca, y cayó de redondo ese Quinunchú, y fue lo que dijo César: se desperdigaron todos los indios en medio de qué gritería, y Nutibara, que estaba viendo la pelea desde su camilla, dio en seguida orden de que se retiraran.

Los españoles empezaron a recoger alhajas de oro que tenían los indios muertos. Dejémoslos ahí en esa ocupación hasta el domingo, que veremos qué es lo que sigue.

Después que los españoles les ganaron esa a los de Nutibara, y recogieron todo el oro que les sacaron a los indios muertos, encontraron una india vieja que les mostró dónde había unos sepulcros con joyas, y allá sí cogieron hasta pa tirar pal techo, como dicen.

Pero la vieja también les contó que Nutibara estaba alistando un ejército el macho para venir a acabar con ellos. Que se tuvieran fino.

Pues esto que oye César y que dice: «Yo con tan poquita gente y tan en la olla, lo mejor será voltear cola y esperar otro tiro mejor».

Y se devolvió para Cartagena, y allá encontró que el que había sido jefe de él, don Pedro de Heredia, estaba preso, junto con su hermano don Alonso, por orden del juez de residencia Vadillo.

Pero qué tan de buenas sería el Heredia y qué tan buena persona César, que a poco de haber apresado Vadillo a don Pedro llegó Francisco César con ese montón de oro que había traído de su correría por tierras de Antioquia, y sin acordarse de lo mal que se había manejado Heredia con él, que lo había reemplazado por don Alonso en su puesto de segundo, como vimos, le dio con qué tuviera para defenderse. Oigan cómo cuenta el caso Fray Pedro Simón, que es un historiador de los buenos:

«Habiendo llegado Francisco César a deshoras de la noche a la ciudad, fue lo primero visitar al Gobernador en la cárcel, cubierto con la capa de la noche, a quien mostrándose apesarado de su aflicción, le entregó lo que según buena cuenta le había cabido en parte de la jornadilla».

Pues con eso tuvo Heredia con qué pagar para salir con fianza de la cárcel y volarse para España a defenderse de lo que le achacaban.

Don Alonso sí se quedó en Cartagena, con la ciudad por cárcel.

Quedó, pues, Vadillo, como gobernador, y viendo la cantidad de riquezas que había levantado César en Antioquia, resolvió él también repetir la misma correría, llevándose a César como baquiano.

Y salieron los dos otra vez a coger el camino de Abibe, a ver qué levantaban. Y esta vez sí iban bien aprovisionados de gente, caballos y armas.

Pero otra cosa que buscaba Vadillo era que, como él también había venido cometiendo un poco de injusticias y de bellaquerías, y sabía que ya lo habían sapeado a la Audiencia de Santo Domingo, tenía miedo que de pronto le fueran a mandar un juez de residencia a pedirle cuentas a él, así como él se las había pedido a Heredia. Y no andaba equivocado, porque ya la Audiencia había despachado a esa tarea a un licenciado Santa Cruz, que venía en camino.

Estaba Vadillo sintiendo, pues, pasos de animal grande y resolvió volarse cuanto antes a esconderse en esos montes de Antioquia, no tanto a buscar oro como a huirle a Santa Cruz.

En San Sebastián se demoraron Vadillo y César como un mes acabando de alistarse, y después cogieron la misma trocha que había abierto César antes, y siguieron para adelante, ganándose peleitas a los pocos indios que se encontraban, hasta que llegaron al famoso valle de Guaca, que ustedes se acuerdan que queda por los lados de Chigorodó, y oigan cómo lo cuenta este libro:

«César se apresuró a reunir a su gente en preparación de un ataque y al día siguiente, a la hora del alba, los soldados que habían trepado con dificultad dejando los caballos al pie de la falda, intentaron el ataque, pero los naturales estaban sobre aviso. Esta vez los españoles tuvieron que declararse en derrota y tomar sus cabalgaduras, que habían dejado al pie de la pendiente, y emprender la fuga, porque los indígenas empezaron su persecución. En la última etapa del combate muchos españoles e indígenas rodaron al abismo»

VIII

VADILLO

Después de esta pela, aunque quedaron muy aplanchados los españoles, siempre siguieron con su descubrimiento, y a los pocos días llegaron a un monte tan cerrado y tan cenagoso que no había paso ni para hombres ni para bestias.

Entonces Vadillo les dijo a los guías encargados de buscar el paso:

-Si dentro de tres días no encuentran un punto bueno para acampar, ténganse fino. Porque miren aquel papayo: pues a ése es al que los voy a pasar.

El jefe de los guías, que se llamaba Martín Fernández, echó desesperado para adelante, rompiendo rastrojo y con el barro a las corvas, pero nada que daba con un punto aparente para el campamento, hasta que resolvió encaramarse a un árbol muy alto, y de allá sí alcanzó a divisar una veguita como muy limpia y muy bonita, con un río que la atravesaba y un poco de ranchos que echaban humo: señal que había gente.

Pues se bajó en seguida del árbol y voló a avisarle a Vadillo, que ahí mismo arrancó para allá con su gente; pero tan de malas que, cuando iba llegando a la veguita le salió al encuentro un batallón de indios armados de flechas y macanas, listos a no dejarse invadir su tierra.

Esta vez sí pelearon mejor los españoles, y ganaron una batalla bastante seria, y siguieron para adelante hasta un pueblo que se llamaba Nori, que los indios habían abandonado, y allá descansaron y encontraron qué comer; pero cero oro. Y oro era lo que ellos buscaban. Y siguieron su correría hasta que llegaron a la tierra de los indios tatabes. Esos también vivían encima de los árboles, como aquellos del Atrato que les conté el otro día. Fernández les mandó decir que los españoles iban en son de paz, que bajaran para conocerlos y negociar con ellos.

Los indios no le pusieron cinco de bolas y siguieron muy tranquilos encaramados en sus árboles, donde tenían armadas unas casas que dizque cabían hasta doscientos.

Entonces empezaron los españoles a echarle hacha a los árboles para ver si así bajaban, pero los indios les contestaron tirándoles agua hirviendo y tizones prendidos. Y ahí sí se armó la buena, porque los españoles empezaron a dispararles con los arcabuces, que eran las escopetas de ese tiempo. Los indios, aterrados, de ver que los estaban matando desde lejos, sin saber con qué, le mandaron a preguntar a Vadillo que por qué los estaban atacando, sin haberles dado motivo, y Vadillo les contestó que ya él les había

mandado ofrecer su amistad y que ellos no le habían hecho caso. El cacique le mandó decir que se largaran, que él no necesitaba la amistad de ellos para nada.

Entonces Fernández cogió prisionero al cacique, pero no se demoraron en aparecer como quinientos indios armados a libertarlo, y la pelea siguió, y si no ha sido porque llegó la noche, ahí tal vez hubieran vuelto a quedar derrotados los españoles.

Pero tuvieron la buena suerte que a poco se presentó a darles la bienvenida Nabuco, que era el cacique de Nori, y les traía de regalo un montón de joyas de oro, y los españoles lo trataron muy bien y se hicieron muy amigos.

Nabuco les indicó dónde vivía el cacique Buriticá, que era el que tenía más oro, porque en el territorio de él era donde había las mejores minas.

¿Cómo les parece que interrumpamos aquí esta correría, que está muy cansona y muy peleada? Descansemos, que el domingo seguimos.

* * *

Como Nabuco les había mostrado a los españoles de qué lado quedaba la tierra del cacique Buriticá, que dizque era el que tenía el oro como arroz, ellos arrancaron para allá; pero resulta que eso quedaba por allá arriba en el filo de una loma que no se la subía

un chivo herrado, y los españoles que empiezan a subirla y los indios que dicen a salir de un poco de cuevas que había en la ladera, armados de flechas, macanas, bodoqueras y piedras, a no dejarlos pasar; pero los españoles se habían hecho unos chalecos abullonados con algodón, que no eran propiamente antibalas sino antiflechas, y no les entraban, y al mismo tiempo se les dejaron ir encima con los caballos, que los indios no conocían y que los hicieron salir en derrota a la que tenían. Ni para qué sigo. En todo caso, siempre fue mucho lo que defendieron su tierrita estos indios antioqueños. No eran fruta que comía mono.

Y esta vez llegaron los españoles al palacio -llamemos así ese Rancho Grande donde vivía el cacique- y le echaron mano a la cacica y a dos hijas de ella -llamémoslas princesas- y las guardaron como rehenes. Pero poco fue el oro que encontraron, comparado con lo que les habían ponderado que había.

El cacique Buriticá, cuando se dio cuenta que le tenían secuestradas a la mujer y a las dos hijas que más quería él, le mandó razón a Vadillo que quería hablar con él por las buenas, a ver qué trato hacían. Vadillo le aceptó la propuesta y cuando estuvieron juntos negociando el rescate de la cacica y las princesas, metió la pata el cacique porque se puso a cañar y a prometerle a Vadillo doce cargas de oro. Y ¡qué iba a

tener él todo ese oro! Y le agregó: -Vea, señor. Si quiere, yo me quedo aquí como rehén, y mando a mi mujer a traer ese oro.

Vadillo le aparó la caña, y sale la cacica dizque a traer su rescate, pero pasan y pasan los días y nada que aparece. Por allá como a los diez días ya estaba Vadillo todo cabreado y fue adonde tenía encerrado a Buriticá y lo hizo encadenar y lo obligó a que sirviera él mismo de guía para mostrar adonde infiernos era que estaba el oro y adonde quedaban las famosas minas.

Pero dejemos a don Pacho Duque que nos cuente esta parte de la historia: «Con cadena al cuello de cuatro cuerdas que sujetaban los soldados García, Portalegre, Patiño y Suero Díaz, era conducido por las diversas pendientes de la sierra, cuando, al pasar por el borde de un abismo, el cacique se arrojó por el mismo, arrastrando consigo a sus conductores. Tanto el cacique como los que lo sustentaban escaparon sólo por haberse enredado entre los arbustos de la pendiente, y después de abríseles una brecha, pudieron rescatarlos, aunque maltrechos y heridos».

Hasta aquí Don Pacho. Ahora sigo yo, pero ya para acabar. La embejucada que se pegó el Vadillo no está escrita, y no le valieron súplicas ni lágrimas para que perdonara al cacique, que había metido la pata nada más que por salvar a su mujer y a sus hijas.

-¡Nada! ¡Nada! Métnle candela- fue la orden.

Y así murió, quemado vivo, el pobre Buriticá.

* * *

Íbamos en que Vadillo ordenó que del pobre Buriticá no quedaran sino las cenizas, y siguió muy tranquilo su correría en busca de las tales minas, y al fin, después de subir a muchos filos y bajar a muchas cañadas como que dieron con ellas, por allá en un alto. A

Vadillo le pareció el punto como muy aparente para fundar un pueblo para trabajarlas, pero la gente dijo que ni riesgos de ninguno de ellos quedarse ahí trabajando, que el trabajo era para los indios y los negros. Que siguieran.

Y siguieron y llegaron a un pueblo de indios que encontraron quemado. Porque esos indios de aquí no querían ver ni pintados a los españoles y les iban desocupando el campo, para que no encontraran sino el rastro frío. A tres indios que cogieron presos una vez les hicieron un poco de promesas como para comprárselos, pero los indios les hicieron pistola y les contestaron que ellos no querían verlos ni en cachas de navaja, y que no querían que los catequizaran y que no creyeran que los iban a comprar con espejitos y chaquiras y pendejadas. Que se largaran. Que los españoles para ellos eran enemigos y no más.

Los de Vadillo siguieron, siempre con Pablo Hernández a la cabeza, como guía. Y un día llegaron a la vega de un río muy grande, que ellos creyeron que era el Magdalena, pero era el Cauca. Diez de los soldados se tiraron dizque a atravesarlo, pero no pudieron pasar el cordón y tuvieron que devolverse.

Entonces resolvió Vadillo que siguieran río arriba, pero eso estaba tan empantanado y tan enrastrado que materialmente no había paso y resolvieron seguir por el camino de montaña que traían, que ya venía a ser por los lados de donde está hoy Caicedo, hasta que llegaron a un valle que llamaban de Iraca, que yo no sé dónde queda propiamente, pero sí es por esos lados de suroeste, como por Anzá o Betulia.

Ahí resolvieron descansar unos días, porque iban muy estropeados, pero en ese descanso se murieron varios, que se habían enfermado, probablemente de paludismo, y entre esos cayó Fernández, el guía que era el macho para arreglar los problemas que se iban presentando en el camino.

Recemos un padrenuestro por su alma. Y ¡ah ligero que vamos a tener que rezar otro, nada menos que por el gran Francisco César! A éste lo cogió la pelona, también por unas fiebres, en otro pueblo que encontraron abandonado, que se llamaba Cori, un poco más adelante.

Este César dicen unos que era portugués y otros que era español. Ya había estado en la conquista de la Argentina, donde se había manejado como un valiente, y de allá había pasado a Santo Domingo, donde se enganchó con don Pedro de Heredia cuando éste salió a fundar a Cartagena. Como a Heredia lo reemplazó Vadillo, como vimos, por eso era que venía en esta correría. Era un gallo muy alentado y muy buena persona y guapo, y todos lo adoraban.

Sigamos. Después de estas muertes de gente que les iba a hacer tanta falta, le pidieron todos a Vadillo que se devolvieran para Cartagena, pero él no quiso y los convenció que tenían que seguir para adelante. Y siguieron. Y llegaron al río San Juan y cogieron San Juan arriba hasta que llegaron a donde iba a quedar Andes, nada menos que la patria chica de mi secretario Argos. Pero en vista de que no encontraron ninguna mina, ni guacas, ni nada, sino ranchos abandonados y quemados, se devolvieron como para el lado del Cauca, por la Pintada. Ahí, en el Cartama, cogieron presos a unos indios, que les dijeron que si querían oro subieran a buscarlo a Caramanta, que allá sí estaba choto. Y para allá echaron, y nada que encontraron tampoco: los indios se habían volado y se habían llevado todos sus corotos.

Y volvieron a rogarle a Vadillo que se devolvieran, pero él dijo que si no les daba vergüenza a unos españoles dizque tan machos venir a echar para atrás. Que nada, que siguieran para adelante. Y volvieron a seguir y llegaron a la vega de Supía y allá también encontraron el pueblo vacío.

Y por hoy acabo leyéndoles lo que dice este libro:

«A una legua del río Cauca por esta región, visitaron los españoles un pueblo de amplias casas, precedida cada una de una plazoleta cercada de altas guaduas, en cuyas extremidades blanqueaban las

calaveras de sus enemigos. Tenían ídolos de madera y de oro. Vestían largas mantas, y más de un autor registra la belleza de sus mujeres».

Yo no creo tanto en tal belleza, sino en que después de una eternidad de esas de no ver uno viejas, ¡yo le cuento!

Iban ya de Anserma para allá cuando un día le salió un gentío de indios armados, en son de pelea, a una partida de caballería de Vadillo; pero oigan lo que les pasó, como lo cuenta el padre Pedro Simón, que es uno de los buenos cronistas:

«Los jinetes españoles eran diestros en dar alcance a los indígenas a todo correr, y después de asirlos por los cabellos, que usaban largos, los arrastraban cuanto querían por el suelo. Se explica así el gran efecto de este modo de combatir, aparte del terror que de por sí sentían al ver caballos por primera vez».

Ya para fines de diciembre de ese año de 1538, cuando iban lo que se dice mamados, alcanzaron a ver algunas señales de que por allí habían pasado ya españoles, porque en un rancho vieron un perro de cacería y también se encontraron el esqueleto de un caballo, y ustedes saben muy bien que los indios no conocían caballos ni perros.

Lo que pasaba era que por allá había estado Jorge Robledo, que venía desde el Perú, donde había estado con Pizarro, que estaba descubriendo y conquistando eso por allá. De Pizarro se había separado Belalcázar, y de Belalcázar se había separado Robledo, y éste venía descubriendo Cauca abajo desde Popayán.

Los de Vadillo siguieron Cauca arriba hasta que llegaron a Cali, que era un pueblito que acababan de fundar los españoles de Belalcázar, que venían del Perú. Éstos recibieron muy bien a Vadillo y lo invitaron a juntarse con ellos para seguir conquistando en compañía, pero Vadillo les contestó que gracias, que él era el que mandaba en Cartagena y que no quería venir a quedar bajo el mando de Belalcázar o de Pizarro o del que fuera. Y les propuso a los que habían venido con él desde Urabá que se devolvieran a fundar una ciudad por los lados de Buriticá, donde habían encontrado esa mina de oro, pero la gente no le quiso apurar la caña y lo dejaron solo. Entonces él siguió para adelante y por allá en el Ecuador se embarcó en cualquier cáscara de buque y pasó a Panamá y siguió para Cartagena.

Volvamos un poquitico atrás. Ustedes se acuerdan que a Vadillo lo habían mandado de España como juez de residencia para pedirle cuentas a Heredia de un poco de acusaciones que le habían hecho en la Corte.

Pues resulta que Heredia, que había llegado preso a España, cuando se vio libre fue el que acusó a Vadillo de malos manejos y de maltratos a los indios, y entonces de la Corte resolvieron mandar a otro juez de residencia, el licenciado Santa Cruz, a que le pidiera cuentas a Vadillo. Pero resulta que por el correo de

las brujas supo Vadillo que por ahí venía Santa Cruz con una rama, y entonces fue cuando resolvió armar el viaje que acabamos de ver, acompañado del gran Francisco César.

Cuando llegó Santa Cruz a Cartagena y encontró el rastro frío de Vadillo, ahí mismo armó una expedición a perseguirlo y la puso al mando de dos jefes: Juan Graciano y Luis Bernal. Dejemos que éstos se metan por las mismas trochas que había abierto Vadillo, y mientras tanto contemos que éste llegó solo y sin cinco a Cartagena, y ahí le echaron mano y lo mandaron preso a España, donde murió en la miseria.

Recemos otro padrenuestro por el alma del que primero recorrió de punta a punta el territorio de nosotros. Porque, aunque el primero que nos descubrió fue Ojeda, éste apenas pasó por Urabá, es decir, por los borditos. Francisco César sí entró, pero la primera vez no pasó de Chigorodó, y en la otra colgó los guayos por los lados de Bolívar o de Andes, o de por allá de Suroeste, en todo caso.

Y eso es todo por hoy. Que lo pasen bien, mis queridas y queridos camaradas.

IX

ROBLEDO (I)

Repasemos. Cuando el licenciado Santa Cruz llegó a Cartagena a pedirle cuentas a Vadillo, y se encontró que éste había alzado el vuelo, mandó a perseguirlo a Juan Graciano y a Luis Bernal. Éstos se fueron por donde había entrado Vadillo, pero en el camino se pusieron a pelear entre ellos.

Es lo que yo digo, que dos cocineras mandando en la cocina se tiran el sancochito. En ese viaje pasaron, en todo caso, muchos trabajos, y de interesante no se cuenta sino que una vez se encontraron una macha de culebra de abarcadura y como de cinco metros de larga, y la mataron, ¿y saben qué le encontraron en el buche? Un venadito entero. Pues el mismo que se comieron los conquistadores, y hasta la misma culebra se la zamparon. Cómo sería el hambre que traían esos pobres.

Cuando por fin llegaron a Cali supieron que Vadillo ya había salido de allá, como vimos, que había pasado al Ecuador y había seguido para España, donde había colgado los guayos. No recemos más padrenuestros por él, que nos volvemos muy cansones.

Dejémoslos descansando unos días en Cali y volvamos a hablar de nuestro querido amigo Julián Gutiérrez, que lo teníamos tan olvidado.

Cuando llegó Santa Cruz a Cartagena, ligero ligero se dio cuenta de que la persona indicada para mantener en paz a los indios de Urabá era el capitán Julián Gutiérrez, y mandó a Panamá a ofrecerle el mando de esa tierra. Julián, que siempre había pertenecido a Castilla del Oro, es decir a Panamá, ya tenía las manos libres porque allá habían cambiado de gobernador, y le contestó a Santa Cruz que bueno, que con mucho gusto.

Santa Cruz le escribió al Rey pidiéndole que le diera mando a Gutiérrez en Urabá, y de España le vino una cédula que entre otras cosas dice:

«Yo el Rey he mandado a Julián Gutiérrez que vaya con su mujer y casa a vivir y permanecer en la provincia de Urabá para traer paz a los naturales de ella». Con esta cédula quedó, pues, el amigo Julián de Teniente de la Provincia de Urabá, como quien dice, gobernador de este pedazo de Antioquia, y tenemos que tenerlo en cuenta como uno de nuestros primeros gobernadores.

Más tarde, buscando aventuras, pasó al Perú y después fue a Chile, con su mujer.

Sigamos con Robledo. Cuando llegaron a Cali los de la expedición de Graciano y Bernal, se encontraron allá de alcalde a Jorge Robledo. Este Jorge Robledo, que después fue tan importante para el descubrimiento de Antioquia, era un capitán que venía desde el Perú, al pie de Belalcázar, que se había desprendido de Pizarro, que era el jefe de la conquista de los Incas. Belalcázar se había separado de Pizarro, había entrado a lo que hoy es Colombia, y había fundado a Cali. Con él venía Robledo. Belalcázar se había ido para España, a que le confirmaran el mando en lo que venía descubriendo, y dejó a Lorenzo de Aldana reemplazándolo. Aldana nombró alcalde de Cali a Robledo, y a éste fue al que le tocó recibir a los de Graciano y Bernal, que no siguieron sino que se le juntaron para seguir conquistando juntos.

Al poco tiempo salió Robledo, Cauca abajo y fundó a Anserma, y de ahí salió para el otro lado del Cauca, a entredárselas con los indios pácoras y los carrapas, que vivían por los lados de Neira y Aranzazu, al otro lado del Cauca. Para llegar allá tuvo que atravesar el río, y eso lo hizo por el paso de Irra, y lo pasó en unas balsas de guadua y los caballos nadando.

Yo creo que esto es lo que va a pintar el amigo Velezefe para darle gracia a estar charla tan pesada y tan aburridora.

* * *

Dejamos a Robledo peleando con los indios de los lados de Neira y Aranzazu, que no le pudieron, y él siguió con su gente Cauca abajo hasta que llegó a un punto en que le salieron unos batallones de indios formados como muy en serio, con banderines y escudos y pulseras de oro y mil perendengues. Cómo

descrestarian a los españoles que los pusieron los armados, y la tierra donde se los encontraron la llamaron Arma. Por eso se llama así el Arma, ese río que le sirve de lindero a Antioquia con Caldas.

Estos indios siempre les dieron algo de lidia, pero al fin los derrotaron los españoles. Allá se estuvo Robledo unos días, y después se devolvió para arriba, hasta el río Otún, y allá fundó un pueblo que le puso el nombre de Cartago, más o menos donde está hoy Pereira. Esto fue en 1540. A Cartago lo pasaron al cabo de los años para donde está hoy.

En ésas volvió al país don Sebastián de Belalcázar, que era el jefe de Robledo, que se había ido para España a pedir que le dieran el mando de lo que venía descubriendo, y allá se lo dieron. Abarcaba desde Pasto hasta la Serranía de Abibe, por los lados de Urabá, de manera que él venía a tener mando sobre casi toda Antioquia. Belalcázar fue, pues, también, uno de los gobernadores de aquí.

Cuando Robledo supo que había llegado, voló a mandarle saludes a Cali y a decirle que él seguía a sus órdenes. Que contara con él.

Y siguió con su descubrimiento Cauca abajo, con unos 50 hombres de a pie y 30 de a caballo. La idea de él era conocer esa tierra que dizque tenía tanto oro, como decían los que habían venido de Cartagena con Vadillo y con los otros. Después pensaba seguir para España al escondido, sin que se diera cuenta Belalcázar, a ver si a él también le daban el mando de lo que estaba descubriendo. Mejor dicho, le iba a hacer a su jefe Belalcázar la misma que éste le había hecho a su jefe Pizarro: que se le había volado del Perú y después había conseguido en España que le dieran a él y no a Pizarro el mando de lo que iba conquistando.

¿Está muy complicado esto? Vuelvan a leerlo y verán que lo entienden mejor.

Cuando llegó otra vez a Arma encontró que los indios se habían alzado, pero él los trabajó de cuento y ellos se amansaron y antes le dieron oro y regalitos. Porque Robledo era casi siempre buena persona, por el estilo de Julián Gutiérrez, aunque a veces le daba también por ser como los otros conquistadores: vergajones hasta que ya, con perdón.

De Arma pasó a un pueblo que lo pusieron Pueblo Blanco. Sería porque blanqueaban las casas, aunque lo dudo. O quién sabe por qué. De ahí le resultó el nombre al Poblano, que es ese río que desemboca abajito de La Pintada.

Allá se demoró unos días y después siguió por esas lomas para arriba, por el cañón de la Sinifaná, hasta que llegó al pueblo donde nació nada menos que el amigo Belisario: Amagá. Dicen los historiadores que el pueblo siempre era grandecito: como de diez mil personas, y que «sus moradores ocuparon las alturas en actitud bélica». Tal vez por eso sería que el amigo Belis, cuando era periodista se firmaba Bélico.

Pues esos indios también se los ganó Robledo por las buenas.

A ese pueblo lo pusieron los españoles el Valle de las Peras. ¿Y saben por qué? Pues porque allá encontraron chotos los aguacates, que a ellos se les parecieron a unas peras, y como venían transidos de hambre dicen a tragar aguacate a lo loco, como si se les fueran a acabar, y de ahí resultaron con unos cólicos y unos cursos espantosos; y como en ese tiempo no habían inventado todavía la sal de frutas ni el Alka Seltzer, y creo que ni el bicarbonato, se tuvieron que quedar allá unos días mientras volvían a coger alientos.

* * *

En Amagá no demoraron sino unos días y de ahí siguieron para adelante a ver qué más descubrían. Y más que todo en busca de oro.

Los indios de estos lados siempre eran bravitos y estaban muy prevenidos contra esos forasteros que venían a quitarles lo que era de ellos, pero poco a poco se iban amansando porque Robledo los trataba de buenos modos. Y también porque ellos le tenían un miedo pánico a los caballos, que ellos no habían visto nunca, y más cuando iban montados por hombres, porque creían que eran unos animales muy raros, de cuatro patas y con dos cabezas, una de ellas de persona.

Otra ventaja que les llevaban los españoles eran las armas de fuego, que los indios no habían visto ni en sueños. Y también unos machos de perros amaestrados, que, indio que cogían, el mismo que volvían pedazos.

Por eso fue que los conquistadores se adueñaron de esto, aun cuando eran poquitos en cada correría, y los indios salían por miles.

Lo que sigue, como lo cuenta uno de los testigos, es que «el capitán Robledo se partió de Amagá y vino al pueblo de aquellos indios que se dice en su nombre Murgia, y nosotros lo pusimos De la Sal, porque se halló mucha infinidad de ella, de manera de panes de azúcar, algo morena, hecha de unas fuentes saladas que ellos tenían, y aquí estuvimos cuatro o cinco días, donde vinieron los indios todos los días de paz, con mucha comida y algunos presentes de oro».

Pues este Murgia, o Pueblo de la Sal, es el mismo que después se ha llamado Guaca; y aunque el nombre oficial es Heliconia, todo el mundo le sigue diciendo Guaca.

De allá, precisamente, era el tan mentado Verraco de Guaca, que fue un marrano padre famoso que tuvo hace como cien años un señor de allá, y que daba unas crías muy buenas -el verraco, no el señor-. Cómo sería la fama, que de muchos pueblos vecinos, y hasta de lejos, le traían sus buenas marranitas para

que se divertiera, y al fin se vino a llamar Verraco de Guaca, y después verraco, nada más, al que es el mandacallar en cualquier cosa. Ésta era una palabra que antes no decíamos sino los hombres y eso no delante de señoras, porque nos excomulgaban, pero hoy se le oye a todo el mundo. Y escriben berraco con b de burro, yo no sé por qué, cuando es con la de vaca.

¿No ven ustedes? Me pego de pronto unas descarriladas hasta raras. Les estaba contando la llegada de los conquistadores al Pueblo de la Sal y resulté hablándoles del Verraco de Guaca.

De allá mandó Robledo a su teniente Jerónimo Luis Tejelo, que es como decir el segundo de él, a que saliera con unos 12 hombres de a caballo y otros 20 de a pie a subir al alto de esa montaña que había al frente, para que viera qué había detrás y le avisara.

Tejelo subió, parece que por el Alto del Barcino, que queda entre Belén y San Antonio de Prado, y de allá alcanzó a divisar esta belleza de valle de Aburrá, que es de lo más hermoso que hay. Pues allá los cogió la noche y ellos esperaron que amaneciera para caerles a los indios descuidados, a la madrugada, que era un sistemita que les había dado muy buenos resultados. Y así fue esta vez. Se adueñó del pueblo de los indios mientras se persigna un cura ñato. Pero ellos se volvieron a juntar bien armados, y atacaron a Tejelo por la tarde, y siempre es que le hirieron algunos hombres.

Entonces mandó a avisarle a Robledo a Guaca, para que se viniera, porque se estaba viendo en las delgaditas.

Y para acabar por hoy voy a leerles lo que dice el historiador:

«Parece que la entrada de Robledo al valle se hizo como la de su teniente, por la cresta denominada hoy Alto del Barcino. La impresión agradable de Robledo fue bastante como para demorarse en el valle varios días.

«Tan grande era el espíritu de libertad de estas tribus y el temor a la servidumbre, que muchos se ahorcaron con sus propias mantas entre las ramas de los árboles o en sus propios ranchos. En la misma habitación de Robledo hubo necesidad de descolgar a dos, que se habían casi suspendido».

Como les contaba, aquí en lo que es hoy Medellín se demoró Robledo unos días, pero no fundó ninguna ciudad, tal vez porque no encontró mucho oro, que era lo que ellos más buscaban.

De aquí despachó al capitán Diego de Mendoza a averiguar

qué había detrás del alto de Santa Helena, y llegó hasta Rionegro, donde tampoco encontró del amarillo. Cuando volvió, dijo que esa subida siempre era muy tenaz, como dicen ahora los muchachos, y que qué bueno sería que hicieran un túnel de Media Luna a salir a Sajonia. (No me hagan caso, que es que a mí me da a veces por hablar paja).

Entonces Robledo resolvió ir él mismo por la cordillera del otro lado, y lo que encontró fueron unos ranchos grandes que habían tumbado los indios y se habían volado de huida de los españoles. Y subió al llano de Ovejas, porque los indios le habían asegurado que por ese lado era que estaban las minas. Pero nada.

Y dicen a pasar trabajos, porque ya se les estaban agotando las provisiones, y como de esos altos alcanzaron a ver a lo lejos un río que era el Cauca, resolvieron bajar a buscarlo. Y bajaron arrastrándose por unos voladeros horribles, y los caballos también los bajaban arrastrados, empujándolos de atrás.

Como a los seis días llegaron a la orilla del Cauca, y allá les contó un indio que el que había tumbado los ranchos grandes era un cacique muy importante que vivía en la provincia de Nutabe.

Apenas Robledo supo esto mandó allá al capitán Francisco Vallejo a que averiguara qué había por ese lado.

Como a mí me gustan mucho estas aventuras, y me ha tocado también vivirlas, pero no sé contarlas bien, le voy a ceder la palabra a don Pacho Duque; que les voy a leer, así por encimita:

«Esta excursión fue una penosa odisea, desde el ascenso a una fría cordillera hasta descender de nuevo a un río que algunos creen que era el Porce. Se vieron obligados a pasarlo en dos puntos por puentes de bejuco; y como llegaron en la tarde cerca de un pueblo, acamparon en espera del amanecer. Antes del alba les ordenó Vallejo ocupar tres casas próximas, y oyeron por todas partes los gritos y toques de tambor con que los indígenas convocaban a combate. Casi en seguida se vieron bajo una lluvia de flechas disparadas por indígenas que lucían pinturas y penachos vistosos. El ataque fue tan sorpresivo que los castellanos se vieron obligados a huir en la dirección del último puente. Un primer grupo pudo pasarlo sin dificultad, pero cuando un segundo grupo intentó pasarlo, un soldado de nombre Pedro Muciente murió atravesado por las flechas, cinco más fueron heridos y otro, de nombre Pedro Bustamante, cayó en poder de los indígenas. Lo cual, visto por el soldado Juan Torres, que ya estaba en la mitad del puente, resolvió devolverse para rescatarlo, pero los indígenas mecieron el puente tan fuertemente, que pronto lo precipitaron al abismo. (Aquí les pido un padrenuestro por el amigo Torres, que murió por buen compañero). Mientras los indígenas acudían para observar la caída, el prisionero Bustamante, como se notara sin vigilancia, aprovechó el momento y voló a esconderse entre unas peñas. Este soldado, rendido de fatiga, miedo y privaciones, con sólo el resto de un hueso roído de caballo que habían dejado sus compañeros, pudo regresar al cabo de dos días al campamento de Robledo, donde al primer encuentro lo creyeron salido de la tumba. Así de trágica fue muchas veces la epopeya de la conquista».

Como ya se me está agotando el tiempo, paso a contarles que Robledo quería seguir para adelante, para occidente, en busca del mar, para seguir para España; pero como la gente se le quería devolver, pensó

que lo mejor, para que no hiciera tal, era ponerles el Cauca de por medio, y así lo hizo. Y en ese paso se gastaron casi una semana, porque entre todos ellos no había sino doce que supieran nadar, y tuvieron que pasar de a tres o cuatro entre dos guaduas amarradas, y uno de los nadadores jalaba adelante y otro empujaba de atrás, como los pinta Velezefe.

* * *

Lo que siguió de ahí para adelante fueron peloterías de los de Robledo con todos esos indios, que no eran fruta que come mono, que no querían ver ni pintados a los españoles y que defendían su tierra como gatos patas arriba. Aunque era mucha la ventaja que les

llevaban los blancos, con los caballos, los perros, las armas de fuego y hasta las blancas, porque los indios no conocían tan siquiera el hierro.

No les voy a contar esta correría punto por punto, sino así por encimita.

Una vez que pasó el Cauca, como vimos la semana pasada, siguió Robledo por los lados de Anzá hasta un punto que llamaban Corumé, y ahí se demoró unos días, mandándole, mientras tanto, razones a los caciques vecinos, diciéndoles que él venía en son de paz, por las buenas, que no tuvieran recelo, que él no les iba a hacer ninguna marranada; pero los indios le contestaban que no querían saber nada de ellos, que se largaran si no querían que se los comieran a todos.

Robledo los aplacó lo mejor que pudo y pensó seguir para adelante, pero como los caballos estaban muy estropeados por falta de herraduras, tuvo que hacer un fuelle «haciendo coser varias botas, y los clavos y herraduras pudo hacerlos a satisfacción un antiguo fabricante de cuchillos, para lo cual empleó estribos y cadenas de hierro». Hay quien dice que hasta de oro hicieron herraduras, y hasta cierto será.

Allá en Corumé dejó algunos al cuidado de Álvaro de Mendoza, y él siguió para adelante a ver qué encontraba.

Como a los dos días llegó a una región que se llamaba Ebéjico, pero que no quedaba donde está hoy el pueblo de Ebéjico, sino al otro lado del Cauca, más bien como por los lados de Peque, la tierra de Bernardo Guerra* .

En esta correría ocurrió lo siguiente: un día, «como ya estaba tarde, acampó por la noche y al día siguiente muy temprano subió la colina, desde donde pudo observar cerca de seis mil hombres reunidos con sonidos de tambores y en actitud guerrera. De nuevo el capitán les habló de paz (como que era por el estilo de Belisario), pero ellos se limitaron a dejar avanzar dos corpulentos indígenas en actitud desafiante y de burla, (como que eran por el estilo del M-19), a lo cual Robledo mandó a Pedro Berrio (pero no Pedro Justo

ni Pedro José) para amedrentarlos. Éste partió a caballo y con un perro de caza, uno de los famosos alanos. Los españoles conocían bien el efecto terrible que siempre les producían los caballos y los perros.

«En el presente caso fue aún mayor la sorpresa indígena al ver que uno solo de estos aparentes centauros (el caballo con su jinete, que ellos creían que era un solo animal) se atreviese solo contra todos ellos, y echaron a correr como alma que lleva el Diablo.

«Pero, como en medio camino se presentase una peña como de cuatro metros de alto, el caballo no pudo continuar, lo cual, visto por los indígenas dio motivo para nuevas burlas, por lo cual el castellano soltó el perro en su persecución. Este animal destrozó completamente al primer indígena que pudo alcanzar, lo que visto por los otros fue bastante para hacerlos cambiar de proceder».

* * *

A todas éstas resolvió Robledo fundar una ciudad, y así se lo hizo saber a su gente, diciéndoles que era conveniente que se asentaran, para que los indios vieran que no era caramelo lo que él tanto les había dicho: que la intención de ellos era establecerse del todo en esa tierra para ayudarles (fijense en la pistola que estoy haciendo aquí por debajo de la mesa). Y mandó a Tejelo, el que primero había visto el Valle del Aburrá, que se fuera a recoger las más provisiones que pudiera, antes de que los indios las escondieran o se las llevaran.

En esas andaba Tejelo cuando se le aparece un escuadrón de indios en són de guerra. Éstos venían de Ituango, y eran unos que no hacían sino criticar a los de Ebéjico por flojos, que no habían sido capaces de echar para la porra a los españoles. (Acuérdense que ese Ebéjico no era el de Eustorgio Restrepo, por los lados de Guaca, sino que quedaba cerquita de Peque, el de Bernardo Guerra. Estas descarriladas mías de lo que voy contando, no las tengan en cuenta, que no son historia propiamente).

Pues van llegando los de Ituango (este sí el Ituango de Julio Arias Roldán) y como no conocían ni caballos, ni perros, ni armas de fierro y mucho menos de pólvora, tuvieron que salir en desgracia al primer encontrón y no quedaron con ganas de volver. Como que les supo a cacho.

Entonces sí fundó Robledo la ciudad de Antioquia. Eso fue el 25 de noviembre de 1541.

Pero no fue en el punto donde está ahora sino mucho más allá, yendo para Urabá, no lejos de Peque, según dice don Antonio Gómez Campillo, que estudiado lo tendría. Pero allá no duró mucho Antioquia porque después la pasaron para el punto donde está hoy, al lado del Tonusco, cerquita del Paso Real. Los españoles tenían la costumbre de pasar los pueblos que fundaban de una parte para otra, con cura, alcalde, notario, y

documentos y todo lo que hubiera, si veían que les convenía. Eso pasó, por ejemplo, con Rionegro. Y hasta con Medellín, que según cuentas empezó en el Poblado.

La fundación de lo que ellos llamaban una ciudad -y que empezaba con cuatro ranchos de paja- era una cosa muy complicada y ceremoniosa. Voy a leerles unas partes del acta de fundación de Antioquia, para que vean:

«En el nombre de Dios (etcétera) el muy magnífico señor capitán Jorge Robledo, en presencia de mí, Benito Henríquez, escribano de su Majestad y de los testigos, hizo hacer un hoyo en dicho llano y allí por sus propias manos puso un madero grande y dijo: 'Dadme por testimonio cómo en nombre de su Majestad y del Señor pongo aquí este madero en señal de posesión, para que aquí en el dicho lugar sea fundada y edificada la ciudad de Antioquia, y el dicho madero señalo por picota para que en él sea ejecutada la justicia real de su Majestad'. Y seguían otro montón de ceremonias que no se las cuento para no volverme eterno y cansón.

Una vez fundada la ciudad se quedó en ella unos dos meses, descansando para seguir, como el muchachito llorón; pero en todo ese tiempo no le dieron respiro los indios vecinos, que no querían de ninguna manera que les vinieran a robar sus tierras.

Una de esas veces supo Robledo que por allá detrás de un rastrojo había un poco de indios listos como para atacarlos, y entonces encargó al capitán Vallejo que fuera a sorprenderlos. Vallejo lo que hizo fue darles unos hachones a cada uno de los 40 hombres que escogió, y los prendieron cuando los sorprendieron dormidos, de madrugada, todavía oscuro. Y acabaron hasta con el nido de la mica, sería, porque los indios no tenían perras.

* * *

Ya con su ciudad de Antioquia fundada escogió Robledo 12 hombres que lo acompañaran -7 de a pie y 5 de a caballo- para ver si con esa mera docena lograba salir al mar. Que era lo que él quería, para seguir para España a que le dieran el mando de esas tierras que él venía conquistando. En Antioquia dejó como alcalde y jefe de los que se quedaban a Álvaro de Mendoza.

Y muchas fueron por cierto las peripecias que pasaron Robledo y sus doce apóstoles, porque como hacía ya 4 años que habían pasado por esos montes las otras expediciones, ya las trochas estaban enmalezadas y borradas y ni los mismos indios que llevaban como guías sabían ya qué camino seguir.

Para no entrar en muchos detalles les voy a leer lo que escribió en su libro el doctor Manuelito Uribe Ángel sobre las afugias que pasaron los españoles cuando estaban descubriendo estas tierras.

Porque no crean ustedes que era cualquier carajadita venir uno, como venía Robledo, a pie o a caballo desde el Perú, por entre esos montes, sin caminos, sin qué comer sino lo que les lograban quitar a los indios, como el encapillado, sin remedios y sin nada. Y atravesando ríos sin puentes y por entre unos montes que pasaban días enteros sin ver el sol y con indios bravos atajándolos; por unas lomas que no las subían los caballos o por unos precipicios donde se desnucaban. Mejor dicho, que siga el doctor Manuelito:

«Para quien haya transitado alguna vez por nuestras dobladas y gigantescas cordilleras, cuyos bosques llenos de abrojos, barrizales y demás tropiezos detienen a cada paso la planta del hombre, la obra de la exploración y conquista se convierte en proeza romana o en leyenda fabulosa. Hoy, después de más de tres centurias, esos sitios recorridos entonces por españoles armados y con caballerías, rechazan completamente la repetición del tal hecho.

«No eran, sin embargo, los españoles de aquella época hombres que se arredraran por el peligro, sobre todo cuando tenían en perspectiva el cebo apetecido del rico metal amarillo. La vereda que debían trillar desde el centro del país hasta la orilla del mar estaba erizada de enormes dificultades y obstáculos naturales: serpientes, jaguares, mosquitos, bosques, abrojos, humedad, fiebre, soledad, intemperie, cenagales, lodo, grandes ríos, espinas de guadua, calor insoportable en los valles, frío glacial en las alturas, lluvias constantes y torrenciales, atmósfera sombría, truenos, tempestades, indios caníbales, saetas envenenadas, lanzas, mazas, hambre, desnudez, cuevas pendientes, abismos, y una naturaleza, en fin, enemiga y hostil por todas sus fases».

¿Cómo les parece el biche? Esos conquistadores serían casi todos ellos muy corrompidos con los pobres indios, y hasta entre ellos mismos, pero lo que es machos sí eran.

Bueno. Venía contándoles que Robledo con su docena de desharrapados iba todo perdido por esa casinada de montaña, sin provisiones ni nada, hasta que un día llegaron a la orilla del río León y lo atravesaron por un puente de bejucos y fueron siguiendo para adelante hasta que llegaron a la serranía de Abibe y vieron que se habían equivocado de dirección, porque debían haber cogido más bien para el lado por donde se oculta el sol, que queda el golfo de Urabá. En una de esas se encontraron con un cacique que venía con su batallón de indios, y que apenas vio a Juan de Frades lo reconoció, porque lo había conocido en otra de esas entradas de los españoles y se habían hecho amigos, y lo saludó lo más emocionado y les dio bastimento para que comieran, y hasta les prestó dos indios para que les sirvieran de guías.

A los pocos días se encontraron una cruz clavada en un altico y ahí mismo se arrodillaron todos a darle gracias a mi Dios, porque vieron que desde que estuviera ahí esa cruz era señal que por ahí habían pasado españoles, y que ya debían estar cerquita del mar.

Y eso es todo por hoy.

El domingo dejamos a Robledo y a sus doce compañeros rezándole a una cruz que había en un morrito, que era señal de que por ahí habían estado los españoles y que no debía estar lejos Urabá, que era para donde iba Robledo.

Y así fue. A los pocos días y «después de mil peripecias e infinitos padecimientos, pues llevaban abiertas las lenguas y llagadas las bocas de comer yerbas desconocidas», atravesando ciénagas con el agua al ombligo, llegaron por fin al mar, a San Sebastián de Buenavista, el pueblo ese que había fundado Alonso de Heredia, el hermano del desnarizado don Pedro hacía ya como 7 años. Don Alonso era el que mandaba en San Sebastián, y se quedó aterrado, «hasta el punto de que al verlos se resistía a creer que tan pocos hubiesen podido realizar semejante odisea».

A los pocos días de llegados se apareció el propio don Pedro de Heredia, el fundador de Cartagena, que ya había vuelto de España, donde no sólo lo habían dejado libre de las acusaciones que le habían hecho, sino que le habían encimado el título de adelantado.

Pues «tan pronto como llegó el gobernador, tanto éste como su hermano supusieron que traerían buen oro, y en vez de socorrerlos en la necesidad, los redujeron a prisión sin consideración de ninguna especie».

También le reclamó a Robledo que por qué se había venido conquistando una tierra que le pertenecía a él. Y hasta razón tenía, porque acuérdense -o no sé si les conté- que en el reparto que había hecho el rey, de las gobernaciones de la Tierra Firme, le había tocado a Heredia todo el territorio comprendido entre el Atrato y el Magdalena, desde Cartagena hasta el Ecuador.

Uno de los compañeros de Robledo, y que lo había acompañado en esta última correría era Pedro Cieza de León, que después escribió una historia, muy buena por cierto, de todo esto. Pues a ese Cieza de León lo hizo venir Robledo a la cárcel donde él estaba, y le dijo bajo cuerda:

-Ve, hombre. De algún modo pasá a la ciudad de Panamá, donde hay ahora una Real Audiencia nueva, porque ya aquí no nos manda la de Santo Domingo. Andá y les ponés la queja de que este Heredia anda diciendo que es de él lo que en verdad es de Belalcázar. Y por ahí derecho te vas por el mar del sur y pasás a Popayán y hablás con Belalcázar y le contás lo que está pasando aquí, para que le ponga el tatequieto a este maldito desnarizado de Heredia.

Cieza de León salió, pues, a hacer ese mandado, y a poco mandó Heredia a Robledo preso para España, «con las debidas seguridades», para que allá le castigaran el atrevimiento de venir a conquistarle a él la tierra que le había dado el rey.

Y venido a ver que estas tierras no eran ni del rey, ni de Heredia, ni de Belalcázar, ni de Robledo, sino de los indios... Es que las injusticias que se ven en esta vida...

Heredia tenía desde hacía tiempos el antojo de entrar a conocer estas tierras de Antioquia, que tenían fama de dar mucho oro, y con más ganas quería entrar a ella, ahora que había españoles de otro paseo que se las venían a arrebatar; y no bien despachó a Robledo para España armó el viaje por el mismo camino por donde habían entrado Francisco César, Vadillo, Graciano y Bernal, que era el que había recorrido al revés Robledo.

En la ciudad de Antioquia -también a cualquier cosa llamaban ciudad...- estaba de regidor Álvaro de Mendoza y de alcalde Antonio Pimentel, que cuando supieron que Heredia venía acercándose resolvieron que... el domingo será que vemos qué fue lo que resolvieron.

X

HEREDIA EN ANTIOQUIA

Íbamos en que don Pedro de Heredia despachó a Robledo preso para España y él entró por aquí a esta tierra a ver qué era lo que pasaba con el amigo Belalcázar, que venía de Popayán para acá, conquistando y fundando pueblos, como el que había fundado Robledo con el nombre de Antioquia por los lados del pueblo de los pequeños, es decir, de Peque.

Porque, no se les olvide que Robledo era uno de los hombres de Belalcázar, y también que el rey le había dado mando a Heredia por toda la tierra entre Cartagena y el Ecuador; pero que Belalcázar venía arreado del Ecuador para acá, así que los dos se creían con derecho a lo que hoy es el departamento de Antioquia.

Estos repasos son muy aburridores, pero hay que hacerlos de vez en cuando. Ahí perdonan.

Como les contaba, en el pueblo de Antioquia -que ellos llamaban ciudad- estaba de regidor, que es como decir el mandamás, Álvaro Mendoza, y de alcalde, Antonio Pimentel. Cuando éstos se enteraron de que Heredia iba para allá, de seguro a echarlos, resolvieron recibirlo de buenos modos, para ver qué intenciones llevaba, para saber qué camino cogían ellos.

Y así lo hicieron. Les hicieron un tope muy en forma, y Mendoza recibió en su casa a Heredia y al hijo de éste, que se llamaba Antonio; pero como los soldados de Heredia pensaron que ya ese pueblo les pertenecía, empezaron a adueñarse de él, sin más vueltas, y entonces el alcalde Pimentel fue donde Heredia

y se le cuadró y le dijo que «pues en aquella ciudad vivían en quietud, y que ellos la habían fundado y era gobernador el Adelantado Belalcázar, le pedían que no los inquietase más y se volviese a su gobernación».

¿Y saben lo que hizo Heredia? Que dio orden de que pusieran preso a Pimentel, alegando que esa tierra le pertenecía, y que ahí traía los títulos que le había dado el rey.

Pues esto que dice y que se le dejan ir los de Robledo a los de Heredia y se formó una pelotera peor que al acabarse un partido de fútbol mal arbitrado, y de ahí salió mal herido Heredia en una mano.

Pues esa misma noche arrancó Mendoza para arriba, para Popayán, a contarle a Belalcázar lo que estaba pasando, para que viniera a poner orden.

Salió, pues Mendoza, con otros compañeros, cuando en el camino se encontraron con un tal Juan de Cabrera, que venía ya de parte de Belalcázar a lo mismo: a echar a Heredia de lo que Belalcázar sostenía que le pertenecía.

Lo que pasó fue que Belalcázar supo lo de Heredia porque ya había llegado Cieza de León a contárselo. Acuérdense que a Cieza lo había mandado Robledo a que fuera por Panamá a ponerlo al tanto de lo que iba a hacer Heredia en Antioquia.

Pues Cabrera, cuando ya se iba acercando a donde estaba Heredia, le mandó un propio a decirle que se entregara. Heredia le contestó con el mismo propio a Cabrera proponiéndole que viniera para que arreglaran por las buenas, que conversando se entienden los hombres. El propio le dio esa razón a Cabrera, pero también le contó que Heredia estaba muy mal herido en una mano y que tenía muy poquita gente, y que éste era el tiro de ganarle la pelea.

Y ahí sí se dejó ir Cabrera a atacarlo, y cuando Heredia supo esto salió a recibirlo acompañado nada más que por su hijo Antonio, y llevando en la mano los títulos que le había dado el rey. Pero Cabrera no estaba para ver papeles ni carajadas, y Núñez Pedroso, que era uno de los de Cabrera, le pidió a Heredia que se entregara. Entonces Antonio Heredia salió en defensa de su padre, pero le fue mal porque a él también le pasaron la mano de lado a lado. Como que eran de malas para las manos los Heredias.

Y así vinieron a quedar presos don Pedro de Heredia e hijo S.A.

* * *

Aclaración. En la charla pasada dije que «en el pueblo de Antioquia -que ellos llamaban ciudad- estaba de regidor Álvaro de Mendoza...».

Y oigan lo que me escribió mi amigo Raúl Tamayo*:

«Oítes, Argos: No volvás a decir que Santa Fe de Antioquia es pueblo, porque es ciudad por cédula real. Es mejor que no les busqués pleito, porque no te vuelven a mandar pulpas de tamarindo».

Pues esto me puso a cavilar en que yo sí debería darles una explicación a mis queridos amigos los doble antioqueños.

En verdad, yo no estaba tratando de pordebajear a la Santa Fe de Antioquia de ahora, pues me refería al pueblito de ranchos de paja que había fundado Robledo por los lados de Peque con el nombre de «ciudad de Antiochia».

Porque en ese tiempo se entendía por ciudad lo que define así el Diccionario de Autoridades, de 1729: «población de gentes congregadas a vivir en un lugar, sujetas a unas leyes y a un gobierno, gozando de ciertos privilegios y exenciones que los señores Reyes se han servido de concederlas según sus servicios», y que gozaba de mayores preeminencias que una villa.

Así que una ciudad, para los conquistadores, podía ser una aldea a la que su Majestad le concedía tal título, en honor a ciertos méritos. Es esto algo muy diferente de lo que entendemos hoy por ciudad: población importante, no sólo en cuanto a número de habitantes, que por lo común pasa de 100.000, sino por su riqueza, comodidades y recursos culturales y técnicos.

Digamos francamente que no consideramos ciudades a muchas que así se autotitulan en los camiones de escalera: Ciudad Anzá, Ciudad Peque, Ciudad Pavarandocito. Que pudieron haber sido ciudades con cédula real. A Medellín, que por mucho tiempo se llamó Villa, inferior por tanto a la Ciudad de Antioquia, le falta aún mucho para ser considerada como verdadera ciudad moderna, con todos los requisitos que este título implica.

En todo caso, mi querido Raulete, si los queridos doble antioqueños no me vuelven a mandar pulpas de tamarindo, seguro estoy de que tú me las enviarás de Sopetrán, tu querido pueblo -¿o será ciudad?-

* * *

Nueva fundación de Antioquia. Habíamos quedado en que Los Heredia, don Pedro y su hijo Antonio, habían sido derrotados por Juan Cabrera, que era el que había mandado Belalcázar a echarlos del pueblo de Antioquia. Lo soldados de Cabrera

hicieron y deshicieron en esa llamada ciudad, que no tenía todavía un año de fundada, y le echaron mano a todo lo que tenía allá Heredia, y se devolvieron con él preso para donde Belalcázar.

Pero antes de eso, Cabrera, que ya era el que mandaba en Antioquia, le dio orden a Isidro de Tapia que pasaran esa ciudad para otro punto más aparente, porque donde la había fundado Robledo era un sitio

muy malo, no sólo por lo faldudo y estrecho sino por los indios vecinos, que no dejaban tener vida. Y Tapia salió a trastear la ciudad y se encontró un vallecito como muy a propósito, que se llamaba Nori, que quedaba cerquita de donde está hoy Frontino, y allá quedó Antioquia esta vez. Esto ocurrió el 7 de septiembre de 1542, a los 10 meses de haber fundado Robledo la primera por los lados de Peque.

Les voy a leer una parte del acta de fundación:

«Pongo aquí este madero en señal de posesión, para que en dicho llano sea fundada y refundada la dicha ciudad de Antioquia. Y el dicho madero dijo que señalaba y señaló por picota para que en ella fuese ejecutada la justicia real de su Majestad».

Vamos a repasar algo de lo ya visto, para que se nos vaya grabando.

Habíamos dejado a Robledo en España, intrigando para que le escrituraran a él estas tierras que venía conquistando; y a don Pedro de Heredia preso en poder de Juan de Cabrera.

Este Cabrera era del bando de Belalcázar y se había apoderado del primer pueblo llamado Antioquia, que era el que había fundado Robledo en lo que llamaban valle de Ebéjico, por los lados de la tierra de Bernardo Guerra, es decir, de Peque. Allá entró Cabrera tumbando y... (no digo porque me regañan) y mandó a Isidro de Tapia a que trasteara ese pueblo para otro punto más aparente, y Tapia lo pasó para el valle de Nori, por los lados de Frontino.

Cabrera se volvió para Cali y se llevó preso a Heredia, y de Cali lo despachó amarrado para que lo juzgaran en la Audiencia de Popayán, que ya era la que funcionaba para nosotros en vez de la de Santo Domingo. Pues allá lo juzgaron y lo soltaron libre.

No bien se vio libre el viejo desnarizado, siguió de Panamá para su Cartagena, y allá armó viaje otra vez para Antioquia, como diciendo: «Esta no es conmigo. ¿Qué se está creyendo el Belalcázar? Que se quede por allá en lo que es de él y no me venga a quitar lo mío».

Así, pues, que cuando llegó a Antioquia echó para afuera al que estaba mandando de parte de Belalcázar y nombró como alcalde a un tal Gallego, que era muy masa de él.

Pues Belalcázar que alcanza a saber esto y sobre el humo mandó para allá a uno de apellido Madroñero, muy mala res por cierto para que volviera a sacar de allá a la gente de Heredia.

Madroñero llegó a la segunda Antioquia, la del valle de Nori, por Frontino, le echó mano al amigo Gallego, le quebró la vara de mando y lo mandó preso para Cali.

Todo esto pasaba en 1545.

Como lo ven, pues, hemos sido muy de malas para los jefes, pues como teníamos orito cambiábamos de dueño cada ocho días. Unas veces éramos de los de Belalcázar -o de Robledo- y otras de Heredia.

En estas volvió Robledo de España, donde lo habían nombrado mariscal, pero nada que le habían hecho entrega de esta tierra.

En todo caso, él llegó a Santo Domingo y se había traído con él a su mujer, María de Carvajal y a otras 16 muchachas más, unas parientas de él y otras de misía María. Quién sabe qué cuentos les echaría para que se arriesgaran a venirse a estos montes, tan cerrados todavía. Yo creo que les echó labia por el lado de los buenos partidos que iban a encontrar aquí.

En Santo Domingo las dejó un tiempo, mientras él iba a Cartagena a conseguirles alojamiento, y cuando se los consiguió mandó por ellas, y entonces sí armó viaje él para su Antioquia que ya no era la que él había fundado, como vimos.

Cuando llegó a San Sebastián de Buenavista, en Urabá, mandó otra vez por las damas y las dejó allá mientras él volvía a entrar a Antioquia.

Pues a la segunda Antioquia llegó y dejó mandando en ella a aquel mismo Álvaro de Mendoza que había mandado en la primera. Y siguió él para adelante, y ya llegando al Cauca le dio por fundar otra ciudad a la orilla del Tonusco, y a ésta le puso el nombre de Santa Fe. Pues a esta Santa Fe pasaron pronto a Antioquia, la del valle de Nori, y juntando estos dos nombres vino a quedar llamándose Santa Fe de Antioquia, que es la querida Antioquia Vieja, de donde me mandan pulpas de tamarindo, y que fue donde nació y se crió el inolvidable doctor Fernando Gómez, que nos abandonó para siempre la semana antepasada*. Que en paz descanse.

XI

ROBLEDO (II)

Después que Robledo dejó fundada a Santa Fe, a la orilla del Tonusco, siguió Cauca arriba y llegó al pueblo de Arma, que él mismo había fundado al lado derecho de ese río, para que lo reconocieran como dueño de todo ese territorio los que estaban

mandando en ese pueblo. El alcalde Pimentel sí lo reconoció, pero los del concejo no, y eso lo embejucó tanto que por ahí derecho le quebró la vara de mando al presidente y mandó poner presos a todos los concejales. Porque éstos decían que esa tierra le pertenecía era a Belalcázar y no a Robledo.

Entonces éste, para que no fuera ninguno a piconearle a Belalcázar a Cali lo que él había hecho con los del concejo, mandó poner vigilantes en el paso del Cauca en Arma; pero siempre logró pasarse un negro y le llevaron el cuento a Belalcázar, que se puso como una fiera contra Robledo, porque siendo un subalterno de él se estaba apoderando de lo que no le pertenecía.

Aquí sigue un enredo muy aburridor de alegatos y razones y misiones entre Robledo y Belalcázar, que vino a parar en que Robledo montó por fin un campamento en la que llamaban loma del Pozo, por los lados de Pácora, en un punto muy aparente como para defenderse en caso que lo atacaran; pero no le valió, porque una noche llegaron de sorpresa los de Belalcázar y cogieron presos a Robledo y a los que lo acompañaban.

Belalcázar, por dar la apariencia de que todo era muy legal y bien hecho, hizo una especie de juicio, y allí resolvieron aplicarle la pena de muerte a Robledo y a otros de los de él. Esa fue una injusticia muy grande, porque lo más que debió haberle hecho era ponerlo preso, y si era el caso mandarlo para España a que lo juzgaran allá.

Ahora sigo con el libro:

«El Mariscal, tan pronto supo la determinación de su soberbio adversario, se dispuso a bien morir, para lo cual pidió sacerdote. Ni un momento dio muestras de súplica de clemencia y antes por el contrario conservó el estilo de su autoridad y dignidad. Encargó a un amigo que procurase ir donde doña María, su esposa (que estaba en San Sebastián, como ustedes recuerdan), para que la consolase de su parte y le perdonase por haberla traído de España a pasar tan grandes trabajos.

«Otro de los procederres que manchan la memoria de Belalcázar fue la forma de muerte con que en vano intentó imprimir baldón sobre el Mariscal, condenándolo, contra toda costumbre, a la muerte de garrote».

Sigo yo. Ahora, no se imaginan ustedes que lo que llamaban la pena del «vil garrote» era que cogían al condenado a darle con un garrote hasta que entregaba el alma a su Creador. Nada de eso. El vil garrote era un poste clavado en tierra, que tenía una argolla que le acomodaban en el cuello a mi hombre, y un tornillo que atravesaba el poste, y por el otro lado le iban dando vueltas poco a poco al tornillo hasta que el pobre cristiano moría estrangulado.

Pero la cosa no acaba ahí:

«Belalcázar llegó hasta el extremo de no permitir que los amigos de Robledo llevasen su cadáver para ser sepultado en la iglesia de la próxima villa de Arma. A todos los ajusticiados se les dio por tanto sepultura en una casa de paja indígena, que fue quemada después, no obstante lo cual sus cuerpos no se libraron del canibalismo tan practicado por los indígenas».

En esto acabó un conquistador de lo mejorcito que vino por estos lados, y que por lo menos se manejaba bien con los indios, y que fue el que fundó dos veces a Antioquia y el que descubrió este Valle de Aburrá, donde estoy para servirles.

XII

PEDROSO

Ha muerto el amigo Robledo, pasemos al otro lado de Antioquia, por la región del Magdalena.

En el Nuevo Reino de Granada, que era como nos llamábamos entonces, no había ni siquiera una audiencia, porque en España nos consideraban todavía muy poquita cosa. El único representante del Rey que andaba por aquí pidiéndoles cuenta a los conquistadores, era el visitador don Miguel Díaz de Armendáriz.

Por esa época llegaron del Perú un poco de aventureros, escandalosos y pone pereque, de los que habían estado allá conquistando con Pizarro, y como Armendáriz no supiera qué ponerlos a hacer para tenerlos entretenidos, le encomendó a un tal Francisco Núñez Pedroso, que era uno de los que había acompañado a Jiménez de Quesada en la conquista de la Sabana, le encomendó, digo, que se fuera con una partida de esos hombres a descubrir tierra en lo que es hoy el norte del Tolima y el oriente de Caldas y de Antioquia.

Pedroso salió de Santa Fe de Bogotá en 1549 -hacia ya tres años que Belalcázar se había berreado a Robledo- y pasó el Magdalena y llegó a la provincia del cacique Malquita, donde después fundaron a Mariquita, pero en vista de que no levantó allá buen oro, resolvió seguir para adelante, en busca del famoso tesoro del Pancenú, que venía a quedar propiamente en el Bajo Cauca, por los lados de Zaragoza. Pero siempre estaban muy lejos de allá todavía.

Un día, dice el historiador, «cerca de donde se hallaban alcanzaron a ver en una loma alta una población de muchos ranchos, y como el camino era muy escarpado para recorrerlo de noche, y no querían ser vistos durante el día, resolvieron seguir fuera de la vía por entre los árboles y la espesura del bosque.

«En esta diligencia marchó el propio Pedroso con 35 hombres, cuando sorprendieron el poblado de los indios, los habitantes se encerraron en sus casas, que eran en cierto modo fortificadas con puertas especiales y fuertes tablones.

«Con los intérpretes les hicieron varias invitaciones a los indios para un entendimiento pacífico, pero éstos en ninguna forma aceptaron, y en un momento dieron muerte al español Pedro Morales, con una flecha que lo hirió en la cabeza.

«En esto, sin duda para obligarlos a combatir o emprender la retirada, los españoles resolvieron pegar fuego a las casas y fortificaciones; mas no ocurrió ni lo uno ni lo otro, sino que los indígenas resolvieron perecer en medio de las llamas con sus mujeres y sus niños, sin que ninguno intentase huir, como hubieran podido hacerlo.

«Este espectáculo causó lástima y compasión a los mismos que lo habían causado, y se supone que murieron 400 personas.

«Entre los escombros, los soldados siempre tuvieron la calma de recoger de 5 a 6 libras de oro».

Pedroso siguió para adelante y llegó a un valle que llamaron de Corpus Christi, que no se sabe bien dónde quedaba, pero que debió ser en algún punto por donde pasa hoy la que llaman autopista Medellín-Bogotá.

En todo caso, en este recorrido no fundó Pedroso ninguna ciudad ni hizo mayor cosa importante que descubrir ese territorio que hoy es de Antioquia. Pero ligero se le va a poner el dulce a mordiscos con otro español que apareció, Hernando de Cepeda, como lo veremos la semana entrante si mi Dios me da vida, salud y licencia.

* * *

Andaba Pedroso en la correría que vimos, que, como recordarán, había sido ordenada por el visitador Díaz de Armendáriz, cuando en ésas supo que por esos lados andaban otros españoles, que después se vino a saber que venían con un tal Hernando de Cepeda, de la gente de Belalcázar, es decir, de los de Popayán.

Entonces Pedroso, para que Cepeda no le fuera a quitar lo que él venía descubriendo, resolvió fundar dizque una ciudad, que la puso San Sebastián. Eso serían cuatro ranchos, pero así y todo le nombró alcalde y todos los empleados que se necesitan para una ciudad de verdad, y les repartió solares a los soldados, y toda esa payasada. Y entonces sí le mandó razón, con uno de los de él, a Cepeda, que bien pudiera venir, pero no en son de pelea, porque él, Pedroso, estaba en propiedad, por estar autorizado nada menos que por el visitador del rey, que era Armendáriz. Pero lo que pasaba era que Pedroso tenía muy poquita gente y mucho miedo de que Cepeda viniera de pronto bien aperado y lo sacara tallado.

Y eso fue lo que pasó. Pero no me voy a demorar contándoles detallitos de esos disgustos de españoles con españoles, que son de nunca acabar, porque les encantaba vivir agarrados.

Lo cierto del caso fue que en esas excursiones no alcanzaron a fundar ningún pueblo, porque lo que es el tal San Sebastián duró más lo que dura un bocadillo en la puerta de la Escuela Miranda*. Lo único que hicieron fue reconocer el lado oriental de Antioquia y nada más. Tal vez alcanzarían a subir hasta el valle de Aburrá, pero no hay seguridad.

Decían que ese Hernando de Cepeda era hermano, pero al fin parece que no era más que pariente cercano de Santa Teresa de Jesús, que como ustedes sabrán era de apellido Cepeda.

Pues, cuando Pedroso llegó a Bogotá se encontró con que ya no funcionaba el visitador Díaz de Armendáriz, porque de España habían nombrado la primera Real Audiencia, que empezó a funcionar en abril de 1550.

XIII

TONÉ

Pedroso entonces le pidió licencia a esta Audiencia para volver a otra excursión por donde primero había estado, y esta vez fundó a Mariquita -que a esta hora está temblando de miedo del narcovolcán del Ruiz-; pero como esto es más bien historia del Tolima, dejémoslo y vámonos para el otro lado, por los lados del Chocó.

Por allá andaba un capitán Gómez Fernández, de los de Belalcázar, que le había pedido permiso a la Audiencia para ir a conquistar por esos lados, porque, aunque los indios de por allá tenían fama de bravos, también es cierto que por esos lados podía estar el tesoro del Dabaibe, al que tanto le habían bregado pero que no habían podido dar con él.

Por allá por los lados entre Frontino y Urrao mandaba el cacique Toné, que era todo un valiente, pues, como dice el historiador, «este representante de la raza indígena no daba tregua ni reposo a los castellanos. Bien puede decirse que en él se encarnó el patriotismo de una raza y su amor a la libertad».

Una vez lo cercaron los españoles por todos lados dentro de unos ranchos donde se había apertrechado bien, y allá les resistió seis días de sitio, éstos echándole bala y los indios, a pura flecha. Pero no se entregaban. Oigan como lo cuentan:

«Así llegó el sexto día del sitio, cuando los sitiadores advirtieron que las flechas de los naturales se les habían agotado, y pudieron acercar mechones de fuego al pie del mismo fuerte. Entonces fue cuando Toné

hizo salir a las mujeres y los niños por donde menos fueran vigilados; pero como notasen que los españoles acudieron por este sitio al ataque, Toné, con la misma espada castellana que le había quitado a uno de los españoles, defendió el sitio hiriéndolos a derecha e izquierda, hasta que, cuando consideró que debía retirarse, tomó del pie al más atrevido de los atacantes, y arrastrándolo, mientras protegía con el cuerpo del otro su retirada, sólo lo soltó al internarse en el monte».

El domingo les sigo la historia del gran Toné.

* * *

De esa quemazón logró escaparse Toné con otros indios, y fueron a atrincherarse en un punto que llamaban Nogobarco, en la punta de un alto donde era muy trabajoso subir, por lo muy pendiente. Pues allá les resistió a los españoles como un mes, y lo que más

rabia les daba a los blancos barbados era que, como los indios ya sabían algo de español, les gritaban a todo pecho:

-¡Abajo hijos de tantas! ¡Mueran!

Y cosas por el estilo.

Al fin del mes, viendo que no se entregaban por las buenas, por mucho que Gómez Fernández les había propuesto más amnistías que Belisario a los guerrilleros, resolvieron los españoles juntar toda la leña que alcanzaron a cortar y la fueron poniendo en esa falda, sostenida con palos que clavaban en tierra para que los indios no pudieran echarla a rodar, y cuando ya estuvo la falda llena de leña hasta el pie del rancho de los indios, le prenden candela y ahí sí tuvieron que salir por donde pudieron los que lograron escaparse de quedar vueltos chicharrón. Y entre éstos, por fortuna, quedó el bravo Toné, que de ahí en adelante se volvió un gran defensor de la paz cuando se convenció de que era bobada seguir con esa guerra, donde lo único que pasaba era que quedaran muertos de lado y lado, sin beneficio para Dios ni para el Diablo. Y que los españoles estaban muy bien armados y ellos estaban en los rines.

Pues este Gómez Fernández al fin no vino a hacer ninguna fundación ni conquistó el tal Dabaibe, ni nada. Después de la guerra con Toné siguió para Cartagena sin cinco, y después fue a España, donde lo nombraron gobernador para el Chocó, y cuando venía a encargarse de su gobernación murió de repente en Cartagena.

* * *

Remedios. Volvamos ahora al otro lado, más hacia el oriente, a lo que llamaban Provincia de entre los Dos Ríos, que venía a ser el territorio comprendido entre el Cauca y el Magdalena.

Por esos lados anduvieron algunos aventureros, como un tal Bernardo de Loyola y un Diego de Carvajal, que tampoco hicieron ningunas fundaciones.

El que sí vino a hacer algo fue Francisco Martínez de Ospina, que salió de la Villa de Victoria, que quedaba a orillas del río La Miel, en lo que es hoy Caldas, y echó para adelante, de Sonsón para abajo, hasta que llegó al que llamaban Valle de Corpus Christi, que parece que quedaba por los lados de San Carlos.

Allá fundó la ciudad de Nuestra Señora de los Remedios. Ahora pongan atención a lo que eran las fundaciones de los españoles de ese tiempo.

Como les contaba, allá fundó Martínez de Ospina a Remedios el 15 de diciembre de 1560. A los pocos días la pasó para el valle de San Blas, que quedaba por esos mismos lados. En 1569 la pasaron otra vez a un punto cerca de Yolombó, y allá, según cuenta el cronista Fray Pedro Simón, fue «una buena ciudad porque tuvo buen sitio, buenas aguas y tierras para maíz y muchos naturales que le servían; los vecinos gente principal y por lo general hijosdalgo de aventajados entendimientos, muy sociables y conformes, buena iglesia, ermitas, hospitales y cofradías y lo demás que ha menester una ciudad para hacer urbanidad».

Pues con todas esas ventajas, siempre volvieron a trastear con ella esta vez para los lados de Cancán hasta que por fin, en 1594, vino a quedar donde está hoy, que por ser tierra muy rica en oro, de ahí si no la movieron más.

XIV

GASPAR DE RODAS (I)

Uno de los compañeros de Belalcázar, es decir, de los que venían de Popayán, era Gaspar de Rodas, que había acompañado a Robledo cuando éste fundó a la que él llamó Santa Fe, que después vino a ser Santa Fe de Antioquia, que es la querida ciudad de Antioquia de hoy.

Rodas fue el que la organizó, porque lo que es Robledo, ése sí era: «pueblo fundado, fundador ido». Rodas siguió viviendo en ella, y tenía vara alta, como dicen; pero sin embargo siempre le tocó un caso fregado. Y fue que un tal capitán Francisco Moreno de León lo desafió a duelo quién sabe por qué disgusto

que tuvieron, y el día llegado se salieron afuerita del pueblo y eso fue para ya que Rodas lo dejó tendido en el suelo, completamente muet-to, como dicen en Cartagena.

Entonces la viuda de Moreno le puso la queja a la Real Audiencia de Bogotá, y de allá mandaron un juez a Antioquia, que condenó a Rodas a pagar una multa, a destierro de Santa Fe de Antioquia, y a la guandoca de Anserma, donde estuvo guardado como dos años.

Y a los dos años el gobernador de Popayán, Álvaro de Mendoza, le levantó el castigo y entonces ya pudo volver a Santa Fe de Antioquia, donde fundó una compañía para explotar minas, y en 1569 ya tenía un puesto muy importante en la ciudad.

«Al finalizar ese año -dice el historiador- el gobernador de Popayán, Álvaro de Mendoza, bajo cuyo mandato estaba aún la provincia de Antioquia, como hubiese reparado en las grandes dotes de don Gaspar, lo nombró Teniente de Gobernador en Antioquia, con el encargo de que pacificase a los indígenas de la región, rebelados desde hacía cinco años, y para que hiciese nuevas fundaciones.

«Para el efecto, el nuevo Teniente empezó por invitar a sus amigos. Desde Popayán llegaron 30, y con éstos y los de las vecindades formó una columna de 94 castellanos bien equipados, con 700 indios de servicio, más de 300 caballos, 400 vacas y más de 300 puercos, fuera de algún ganado menor. Se dispuso a no echar pie atrás hasta no dejar dominadas las tribus, y el 6 de enero de 1570 salieron de Santa Fe de Antioquia».

Cogieron por los lados de Peque y allá acamparon unos días. En esa región vivían unos indios que tenían por cacique a un viejito que querían y respetaban mucho, que se llamaba Sinago.

A Sinago lo mandó a saludar Rodas y a ponerle a las órdenes y que lo invitaba a que vivieran en paz. Sinago se juntó con los principales indios y después de pensar muy bien la cosa resolvieron que para ellos era mejor seguir con la libertad que tenían, que no tener cuentas con esos españoles, que primero venían con muchas zalamerías y después no hacían sino quitarles el orito que tuvieran y después ponerlos de esclavos a que les trabajaran, para ellos poder pasársela bien buena. Que ellos ya conocían mucho ese tiritito. Que al toro no lo vuelven buey dos veces, para no decir ese refrán del perro, que es tan vulgar. Y le mandó decir Sinago a don Gaspar que se fueran para los infiernos o para la porra, para donde quisieran, pero que los dejaran tranquilos o que les iba a saber a cacho.

Entonces Rodas pasó su campamento para un morro algo alto y como seguro para defenderse, y recogió bastante leña y provisiones como para resistirles a los indios, caso que vinieran a atacarlos. Y cuando los indios vieron que los blancos definitivamente no tenían intenciones de irse, le alzaron candela a ese morro y eso fue la hora llegada. Pero en medio del incendio logró salirse un capitán Fonseca con algunos soldados y atacaron por detrás a los indios y los pusieron en derrota.

Y esto ya como que se acabó por hoy. Hasta el domingo, muchachas y muchachos. Chao.

* * *

Les contaba el domingo que cuando los indios le prendieron candela al morro donde estaban los españoles, un capitán Fonseca se había logrado escapar con algunos soldados y les había caído por detrás a los indios y los había puesto en derrota. Ustedes me van Ga perdonar, pero, como dicen, me inquirió y no era Fonseca sino Pineda el apellido de ese capitán.

Pero como ese detallito no es que valga mucho la pena, sigamos. La gente de Rodas se dividió en tres partidas. Una de ellas, que la mandaba Juan de Velasco, siguió por las montañas de los indios Nutabes y llegó al Cauca, donde encontraron un puente muy mentado, que los indios llamaban de Aberunco, que habían hecho con bejucos «pero que era de relativa solidez y revelaba, una arte maestra en su construcción». Al otro lado del río, ya en terrenos de lo que hoy es San Andrés de Cuerquia, se encontraron una vieja que estaba lavando oro, y por eso pusieron ese valle el Valle de la Vieja. Es como lo que pasó en Cartago, que también allá encontraron los españoles una vieja en las mismas y pusieron ese río de la Vieja, que es el que atraviesa uno cuando va para Cali.

Pero volviendo a la otra vieja, a ésta le quitaron los españoles el orito que tenía, como si hubieran sido de estos atracadores de ahora, y aunque ella les indicó donde podían encontrar más, tuvieron que salir en desgracia cuando sintieron pasos de animal grande con un escuadrón de indios que se les vino encima.

Otro de los grupos de la gente de Rodas iba al mando de un Fernández de Rivadeneira, y ese, como lo cuenta el historiador, «entró al valle de Teco, y una vez informado cayó en horas de la noche sobre el poblado y apresó al cacique con gran parte del caudal. Éste, bastante hábil, le hizo creer que todos los indios comarcanos traerían una gran cantidad de oro para su rescate si esperaba unos dos o tres días sin retirarse, mientras iban y venían sus emisarios. Rivadeneira aceptó, por la codicia, y lo que llegó en la mañana que esperaba recibir las riquezas, fue una gran cantidad de guerreros indígenas que atacaron de sorpresa con numerosas flechas, piedras y macanas, de tal modo que los castellanos tuvieron que retirarse combatiendo a la defensiva y abandonaron, no sólo el botín que habían tomado, sino muchos de sus propios haberes. Gracias a sus aceros, balas y escudos, pudieron causar gran número de muertos entre los atacantes, que los persiguieron gran trecho, hasta que por fortuna para los castellanos les llegó refuerzo que les despacharon del campamento, cuando de allá se dieron cuenta del combate por las detonaciones de los arcabuces.

«Así pudieron llegar al campamento con numerosos heridos, entre los cuales se encontraba el mismo Rivadeneira, que presentaba cinco flechazos.

«A estos heridos se les atendió con la única cura que entonces conocían, consistente en cortar alrededor de la herida y quemar con un hierro calentado al rojo blanco. Sólo así entonces lograban escapar, pero es de anotarse que las flechas de estos no tenían el terrible veneno de la costa, cuyas heridas producían tétanos».

Después de esto mandó Rodas a Pineda con 50 hombres a que fuera a castigar a esos del Valle de Teco por la derrota que le habían pegado a los de Rivadeneira. Pineda fue y cumplió y dejó bien castigados a esos indios, que lo único que estaban haciendo era defendiendo su tierra. Después siguió descubriendo hasta los nacimientos del Sinú, pero de allá se tuvo que devolver porque la gente ya estaba muy descontenta por no encontrar los tesoros que le habían pintado.

Y eso es todo por hoy.

Hasta el domingo compañeros.

Después de esa excursión de Pineda a los nacimientos del Sinú, y como vino contando maravillas de esas tierras: que no sólo eran muy fértiles sino que prometían muchas riquezas, entonces fue cuando Gaspar de Rodas resolvió fundar una ciudad.

Porque esa era una de las obligaciones que tenían los conquistadores: fundar ciudades, para repartirlas entre los que las fundaran, y de esa manera irse apoderando de lo descubierto. Porque si apenas pasaran de largo sin fundar nada, esas tierras seguirían en poder de los indios, y lo que quería la Corona es que fueran de España.

En vista de esto, como les decía, resolvió Rodas fundar una ciudad por los lados de Paramillo, en Ituango, y la puso San Juan de Rodas.

En ella dejó como teniente y Justicia Mayor -con mayúsculas y todo- es decir, como alcalde, a Juan Velasco. Rodas se devolvió para la ciudad de Antioquia, donde lo recibieron muy bien.

XV

VALDIVIA Y JUAN VELASCO

Por ese tiempo un tal Lucas de Ávila, que era vecino de Anserma, tuvo la idea de que lo que llamaban tierra entre los dos ríos -que eran el Cauca y el Magdalena-, que venía a corresponder a lo que es hoy Antioquia, se independizara de Popayán, y para eso mandó a España a su amigo Andrés de Valdivia a que

intrigara en la Corte para que crearan esa gobernación y que lo nombraran a él -a Ávila- como su primer gobernante.

Valdivia sí fue a España, pero le jugó machorrucio a Ávila, porque consiguió, pero para él, la gobernación de la tierra entre los dos ríos. El título que trajo fue: Gobernador y Capitán General de las Provincias de Antioquia, Ituango, Nive, y Brerunco y tierra entre los dos ríos y Provincia de Urabá hasta el mar del Norte. Pa que no frieguen.

Este nombramiento se lo hicieron en 1569.

El amigo Valdivia se vino de España con una gran comitiva, y con la mujer de él y hasta con el gato, y llegó a Cartagena, y después, por tierra, por esa casinadita de montes llegó a la ciudad de Antioquia, donde fue muy bien recibido por Rodas que, como recordarán, era el que mandaba la parada en esa ciudad. Valdivia, que ya era el gobernador, dejó en sus puestos a Rodas en Antioquia y a Velasco en San Juan de Rodas, y no se quedó quieto, sino que breve, breve, mandó gente y ganado y provisiones a San Juan de Rodas, para ver si pelechaba ese nuevo entable, y armó una expedición para ir a darles una pela a los de Peque, como castigo por haber matado en tiempo pasado a dos españoles. Por fortuna, entre los de Peque no se encontraba todavía nuestro querido amigo Bernardo Guerra.

Y pongan cuidado a cómo cuenta el historiador lo que les pasó en esa correría de castigo:

«Para el efecto atacaron algunos españoles esta provincia por la noche y apresaron el cacique; pero cuando menos lo pensaron salió de entre los nativos un joven gallardo y animoso, al cual trataron de poner preso siete castellanos; pero por largo tiempo la tentativa se hacía inútil porque este valeroso mancebo, a decir del mismo cronista de los conquistadores, los tendía por el suelo, levantaba por los aires en pedazos los escudos y las rodelas, ponía en fuga a otros y parecía no sentir las heridas punzantes de las espadas y los cuchillos, hasta que al fin, rendido solamente por el mayor número, se entabló una discusión sobre la clase de castigo que habrían de darle, o aun la muerte, más no faltó el admirador del heroísmo, que en este caso lo fue Alonso de Arce, quien llegó a considerarlo como un Aquiles y pidió para él la vida, lo que al fin se acordó, después de señalarlo en alguna forma cortándole las orejas, para así distinguirlo».

* * *

Repasemos un poquito, para que no se nos vayan olvidando las cosas. El gobernador nombrado para la Tierra entre los dos Ríos -Cauca y Magdalena, lo que es hoy del departamento de Antioquia- era Andrés de Valdivia. Éste había dejado mandando en Santa Fe de Antioquia a Gaspar de Rodas, y en San Juan de Rodas, que quedaba por los lados de Ituango, a Juan Velasco.

Este Velasco, que había hecho antes una entrada a las cabeceras del Sinú, como que le quedó gustando esa región y quiso volver a echarse otro viajecito por esos lados, a ver qué levantaba.

Dejó algunos cuidando el pueblo y él salió con meros 30 hombres, caballos y perros, fuera de los indios que siempre iban con ellos llevándoles el bastimento y los corotos. También acostumbraban llevar algunas indias por lo que pudiera ocurrir.

Pero lo malo era que estaban en la tierra de los catíos, que no eran fruta que come mono, y que se la tenían jurada a los españoles y estaban más alzados que nagua de loca. Por eso cuando Velasco, que era buena persona, les mandó decir a los caciques que él venía por las buenas y no con ánimo de hacerles la guerra, ellos como que no le creyeron bien, porque ya tenían experiencia de otros conquistadores, así que un día en que éstos iban a pasar una quebradita, resulta que había más de mil indios escondidos entre unos matorrales, y se les dejan ir a los españoles, que tuvieron que salir en desgracia. Y siempre mataron los indios como diez blancos.

Los españoles que quedaron lograron arrimar a un rancho y allá se resguardaron hasta que llegó la noche, y los indios no se atrevieron a atacarlos en el rancho, de miedo de los perros.

Esa noche, mientras unos de los españoles cuidaban el rancho, como celadores, otros empezaron a armar unas balsas de mala muerte, con los palos que encontraron, y amarrados con guascas, para ver si lograban pasar el río sin que los indios se dieran cuenta. Porque era que estaban a la orilla del Sinú, por donde van a hacer la tan mentada represa de Urrá.

Apenas tuvieron listas las balsas se embarcaron todos pero tuvieron que dejar abandonados los caballos. Y cómo les parece que en medio río empiezan esas balsas a desbaratarse que eso parecía la hora llegada, y al agua fueron a dar los que iban encima, y siempre se ahogaron dos españoles y algunas indias del servicio. Los que lograron salvarse se devolvieron para el campamento de donde habían salido, y de paso llegaron a un pueblito donde no encontraron sino mujeres y muchachos chiquitos, porque los hombres se habían ido para la guerra.

Como vieron el pueblito tan tranquilo pensaron quedarse a pasar la noche en él, pero una india les dijo que no hicieran tal, porque los indios les iban a atacar a San Juan de Rodas. Que volaran, porque eran capaces de acabar con ese pueblo. Y sigo ahora con el libro:

«Convencidos los castellanos del anuncio, cargaron rápidamente con las provisiones y llegaron a San Juan a media noche. A las primeras luces de la aurora los indígenas, que se habían acercado durante la noche, rompieron el ataque con sus tambores, bocinas y alaridos, y con ímpetu feroz comenzaron a descargar una lluvia de flechas, hondas y dardos, con guerreros escogidos en número mayor de 1.500, y con picas que detenían la acometida de los caballos. Cada vez que conseguían los castellanos rechazarlos con la

caballería y los arcabuces, volvían al ataque con mayor brío, y tras largo batallar en que la sangre corría por el campo, se retiraron los indígenas cuando habían caído 300 de ellos en el campo, y 12 castellanos quedaron heridos, y cuatro de ellos muertos». Entre ellos el querido capitán Juan Velasco, el que mandaba la parada en San Juan de Rodas.

Recemos un padrenuestro por su alma.

* * *

Toda esa época fue de peleas seguidas con los indios catíos, que estaban alzados y no había trapitos con qué agarrarlos, y cuando no atacaban a los españoles en campo abierto, les quemaban las rocitas de maíz antes de que empezaran a choclear.

Los tenían ya medio locos.

Con el ataque que les hicieron a San Juan de Rodas se vieron los españoles muy en la olla y tuvieron que mandarle razón a Valdivia, que estaba en Santa Fe de Antioquia, que viniera a socorrerlos cuanto antes. Valdivia fue a San Juan de Rodas y lo encontró todo caído y vuelto un desastre, y resolvió pasarlo para otra parte. Y así lo hizo, y le nombró como justicia mayor, es decir, como el mandamás, a un Antonio Osorio, y él se devolvió para Santa Fe de Antioquia.

En las guerras de ese tiempo entre españoles y catíos figuró mucho un indio que se había hecho bautizar y le habían puesto el nombre de Pedro Catía, que había aprendido a hablar muy bien el castellano y les servía como espía a los españoles; pero más bien era espía para la gente de él, los catíos, y mantenía muy enterado al cacique de ellos, Agrazaba, de todo lo que tenían planeado los españoles. Jugaba pues con dos naipes el condenado.

Ahora resulta que había una india muy querida, hermana del cacique Agrazaba, que se enamoró de un español, y un día pidió que la dejaran hablar con los jefes blancos, que tenía que contarles cosas que les convenían. Antonio Osorio, el Justicia Mayor, la llamó y le oyó todos los cuentos que ella le soltó de que su hermano Agrazaba había alistado un batallón muy grande de indios bien armados para atacarlos, y que el plan que tenía era éste y éste.

Los jefes españoles le oyeron todo ese cuento, pero al mismo tiempo pensaron: «y si de pronto esta india nos está engañando y el plan que tienen no es ése, y caemos en una trampa... Lo mejor es que la hagamos confesar, del modo que sabemos».

Y el modo que sabían era el de la tortura, que se usaba tanto cuando no había Comité de Derechos Humanos. (Y ahora también, si le vamos a creer a Vásquez Carrizosa*...)

Pues la amarraron y la hicieron ver hasta chispas, pero ella se sostuvo en lo que había dicho. Y entonces la soltaron, y ella se hizo bautizar y quedó llamándose Catalina, y siguió feliz al lado de su amigo el español. ¡Ah lindo que es el amor!

Pues lo que es el indio Pedro Catía no volvió a aparecer por el campamento, y con esto se supo que la india sí les había dicho la verdad cuando lo acusó de sapo de dos caras.

Por ese mismo tiempo el gobernador de Popayán venía acusando a Valdivia en el Consejo de Indias, en España, de que estaba en terrenos que no le pertenecían, porque lo que le habían dado a él era la Tierra entre los dos Ríos, que queda al lado derecho del Cauca, hasta el Magdalena, y él estaba conquistando y funcionando al lado izquierdo, en Santa Fe de Antioquia y San Juan de Rodas y toda esa parte. Pues tanto jeringó hasta que de España le mandaron a Valdivia lo que llamaban una providencia en que le mandaban pasarse para la tierra que le habían dado y salir de donde estaba.

Valdivia, callado la boca, armó una partida de 47 españoles, 20 negros y 200 indios y salió con ellos para la orilla del Cauca, con la intención de pasarse para la tierra que le habían adjudicado. Pero no les dijo nada a sus hombres, y el domingo será que vemos cómo le fue.

* * *

Valdivia no les quiso contar a sus hombres que él quería pasarse por el otro lado del Cauca porque de España le habían ordenado que desocupara la tierra en que estaba, y les echó el cuento de que para donde iban era más fértil y los indios más mansitos.

Lo cierto del caso fue que la gente lo siguió, y entre todos se pusieron a construir un puente con bejucos y sogas para pasar el Cauca por una angostura. Y lo hicieron. Siempre es mucha gracia. Y por él pasaron el 2 de febrero de 1574, día de La Candelaria, por cierto. Los animales pasaron a nado, pero siempre se les ahogaron un poco de vacas, bestias y marranos. Es que esos españoles cuando iban a colonizar salían con todos los animales y semillas que fueran a necesitar.

Valdivia fundó otro pueblo al que le puso el nombre de Úbeda -con acento en la u- que así se llamaba el pueblito de Andalucía donde él había nacido. Allí estuvieron un tiempo trabajando tranquilos y en paz con los indios, hasta que un día recibió Valdivia una carta anónima en que le contaban un poco de historias sobre

su mujer, que se había quedado en el pueblo de Victoria, por los lados de donde está hoy La Dorada, en casa de unos parientes.

Con esto tuvo el pobre Andrés Valdivia para volverse medio loco de la desesperación. O, mejor dicho, loco del todo, porque empezó a tratar mal a la gente, él, que había sido de los más decentes. Cómo se pondría, que cuentan que en una ocasión les cortó las patas a unos caballos.

En vista de eso, tres de los hombres de él salieron para Santa Fe de Bogotá a ponerle la queja a la Real Audiencia, y de allá mandaron a Antón Gómez a reemplazarlo. Cuando los que habían ido a Bogotá y Antón Gómez llegaron donde Valdivia, lo tranquilizaron haciéndole saber que lo que le habían contado de su mujer eran puras calumnias. Que estuviera tranquilo. Con esto se arregló todo, y entonces él nombró teniente de él a Antón Gómez, que lo iba a reemplazar, y lo mandó como jefe de otro pueblo que se llamaba Pesquerías. A Francisco Maldonado lo mandó a que les diera vuelta a los indios nutabes de la orilla del Cauca, y él se quedó en el valle de San Andrés de Cuerquia con unos 30 hombres, de los que la mitad eran negros.

A Maldonado le fue muy mal porque en un ataque que le hicieron los indios mataron un poco de españoles, entre ellos al mismo Maldonado.

Mientras tanto, una noche en que Valdivia y su gente dormían muy desprevenidos, fueron llegando unos 500 indios y cercaron el pueblo. Unos de ellos entraron como muy formales a decirle a Valdivia que le traían unos regalitos, que perdonara la poquedad. Y mientras los españoles estaban curioseando los tales regalitos, les cayeron encima los otros indios que se habían quedado afuera y los mataron a casi todos, menos a unos que huyeron. No quisieron matar de una vez a Valdivia, que estaba con una india que le servía de intérprete y quien sabe de qué más -porque no me consta- y los quisieron dejar vivos dizque para después hacer burla de ellos delante de los demás indios.

Uno de estos le dijo a los otros que era vergonzoso matar a un hombre que había peleado como un valiente y que ahora estaba rendido; pero «un cacique exaltado llamado Quimé levantó una pesada maza que, asentada sobre la cabeza del vencido, le destrozó el cráneo de un golpe. El indígena Ubaná hizo igual con la pobre india que le servía de intérprete».

Y en esas me vine yo
y gracias a Dios que nada me tocó.

XVI

GASPAR DE RODAS (II)

Ustedes recordarán que don Gaspar de Rodas era el que mandaba en Santa Fe de Antioquia, que con todo el territorio antioqueño que hay desde allá hasta el golfo de Urabá pertenecía a la gobernación de Popayán, y que a Andrés de Valdivia le había entregado la Corona, para que la gobernara, el resto de Antioquia, que era la que llamaban Tierra entre los dos Ríos, que eran el Cauca y el Magdalena.

Pero con la matada de Valdivia quedó esta tierra entre los dos ríos muy falta de un gallo alentado, como había sido Valdivia, para que pudiera ponerles freno a esos indios de ese lado, que eran algo alzados. En vista de esto, los vecinos de Santa Fe de Antioquia mandaron a Bogotá a contar el caso y a que les nombraran un gobernador que les sirviera. El que mandaba en Bogotá en ese tiempo era don Francisco Briceño, y como éste conocía muy bien a Rodas, y sabía que ése era el hombre, lo nombró encargado de castigar a los indios que habían matado a Valdivia y compañeros.

Por ese tiempo ocurrió una historia que es hasta graciosa. Resulta que un día se les presentó a los indios del valle de Ebéjico, por los lados de Ituango, una especie de brujo que se llamaba Sobze, «que quizá no era más que uno de tantos hechiceros con suficiente malicia para explotar su ascendiente entre los crédulos aborígenes de entonces. Así, pues, se hizo presente por el mes de marzo de 1575 con vestiduras negras y larga cabellera y les anunció a numerosos indígenas que para sacarlos de la esclavitud en que los tenían los españoles haría venir un gran diluvio que acabaría con todos los cristianos, y que para librar a los indios de perecer, debían subirse a tres cerros altos que señaló, los que estarían libres de la invasión de las aguas. Que allí debían llevar todas las semillas necesarias para que, cuando las aguas volviesen a descender, pudiesen hacer los nuevos sembrados en tierra libre de españoles, y que esto debía cumplirse en el término de seis días.

«Con el objeto de extender la noticia envió a tres jefes de los principales y los naturales creyeron el embuste y no se halló indio ni india que no partiese hacia las alturas señaladas, lo que, visto por los españoles, fue causa de que les preguntasen sobre el motivo, y mucho se rieron de la ingenuidad de los indios».

Esto acaba en que llegaron los seis días y como no ocurrió nada, «los indígenas se volvieron a sus casas y muchos se hicieron bautizar».

Después de esto sí se propuso Rodas dar con los que habían matado a Valdivia, para darles un castigo que no les quedara gana de volver a tocarle un pelo a ningún jefe español. Y oigan lo que les mandó a hacer, cuando les echó mano:

«...les debo condenar y condeno en pena de muerte, y la justicia que les mando hacer es que sean sacados de la cárcel donde están presos y con sendas sogas o cabuyas al pescuezo sean llevados aprisionados con voz alta de pregonero que manifieste su delito hasta la parte de arriba de este real, cerca del asiento donde dicho gobernador Valdivia fue muerto, condenando sean colgados del pescuezo y ahorcados en la horca, levantados los pies del suelo donde estén hasta que naturalmente sean ahorcados y muertos, después de lo cual mando sean cortadas las cabezas, y los cuerpos se hagan cuartos, y los cuartos sean llevados y puestos en el lugar donde cometieron los delitos y muertes del dicho gobernador y la demás gente cristiana, y en los cerros y altos más cercanos a dicho lugar».

¿Les quedaría gana?

* * *

Después que Rodas castigó a los que habían matado a Valdivia, siguió Cauca abajo y fundó a Cáceres, al lado derecho del río, y en seguida se fue para Bogotá a rendir cuenta de lo que estaba haciendo, y allá quedaron tan contentos que lo nombraron gobernador en propiedad de la Provincia entre los dos Ríos, que era el cargo que había tenido el difunto Valdivia.

De España le vino también la confirmación de este nombramiento, pero, eso sí, advirtiéndole que lo que era la ciudad de Antioquia, que queda al lado izquierdo del Cauca, es decir, que no está entre los dos ríos, que son el Cauca y el Magdalena, que esa era harina de otro costal y que seguía dependiendo de Popayán.

Rodas, que quería mucho a Santa Fe de Antioquia, y que había sido uno de sus fundadores y donde había vivido tanto tiempo, pidió que también se la dieran a él dentro de su gobernación, y decía así en un memorial que le mandó al rey:

«Los vecinos de la villa de Santa Fe de Antioquia no pueden ser gobernados por el gobernador de Popayán, ellos ni los indios de sus encomiendas, por estar más de ciento y veinte leguas apartados de las ciudades de Cali y Popayán, donde ordinariamente residen los gobernadores de Popayán».

A esto le dieron caramelo en España y no se lo vinieron a conceder al amigo Rodas sino 5 años más tarde, en 1584.

Por el año en que Rodas pedía que le dieran a Santa Fe de Antioquia se sublevaron los indios de la recién fundada Cáceres, y tuvo que salir él volado para allá a poner orden. Y sigo con lo que escribe el historiador:

«Salió Rodas de Santa Fe de Antioquia con una partida de 30 soldados valerosos y experimentados y cierta provisión de ganado, con lo que pudieron vadear el furioso Cauca y llegar a la nueva fundación, donde fue recibido con gran regocijo, por tener puestas en él las esperanzas de pacificación...

«Hizo al llegar cierto castigo en los más culpables, pero no pudo darle alcance al cacique Omagá, el cual se había retirado a las montañas. Rodas envió en su persecución a Juan Arias, quien salió con 20 hombres solamente, los que siguieron hasta donde empezaban las altas y espesas montañas, marcha que era observada por los espías del cacique. En estos lugares comenzaron a ser visitados por un joven atento llamado Tequirí, sobrino del cacique Omagá, quien empezó a ofrecerles condiciones para una paz duradera. Arias aceptó la paz en principio y le pidió que escogiera un lugar para la entrevista con el cacique.

«Al día siguiente volvió el joven indígena con la nueva de que cerca de allí, en campo llano, tenían dos habitaciones donde podría verificarse la entrevista y donde además le darían oro y otras cosas para el gobernador. En efecto, tras una loma había un campo descubierto entre espeso monte, con dos casas pequeñas y alrededor numerosos indígenas con abundante comida como obsequio.

«No estaba, sin embargo, el cacique, al que esperaron por varios días. Pero venían otros indígenas con algún armamento, por lo cual los españoles empezaron a recelar, y por eso tomaron en secreto a uno de los indios, a quien por medio del tormento lo obligaron a confesar cuanto sabía.

«Tal declaración reveló que en el curso de tres días llegarían muchos caciques, con acompañantes sin armas y a distintas horas, para no inspirar temor. Tras éstos vendría Omagá con numerosos regalos, acompañado por 24 hombres desarmados, pero dejando ocultos en el monte vecino 700 hombres de armas, listos para el ataque. Era, por tanto, una trama y conjura que había de resultar semejante a la cumplida con Valdivia».

Yo creo que vamos a tener que suspender por hoy y el domingo veremos en qué para esta telenovela.

* * *

Ibamos en que el cacique Omagá iba a venir a las dos casitas en esa abertura del monte, para entrevistarse con los españoles, y que iba a traer regalos y con él iban a venir 24 indios desarmados; pero en el monte vecino se iban a quedar escondidos 700 indios armados. Ahora sí, sigamos leyendo:

«Esta revelación fue confirmada por los hechos, porque el miércoles y el jueves siguientes estuvieron llegando caciques, cada uno acompañado de unos 10 indígenas de buen porte, aunque sin armas, habiendo sido el primero en llegar uno llamado Taquimiqui. Durante estos dos días los españoles amarraron a 50 de estos acompañantes, y los encerraron en las dos casitas.

«El viernes siguiente, último día de 1579, llegó Omagá, el gran cacique, con 24 compañeros, sin armas, como los anteriores. Los españoles, convencidos de que el plan se realizaba como se los habían anunciado, hicieron, aunque con temor, oración y se aprestaron a pelear con toda decisión en la ejecución de contramedidas desesperadas del momento.

«Como Omagá no viese allí a los que pensaba encontrar, hizo señas a sus acompañantes, y entonces los conquistadores dispararon sus arcabuces sobre él y los que estaban más próximos, todos los cuales rodaron por el suelo.

«Acto seguido apareció, en número mayor del anunciado, la multitud de guerreros, ordenados de a 9 por frente y mandados por Tequirí, el sobrino de Omagá, todos bien armados y en actitud de combate, el cual se inició inmediatamente como por asalto, con lluvia de flechas que los castellanos contestaron con disparos de arcabuz seguidos, desde las casas que habían preparado como fortín, a la vez que con espadas y rodelas atacaban y rechazaban a los que estaban más cerca.

«Por presentarse en tropel los indígenas hubo disparos que echaron a varios por tierra, cuando no muertos. Así perecieron Tequirí y algunos de los principales.

«Como el combate no daba trazas de finalizar, los indígenas resolvieron prenderles fuego a las dos casas, sin reparar o sin saber que dentro de ellas estaban 50 de los suyos amarrados, los cuales perecieron en el incendio.

«Los españoles, por su parte, se pudieron retirar, a favor del humo, hasta el monte cercano, donde de nuevo se hicieron fuertes. Allí, en medio de los lamentos de los heridos, pudieron descansar hasta la media noche, cuando resolvieron regresar a su base, pero no por el camino, porque temían una emboscada, sino por entre el monte.

«Numerosos indígenas quedaron en el campo, fuera de los quemados en el incendio, y entre los españoles solamente tres no estaban heridos por flechas, y entre los otros 17 había quien presentara seis o siete flechazos.

«Cinco días ocultos por entre las ramas, y con la dificultad de llevar heridos, gastaron para un recorrido normal de medio día. En este trayecto murieron dos de los heridos. Llegados al paso del Cauca, no tenían fuerzas ni recursos para pasarlo, pero mientras meditaban en esta situación les llegó a la otra orilla el

socorro de 30 españoles que, al mando de Juan Meléndez, habían salido de Cáceres tan pronto les habían llegado noticias de la situación tan angustiosa que atravesaba esta expedición, que suponían perdida.

«Ya descansados hicieron buenas balsas con las cuales pasaron el tormentoso río y así pudieron llegar a Cáceres, donde los heridos fueron tratados cuidadosamente, a la manera de entonces, cauterizándoles con hierros al rojo las heridas, por lo cual ninguno de ellos murió».

* * *

En 1580 -como quien dice hace 406 años- salió don Gaspar de Rodas de la ciudad de Antioquia con el ánimo de aventurar por el lado de acá, es decir, por el Valle de Aburrá, donde está hoy Medellín, y de aquí siguió río abajo...¿Cuál río? Pues uno que cambia de nombre cada que le desemboca otro. Comienza llamándose Aburrá, aunque ya nadie lo llama así sino Medellín; cuando le cae el río Grande se sigue llamando Porce; después cuando le desemboca el Nechí, que es más chiquito que él, se sigue llamando Nechí, y así sigue con este nombre hasta que desagua en el Cauca.

En todo caso, Rodas siguió por este río para abajo, por entre monte, porque en ese tiempo este valle era monte cerrado, hasta que llegaron a un punto donde se quedaron a descansar unos días, y a alistar provisiones para el resto del viaje, principalmente carnes de unas reses que mataron y tasajearon, y por eso fue que le pusieron a ese punto el nombre de Sitio de la Tasajera, que es lo que hoy es Copacabana, que muchos llaman todavía El Sitio.

Démosle la palabra al doctor Pacho, que cuenta muy bien lo que sigue: «Siguieron siempre al norte por la orilla del río. En esta hoya, hoy de población y recursos, padecieron entonces mucho por falta de ellos, si bien tampoco encontraron resistencia por parte de los naturales.

«Esto no obstante, las dificultades principales fueron con la misma naturaleza, por lo abrupta de ella y sus malas trochas para atravesar.

«De este modo y con estas luchas llegaron al cabo de 40 ó 50 días a lugares más despejados y cultivados, sobre todo hacia la orilla opuesta del río, donde resolvieron construir puente; pero cuando tal objeto se proponían, los naturales aparecieron en la orilla opuesta armados y resueltos para oponerse al paso. Estos indígenas se presentaron ricamente ataviados, no sólo de penachos vistosos, sino de pectorales y diademas de oro puro y con otras joyas que a las claras revelaban la riqueza del codicioso metal en esa región.

«Pronto se inició del lado indígena el vuelo de las flechas y dardos, que fueron contestados por los arcabuces de los conquistadores a través del río, sin que se hiciesen mayor daño por la distancia, hasta que uno de los conquistadores, que era mestizo de español con india, alcanzó a herir de muerte con un arcabuzazo al principal de los indios.

«No obstante el natural desconcierto que se produjo entre los indígenas, éstos continuaron resueltos y en orden oponiéndose al paso del río, por lo cual Rodas se dirigió con 36 hombres y en secreto, por la parte montuosa de la orilla, en busca de un paso oculto.

«Elegido el paso mejor, dioles orden a los suyos de pasar a nado, más como mostraran alguna vacilación, Rodas, como verdadero capitán, comenzó a quitarse las botas para arrojarse él de primero, lo cual visto por sus soldados fue suficiente para entender la lección y tratar de pasar a nado con sus espadas y rodela; pero no pudieron llegar hasta la otra orilla ni por dos puntos diferentes porque los indígenas, advertidos, se opusieron arrojando numerosas piedras, en vista de lo cual fue necesario construir unas balsas, y distrayendo la atención por otras partes, las balsas lograron pasar un número de 40 hombres, los que atacaron detrás desde el monte y con esto y los arcabuces que ya conocían estos indios yamesies, resolvieron tomar la retirada con sus mujeres y niños».

Ya siquiera pasaron al otro lado los españoles. Dejémoslos tranquilos reponerse de estas afugias hasta la semana entrante

* * *

Sigamos con la correría de don Gaspar, Porce abajo, más o menos como la cuenta Duque:

«Pasado el río llegaron a un lugar donde hallaron buenas provisiones de boca, y después de descansar dos días siguieron adelante, donde los indígenas les llegaban unas veces de paz y otras a presentar resistencia.

«A una legua del paso entraron a una población, donde el gobernador Rodas se pudo alojar en una buena casa de un cacique, bien provista de alimentos como maíz y legumbres. Ésta y otras casas estaban abandonadas, por lo cual Rodas, temiendo una sorpresa, despachó a dos capitanes para que cada uno, con 20 hombres, fuesen el uno río abajo y el otro río arriba y recogiesen cierto número de indígenas con sus familiares y los trajeran al campamento. Volvieron con ellos a los seis días, y Rodas hizo retener a los hombres y dejó volver a sus casas a las mujeres y a los niños con algunas baratijas como regalo, y les dio permiso a las mujeres de volver a visitar a su maridos cuando quisieran.

«Generalmente estos indígenas eran guerreadores, pero no antropófagos, como la mayoría de sus vecinos. El buen trato que supo dispensarles el gobernador Rodas fue de gran efecto en adelante, con lo que el prestigio de este humano mandatario se fue extendiendo entre los indígenas como lo estaba entre los castellanos. Después de adoctrinar a los indios se les dio libertad, dándole a cada uno una camisa, machete o hacha y alguna cantidad de sal, de la que carecían y que apreciaban mucho.

«Tanto efecto de paz produjo este proceder, que en adelante los indígenas acudieron siempre en forma amistosa para traer presentes, y una vez hubo en que acudieron hasta 300, lo que llegó a poner en estado de alarma a los conquistadores; pero no cambió en nada la intención amistosa.

«Allí permanecieron unos seis meses, al cabo de los cuales el ejército de expedicionarios se movió río abajo, y a unas diez leguas de allí llegaron a una limpia vega con buenos sembrados y palmas, y el gobernador se alojó en una gran casa que lucía limpieza y comodidad.

«No lejos de este sitio encontraron los soldados de 15 a 20 cadáveres de indígenas, y como les preguntasen a los naturales amigos el motivo, éstos salieron a investigar, y luego comunicaron que un cacique de la comarca les había dado muerte porque querían amistad con los españoles. Rodas lo hizo prender y castigar, a la vez que le dio libertad a las viudas que el tal cacique tenía en prisión. Una vez más cobró gran prestigio el gobernador con este proceder.

«No obstante lo malsano del clima, estaban todos los conquistadores tan satisfechos de la riqueza y lo pacífico de los habitantes de la región, que Rodas no vaciló en la conveniencia de hacer allí una fundación y para el efecto procedió con todos los actos y ceremonias acostumbrados, e hizo la fundación de la ciudad en nombre del Rey Felipe II, y la llamó Zaragoza de las Palmas, en recuerdo de la ciudad española y aludiendo a las abundantes palmeras de la localidad, que los naturales conocían con el nombre del valle de Vetué. Nombró alguacil y regidores y señaló solares y huertas. Tal fundación tuvo lugar a mediados de 1581. Estaba localizada en la banda derecha del río Nechí, unas pocas millas abajo del Dosbocas.

«No se producía en Zaragoza sino oro, pero éste daba para introducir todo lo demás. La fama de permanente que fue adquiriendo la ciudad le dio buenas seguridades al gobernador Rodas para regresar a Santa Fe de Antioquia, donde tenía su casa y encomienda de indios, y donde tenía el asiento de su gobernación. Este regreso vino a efectuarse después de casi dos años de haber salido esta expedición a la conquista de los indios yamesíes».

Ya establecido en la ciudad de Antioquia don Gaspar, escribió unas famosas Ordenanzas para organizar el trabajo de las minas, y de ellas vino a salir más tarde el Código de Minas de Antioquia, que sirvió de modelo para el del país.

Don Vicente Restrepo, que fue un ingeniero antioqueño muy importante del siglo pasado, y que escribió un libro sobre las minas de oro y de plata, dice en él:

«En las Ordenanzas de don Gaspar de Rodas se establece el principio que sirvió de base para la legislación española de minas, que atribuía a la Real Corona la riqueza del subsuelo para darlas al descubridor y explotador de los metales preciosos. A esta sabia disposición, que siempre ha estado vigente en Antioquia, se debe en gran parte la prosperidad de que ha gozado este departamento, esencialmente minero».

Rodas, desde cuando obtuvo el título de gobernador, trabajó por que Santa Fe de Antioquia, que pertenecía a Popayán, se agregase a su gobernación, y esto lo vino a aprobar el rey Felipe II en 1584.

Don Gaspar de Rodas fue uno de los mejores gobernadores que ha tenido esta tierra. Pero, como a todos, le llegó su hora de morir. Habla el historiador:

«Gaspar de Rodas falleció al frente de su gobernación el 9 de julio de 1607. Vivió cerca de un siglo y por casi la mitad de éste fue mandatario de Antioquia, primero como teniente del gobernador de Popayán y luego como gobernante en propiedad. Había nacido en Trujillo, España».

El padre Simón, que es uno de los mejores cronistas de la Conquista, dice de él:

«Tuvo buena suerte en cuanto emprendió este gobierno, y hallándose con sus soldados, jamás le sacaron sangre a ninguno, ni cometieron delitos de quitarle la vida a nadie. Era de cuerpo más que mediano, de razonable encaje de rostro, aunque metía un ojo en otro, como lo conocí en esta ciudad. Hombre afable, partidario con todos, en especial con pobres y necesitados».

El historiador Restrepo Sáenz comenta:

«La figura de Rodas se destaca a muchos codos de altura sobre la de todos los mandatarios de Antioquia en la época colonial».

Y el doctor Duque, al que hemos seguido en esta charlas:

«Don Gaspar de Rodas fue quien formó los verdaderos fundamentos de la gobernación con sus especiales dotes de gobernante, en el largo espacio de tiempo en que supo mantener su prestigio, tanto entre los gobernados como entre sus superiores, y en duración tal, que es difícil pensar que desde este punto pueda alguno superarlo. Todo esto sin tratarse de un dictador, sino de un subalterno de libre remoción. Fácilmente se observan en su robusta personalidad los atributos de quien ha nacido para el mando. Oscureció la línea de sus seguidores. La fortuna parecía seguirle donde quiera que llegaba».

Y de este gran bizco lo único que recuerda su memoria en Antioquia es un busto en la galería de personajes importantes de Antioquia, en La Playa, en Medellín. Que aparece como personaje anónimo, porque hasta la placa con su nombre se la robaron.

Corolario

Ustedes perdonarán lo pesada que resultó la charla de hoy, pero lo que pasa es que, según el refrán, unas vienen de cal y otras de arena. Aunque en verdad ésta no fue de cal ni de arena sino, como dicen los periodistas, un ladrillo.

* * *

Ya dejamos muerto al gran don Gaspar de Rodas. A éste le había dado la corona la gobernación de Antioquia «por dos vidas», es decir, que podía nombrar al que le fuera a seguir. Pero como no tuvo sino una hija -doña María- y un hijo -don Alonso-, por escritura pública nombró como sucesor de él a su amigo Bartolomé de Alarcón. Eso sí, con la condición de que se casara con su hija doña María de Rodas. Porque resulta que su hijito Alonso como que no era fruta que comiera mono. Y para que no crean que le estoy levantando ningún chisme, les copio lo que dice don Luis Latorre Mendoza en su Historia de Medellín:

«Parece que fue en el año de 1574 cuando don Gaspar de Rodas llegó al Valle del Aburrá, con tropas que traía de occidente. Bajó por los Llanos de Ovejas, y a su paso le opuso resistencia el cacique Niquío, del cual tomó su nombre el territorio de Niquía. Claro que el cacique fue vencido, y ya en el Valle el capitán español, encantado del clima, según su propio dicho, hubo de capitular ante el Cabildo de la ciudad de Antioquia tres leguas de terreno, empezando desde las ruinas del antiguo pueblo de los aburraes, tres cuartos de legua al sur del morro que llevó el nombre de Marcela de la Parra...».

Y comenta don Luis:

«Este morro se llamó después de los Cadavides, y parece condenado a variar de nombre periódicamente, pues ya hoy ha recibido el de Nutibara el cual puede que le perdure».

Sigamos leyendo a don Luis Latorre:

«Cuando dejó este mundo el señor don Gaspar, esos terrenos hubieron de pasar a sus dos hijos, doña María y don Alonso. Doña María levantó una hermosa hacienda donde está hoy Itagüí, y parece lo natural que de ella sea de donde viene el nombre de la quebrada doña María.

«Bien pudo conservar sus tierras doña María, mas no así su hermanito, el don Alonso, quien, por lo que se puede columbrar a través del tiempo que de él nos separa, era poseedor de todas las aptitudes necesarias para hacerle un buen regalo al Diablo, ya que a más de ser tahir fullero y borracho impenitente, se pirraba por lo ajeno, en grado tal que no pudo escapársele el cáliz de la capilla de Guayabal.

«A pesar de que por aquellos tiempos no parece que fuera mucho lo que había en qué gastar, sucedió que don Alonso se dejó llenar de deudas y que, ejecutado por sus acreedores, le fueron pignoradas todas sus tierras, las que se adjudicaron a Hernando Beltrán...»

¿Se dan cuenta de que lo que yo les decía de don Alonso de Rodas no eran cosas mías? Pero nos estamos apartando del cuento, en el que íbamos, que don Gaspar dejó para que le sucediera a Bartolomé de Alarcón, con la condición de que casara con su hija doña María. Y Alarcón se casó con ella, y así vino a ser uno de los que nos mandaron, después de Rodas, aunque en su gobernación no ocurrió cosa que valga la pena de contar.

Por el año de 1614, en que murió, andaba por estas tierras, como visitador del gobierno, don Francisco Herrera Campuzano, que era oidor de la Real Audiencia de Santa Fe de Bogotá, y que empezó su visita por el lado de abajo, por Zaragoza, donde, según nos cuenta el doctor Duque, «estuvo enfermo de fiebres palúdicas y, de acuerdo con el tratamiento de entonces, fue sangrado varias veces».

Esto del paludismo de don Francisco lo cuento, más que todo, no por lo importante que sea para la historia, sino para que mi amigo Velezefe tenga tema para la laminita de la charla de hoy, porque ya se acabaron las peleas con los indios y vamos a tratar otros asuntos. Pero ya será la semana entrante.

XVII

MEDELLÍN

Después que se alivió de esas fiebres el amigo Herrera Campuzano siguió para Santa Fe de Antioquia, donde duró como unos diez meses, dictando ordenanzas que eran todas muy favorables para los pobres indios. Porque este don Francisco fue de los conquistadores buenos.

En ese año de 1615 ordenó levantar tres pueblos, que fueron: San Juan del Pie de la Cuesta, que es el que hoy llamamos San Jerónimo, Nuestra Señora de Sopetrán y San Lorenzo de Aburrá. Este último como que quedaba en lo que hoy llamamos El Poblado, que vino a ser como la semilla del Medellín de hoy.

Copio ahora lo que dice el doctor Duque en este punto:

«En verdad se ha discutido y aún se discutirá sobre el tiempo, las personas y los hechos referentes a la fundación de Medellín, con el interés correspondiente a la ciudad de mayor población, y capital del departamento; pero nosotros observamos, sin pretensión alguna, que como la ciudad no fue fundada a la manera ceremoniosa y absoluta que era de usanza entre los primeros conquistadores, se pueden distinguir en ella tres etapas que bien pueden compararse con las de una construcción, en la que aparece la primera piedra, luego los cimientos y por fin la inauguración de la obra.

«En este sentido creemos no alejarnos mucho de la verdad al decir que esta primera piedra la colocó el gobernador Francisco Herrera Campuzano (en 1615), por lo que dejamos anotado; los cimientos correspondieron al gobernador Francisco Montoya y Salazar (en 1670), por haberse propuesto él conseguir para Medellín el título de Villa, y al gobernador Miguel de Aguinaga vino a tocarle en turno el honor de ejecutar lo pedido por el anterior y erigir solemnemente la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín, el día 2 de noviembre de 1675, como veremos adelante.

«En efecto, por cuanto a lo primero se refiere, existe en la iglesia parroquial de El Poblado una placa oficial que recuerda y consagra el hecho, y que reza:

EL CABILDO DE MEDELLÍN A LOS FUNDADORES DE LA CIUDAD

EL DOS DE MARZO DE 1616 DON FRANCISCO DE HERRERA CAMPUZANO (...).

'MANDÓ HACER Y SE FIZO' LA POBLACIÓN DE SAN LORENZO DE ABURRÁ, EMBRIÓN DE LA VILLA DE LA CANDELARIA DE ANÁ, CONSTITUIDA POR REAL CÉDULA DE 22 DE NOVIEMBRE DE 1674 Y ERIGIDA COMO TAL POR EL GOBERNADOR DON MIGUEL DE AGUINAGA CON EL NOMBRE DE MEDELLÍN EL 2 DE NOVIEMBRE DE 1675».

Después que se fue Herrera Campuzano siguió una serie de gobernadores sin mayor importancia, hasta que en el año de 1653 fue nombrado don Manuel de Benavides y Ayala, del que sí vale la pena que hablemos un poco, porque tuvo el mérito de haber sido uno de los precursores de la Villa de Medellín.

Nos cuenta el historiador que los primeros nombramientos que hizo Benavides fueron los de don Juan de Piedrahita como Teniente de Gobernador y de don Antonio Zapata como Maese de Campo, y que estos nombramientos no fueron muy bien recibidos en la capital, que era Santa Fe de Antioquia, «por cuanto esas designaciones habían recaído sobre personas a quienes se tachaba de ser muy partidarias del Valle de Aburrá, y deseosas de la fundación en ese lugar de una villa».

«Es de anotar que apenas existía en lo que habría de ser Medellín el caserío de Aná (en las cercanías de la quebrada de Santa Elena abajo), y ya en la ciudad de Antioquia se anotaban los bandos divididos en pro y en contra». Porque los de esa ciudad no fueron muy partidarios que digamos de que Medellín pelechara.

Pero aquí tengo que mocharles esta charla, que va hoy huérfana de la ilustración de mi queridísimo amigo Velezefe, quien cuando disfrutaba de sus vacaciones sufrió un percance, del cual quiera Dios que se recupere pronto.

XVIII

MANUEL DE BENAVIDES

Íbamos en que el gobernador don Manuel de Benavides, que mandaba desde Santa Fe de Antioquia, fue uno de los que más bolas le puso a este bendito Valle de Aburrá, donde se encuentra hoy la Bella Villa.

Ese Benavides era un buen cuarto, más fiestero y parrandista que el Diablo. Que no sea yo el que lo diga:

«El nuevo gobernador era de natural alegre y festivo y parece que poco se preocupaba de sus adversarios, ya que por sus frecuentes festivales tampoco le faltaban numerosos admiradores.

«Con cualquier objeto organizaba con frecuencia corridas de toros y carreras de caballos, para cuyo efecto había traído tres famosos ejemplares de sangre árabe. A todo esto se agregaban reuniones de baile, comidas y juegos, donde no faltaba la baraja y el mejor vino, del que había traído de España desde un principio hasta 200 botijas. Queda un poco difícil establecer entre los comentarios de amigos y adversarios si efectivamente era un personaje entregado casi exclusivamente a los placeres, o si por el contrario trató de levantar un poco el espíritu simple y apocado de la vida colonial, pero, en todo caso, sí fue un hombre de progreso y visión que puede reputarse como uno de los principales precursores de la villa de Medellín.

«En efecto, realizó varios viajes al Valle de Aburrá, y en muchas ocasiones contribuyó a la celebración de las fiestas de La Candelaria, patrona de los vecinos del caserío de Aná, a quienes varias veces prometió ayudar para la fundación de una villa en dicho valle».

Como dato curioso va esta lista de artículos consumidos en uno de los banquetes que dio. Según relación del mayordomo Marcos Polayna de la Torre, se zamparon en una sentada «45 gallinas, 15 pollos, varias arrobas de carne de res y de cerdo y dos botijas de famoso vino».

Pero lo bueno no dura, como dicen. «Habrían transcurrido cuatro y medio años en el curso de su gobernación cuando, bien por una tara de su fatal ancestro o por los efectos de una incontrolada actividad, o por ambas cosas a la vez, el festivo gobernante dio muestras inequívocas de perturbación mental y de manía furiosa.

«Su esposa escribió a la familia y consiguió que el esposo, ya enfermo, la acompañara hasta el puerto. En Sabanalarga, camino de Cáceres, el enfermo señor Benavides llegó a manifestaciones tan agudas de su perturbación mental, que intentó tirarle con la espada a su esposa, por lo que los acompañantes tuvieron que intervenir para defenderla.

«En estas circunstancias, la infortunada señora se dirigió al cabildo de Antioquia para pedirle recursos. El alcalde se trasladó a Sabanalarga con el fin de prestar sus buenos oficios en el caso. Estudiada la situación se convino en que la señora doña Mariana de Benavides siguiera a Cartagena, prometiendo enviar médico y remedios. Benavides fue traído de nuevo a la ciudad de Antioquia».

Una cosa que da idea del atraso por el que pasaba la medicina en Antioquia en ese tiempo fue que para tratar a un personaje de esa categoría, y bien rico por añadidura, no encontraron ningún médico y lo tuvieron que poner en manos de un curandero, llamado José Rendón, que cobró esta vida y la otra por aplicarle yerbas y menjurjes.

En todo caso, parece que el amigo Benavides no mejoró del todo, y no se sabe en qué fecha murió. Su mujer doña Mariana si vuelve a figurar más tarde, pero ya casada con don Francisco de Berrío y Guzmán, que también fue gobernador de Antioquia. A esa como que no le gustaban sino los gobernadores.

XIX

FUNDACIÓN DE MEDELLÍN

La clase de hoy no va a ser muy divertida que digamos, pero es importante. Después de ese buen cuarto que fue Benavides, que al fin vino a acabar como una cabra con balaca en la ubre, siguieron otros gobernadores que no fueron ni chicha ni limonada, hasta que por fin en 1669 se posesionó uno que sí vale

la pena para la historia que les estoy contando. Este fue don Francisco Montoya y Salazar, que desde que se hizo cargo de la gobernación se interesó mucho por que se fundara una villa en lo que hoy es Medellín. Los vecinos de la ciudad de Antioquia fueron muy opuestos a esto desde un principio, porque decían -y tal vez con razón- que por tener un clima más agradable este cañón que el proyecto de horno que es la ciudad de ellos, a lo mejor les iba a coger mucha ventaja la nueva villa, y que muchos de los habitantes de allá se pasarían a vivir aquí.

Pero la Real Audiencia, que mandaba desde Bogotá, no les puso bolas a los de la ciudad de Antioquia y autorizó la fundación provisional de esta villa, que con el tiempo sería la ciudad de la Eterna Primavera -con uno que otro crudo invierno-, la ex-tacita de plata, hoy totuma común y corriente.

Pero faltaba que viniera el visto bueno de España, que lo dio la Reina doña Mariana de Austria, que era la Regente, porque el que iba a ser Rey, su hijo el bobo Carlos II El Hechizado, todavía estaba muy chiquito. Ese visto bueno llegó aquí en octubre de 1675, cuando ya el amigo Montoya y Salazar había muerto (desde marzo de ese año), así que no le tocó ver coronado su deseo de que empezara a tener vida la Bella Villa.

Es bueno que sepan que el título de villa era menos que el de ciudad, que tenía -y sigue teniendo- la querida Antioquia Vieja, la Ciudad de la Eterna Clavellina.

Cuenta Duque: «Por ese tiempo la Villa de la Candelaria tenía más de mil personas sin domicilio, y en el sitio de Aná moraban muchas familias, varias de ellas españoles, con forma de pueblo, con iglesia, cura, empleados de diversos oficios, plaza, calles y divisiones de casas y solares, así como buen comercio desde entonces, que prometía larga duración debido a la conveniente situación y bondad del clima.

«El Título de Villa para la que había de ser en el curso de los tiempos la capital de Antioquia y su mayor ciudad, puede decirse que hubo de señalarla desde entonces, hasta el punto de que hoy mismo la llaman muchos antioqueños La Villa, por antonomasia».

Después de Montoya siguió Juan Bueso de Valdés, que también como que fue buen gobernante, pero que no le tocó la ceremonia de la fundación, ya aprobada por la Reina a nombre del Rey, de la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín.

Esto le vino a tocar a Don Miguel de Aguinaga, que había sido nombrado Gobernador, y que se posesionó del puesto en octubre de 1675. El 14 de ese mismo mes, Aguinaga «puesto en pie y destocado besó la Real Cédula y la puso sobre su cabeza, con el acatamiento debido, como carta de su Rey y señor natural».

Esta Cédula dice, entre otras cosas:

«Como la Audiencia de la ciudad de Santa Fe de Bogotá concedió facultad para fundar villa en el valle de Aburrá, diferentes vecinos de la ciudad de Antioquia, los curas de ella y el mayordomo de fábrica de la Iglesia contradijeron la fundación, representando diferentes razones.

«Mas como algunos de los vecinos que residen en el valle de Aburrá pidieron al Gobernador que se erigiese luego; el Gobernador, con vista de todo y atendiendo a que en el dicho valle hay más de mil personas mulatas y mestizos que no tienen domicilio y andan vagamundos, y que también hay algunos españoles que están fuera de la ciudad, y el sitio de Aná es el más a propósito para fundar la villa, hizo la fundación y erección de villa en dicho sitio...»

El domingo seguimos, si no están muy aburridos.

* * *

Poco tiempo después de recibida la cédula real que autorizaba la fundación de la Villa en el sitio de Aná, le tocó al amigo Aguinaga darle cumplimiento a lo que se mandaba en ella, y así se lee en un libro que se llama El Capitular:

«En dos de noviembre de mil seiscientos y setenta y cinco años, el Señor Don Miguel de Aguinaga, Gobernador y Capitán General de la Provincia de Antioquia le dio cumplimiento a la Real Cédula de su Majestad, y por voz de Antonio, negro esclavo, que hizo oficio de pregonero, se le dio pregón a son de cajas y clarín, habiendo mucho concurso de gentes, en una de las esquinas de la plaza».

La nueva villa recibió el nombre de Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín. La primera denominación en honor de la Patrona, y el nombre de Medellín le vino de don Pedro Portocarrero y Luna, conde de Medellín, que a su vez era ciudad de Extremadura en España. Don Pedro Portocarrero era Presidente del Consejo de Indias y se había interesado mucho en la obtención de la Cédula. El nombre de Medellín le había venido a la ciudad española de su fundador el cónsul romano Metello. Fue ésta la primera vez que apareció este nombre aplicado a la Villa de Aná.

El 2 de noviembre de 1675, como queda dicho, el Gobernador don Miguel de Aguinaga, estando presente en el valle de Aburrá, en el paraje denominado sitio de Aná, y estando a la vista del vecindario, que comprendía 280 dueños de casas cuyas familias pasaban de 3.000 personas entre grandes y chicas, decretó la fundación de dicha Villa, erigiéndola en el sitio de Aná, nombre indígena que corresponde a los alrededores del parque de Berrio actual como lugar principal. Esa denominación de Aná se le daba también a la que hoy se llama quebrada de Santa Elena.

La gran ceremonia de ese día, hecha con el aparato de costumbre entre los españoles, se inició con una misa, después de la cual montó el Gobernador a caballo en compañía de los vecinos principales, le dio la vuelta a la población y regresó a la plaza en medio de música de caja y clarines. Tomando como centro dicha plaza señaló 8 cuadras de tierra de ancho y largo para el caserío. Se debe notar que por ese tiempo ya existía la plaza, la iglesia y algunas calles.

(¡Cómo sería la casinadita de rumba que se siguió y que nos perdimos por no haber nacido todavía! ¡En fin! Puede que nos toque la del cuarto centenario).

Aguinaga extendió la jurisdicción de la nueva villa a todo el valle de Aburrá, «desde los nacimientos de dicho río hasta donde entra el río Porce, de una banda a otra hasta la cumbre».

(Como quien dice, lo que ahora se llama el Área Metropolitana).

El 17 del mismo mes el Gobernador dio posesión a los empleados que se iban a encargar de los oficios de la villa, entre los cuales estaban don Juan Jaramillo de Andrade, que fue el primer ascendiente en Antioquia de todo el jaramillerío paisa, y don Alfonso López de Restrepo, de donde procede ese diluvio de Restrepos que va de cumbre a cumbre.

Ahora, pongan atención a cómo acaba el oficio con que se cerró esa fundación, para que se den cuenta de que siempre tenemos muchas campanillas, pero también muchas obligaciones:

«Así fecho, manda a los cabildos, justicias y regimientos de las ciudades, villas y lugares de la Provincia y su gobierno, vecinos y moradores, caballeros y escuderos, hombres buenos y leales, hayan y tengan por tal villa la erigida y fundada; y como tal la acaten y respeten y todos le guarden y hagan guardar las honras, gracias, mercedes, privilegios, franquezas, libertades, preeminencias, prerrogativas e inmunidades que por derecho se le conceden así en lo judicial como en lo extrajudicial, sin hacer cosa en contrario, bajo la pena de mil ducados para la Real Cámara y fisco, en que desde luego declaro por incurso al contraventor o transgresor».

(Juro que cumpliré fielmente lo en ella mandado, porque si no, ¿de dónde infiernos voy a sacar yo mil ducados para la Real Cámara, que harta plata tiene, por cierto?)

* * *

Después que se posesionaron todos los empleados que iban a laborar -como dicen ahora en vez de trabajar- en la recién fundada villa, y reunidos en el Concejo, que en ese tiempo llamaban Capítulo o Cabildo o Ayuntamiento, dictaron un decreto que dice así, entre otras cosas:

«Estando juntos en su ayuntamiento tratando y confiriendo en cosas tocantes al servicio de Dios Nuestro Señor y su Majestad, dijeron que por lo que importa al aseo y ornato de las calles de esta dicha villa, y lo principal la salud, es conveniente que se empedren las calles y asear de ellas dos varas de las paredes afuera, y en la parte que estuvieren de hoyos se tapen y se pongan calzadas y se desagüen las calles dándoles corriente cada vecino en su casa y pertenencia, para lo cual mandan lo hagan dentro de tres meses al de la publicación, con pena de cuatro pesos de oro de veinte quilates para la Real Cámara y Fisco y casas de Cabildo de esta dicha villa, de por mitad».

Ojalá el amigo alcalde Peláez* hiciera lo mismo: multar al que no arregle los huecos de la calle frente a la casa de cada uno, ya que el municipio no da abasto.

Sigamos.

Como este Concejo no tenía un local propio ni alquilado, y se tenían que reunir debajo de un toldo en la plaza, en lo que es hoy el parque de Berrio, resolvieron expropiar una casa muy aparente, que les podía servir para sus reuniones y al mismo tiempo para cárcel, que tampoco tenían. Pero, mejor, le cedo la palabra a don Luis Latorre, que cuenta muy bien esta historia:

«Resultó que el ocupante de dicha casa, que quedaba en una de las esquinas de la plaza, era nada menos que el padre Lorenzo de Castrillón, el primer cura de la Villa. Con la más refinada urbanidad le pasó el Cabildo al Cura un oficio en el cual se le transcribía el acuerdo por el cual se tomó aquella determinación y se le rogaba que procediera a desocupar la casa.

«¡A quién se lo dijeron! En términos violentos y descomedidos contestó el padre Lorenzo, haciéndole saber al Cabildo que su jurisdicción no podía extenderse hasta la morada de un ministro del Altísimo.

«Otra vez hubo de reunirse el Cabildo con el objeto de tomar una determinación que salvara a su dignidad. Resolvió volver a requerir al señor Cura, poniéndole de presente los inconvenientes que traería esta desobediencia, que era al mismo tiempo un ejemplo pernicioso para los vasallos.

«No por eso cedió el honorable vicario, quien de nuevo contestó en frases exaltadas y soberbias, increpando a la corporación su falta de respeto hacia la persona del representante de Jesucristo, siendo más de extrañar el hecho de que el Cabildo hubiese mandado el último oficio con un negro esclavo, en lugar de enviarlo, como era de rigor, con el propio escribano del Cabildo.

«Excusóse el Cabildo de tan grave desacato poniendo de presente que, como todavía no estaba hecho el nombramiento de escribano, y ellos particularmente tenían a mengua y desdoro eso de llevar pliegos y recados aun cuando fuera a la más alta autoridad, creyeron todos conveniente enviar el oficio 'no con un negro esclavo, como temerariamente lo afirmaba el señor cura, sino con un mulato de rectos procederes y buen plantaje'.

«En vano los señores del Cabildo recurrieron a cuantos medios tuvieron por decorosos, en vano invocaron los sentimientos de paisanaje ante el doctor Castrillón; en vano le enviaron comisiones compuestas por los principales vecinos, tratando de disuadirlo de aquella oposición 'tan ridícula como terca'. Permanecía en sus trece, sin dar su brazo a torcer el señor Cura, hasta que el Cabildo, en vista de tanta resistencia, resolvió tratar el asunto por última vez.

«Unos opinaron que tomaran posesión de la casa aun por viva fuerza; otros, que se le obligase a entregar, por medio de multas sucesivas; pero también hubo quien pidiese la consecución de otra casa, para evitar un choque con el gobierno eclesiástico. Por último resolvió el Cabildo enviar un posta al señor obispo de Popayán, que era el superior directo del señor Cura Lorenzo de Castrillón».

El domingo será que vemos cómo les fue a los señores del Cabildo con este último recurso.

* * *

Quedamos en que, en vista de que el padre Castrillón no les desocupaba la casa a los del Cabildo...pero mejor dejemos que nos siga contando la historia don Luis Latorre:

«Por último resolvió el Cabildo enviar un posta al Señor Obispo de Popayán, poniéndole de presente todas estas peripecias y dificultades, y suplicándole, con todo el respeto debido, que se dignara declarar vacante la provisión de ese curato y que se dignara nombrar a otro cura que no se opusiera sistemáticamente a lo que el Cabildo acordase, 'escandalizando así a la feligresía y ofendiendo a las dos majestades'. Salió el posta a su destino el 7 de diciembre de 1675, habiendo recibido para el viaje 70 patacones».

(Nota. No creo que hayan sido patacones pisaos, que no estaban en boga en ese entonces).

«El secreto que se guardó con respecto a esta determinación fue rigurosísimo, de manera que nada de ello llegó a oídos del señor Cura, quien tomó el silencio del Cabildo por miedo a su persona, y siguió 'maltratando a éste de razones' cada vez que la ocasión se presentaba.

«Mal la habían casado los cabildantes de la Villa. No se hizo esperar la contestación de su Señoría Ilustrísima, el Señor Obispo. Allí se decía que no se había hallado 'ni razón para pedir ni derecho para proceder'. Se extendía en consideraciones sobre la conveniencia de la paz 'como única base para el progreso'».

(Nota. Seguramente que el Señor Obispo les recomendó a los concejales pintar palomas en las paredes de la casa del cura Castrillón).

«El único recurso que les quedó a los cabildantes fue el de rendirse y apelar a la expropiación de otra casa. Y el acuerdo que aprobaron el 20 de mayo de 1676 decía:

‘Que habiendo nombrado casa de Cabildo en diciembre del año pasado, hoy no puede hacerse uso de ella porque la habita el Vicario doctor Lorenzo de Castrillón, quien se deniega a desocuparla, y no por no exponer la autoridad que nos ha confiado su Majestad en choques con el gobierno eclesiástico, debemos acordar y acordamos nombrar otra, que es una que está en la esquina de la plaza, lindando por una parte con Martín de Chavarriaga y por la otra con la de Diego García, calle de por medio, frontera a la iglesia, y que hasta hoy la ha poseído José de Vásquez Romero, cuya es, la que se pagará según evaluación de peritos’.

«Ese mismo día, 20 de mayo, plantó el Cabildo en la cancilla de la casa de José de Vásquez Romero el estandarte real. En aquel tiempo era ésta una orden perentoria de expropiación, y como el pobre Vásquez Romero no contaba con armas espirituales como el Padre Castrillón, no tuvo más remedio que agachar la cabeza y someterse a las decisiones del Cabildo.

«Esta casa quedaba frente a la iglesia parroquial; lindaba por el costado norte con una de las calles que venían a desembocar a la plaza (hoy calle de Boyacá); por el sur, con un solar de las benditas ánimas (que a estas alturas ya deben de estar en el cielo, y las dueñas serán otras más modernas, herederas de aquellas ánimas coloniales), y por detrás, o sea el occidente, con unas trojes del mismo Vásquez Romero, a donde hubo de trasladar éste su vivienda. No hay duda de que se trata de la misma localidad en que estuvo emplazada la Gobernación de Antioquia hasta 1879, cuyas construcciones tuvieron multitud de peripecias hasta el incendio de 1921, y hoy (1940) es edificio Juan C. Saldarriaga».

(Nota. Hoy 1986, es el edificio de la Colombiana de Tabaco).

«Allí levantó el malhadado Cabildo una obra de tapia y teja, en la cual quedaba comprendido el local para la cárcel, para el que se mandó construir una reja fuerte, por la cual los presos y detenidos recibían de los escasos transeúntes las limosnas que exigían a doliente voz en cuello.

«En la propia esquina había un grueso madero del cual pendía fuerte argolla de hierro. Dieron a este aparato el nombre de El Mico...».

El domingo les cuento para que servía este Mico.

* * *

Quedamos en que «en la propia esquina había un grueso madero, del cual pendía una gruesa argolla de hierro. Dieron a este aparato el nombre de El Mico, y de la argolla amarraban, con el trasero desnudo en dirección a la plaza, aquellos infelices que habían cometido faltas leves contra la propiedad o se desmedían

en cuestiones de moral, y también por desobediencia o desacato a las órdenes superiores. Les acomodaba por lo menos una dosis de 25 azotes un jayán mulato que oficiaba como carcelero, desprovisto de toda conmiseración y con más marrullas y recovecos de la conciencia que pelos en las barbas. Su nombre era Dionisio, así a secas».

Estábamos en el año de 1676, y después de que quedó establecido el Cabildo de la Villa en casa propia no vino a pasar nada que valiera la pena de contar hasta que entró el siglo XVIII. A principio de éste, sí ocurrió un caso muy interesante, y voy a dejar que nos lo cuente don Luis Latorre:

«El acontecimiento que tuvo mayor resonancia y el que más hondamente debió de repercutir en la quietud colonial, dada la calidad del actor principal, fue un homicidio que perpetró un sacerdote.

«Sucedió que un sábado de octubre de 1702 el presbítero Juan Sánchez de Vargas dio muerte al señor Miguel Vásquez, siendo juez eclesiástico el maestro don José Molina y cura de la parroquia el doctor Lorenzo de Castrillón. (¿Se acuerdan del padre Lorenzo, el que no les quiso entregar la casa a los señores del Concejo?).

«Andaba esa mañana por la Villa el Padre Sánchez de Vargas en demanda de una limosna, que se acostumbraba pedir en aquella época a todo el vecindario para una fiesta que se dedicaba a la Candelaria los sábados.

«Miguel Vásquez, yerno de Lucas Morales Bocanegra, vivía en la casa de éste, la cual con la del negro Fierro, estaba situada al costado norte de la quebrada. (Hay que aclarar que el negro Fierro fue el primer herrero que tuvo la Villa, y que su casa quedaba donde está hoy el edificio Coltejer, y que por el frente de éste y siguiendo por la Avenida Primero de Mayo corre la quebrada de Santa Elena, hoy cubierta). La casa de Morales quedaba a poca distancia de la de Fierro (más o menos donde hoy está el edificio La Ceiba). No había más casas en ese lado y se comunicaban sus habitantes por un puente de dos vigas con el resto de la Villa.

«Al llegar el padre Sánchez halló en la parte de afuera a una mulatica, a la cual demandó candela. Entró ésta al interior a buscar una cuchara para traer brasas, como era costumbre, mas como se demorase, el sacerdote, salido de sus casillas por motivo tan baladí, empezó a maltratar a la mulata, quien rompió en llanto. Oyendo los gritos de ella salió la esposa de Vásquez y al enterarse del asunto increpó su conducta al presbítero, poniéndole de presente el escándalo que estaba promoviendo en casa ajena. Más se exasperó con esto el padre, cuya furia había llegado al paroxismo.

«En éstas llegó Vásquez quien, secundando a su esposa, quiso hacer retirar a Sánchez. Más éste, que ya había perdido el último jirón de juicio, girando la vista en derredor, descubrió la lancera, de la cual pendía la espada de Vásquez, quien por lo visto era persona de calidad.

«Abalanzóse Sánchez de Vargas, descolgó la espada y desnudándola rápidamente atravesó a Vásquez por un costado. Dio éste algunos pasos pidiéndole confesión y cayó para no levantarse más por su propio esfuerzo.

«Huelga hablar de la consternación que el caso traería a la despoblada Villa. Antes de que el alcalde ordinario con sus alguaciles tuviera conocimiento del hecho, huyó el agresor y fue a buscar refugio en la casa del vicario doctor Molina y Toledo. (Que quedaba en la esquina de lo que es hoy carrera Bolívar con Calibío, diagonal a la Gobernación). El vicario Molina no permitió que penetrasen en su residencia alcalde y alguaciles, poniendo de manifiesto que, según el fuero eclesiástico, su domicilio era inviolable. Intimidado con esta declaración hubo de contentarse el alcalde con poner un centinela en la puerta de la calle y otro en la calle lateral».

El domingo entrante les acabo de contar este chisme.

* * *

Ibamos en que el padre Sánchez, después que hizo pasar a mejor -o peor- vida al maestro Vásquez, se escondió en la casa del vicario Molina, que quedaba en diagonal a lo que es hoy la gobernación, y que el señor Vicario no permitió por nada del mundo que entraran a buscarlo allá.

«Intimidado con esta declaración, hubo de contentarse el alcalde con poner un centinela en la puerta de la calle y otro en las ventanas que daban a lo que es hoy Calibío. Claro que a los pocos días era un mito la tal vigilancia, así que una noche -oscura, por supuesto- salió el padre Sánchez de su escondite y, bien apertrechado, tomó hacia el Norte. De paso por Remedios en vía a Zaragoza, envió a su padre, el regidor Manuel Sánchez, un poder que contenía las autorizaciones necesarias para contestar los cargos de la causa. La cual, cuando estuvo medio perfeccionada, pasó a Santa Fe de Bogotá. Allí correspondió su estudio al abogado eclesiástico Carlos de Burgos, quien condenó al Padre Sánchez a la degradación pública de todas las órdenes sagradas que había recibido, y a servir en el convento de San Diego, de la misma Santa Fe, en ejercicios domésticos y serviles por el término de cinco años.

«El padre Juan Sánchez no paró en su fuga hasta Roma. Llegado allá, contaba él mismo que se había echado a los pies de Su Santidad Clemente XI, quien dizque lo acogió con benignidad, lo oyó en confesión y lo absolvió de la censura, sin permitirle volver a celebrar. Traía los hábitos talares cuando regresó a la Villa y también dizque un hueso de San Félix como reliquia. Ni oficial ni extraoficialmente volvió a tenerse noticia de tal reliquia. (Un premio a quien dé razón de esos santos huesos).

«En esta villa y por allá en la tercera década del Siglo XVIII terminó tristemente sus días el desgraciado padre Sánchez».

Volvamos a Medellín. Dice el doctor Duque:

«De los primeros detalles de su incipiente progreso y de la nueva vida en la Villa da cuenta el hecho de que el Padre Castrillón había hecho traer de Cartagena obreros que edificaron para él la primera casa de balcón o de dos pisos, la que se levantó en la plaza, contigua a la iglesia de la Candelaria, y que la segunda de esta clase fue levantada por el rico concesionario Antonio de la Quintana, quien trajo el primer reloj de mesa con campana que se conoció en la Villa, y que era propietario de grandes dominios territoriales que abarcaban los actuales municipios de Carolina, Angostura, Yarumal y Santa Rosa. (¡Cito!)

«La ciudad fundada en el ángulo que forman el río Medellín (antes Aburrá) y la quebrada de Santa Helena, quebrada que los indios llamaban Aná y los españoles Aguasal al crear la Villa, tenía ya unos 700 habitantes, y se le fijaron los siguientes linderos:

«El terreno es el comprendido entre el río Aburrá, el arroyo Aná, el Guamal (en las cercanías de la fábrica de Pintuco) y una línea que partiendo de ahí y pasando por el cerro de las Sepulturas (enseguida del morro del Salvador), termina en el arroyo de Aná».

El primitivo pueblito llamado Aná venía a quedar donde está hoy la Central Minorista. Existió hasta finales del siglo pasado otro caserío con el nombre de Aná en el sitio que hoy ocupa el barrio Carlos E. Restrepo. Éste fue destruido por una avenida de la quebrada La Iguaná.

Dejemos esto así por hoy. Hasta el domingo, sufridos lectores.

XX

EN MEMORIA DE VELEZEFE

Queridos lectores: ésta fue la última ilustración que él dibujó para la charla 52 de este cursillo, que salió el 11 de mayo*. Corresponde al oidor Herrera Campuzano, que fue quien fundó, en lo que hoy es El Poblado, la villa de San Lorenzo del Aburrá, que con el tiempo se vino a convertir en Medellín.

A Herrera Campuzano lo atacó una tanda de fríos y fiebres cuando venía de Santa Fe de Bogotá para Santa Fe de Antioquia, y por eso escribí esta nota al final de esa charla:

«Esto del paludismo de don Francisco lo cuento, más que todo, para que mi amigo Velezefe tenga tema para la laminita de la charla de hoy, porque ya se acabaron las peleas con los indios y vamos a tratar otros asuntos.

Pero ya será la semana entrante».

¿Y qué pasó la semana siguiente? Pues que Velezefe se fue de vacaciones para Bogotá, donde viven su mamá, la adorada doña Gabrielita, y toda su encantadora familia. Pero, como les dije al final de la charla del 18 de mayo:

«Aquí tengo que mocharles esta charla, que va hoy huérfana de la ilustración de mi queridísimo amigo Velezefe, quien, cuando disfrutaba de sus vacaciones, sufrió un percance, del cual quiera Dios que se recupere pronto».

Pero Dios no quiso, así que vino a quedar paralizado del lado izquierdo por lo que al principio se creyó que era una trombosis, pero que resultó ser un tumor canceroso que le había afectado un pulmón y que posteriormente le hizo metástasis al cerebro. Y que el miércoles 9 de este mes, a las 8 y media de la noche, acabó con la vida de este estupendo caricaturista, escritor, humorista, taurófilo, apreciador refinado de la poesía y de la música, y poseedor de una de las más vastas culturas que yo haya conocido.

A su pieza de clínica fui varias veces a visitarlo, y allí lo encontraba siempre en una situación semejante a la que él imaginó para don Pacho Herrera Campuzano con sus fríos y fiebres, así que esta ilustración parece una autocaricatura, como presentimiento del estado en que su autor se hallaría a los pocos días de haberla dibujado.

Por eso quedaron huérfanos de sus maravillosas interpretaciones gráficas los episodios de la historia de la fundación de esta Villa de Nuestra Señora de La Candelaria del Aburrá, alias Medellín, que hemos visto en las últimas semanas, y, por sobre todo, nos quedamos nosotros, y se quedó Antioquia y el país entero, sin la presencia irremplazable de Velezefe, que se nos fue, no por unas meras vacaciones, ni por toda la vida, sino por toda la muerte.

BUESO DE VALDÉS, FRANCISCO FERNÁNDEZ DE HEREDIA, FRANCISCO DE
OSORIO Y VELASCO, JOSÉ BARÓN DE CHAVES

Dejemos a Medellín y volvamos a Santa Fe de Antioquia, que era la capital en ese tiempo.

Después de Aguinaga vinieron otros gobernadores, pero casi de ninguno hay nada importante que contar. Lo que sí me pareció gracioso es esto que pasó entre un tal Capitán Bueso de Valdés y el gobernador, por allá por el año de 1680:

«La diferencia entre Bueso de Valdés y el gobernador se debió a que pocos días después de su posesión, éste tuvo ocasión de ver que el primero ocupaba con su esposa un escaño especial que a su costa había hecho construir en la capilla de las Ánimas. Como algo que muestra el espíritu dominante de entonces, a la vez que mucho del estilo de estos dos personajes, se relata que el gobernador dictó una resolución por la cual se conminaba bajo multa al capitán si éste o su consorte volvían a sentarse en tal asiento. Bueso de Valdés acusó por despojo al gobernador y después de un ruidoso y largo pleito, el demandante ganó la partida».

Otro de los gobernadores que siguieron fue don Francisco Fernández de Heredia, al que le tocó la fundación de Rionegro. O, mejor dicho, al que le tocó darle el título de ciudad, porque ahí desde hacía tiempo había un pueblito, con juez y todo.

El documento de la fundación dice, entre otras cosas:

«En la ciudad de Antioquia a 18 de diciembre de 1702, estando en su Cabildo los señores Francisco Fernández de Heredia, gobernador y Capitán General de esta provincia (y otro poco de señores); habiendo tratado y conferido en cosas del servicio de su Majestad, dijeron que por cuanto el Valle de Rionegro, jurisdicción de esta ciudad (Santa Fe de Antioquia), dista de ella más de 20 leguas y que dicho valle se compone de más de cien vecinos que viven en él, en sus hatos y estancias, con cura propio, y en su distrito hay algunas minas de oro considerables, conviene se nombre en aquel distrito un alcalde particular».

(Comentario. Esos 100 vecinos que había allí en 1702, fueron los primeros liberales de Rionegro que figuran en la Historia).

A otro gobernador, don Francisco de Osorio y Velasco, le tocó la fundación, o, mejor dicho, el reconocimiento por la parte civil, de la parroquia de Marinilla, el 31 de enero de 1752. Desde 1690 había

existido allí un caserío fundado por vecinos de Mariquita y de Santiago de Arma. Poco después de este tiempo se separó de Mariquita.

(Comentario. Así empezó, pues, la patria chica de los conserveros de Marinilla).

Otro de los gobernadores fue don José Barón de Chaves que era cartagenero. A ese le tocó expulsar a los jesuitas, para cumplir esta orden que había dado el rey Carlos III:

«He venido en mandar extrañar de todos mis dominios de España e Indias, Islas Filipinas y demás adyacentes, a los regulares de la Compañía de Jesús, así sacerdotes como coadjutores legos que hayan hecho la primera profesión, y a los novicios que quieran seguirles. Y que se ocupen todas las temporalidades de la Compañía en mis dominios».

Esta barrida tenía que hacerse en el mayor secreto, y así la hizo el amigo Barón de Chaves con tres sacerdotes y un hermano, que era todo el personal que tenía la Compañía en la Provincia. Más era la bulla.

Según el doctor Manuelito Uribe Ángel, Barón de Chaves fue el primero que usó en esta tierra reloj de bolsillo y paraguas de seda. Y como que era un buen mecánico.

Y una cosa que muy pocos saben: que el 17 de septiembre de 1757 nació en Medellín el padre de Antonio Ricaurte, el que salió en San Mateo en átomos volando. Se llamaba don Juan Esteban, y era hijo de don Rafael, que fue alcalde de Medellín. Ricaurte, el de los átomos, sí nació en la Villa de Leiva.

Barón de Chaves fue gobernador desde 1755 hasta 1769: 14 años. Cuentan que murió en tanta pobreza que para sus funerales fue necesario que un amigo se hiciera responsable de la mortaja, y no dejó con qué pagar sus deudas, aunque estuvo tanto tiempo en el gobierno.

(Comentario. En ese tiempo sí los había honrados-honestos, como dicen ahora).

XXII

SILVESTRE, LORENZANA, LOS COMUNEROS DE ANTIOQUIA

Después de Barón de Chaves vino como gobernador don José Jerónimo de Enciso, y de ése lo único importante que hay de contar es que fundó el pueblo del Peñol, que a los 200 años hubo que desfundarlo para que no lo inundara la represa de Nare*.

Después de Enciso nombraron interinamente a don Francisco Silvestre, del que dice el historiador que «fue uno de los más eficaces en el cargo, que hubo de ejercer en dos ocasiones.

«En efecto, elaboró dos proyectos para acometer vías de comunicación de Santa Fe de Antioquia al río Magdalena, una por Sonsón y otra por Ayapel, a salir al mar. Casi dos siglos después se vinieron a construir ambas vías como carreteras: la una, la de Medellín-Sonsón-Dorada y la segunda la de Medellín-Caucasia-Cartagena, lo cual demuestra la gran visión del gobernante desde aquellos tiempos».

En 1776 autorizó la creación de la parroquia de Envigado, y en el mismo año «patrocinó la idea de elevar al rango de ciudad el distrito de Rionegro, para lo cual lanzó la idea de trasladar la ciudad de Arma, malsana, en decadencia y de escasas aguas, a San Nicolás el Magno de Rionegro, con todas sus prerrogativas de ciudad».

De manera, pues, que Rionegro -alias Cantarrana- por ser ciudad era más importante que Medellín -alias Medallo- que no pasaba de villa.

«Al dejar el mando el señor Silvestre para entregarlo al nombrado en propiedad, don Cayetano Buelta Lorenzana, escribió una detallada relación de la provincia y de algunas de sus necesidades, en donde, como siempre, resaltan su espíritu de observador y su capacidad de gobernante».

Buelta Lorenzana fundó el pueblo de San Carlos de Cañasgordas: lo de San Carlos para lamberle al rey, que era Carlos III, y lo de Cañasgordas por las guadas que allí abundaban y que los españoles llamaban cañas gordas.

A Lorenzana le tocó la sublevación de los Comuneros de Antioquia, que ocurrió por la misma época en que estaban alzados los del Socorro.

Esos levantamientos se debieron a que de España mandaron como Regente Visitador a Juan Gutiérrez de Piñeres para imponerle a todo el mundo aquí una parranda de impuestos y cobrarlos aun cuando fuera a la brava.

«Así, este imprudente visitador impuso derechos sobre todas las industrias, regravó la alcabala porque la hizo extensiva a numerosos artículos y frutos, fuesen venidos de España o propios, y entre éstos los de mayor consumo como ropas, panela, jabón, etc., y alcanzaba a todas las tiendas que vendían artículos alimenticios.

«Para cumplir estas disposiciones se llegó a lo más odioso para el pueblo como fue el establecimiento de numerosos guardas y administradores que con sus atropellos y vejámenes violaban los domicilios sin respetar nada».

En un memorial que le dirigieron los sublevados al gobernador le decían entre otras cosas:

«Quejarnos de la real Justicia no hay para qué. Hasta ahora no había aquí más que Dios y la Justicia. Y hoy, ¿qué hay, señor capitán? Dios y los estanqueros. No hay respeto a la real Justicia, y esto está probado con casos prácticos. Y si no, dígalo don Manuel de Uribe, siendo alcalde ordinario de la villa de Medellín, a quien un guarda de estanco de aguardiente le descerrajó una escopeta. Dígalo don Juan de Isaza a quien le descerrajó un guarda de estanco de tabaco un pistoletazo y le pasó la bala zumbando por delante. Dígalo don Lorenzo Bustamante, juez de Copacabana, a quien un guardia de aguardiente le embistió con una escopeta».

Dejemos a don Manuel, a don Juan y a don Lorenzo curándose las lesiones y renegando hasta el domingo venidero.

* * *

Sigamos leyendo el memorial que le mandaron los sublevados contra los impuestos, al señor Gobernador y Capitán General de la provincia, don Cayetano Buelta Lorenzana.

«Está claro que ya el respeto de la real justicia se acabó. A nosotros nos habían enseñado a temer y reverenciar la justicia, porque con ella se venera al rey. ¿Y cómo creemos esto ahora? Porque ya no hay más rey que los estanqueros, de tal modo que nosotros, en viendo uno de estos sujetos, temblamos que nos venga a matar».

(Comentario. El estanco era el impuesto que le imponían al consumo de ciertos productos, como aguardiente y tabaco, y los estanqueros venían a ser como recaudadores de impuestos).

Sigamos.

«Vivimos en un país que no tiene otro mantenimiento que el maíz y éste da sólo una vez al año, y en cuanto se erró la cosecha quedamos expuestos a perecer. Y no nos queda más recurso que el dulce que traen de la Villa, y ahora está estancado en las pulperías, y el pulpero lo venderá a como le diere la gana, pues ni precio ni arreglo en las pesas y medidas se le ha puesto.

«¿Esto será orden de nuestro soberano? Y ahora dizque hay que dar un peso de donativo, y el juez es chapetón. Y como éstos vienen con tantas grandezas y son tan amigos de mandar, nos circumstancean de tal modo los impuestos que más vale ya morir que aguantarlos. Y son tan tiranos los jueces chapetones que ya no hay más remedio que morir de necesidad y desdicha y tal vez impenitentes a manos de los guardias. Y lo que es más, sin delito.

«Pues, señor Capitán: para no dar en qué sentir a la justicia, nosotros nos ofrecemos a los cuchillos y prometemos traer nuestras familias y en la plaza pública cortarles las cabezas para que sobre su sangre caigan nuestros cuerpos a manos de los verdugos y así con el fin de nuestras vidas quedará vacío el valle para los guardias y forasteros.

«Señor Capitán: con toda humildad le pedimos que no permita que los haberes reales los administren chapetones ni forasteros por ningún pretexto, pues no queremos más jueces que a los criollos de la tierra».

Con tantas bullas se movió también el movimiento antiesclavista.

De la Historia del doctor Duque resumo:

«Al iniciarse el movimiento de los comuneros, don Lorenzo de Agudelo, de la ciudad de Antioquia, no sólo se proclamó de palabra como amigo del movimiento antiesclavista, sino que dio el ejemplo por su cuenta al dar libertad a sus 80 esclavos, por lo cual la autoridad lo redujo a prisión y lo envió después a los calabozos de Portobelo».

(Comentario. ¿Qué opinan ustedes?)

«En el mismo año de 1781 recibió el gobernador Buelta Lorenzana la orden de Santa Fe de Bogotá para proceder a fundar los estancos de aguardiente y de tabaco. Este último se introducía de Mariquita y quedó prohibido bajo las más severas sanciones su cultivo en la provincia.

«Tal disposición causó gran disgusto entre los moradores, que elevaron memoriales al Virrey solicitando su revocatoria. Pero el gobierno central fue inflexible. Así las cosas, el gobernador Buelta Lorenzana resolvió irse contra los campesinos reacios a lo dispuesto y ordenó que el administrador de la renta de tabaco saliera en comisión con algunos funcionarios y guardias a visitar las sementeras de ciertos campesinos contra quienes recaían sospechas de haber sembrado tabaco, y que si lo hallasen, pusieran presos a los inculpados.

«En una mañana de septiembre de 1781 partió la comisión bien armada de la ciudad de Antioquia. Llegaron a la casa de Juan Lastra, en la cual sólo encontraron a su esposa, pero hallaron un gran tabacal. Con su habitual indiscreción procedieron, en ausencia del marido, a arrancar y destruir el tabacal para arrojarlo al Cauca. En esta faena estaban cuando apareció el dueño de la casa con más de cien hombres armados de lanzas, chuzos de palo, sables, espadas, calabozos, machetes, navajas y azadas. Lastra, con espada desnuda en una mano que, para evitar desgracias supo detener, increpó al alguacil mayor, diciéndole:

«¿Qué atrevimientos son estos?»

Y así, en medio de esta pelotera, los dejó yo a ustedes hasta la semana entrante.

Habíamos quedado en que Lastra se le enfrentó al alguacil y le dijo en la cara, cantadito y rastrillando la espada contra el empedrado:

-¿Qué atrevimiento es éste?

Cito al doctor Duque, resumido:

«El alguacil le pidió que se aguantara, al mismo tiempo que lo interrogaba sobre su parecer. Lastra repitió que era mucho atrevimiento que, no estando él en su casa, fueran a ella y paseasen su rastrojo y arrojasen al río su tabaco, que él había arrancado y escondido en el monte.

«Mientras el diálogo tenía lugar, los acompañantes de Lastra cercaron a los de la comisión y, con sus armas en alto, gritaron a una voz:

«-¡Todos tenemos tabacales!

«Agregaron que pasaban de ciento y que a costa de su pellejo lo habían sembrado y lo sembrarían y defenderían hasta morir.

«Uno de ellos, llamado Pablo Flórez, clavó la lanza en el suelo y con mucha arrogancia exclamó que él era uno de los muchos que tenían tabacales, que seguiría su siembra y que no tenía armas de fuego; pero que no le causaban miedo ni lo espantaban tiros de pólvora.

«No faltaron unos en proponer que fuese desarmada la comisión, pero uno de entre los vecinos del paraje se interpuso con la promesa de defenderlos y ayudarlos en todo, siempre que no se propasasen en cometer atentado alguno, puesto que él era fiel vasallo del Rey. A lo cual replicaron los del tumulto que ya no lo querían por capitán, ni le obedecerían, como tampoco al Rey.

(Comentario. Yo creo que éste fue el primer grito de independencia absoluta que se oyó por estas tierras. Debería celebrarse esa fecha, como el 11 de noviembre).

«Y agregaron que del Tablazo para abajo, donde ellos residían, no pasaría persona alguna, y que el que lo intentara, procurara ir confesado y comulgado.

«En vista de la resuelta actitud de los amotinados, el alguacil mayor y sus compañeros resolvieron suspender su tarea para no correr riesgos, y regresaron a la ciudad de Antioquia para dar cuenta de lo sucedido al gobernador Buelta Lorenzana.

(Comentario. ¿Cómo se llama esto en buen lenguaje paisa?).

«Éste, inmediatamente alarmado, resolvió dirigirse a los que él llamaba «blancos» para que le ayudasen dándole al movimiento el carácter de lucha de clases. Así se afanaba por contenerlos, pero al día siguiente

recibió la noticia de que se habían reunido los vecinos de los parajes de La Nuarque, El Tablazo, El Rodeo, La Miranda, junto con muchos otros habitantes de Sopetrán y de Sacaoyal, con armas de diversas clases, entre las cuales sólo se contaban 12 escopetas, y que se habían apoderado con sus canoas del Paso Real del Cauca (donde está hoy el puente nuevo), lo cual preocupó a Buelta Lorenzana, porque esto le impedía recibir los refuerzos que esperaba de la Villa de Medellín y de Rionegro».

El domingo sabremos en qué va a parar esta revolución.

* * *

El gobernador Buelta Lorenzana pensó en un principio en reunir gente para ir a atacar a los comuneros, pero apenas logró juntar 22 blancos y otros tantos no tan blancos que digamos, y como no se sintió con fuerzas suficientes como para ir a enfrentárseles, resolvió más bien encerrarse en el pueblo - ¡perdón: ciudad!- de Santa Fe de Antioquia a esperar a ver en qué iba a parar esa bulla.

Sigo con el historiador, recortándole y cambiándole una que otra frase:

«El párroco de Sacaoyal, Vicente Celedón Jaramillo se presentó el 22 de septiembre por la noche en la casa del gobernador para informarle detenidamente de cuanto exigían los amotinados. Las peticiones de éstos eran que cerraran los estancos de tabaco y de aguardiente y que se les permitiese sembrar tabaco. Y que esperaban la respuesta para el día siguiente...

«Al gobernador le parecieron excesivas las peticiones, por lo cual resolvió reunir a los vecinos de la ciudad de Antioquia para consultar lo que se debería hacer. Éstos fueron de opinión de que lo mejor sería enviar ante los amotinados al padre Salvador Cano, varón prudente y santo, quien con la mejor voluntad aceptó el encargo y pasó al campamento de los rebelados. Éstos se resistieron a aceptar las condiciones que les proponía el gobernador, pero al fin convinieron en que si el gobierno los indultaba por haber sembrado tabaco y se les permitía el cultivo dentro del terreno de la ciudad, ellos por su parte no se opondrían a que continuara el estanco, pero para el tabaco que viniera de Ambalema».

Estos comuneros, que eran una revoltura de blancos, negros, indios, mulatos y mestizos, estaban aconsejados y conducidos por el español Juan Bautista de Herrera, y de éste dice el doctor Duque que «su nombre debe quedar escrito en nuestro recuerdo, ya que algo debía de tener del alma de don Quijote».

Para el mes de diciembre se temió de nuevo un levantamiento, pero esta vez sería de los esclavos pidiendo su libertad, y sobre eso se hizo un gran escándalo y se tomaron muchos preparativos de parte del gobernador, sin que resultara nada más que la prisión de algunos de estos infelices. Y por disposición del

mismo Buelta Lorenzana se mantuvo un cuerpo de tropa, para cuyo sostenimiento se dirigieron circulares a los más pudientes.

«Buelta Lorenzana, una vez vencido el movimiento, que ocurrió casi al mismo tiempo que el de los comuneros de Berbeo y Galán en El Socorro, dictó, de acuerdo con sus consejeros, la sentencia de cien azotes a cada uno de los que creyó más comprometidos, que fueron José y Martín Lastra, Javier García, José Ortiz y Javier Esteban Serna, quienes, una vez cumplida esta pena fueron conducidos a la Real Audiencia de Bogotá, para lo que ésta estimara conveniente».

Y ésto, a pesar de haberseles concedido indultos.

Ésta fue, pues, la insurrección de los comuneros de Antioquia, que por lo menos mostró el descontento que había entre todas las clases de americanos con el modo de mandarnos que tenían los chapetones.

XXIII

FRANCISCO SILVESTRE

En 1782 le recibió don Francisco Silvestre a don Cayetano Buelta Lorenzana el mando de Antioquia como Gobernador.

Este Silvestre fue uno de los mejores gobernadores que ha tenido esta tierra, aunque siempre le hizo mucho la guerra, por política, un oficial real que se llamaba Pedro Biturro, un cobarde que había acusado a los comuneros.

Silvestre ya había gobernado anteriormente esta provincia, y se había interesado mucho por ella.

Dice el libro del doctor Duque:

«Desde su primera administración había lanzado la idea de que se trasladara la ciudad de Santiago de Arma, despoblada y de clima insalubre, a San Nicolás el Magno de Rionegro, sana y abundante en frutos».

En realidad, Santiago de Arma quedaba cerca de la desembocadura del Arma al Cauca, más allá de La Pintada, en tierra palúdica, y aunque había tenido su importancia al principio de la Colonia, ya estaba casi completamente abandonada.

Silvestre, comisionado por el Virrey Caballero y Góngora, pasó de Santa Fe de Antioquia a Rionegro, donde verificó la traslación de la ciudad -que consistía más que todo, en traslado de documentos y papeles y empleados- y le dio el nombre de Santiago de Arma de Rionegro.

Le señaló también escudo de armas «consistente en un león con un disco de oro al cuello y en él un escudo real. Al mismo tiempo le señaló estos límites:

«Por la parte que linda con el gobierno de la provincia de Popayán, desde el río Chinchiná (el que hizo estragos con la erupción del Ruiz el otro día), lindando con Cartago, y por el Cauca abajo hasta la quebrada Sabaleticas, y de ésta, cortando a la quebrada de Amagá, lindando con Medellín; de allí, desde las cabeceras del río de Aburrá, siguiendo la cordillera por sus cumbres hasta el Porce, que divide con la ciudad de Remedios. Y siguiendo las cumbres de la cordillera hasta donde nace el Nus...» En fin, dando una vuelta enorme hasta llegar otra vez a Chinchiná. Cómo les parece la carajadita de territorio que tenían los amigos cantarranas: desde Remedios hasta Cartago, dando la vuelta por Amagá. Mejor dicho, más grande que el departamento del Quindío.

También le dio Silvestre la categoría de villa al sitio de Marinilla, así que éste vino a quedar en la misma categoría que Medellín.

Pongan atención, ahora, a lo que era la provincia de Antioquia según un informe que le mandaron al Virrey, refiriéndose al hospital de Santa Fe de Antioquia:

«La provincia tenía por entonces 48.678 personas; no había más hospital que el de Santa Fe de Antioquia, recién fundado; no había médico alguno al empezar la gobernación de Buelta Lorenzana, pero al empezar la de Silvestre ya había en tres poblaciones, y los otros pueblos carecían hasta de un simple sangrador; por tanto la salud de pobres y ricos no tenía más auxilio que la misma naturaleza, al lado de algunos curanderos y sus yerbas, y entre las drogas no se conocía sino el sen, el maná y el ruibarbo.

«En cuanto a los demás aspectos se carecía de artesanos para toda clase de oficios. Debe recordarse que para edificar la casa del párroco de Medellín hubo necesidad de traer los oficiales constructores desde la ciudad de Cartagena. Los naturales de la provincia no sabían más que cultivar la tierra y laborar las minas, de lo cual derivaban escasa subsistencia».

¡Siempre era que estábamos muy atrasados hace 200 años!

XXIV

MON Y VELARDE

Después de don Francisco Silvestre le tocó el turno de mandarnos al discutido Mon y Velarde.

Digo discutido porque los historiadores no se han podido poner de acuerdo sobre este personaje. Oigan lo que dice uno:

«En verdad, el paso de Mon y Velarde por la silla de los gobernantes de Antioquia hizo época, como comúnmente se dice, ya que su mando ha dado lugar a discusión, lo que por sí sólo es síntoma de masculinidad».

Mon y Velarde era asturiano, había estudiado artes en la Universidad de Oviedo y se había graduado en leyes. Fue director de obras públicas en México, de donde fue trasladado como oidor principal a la Real Audiencia de Santa Fé de Bogotá. De allí, lo mandó el Arzobispo Virrey Caballero y Góngora a Antioquia, como visitador, pero en realidad vino a ser gobernador, y en ese puesto estuvo desde 1785 hasta 1788.

Pongan atención, ahora, a las opiniones tan encontradas de dos historiadores.

De don Tulio Ospina, el papá de Mariano Ospina Pérez, que fue -don Tulio- quien lo llamó el Regenerador de Antioquia:

«Lo que hizo al encargarse del mando fue restablecer el orden público y depurar la administración. Antes de llevar a cabo reformas de carácter legislativo consultaba con los cabildos. Promulgó en Antioquia su auto de buen gobierno, dechado de prudencia y buen sentido. Organizó las rentas de aguardiente, degüello y tabaco e hizo elevar su producido».

De Julio César García es esta síntesis:

«Se distinguió por su talento, actividad y celo por el bien común; en poco tiempo hizo cambiar el aspecto de Antioquia, que antes era la provincia más atrasada del Virreinato; depuró la administración y estableció orden en ella; fundó escuelas; fomentó la minería; regeneró la agricultura; estableció cultivos de anís, cacao y algodón e industrias textiles. Hizo fundar a San Luis de Góngora (Yarumal), Carolina del Príncipe (Carolina), San Antonio del Infante (Don Matías), San Pedro y Santa Bárbara».

En cambio, el doctor Eduardo Zuleta lo trata de despótico y relata este caso:

«Uno de los hechos más sonados del oidor fue el ejecutado contra el jefe de la renta de tabaco de Medellín, a quien, para que declarara dónde estaban ocultos los caudales, pues, le había resultado un alcance por culpa de algunos subalternos, se le sometió al tormento con crueles pormenores, y habiéndose

quejado el sindicato ante el Virrey de semejantes procedimientos, dizque Mon y Velarde dio esta contestación: 'No. El tormento no duró sino 33 minutos'».

También se cuenta esto sobre una fuente de agua o surtidor que hizo instalar en la plaza -hoy Parque de Berrío- de Medellín: dispuso que el día de su inauguración, el negro que desempeñaba el cargo de verdugo, armado de un zurriago, mantuviese despejadas las cercanías de la fuente.

Lo cierto del caso es que Mon, que encontró esta provincia como la más atrasada del Virreinato, en que la poca gente que trabajaba eran los mineros y algunos comerciantes, y los demás eran vagos, puso a todo el mundo a camellar y desde entonces empezó Antioquia a «ser gente».

Hasta el domingo, compañeros.

XXV

FINAL DE LA COLONIA

Les contaba que Mon y Velarde, aunque muchos no se lo han podido tragar, lo cierto es que puso a trabajar a esa partida de vagos que era lo que había aquí a finales de la Colonia. Tuvo que hacerlo, unas veces con consejos y otras a punta de rejo, cuando era necesario.

Pero siempre fue mucha gracia, como él mismo lo reconocía:

«Que gentes bizarras y amantes de su gloria, atraídas de la novedad y de la esperanza de mejorar su fortuna, dejasen su domicilio abandonándose en brazos de la suerte, nada tendría de nuevo y de particular; pero que unos hombres sin costumbre de ello, y bien hallados con su pobreza y su desdicha, adormecidos en el regazo de la ociosidad, criados en un país donde todo se ejecuta por imitación y donde se desprecia cuanto tiene visos de novedad, hayan querido hacer casas, arrasar montes, experimentar nuevos climas y vivir, en fin, como los más industriosos, es empresa que aún después de realizada la miro como fabulosa».

Después de Mon y Velarde siguió don Francisco de Baraya, que ordenó la construcción de un camino que fue muy importante hasta hace un siglo, y es éste, como nos lo cuenta el historiador:

«Ya en posesión Baraya de la gobernación de Antioquia, en 1788, una de sus más importantes realizaciones para la actividad de la provincia vino a cumplirse con la apertura del camino de Santa Fe de Antioquia, pasando por Medellín, al puerto de Nare, que de este modo llegó a ser el más antiguo y primer puerto sobre el Magdalena.

«El poblado de Nare existía desde el siglo XVII, cuando familias provenientes del sitio de Palagua, que había sido inundado por el Magdalena, se trasladaron a ese lugar, donde habitaba una tribu pacífica cuyo cacique tenía el nombre de Nare.

«Cuando hubo de tener comunicación con el centro de Antioquia, se convirtió en vía obligada de tránsito, y allí se trasladaron algunas familias españolas.

«Fue relativamente grande su prosperidad y ésta se mantuvo hasta que, construido el ferrocarril de Antioquia, el puerto de Nare fue abandonado en provecho de Puerto Berrio.

«Desde el siglo XVI se sabe que estuvo misionando en este lugar San Luis Beltrán.

«El tráfico por el oriente de la provincia contribuyó notablemente al progreso de Rionegro.

«Vecinos de esta ciudad y de Marinilla resolvieron alejarse hacia las montañas donde hoy se encuentra Sonsón y pidieron al gobernador la licencia correspondiente para fundar un pueblo, y al efecto éste accedió gustosamente, y el 27 de agosto de 1789 expidió el siguiente decreto:

‘Siendo tan de mi agrado el proporcionar a estos vasallos de Su Majestad todas las ventajas y comodidades que pendan de mi albedrío, desde luego accedo a que se haga la población que estas partes solicitan, en las montañas del valle de Sonsón’».

XXVI

LA INDEPENDENCIA

Uno de los gobernadores que siguieron después de Mon y Velarde fue don José Felipe de Inciarte. A ese le tocó fundar a Barbosa, que se llama así por haberse construido sobre unos terrenos que habían sido de un tal don Diego Hernández Barbosa.

Después siguió el gobernador Víctor Salcedo, y durante el gobierno de éste se inauguró el colegio de segunda enseñanza de Medellín, que vino a ser como el nidador de la Universidad de Antioquia. Este colegio tuvo su origen en una real cédula, y empezó en Medellín el 20 de junio de 1803, al cuidado de la comunidad de los Franciscanos. El primer rector fue un bogotano: Fray Rafael de la Serna, que era un franciscano muy instruido.

Empezó en el costado norte de lo que es hoy parque de Berrío pero pronto lo trasladaron a la que hoy se llama plazuela de San Ignacio, que antes se llamaba de San Francisco, pero que tiene el nombre oficial de José Félix de Restrepo, y en ella hay una estatua, no de ninguno de esos personajes, sino de Francisco de Paula Santander.

Vino después otro gobernador, don Francisco de Ayala, que fue el último de la Colonia. En tiempo de éste se dictó el auto que creaba el curato de Abejorral, que dice:

«Resultando que en el sitio de Nuestra Señora del Carmen de Abejorral hay un mil trescientos y cincuenta y nueve (1.359) almas; que dista de la parroquia de Arma dos días con ríos fragorosos de por medio, que hay iglesia decentemente vestida y alhajada y finalmente que hay congrua suficiente para mantener cura párroco, se concede licencia para que en este sitio se elija cura...».

Así empezó Abejorral.

Y se llegó por fin la época de la Independencia. Vino el 20 de julio de 1810 en Bogotá, con el cuento ese del llorero de Florente -digo del florero de Llorente-, de la pelotera que se armó allá apenas se vino a tener noticia en Santa Fe de Antioquia el 10 de agosto, como quien dice a las tres semanas.

Entonces el cabildo de Santa Fe de Antioquia les mandó a los de Medellín, Rionegro y Marinilla, un escrito firmado en primer término por el gobernador Ayala, en el cual se incluía un pliego de la Junta Suprema de Santa Fe de Bogotá, y de acuerdo con lo que ésta pedía, «se excitaba para que eligieran diputados que acudieran sin demora a Santa Fe de Antioquia -que era la capital de la provincia- para escoger representantes al Congreso de la capital del Nuevo Reino -Santa Fe de Bogotá- para tratar de la unión de la provincia con las otras».

Los seis representantes por Medellín, Rionegro y Marinilla se encaminaron a la ciudad de Antioquia, donde se iban a efectuar las sesiones. La siguiente es la descripción de este viaje, que hizo don José Manuel Restrepo, uno de los diputados:

«El 24 del corriente (agosto, 1810) pasamos el Cauca en una barqueta bien vestida y con asientos y cojines para cada uno de los diputados, y una bandera que tremolaba y representaba los cuatro cabildos.

«A la orilla izquierda del caudaloso Cauca nos aguardaba un lucido y numeroso cuerpo de caballería ricamente adornado. Todos se desmontaron y, avanzando a nuestro encuentro, arengó elocuentemente el regidor, doctor Francisco Martínez, a lo que correspondió el doctor Joaquín Gómez por los ilustres cabildos de Medellín, Rionegro y Marinilla. Luego, incorporándonos con el debido orden entre el lucido acompañamiento de las caballerías que al efecto nos tenían prevenidas, ricamente enjaezadas, fuimos conducidos a la famosa casa -por no decir palacio- donde estaba colocada una bandera blanca con las cuatro ciudades de Antioquia, Medellín, Rionegro y Marinilla».

Y voy a suspender aquí, y el domingo será que vemos en qué paran estas fiestas.

* * *

Ibamos en que los representantes de Medellín, Rionegro y Marinilla fueron recibidos con bombo y platillos en la ciudad de Antioquia, y...que siga contándonos el doctor José Manuel:

«...allí se arengó de nuevo y se nos sirvió un suntuoso refresco, y a la noche, en los tres días siguientes, abundantes banquetes.

En la misma tarde de nuestra entrada pasamos en cuerpo a complimentar al gobernador Ayala, y al día siguiente se nos sirvió otro suntuoso refresco».

Salían, pues, de un refresco para caer en un banquete. Pero no crean que en esto sólo se la pasaban, porque del 30 de agosto al 7 de septiembre de 1810 se reunieron para crear una Junta Provincial que se iba a hacer cargo de la autoridad en la ciudad de Antioquia. Sigue el historiador:

«De esta manera se adoptó, como en las otras provincias, el sistema de Estado Soberano, unido a ellas en la forma federativa.

«El movimiento de independencia de Antioquia fue de los más pacíficos entre todas las provincias del Nuevo Reino, sin duda por el mismo temperamento del antioqueño para adaptarse a la realidad de los hechos con relativa serenidad».

Al empezar la revolución de la Independencia no contaba la provincia sino con estos pueblos: con el título de ciudades: Antioquia, Santiago de Arma de Rionegro, Remedios, Zaragoza y Cáceres; como villas -que eran menos que ciudades: Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín, Santa Rosa (Los Osos) y San José de Marinilla; como sitios poblados: Guarne, Carolina del Príncipe, Amagá, San Luis de Góngora (Yarumal), San Jerónimo, Titiribí, Anzá, Buriticá, Cañasgordas, Petacas (Belmira), San Pedro, Don Matías, Sabanalarga, San Andrés, Arma Viejo, Sabaletas, Concepción, Santo Domingo, San Vicente, Sonsón, Barbosa, Hatogrande (Girardota), Hatoviejo (Bello), Copacabana, Envigado, La Estrella, El Peñol, San Carlos, Santuario, Vahos (Granada), Nechí, Cancán y Yolombó.

Entre todas no sumaban 100.000 habitantes.

El 27 de junio de 1811 dictó la Junta Suprema una constitución provisional.

Estos movimientos de independencia por medio de las llamadas Juntas Supremas se habían extendido a casi todo el Nuevo Reino. En la provincia de Antioquia nombraron como representantes para un Congreso que se iba a reunir en Bogotá, a don Juan del Corral y al doctor José Manuel Restrepo.

«Estos dos distinguidos representantes salieron a principios de abril de 1811 de la ciudad de Antioquia», y al pasar por Medellín «fueron recibidos con aclamaciones y vitores. No obstante que a la Villa de la Candelaria no se le suponían entonces sino 5.000 habitantes, a los señores representantes se les atendió con esmerado gusto. En efecto, la mesa estaba provista de vino de San Lúcar, y mistela en amarillo, azul y rojo, conforme a la bandera ideada por Miranda, y a la vez con bizcochuelos que lucían letreros con las leyendas 'Viva la Patria', 'Viva la Federación'».

(En ese tiempo sí daba gusto que lo mandaran a uno en alguna comisión: en todas partes lo recibían a uno a punta de refresco, banquetes, vino, mistelas con los colores de la bandera y bizcochuelos).

En ese mismo año de 1811 se instaló la primera Asamblea Constituyente, que el 21 de marzo del año siguiente aprobó la Constitución del Estado de Antioquia, que, entre otras cosas más importantes, decretó el escudo del nuevo Estado, que debería mostrar a «una matrona vestida y adornada a la indiana, sentada entre el plátano y la palmera y reclinada al pie de un cerro de oro, con un río caudaloso a sus pies, encasquetándose en la más airosa actitud el gorro de la Libertad».

Pues este escudo lo vinieron a pintar cien años después, cuando celebraron el centenario de la Constitución del Estado, en 1912. Como modelo para la «matrona vestida y adornada a la indiana» sirvió Virginia Fábregas, una artista de teatro mejicana que en ese tiempo estaba tumbando bolos.

* * *

La Constitución del Estado de Antioquia, que fue firmada en Rionegro el 21 de marzo de 1812, decía por allá en el arranque:

«...nosotros los representantes del bueno y virtuoso pueblo del Estado de Antioquia proclamamos a la faz de las naciones y bajo los auspicios del Todopoderoso los siguientes derechos del hombre y los deberes del ciudadano, para que indeleblemente queden grabados en todos los corazones».

Y aunque así quedó Antioquia como una de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, de las que el presidente era el general Antonio Nariño en Bogotá, no se había declarado todavía suelta de España del todo, sino que seguían acatando a Fernando VII como rey y a una Regencia que mandaba en España.

El presidente del Estado en ese tiempo era el doctor José Antonio Gómez, que fue el que «dictó el decreto que ordenaba la introducción de una imprenta por cuenta del Estado e hizo venir al francés Lamot, que enseñó la música de viento a varios jóvenes que luego entraron a servir como cornetas en las milicias que se organizaron».

Al poco tiempo de firmada la Constitución murió de repente el doctor Gómez y entró a reemplazarlo don José Miguel de Restrepo, de Copacabana, padre de don José Manuel, el historiador. Este don José Manuel nació en Envigado y llegó a ser secretario de Bolívar y trasabuelo del gran Carlos Lleras Restrepo. Y del cura guerrillero Camilo Torres Restrepo.

Pero no nos enredemos en genealogías y sigamos.

Uno de los primeros problemitas que se le presentaron al presidente don José Miguel fue lo que nos cuenta el doctor Duque: que «hubo de sostener una fuerte polémica con don Antonio Nariño durante la primera mitad de 1813, por cuanto este ilustre mandatario pretendía que Cundinamarca primara sobre el Congreso de la Unión, lo que a las claras no sólo estaba contra lo firmado sino contra los más elementales principios de la democracia. Por este motivo y a causa de algunos malos tratamientos que experimentaron algunos antioqueños en Cundinamarca, el presidente Restrepo no quiso reconocer oficialmente a los señores don Primo Groot y don José Manuel Pardo, diputados escogidos por Nariño para tratar con el gobierno de Antioquia».

Desde entonces como que funciona el centralismo.

Pero esas diferencias se arreglaron y Antioquia voló a mandar un batalloncito que tenía, a ayudarle a Nariño, que había salido para Popayán a atajarles el paso a los españoles, que ya venían para acá al mando del tal don Juan Sámano. Y como la cosa se estaba poniendo peluda se formó en Antioquia un movimiento patriótico, en que entró hasta el presidente Restrepo, para poner por tres meses la provincia en manos de un dictador. Y para eso escogieron a un costeño de Mompós, que se había establecido en la ciudad de Antioquia como comerciante, y que era un tipo instruido y sobre todo de mucho entusiasmo y agarre, que se llamaba Juan del Corral. Sigamos con el libro:

«Los ciudadanos que por entonces levantaban y mantenían el movimiento patriótico de liberación, habían fundado en Santa Fe de Antioquia un centro compuesto de los varones más distinguidos de la sociedad. Los hombres de esta agrupación fueron los que al saber las malas noticias de Popayán soliviantaron el pueblo, que acudió hasta el recinto de la Legislatura, la que no dejó de impresionarse ante los hechos. Fue entonces cuando tomó la palabra frente a los legisladores don Juan del Corral con el siguiente discurso:

«Es preciso no perder esta hora que encierra para nosotros la salud o la ruina. (...). Tened, señores legisladores, el valor de afrontar la situación desesperada que nos amenaza, o prevenid vuestras manos y vuestros pies para las cadenas y vuestro cuello para el último suplicio».

Muy parecido a lo que dijo Acevedo y Gómez el 20 de julio en Bogotá:

«Si perdéis este momento de efervescencia y calor, si dejáis escapar esta ocasión única y feliz antes de doce horas seréis tratados como insurgentes. ¡Ved los calabozos, los grillos y las cadenas que os esperan!».

* * *

La Independencia absoluta. No habían pasado dos semanas de haber sido nombrado dictador Juan del Corral cuando declaró la independencia absoluta de la que se había llamado Provincia de Antioquia, tal como quedó en una acta que, entre otras cosas, dice:

«El Ciudadano Dictador, revestido con este carácter por la unánime voluntad de la representación nacional,

Declara:

Que el Estado de Antioquia desconoce por su rey a Fernando VII y a toda otra autoridad que no emane directamente del pueblo o de sus representantes; rompiendo abiertamente la unión política de dependencia con la Metrópoli y quedando separado para siempre de la Corona y Gobierno de España. En consecuencia,

Decreta:

Que a virtud de esta abjuración se haga por toda la República el juramento de absoluta independencia y manda a los tribunales, corporaciones de toda clase, jueces y demás ciudadanos de ella que pasen a prestarlo el próximo día 24 en los lugares y ante quienes se dirá, so pena de ser desterrados los que se negasen a este acto y condenados a muerte los que, desaprobándolo, trastornasen el orden social.

Publíquese por bando en todos los cantones del Estado y en ellos fijese en los lugares acostumbrados.

Dado en el palacio del Supremo Gobierno de Antioquia, a 11 de agosto de 1813.

Juan del Corral, Presidente Dictador; José María Hortic, Secretario de Guerra y Hacienda; José Manuel Restrepo, Secretario de Gracia y Justicia».

Al otro día prestaron el juramento el dictador Del Corral y sus dos secretarios -que venían a ser su gabinete ministerial- y publicaron el

«Programa

Para la proclamación de la Independencia Absoluta de la República de Antioquia (porque ya fuimos república, para que lo sepan, mis queridos camaradas):

Artículo 1°. El día 24 del corriente mes se hará la proclamación de absoluta independencia en las capitales de los cinco departamentos.

Artículo 4°. El juramento que se debe prestar será el siguiente:

¿Juráis delante de Dios obediencia al actual Gobierno y fidelidad a la República de Antioquia en el nuevo, augusto y feliz estado de independencia absoluta a que ha venido por el Supremo Decreto de 11 del corriente, desconociendo la monarquía de España y el gobierno de aquella península, cualquiera que haya sido y fuese en lo sucesivo; a la familia reinante y que reinar pueda después, y especial y señaladamente al que se dice príncipe heredero, Fernando VII? ¿Juráis desconocer en todo tiempo otra autoridad, sea cual fuere, que no emane directamente del pueblo o de sus representantes, y protestáis sostener con vuestra vida, vuestro honor y vuestras propiedades la separación perpetua que hace esta República de la Corona y Gobierno de España? Si así lo cumpliereis, Dios os premie, y de no, sobre vosotros caiga su justa venganza y el brazo del Gobierno y de la República.

Artículo 6°. Debiéndose celebrar un acto tan grande, feliz y memorable para la República con el bando y paseo ecuestre con la posible solemnidad, se deja al buen celo de los ayuntamientos la facultad de disponer el modo y forma de solemnizarle en todas sus partes, contando para ello con la concurrencia, medios y auxilios de los empleados y vecinos.

Artículo 8°. Por último, para ayudar al culto y celebración de lo dispuesto, decreta el Gobierno luminarias públicas por tres noches, permitiendo al pueblo aquellas diversiones y regocijos que la Religión y el bien común de la sociedad no han proscrito.

Dado en el palacio del Supremo Gobierno de Antioquia, a 12 de agosto de 1813».

Dejémoslos ahí enfiestados, y lamentemos que no nos hubiera tocado disfrutar de esas diversiones y regocijos.

* * *

Una de las primeras cosas que hizo Corral fue darle el título de ciudad a Medellín y a Marinilla, que no pasaban de ser villas.

Como se acordarán, la República de Antioquia estaba dividida en estos 5 distritos: Santa Fe de Antioquia, Santiago de Arma de

Rionegro, Medellín, Marinilla y Nordeste.

La primera tenía el título de ciudad, que se lo había dado el rey de España desde recién fundada. La segunda lo había heredado de la ciudad de Santiago de Arma, que quedaba más allá de La Pintada y que había sido pasada, con título y todo, a Rionegro. Medellín y Marinilla no eran más que villas. Entonces dictó este decreto don Juan del Corral:

«El Estado Libre de Antioquia, y en su nombre el dictador Juan del Corral ha decretado lo siguiente:

«Considerando los importantes servicios que han hecho a la Patria los moradores de las villas de Medellín y Marinilla; el valor y patriotismo que han mostrado, así en alistarse para marchar a Popayán, como por su adhesión y amor a la libertad e independencia, para igualar en todo a estas dos beneméritas poblaciones con las de Antioquia y Rionegro, que han hecho los mismos servicios a la República, quitando para siempre cualquier motivo de celos y rivalidades, he acordado erigir en ciudades a las villas de Medellín y Marinilla, concediéndoles el título de tales».

Lo de los celos se refería principalmente a que Medellín quería ser la capital del Estado, en vez de Santa Fe de Antioquia, y esto, según un historiador, «ya desde 1811 se había empezado a agitar en Medellín y en realidad fue causa de disputas y divisiones con sabor a patria boba. Aquéllas cesaron durante el mandato de Juan del Corral; pero, acabado éste, revivieron con mayor fuerza».

Y en verdad, esta pelea entre Medellín y la ciudad de Antioquia no vino a tener fin sino en 1826, durante el gobierno de Santander, en que Medellín fue nombrada capital del departamento, hasta el sol de hoy.

XXVII

EL SABIO CALDAS EN ANTIOQUIA

Sigamos citando a este historiador, que no es otro que mi muy querido amigo y tocayo el padre Roberto Tisnés.

«Muchos y eminentes personajes de la primera patria estuvieron vinculados a Antioquia durante el gobierno de Corral. Uno de ellos, y no ciertamente el menos insigne, fue el sabio Francisco José de Caldas, gloria de la Nueva Granada y de toda la América Española.

«Nuestro sabio, que parecía nacido para la ciencia y la tranquilidad de la investigación y del hogar, se ensartó, como muchos otros, en nuestra primera guerra civil, enfrentando a su amigo, el dictador de Cundinamarca, Antonio Nariño.

«Pues bien, derrotados por Nariño Baraya y sus amigos federalistas -entre los cuales estaba Caldas-, no le quedaba a éste otra oportunidad que emigrar de Cundinamarca y decide, seguramente invitado por Corral, dirigirse a Antioquia a prestarle a esta provincia sus muy útiles servicios.

«El 9 de mayo de 1813 sigue por Supía hacia Antioquia, donde va a ser recibido con los brazos abiertos».

Sigue ahora don Lino de Pombo, el padre de Rafael Pombo, el del Renacuajo Paseador:

«El Estado de Antioquia era uno de los más respetables de la Confederación y se hallaba más tranquilo y mejor gobernado que todos los demás. Tenía riqueza, población unida y vigorosa y hombres inteligentes y emprendedores. Caldas fue allí perfectamente acogido, reconociéndosele el grado de coronel de ingenieros. A poco de su llegada ocuparon los españoles, acaudillados por Sámano, gran parte de la provincia de Popayán. Inmediatamente se comisionó a Caldas para que fortificara los pasos del río Cauca llamados la Cana y Bufú, dándole por auxiliar al joven Liborio Mejía».

Dejémoslo por hoy construyendo estas fortificaciones más allá de La Pintada.

* * *

Dejamos a Caldas fortificando los pasos de Bufú y la Cana, más allá de La Pintada, para atajar a los españoles que vinieran de Popayán, y como ayudante tenía a un muchacho rionegrero que prometía mucho: era Liborio Mejía, al que dos años más tarde le tocó ser jefe supremo del país, como quien dice el presidente, por un mes larguito nada más, porque los españoles lo cogieron preso y lo pasaron al papayo.

Cuando acabó esas fortificaciones volvió Caldas a Rionegro, adonde ya se había trasladado Corral, por motivos de salud. Allí montó Caldas lo que llamaron la Maestranza, que venía a ser un taller o fundición para fabricar armas como cañones, fusiles, bayonetas, espadas, lanzas. De todo eso fabricó Caldas en Rionegro, y de allí salieron los cañones que le mandó Antioquia a Nariño para la guerra que tenía contra los españoles en Popayán y Pasto.

Al mismo tiempo estableció en Medellín una Academia de Ingeniería y una fábrica de pólvora.

Escribe don Lino de Pombo:

«El dictador Del Corral, uniendo a su inteligencia y actividad las luces de Caldas, acometió con él la realización de diversos proyectos importantes. Tales fueron la fundición de artillería, el establecimiento de un molino de pólvora, la fabricación de fusiles, la de máquinas para acuñar moneda y la fundación de una Academia de Ingenieros Militares para la instrucción científica de doce alumnos, cadetes del ejército. En todo se procedió con tanto empeño y acierto que antes del fallecimiento lamentable del señor Corral, ocurrido a mediados de 1814, se había fundido y montado considerable número de cañones y obuses de campaña; se hallaba arreglada la nitrería en un edificio nuevo, cercano a Medellín. Caldas era el director de fábricas e ingeniero general, y el 1° de enero de 1814 se le confió el empleo efectivo de coronel.

«El 7 de febrero de 1815 quedó corriente un molino de pólvora en otro edificio inmediato a la nitrería.

«Muchas dificultades se le presentaron por falta de libros que le sirvieran de guía para la fundición y taladro de fusiles; pero logró vencerlas obstinado en su empresa, armado de paciencia y sepultado más de dos meses entre los carbones y hollines de la Maestranza de Rionegro, preguntando a la naturaleza y arrancándole sus secretos a fuerza de observaciones y experimentos».

Al informarles Del Corral a los legisladores sobre las piezas de artillería que estaba fabricando Caldas en Rionegro, les decía:

«He decretado una requisición general para que todo ciudadano exhibiese las vajillas de estaño que tuviese en su casa por el precio corriente de este metal, mandando bajar ciertas campanas de las iglesias».

Sobre la Academia de Ingeniería que fundó y dirigió en Medellín el sabio Caldas, y uno de cuyos alumnos fue un muchacho de 16 años, nacido en La Concha -que en ese tiempo pertenecía a Rionegro- y que se llamaba -el muchacho, no La Concha- -José María Córdova-... sobre esta Academia, digo, se debería escribir un estudio bien hecho, por haber sido ella la primera de esta profesión que se fundó en Antioquia, ahora que mi querida Escuela de Minas va a celebrar su centenario el año entrante. La Escuela de Caldas fue su madre. Del propio Caldas hay en la Biblioteca Nacional un manuscrito que se titula:

Lecciones de Fortificación y Arquitectura Militar dictadas en la Academia de Ingenieros de Medellín por el coronel de Ingenieros Francisco José de Caldas, de principios de octubre 1814 a mediados de 1815.

Valdría la pena reproducir este documento tan valioso. Ahí les siembro esta inquietud, como decía don Jesús Mora, a mis queridos colegas de la Sociedad Antioqueña de Ingenieros y Arquitectos.

Y como ya empecé a irme por las ramas, mejor me despido por hoy.

XXVIII

LA LIBERTAD DE LOS ESCLAVOS

Como a Corral se le venció a fines de octubre del año 13 el período de 3 meses que le habían dado para su dictadura, cuando se llegó la fecha de entregar la vara, y en vista de que lo había hecho muy bien, resolvieron dejarlo otros 4 meses, y él aceptó, pero con la condición de que lo dejaran pasarse a vivir a Rionegro, porque se sentía enfermo y ese clima le sentaba mejor.

Una de las leyes más importantes que dictó don Juan del Corral fue la que llamaron de libertad de vientres de las esclavas, que ordenaba que todos los hijos que tuvieran las esclavas de ahí en adelante nacían libres. Dice un historiador:

«Del Corral recomendó a los legisladores que declarasen libre la posteridad de los esclavos y que estudiaran la forma de abolir también paulatinamente la esclavitud existente. Se ha considerado como muy prudente a su vez esta última medida en vista de que si se hacía repentinamente y sin la debida preparación podría ocasionar conflictos y aun trastornos del orden público, tan necesario en aquellos momentos».

Y eso que aquí los esclavos no eran tratados tan mal como en otras partes.

«En Antioquia tuvieron un trato menos cruel. El viejo minero trabajaba de sol a sol junto al esclavo y la dureza del latigazo iba debilitándose al ritmo que las fuerzas del viejo decaían con la brega dura. Otras veces la experiencia del propio agotamiento hacía florecer en el amo sentimientos de consideración. Esto fue dando como resultado más humanización en el trato al siervo y las distancias se acortaron. Pero este cúmulo de elementos, honra de Antioquia, tuvo su floración anticipada».

Porque, oigan lo que cuenta Julio César García:

«En 1781 Lorenzo de Agudelo dio libertad en la ciudad de Antioquia a 80 esclavos de la mina de Bellavista. Este acto de generosidad y de espíritu humanitario fue considerado subversivo por las autoridades de la época y su autor fue conducido por causa de él a las prisiones de Portobelo en Panamá».

Y ya antes, a mediados del siglo XVIII, doña Javiera Londoño de Castañeda, una señora rica de Medellín pero que vivió casi toda su vida en Rionegro, les había dado la libertad a 125 esclavos suyos. Cuenta don Tomás Cadavid:

«Fue éste el primer caso de antiesclavismo no sólo en Antioquia sino en la América y quizás en el mundo moderno. Conviene saber que la abnegada matrona que libertó a sus esclavos en medio de aquella

noche colonial y legó al morir \$8.000 (que en ese tiempo eran plata) para favorecer a las doncellas pobres de Marinilla, Rionegro y Llanogrande, fue motejada de loca, y que esta bella locura se convirtió, merced a la ciencia y a la virtud de un sabio montañés, en las más cuerda y justa de las leyes».

El sabio montañés de que habla don Tomás fue el doctor José Félix de Restrepo, que fue quien redactó la ley de libertad de esclavos que firmó don Juan del Corral.

Y un poco antes de esta ley, en 1813, el párroco de Marinilla, que era el padre Jorge Ramón de Posada, cura nacido en Medellín, muy instruido, uno de los más entusiastas patriotas, un día «hace que sus 83 esclavos asistan a la misa que él ha de officiar, vestidos de gala, y después de hablar de la caridad ante una numerosa concurrencia, le dice a sus esclavos:

«Hijos míos, desde hoy sois libres, iguales a mí. Pero este beneficio que Dios os ha hecho por intermedio de vuestro amigo, os impone un grande y sagrado deber: que seáis honrados hasta morir.

«Entregó a cada uno su carta de libertad y les hizo donaciones de terrenos y dinero. Por lo demás, no hubo de consentir que le volviesen a llamar 'mi amo' sino 'mi amigo'».

* * *

Tres palabritas más sobre la esclavitud. Dice don Mariano Ospina, el abuelo de Ospina Pérez:

«En Antioquia, a principios del siglo XIX, los esclavos eran numerosos, no porque fueran frecuentes y cuantiosas las importaciones de africanos, sino porque, siendo bien alimentados y tratados humanamente, se multiplicaban con la misma rapidez que la población libre. En ningún punto de América fueron tratados los esclavos con más moderación y dulzura que en Antioquia».

Bueno. Dejo este tema para contarles que cuando se le acabaron a don Juan del Corral los 4 meses que le habían prolongado la dictadura se vio gravísimo de lo que llamaban tabardillo, que venía a ser un tifo, y ahí no dio un brinco: el 7 de abril de 1814 se fue para la otra banda. No tenía sino 36 años.

Leamos: «El distinguido patriota y gobernante nació en Mompox el 23 de junio de 1778 (era 5 años mayor que Bolívar). Su padre fue sargento mayor del ejército del Rey y puso a su hijo Juan, todavía en edad temprana, a disposición del Rey durante la guerra entre España y Francia, pero esta oferta no fue aceptada.

«Después de recibir alguna instrucción en su villa natal fue enviado por su padre a la ciudad de Antioquia con fines comerciales y en esa ciudad contrajo matrimonio con Josefa Pérez de Rubla, nacida en esa misma ciudad y perteneciente a familia distinguida. Dedicado también a la agricultura fue uno de los iniciadores del cultivo del cacao, industria que aún no era conocida allí, y al mismo tiempo se consagró por sí

mismo al estudio, con lo que vino a ser un autodidacto de muy buenos conocimientos. En la época de la Independencia fue uno de los patriotas más entusiastas».

Antes de morir expidió la ley de la libertad de los esclavos, que redactó en compañía del doctor José Félix de Restrepo, como recordarán.

XXIX

ATANASIO GIRARDOT

Voy a hablarles ahora de un gallo antioqueño muy famoso, que no es que haya intervenido mucho en la historia de nuestro departamento, pero, que por ser hijo de él, merece puesto de honor aquí.

Atanasio era hijo de un francés -Monsieur Louis Girardot- y una medellinense -Josefa Díaz (tía, entre otras cosas, de Francisco Antonio Zea). Atanasio nació en la esquina suroccidental del cruce de la calle Boyacá con la carrera Carabobo, ahí en la Veracruz.

-Y, a propósito, les voy a contar un cuento viejo, que puede ser que algunos de ustedes no conozcan:

Llegó una vez a esta Villa un montañero muy importante, y en uno de sus recorridos por las calles pasó por frente a la casa donde había nacido Girardot, y en seguida se puso a leer, muy deletreada la leyenda de una placa que había allí:

A-QUI-NA-CIO-GI-RAR-DOT.

Y va diciendo:

-¡Valiente maestro tan bruto el de mi pueblo !... Dizque Atanasio viendo que es Aquinacio...

Bueno. Juicio.

La familia de don Luis se pasó para Bogotá y allá estudió el muchacho abogacía y se graduó a los 18 años. A poco de graduado ocurrió la pelotera del 20 de julio en Bogotá, y él fue uno de los patriotas más entusiastas. Después se enganchó en el ejército que llevó Antonio Baraya para los lados de Popayán, y allá le tocó el combate del Bajo Palacé, en que con 100 hombres atajó durante 5 horas la acometida de más de 1.000 españoles para pasar el puente, y al fin los sacó en derrota.

De allá del sur pasó al ejército que llevaba Bolívar para libertar a Venezuela, y allá le tocó la batalla del Bárbula, un morro donde estaba el español Bobadilla con su ejército. «Tregar Girardot con el arma al brazo, soportar impasible las primeras descargas, llegar a la cima, fue obra de pocos momentos. En el instante en

que con la bandera en la mano llegaba a la cumbre acompañado de Urdaneta, un bala perdida de los españoles le quita la vida. Refiere el general Urdaneta, que estaba a su lado, que al caer le dijo:

-Mira cómo huyen esos cobardes».

XXX

LUCHA POR LA CAPITAL

Dejemos al pobre Girardot ya muerto por allá en Venezuela, y volvamos a Antioquia.

Cuando murió el querido Juan del Corral nombraron como Presidente interino a un sacerdote muy patriota y que había intervenido con mucho empuje en la formación del nuevo Estado: el padre José Miguel de la Calle, que venía a ser envigadeño por haber nacido en el territorio donde después iban a fundar a Envigado.

Un mes apenas fue lo que nos mandó, pero en todo caso, ese tiempo es suficiente para corchar a cualquiera con esta pregunta:

-¿Qué cura ha sido gobernador de Antioquia?

Al mes, como les dije, de estar gobernando el padre De la Calle nombraron como Presidente a don Dionisio Tejada. Éste había nacido en Charalá, Santander, y era hijo de un español que lo mandó desde muy muchacho para España, donde estuvo como 10 años en el ejército real, y alcanzó el grado de teniente. Cuando volvió al país siguió con ese ejército, pero cuando empezó la revolución de la Independencia trabajó del lado de los patriotas y vino a dar a Antioquia.

«El 16 de mayo del año 14 empezó su gobierno, desde Santa Fe de Antioquia, naturalmente, que era la capital; pero no había pasado un mes cuando armó viaje para Rionegro, «con el fin, al parecer, de trasladar allí su residencia, y quizás aun la capital, lo que dio motivo para que el cabildo de la ciudad de Antioquia mostrase su inconformidad, a tiempo que se hicieron también algunas manifestaciones en Medellín, como tercera en discordia.

«Todo el cabildo de la ciudad de Antioquia negó obediencia al Presidente, y el Estado estuvo fuertemente dividido por más de un año».

Entonces el Congreso de las Provincias Unidas, que se reunía en Tunja y que era el que mandaba en todas las provincias del país, dispuso, para acabar con esas peloterías, que se reuniera en Envigado un Colegio Constituyente, que era el que debía decir la última palabra.

Este Colegio dictó una nueva Constitución para Antioquia, que en uno de sus artículos «establecía que el gobernador de la provincia residiera en la ciudad de Antioquia, que era la capital». Esta resolución no fue del agrado del Presidente ni de sus partidarios, especialmente los de Medellín, donde hubo movimientos tumultuarios el 29 de septiembre, que fueron imitados en otras poblaciones, con desconocimiento de la Constitución.

Sigamos con el historiador:

«El cabildo de la ciudad de Antioquia presentó en diciembre de 1815 un informe al gobierno de las Provincias Unidas contra el presidente Tejada en el que lo acusaba de no cumplir la Constitución y que la Junta de Seguridad de Medellín tenía sujetos incompetentes. El presidente Tejada rebatió lo anterior con certificados de otros cabildos en los cuales constaba lo contrario.

«Puede decirse que ésta vino a ser la Patria Boba de Antioquia, que perturbó la unión y la preparación de la obra de defensa contra los españoles».

Por ese tiempo, finales de 1815, estaba aguantando Cartagena la casi-nadita de sitio en que la tenía aguantando hambre el bendito pacificador don Pablo Morillo, y el 6 de diciembre de ese año no tuvieron más remedio los pobres y valientes cartageneros que entregarse del todo los unos, y los que pudieron se escaparon por mar.

Lo primero que hizo Morillo fue mandar unos batallones a hacerse cargo del interior del país, para dominarlo a la brava, como a Cartagena, y Antioquia tuvo la mala suerte de que le tocó el batallón que mandaba el coronel Francisco Warleta, una de las más malas reses que nos mandó la Madre Patria.

Pero a éste lo dejamos para el domingo.

WARLETA

Les contaba que cuando don Pablo Morillo acabó el sitio de Cartagena mandó unos batallones a apoderarse del resto del país, y el que le tocó a Antioquia venía mandado por el coronel Francisco Warleta, un chapetón muy mala res.

Éste salió de Mompós con su ejército y entró Nechí arriba, tumbando y... emasculando, digamos. Como quien dice, derrotando las pocas tropas patriotas que se encontraba, que tenían muy poquitos hombres y estaban muy mal armadas, pero que siempre se defendieron como gatos patas arriba. Pero que no les valió.

La derrota más importante la sufrieron los patriotas en La Ceja Alta de Cancán, por los lados de Remedios, pero cuando se vieron perdidos le prendieron candela a este último pueblo.

Dos días habían transcurrido del desastre cuando éste se supo en Medellín, y a los cuatro de la derrota entraron en la ciudad los que se habían librado de caer en manos de los españoles.

No fue poquita la alarma que estas noticias le despertaron al gobierno y a todo el vecindario, porque el 28 de marzo (de 1816) salía para el sur el gobernador Dionisio Tejada, que le dio orden a las tropas que quedaban y a las personas comprometidas que marchasen para Popayán. La ciudad quedó sola el 27.

Warleta siguió su avance y se apoderó de Medellín el 5 de abril.

Al día siguiente congregó al clero, al concejo y a los padres de familia para tomarles obediencia a Fernando VII. Prácticamente todos aceptaron el hecho cumplido, menos don Pedro Gómez, que era un jefe político de Marinilla, el que, cuando recibió la invitación de desagruar al Rey, se negó, contestando:

-Yo no desagruo a nadie. Lo hecho por Marinilla fue de acuerdo con la justicia y con la libertad. Si no le gusta mi franqueza, puede quitarme el bastón de mando.

Con esto se ganó un carcelazo largo.

Warleta les clavó multas al perro y al gato y según las malas -o buenas- lenguas fue más lo que guardó para él. Oigan lo que dice el historiador don José Manuel Restrepo, que fue contemporáneo y testigo:

«Fueron horribles las vejaciones que cometieron los jefes y los subalternos del ejército expedicionario. El coronel Francisco Warleta ocupa uno de los primeros lugares. A ningún patriota quitó la vida en Antioquia, pero este rasgo de generosidad lo fue más bien de política. Sin embargo, impuso fuertes contribuciones y recogió bastante dinero que, según voz pública, destinara en parte para su provecho».

Pero en otras partes no tuvo el manejo que tuvo aquí. Oigamos: «Warleta salió de Rionegro el 13 de julio después de haberle entregado el mando en Medellín al coronel español Vicente Sánchez Lima, y siguió para el sur, hacia Popayán.

«En esta provincia hizo publicar un bando mediante el cual cualquier persona que saliese sin pasaporte fuese pasada por las armas. A señoras distinguidas de Buga, como fueron las de la familia Cabal, les hizo remachar cadenas en los pies, por no confesar dónde estaba oculto su pariente el general José María Cabal.

«Por este mismo motivo dos sujetos de la misma familia recibió cada uno más de 200 palos y se les dejó por muertos.

«Este individuo no sólo condenó a muerte a numerosos patriotas sino que se manchó con el fusilamiento de damas como la heroína Dorotea Castro junto con su esclava Josefa Conde, por haber ayudado al coronel patriota Pedro José Murgueitio para recoger hombres, armas y caballos».

XXXII

ANTIOQUIA ENTRE 1816 Y 1820

Liborio Mejía. Este rionegrero Liborio nació en 1792 y muy joven se fue a Bogotá a estudiar en San Bartolomé. De regreso fue profesor de filosofía en la que más tarde sería la Universidad de Antioquia.

Estando en este profesorado fue comisionado por el Dictador Corral para que le sirviera de ayudante al sabio Caldas en la fortificación del paso de Bufú, en el Cauca, arriba de La Pintada, como recordarán.

Después entró en el cuerpo de voluntarios antioqueños que marchó al sur a ayudarlo a Nariño en la lucha contra los españoles en Popayán y Pasto.

En esta campaña fue hecho prisionero Nariño por los españoles, pero también ellos perdieron la batalla del Palo, en la que se distinguió como un valiente el amigo Liborio.

Como el país quedó sin jefe después de la prisión de Nariño, el Congreso nombró como presidente, con facultades extraordinarias, a don José Fernández Madrid. En vista de que las tropas de los patriotas eran muy reducidas y estaban muy mal armadas, Fernández Madrid resolvió renunciar, y entonces el Congreso, que estaba reunido en Popayán, le aceptó la renuncia el 22 de junio de 1816. Ese mismo día la comisión nombró presidente al general Custodio García Rovira y vicepresidente al coronel Liborio Mejía, lo cual se hizo con el conocimiento de que el primero no estaría presente para encargarse, por lo cual fue llamado Mejía para ocupar el cargo, que pasó a desempeñar como Presidente Dictador.

A todas éstas se había atrincherado Sámano en una altura de la Cuchilla del Tambo, cerca a Popayán. Cuenta el general José Ignacio París, que fue testigo:

«La patriótica guarnición de Popayán había resuelto marchar sobre Sámano, más bien con el ánimo de perecer gloriosamente que con la esperanza de triunfar. Marchó en efecto, con 600 hombres mal armados contra 1.500 fortificados en una posición inexpugnable. Marchó, y no hubo un solo individuo que desertara ni que se opusiera».

Y se prendió esa pelea tan desigual. «Cercados los republicanos al mando de Mejía, y cuando la mitad de sus fuerzas habían caído en la lucha, siguieron a su jefe que, a caballo y espada en mano, logró abrirse paso por entre los enemigos y escapar para una nueva esperanza.

«Los dispersos y escasos soldados que acompañaban al presidente Mejía siguieron por el camino hacia Neiva.

«El 10 de julio el español Carlos Tolrá atacó con seis divisiones a los patriotas que al mando de Mejía habían tratado de hacerse fuertes sobre la ciudad de La Plata, a orillas del río de este nombre.

«La lucha duró desde las once de la mañana hasta casi la oración.

«Muchos soldados, antes que rendirse, prefirieron huir a nado por el peligroso río y muchos murieron en la lucha. En ella cayó Mejía. Le faltaba entregar su vida por la patria, y esto se cumplió en Santa Fe de Bogotá el 3 de septiembre de 1816».

El gran Liborio Mejía, primer presidente antioqueño que tuvo el país, sólo duró en el mando desde el 22 de junio hasta el 10 de julio de 1816, como quien dice, 18 días. Pero muy peleados.

* * *

Modesto Hoyos. El domingo dejamos a Liborio Mejía fusilado -por la espalda- por orden del Pacificador Morillo.

Hoy les voy a hablar de otro paisa que funcionó lejos de aquí, y que es muy poco conocido:

Era marinillo. Voy a seguir, a grandes pasos, la historia de éste, como nos la cuenta el doctor Duque, sin muchas comillas:

En 1814 el gobierno de Cundinamarca pidió al de Antioquia una compañía de jóvenes distinguidos para que hiciesen guardia a Nariño. Se presentaron más de 150 voluntarios, entre los cuales iba Modesto Hoyos, que apenas hacía un año había contraído matrimonio con una dama noble, culta y de singular hermosura.

Se llamaba Margarita Urrea. Hacía poco había dado a luz a su primogénita cuando su esposo hubo de marchar a su misión al lado de Nariño. Ella se formó el propósito de seguirlo y de compartir con él todas las contingencias. Dejó a su hija en brazos de su madre y partió al lado de su esposo.

Como en Bogotá debía acuartelarse la guardia, Margarita solicitó alojamiento en el monasterio del Carmen, donde lo obtuvo, con propósito de usar hábito, que conservó hasta el final de la campaña.

Pasado un año tuvo que marchar Nariño al sur y allá siguieron Hoyos y su esposa, la que tuvo que llevar consigo una segunda niña. Allá contribuyó Hoyos a algunos triunfos de Nariño, pero más tarde estuvo en la batalla de la Cuchilla del Tambo, que perdieron los patriotas, que iban al mando de Liborio Mejía.

Quintado Hoyos con otros compañeros, entre los cuales estaba el futuro general y presidente José Hilario López, tuvo la mala suerte de ser señalado para el fusilamiento por orden de Sámano.

¿Y qué quiere decir que fue quintado? Me preguntarán algunos de ustedes. Dejemos que nos cuente el propio José Hilario López cómo ocurrieron las cosas cuando lo quintaron a él:

«El 18 de agosto se presentó en la cárcel el general Jiménez rodeado de frailes de diferentes órdenes y nos previno que formásemos por el orden de la lista, pues iba a proceder a sortearnos para que muriese uno de cada cinco».

Eso era lo que llamaban quintar. Sigue José Hilario:

«Dispuestos por orden de la lista los 21 oficiales prisioneros, se introdujeron en una vasija 17 boletas blancas y 4 con la inscripción Muerte.

«Un niño como de 8 años había sido conducido a sacar las boletas.

«Se empezó la operación y al primero de la lista, que era el capitán Joaquín Quijano, le tocó boleta blanca. El segundo de la lista, alférez Mariano Posse, boleta de muerte. Salió de la fila a esperar a sus compañeros. El tercero, teniente Rafael Cuervo, muerte. El cuarto, alférez Diego Pinzón, blanca. El quinto, José Hilario López, muerte. Salí a unirme a mis compañeros. El sexto, Alejo Sabaraín, muerte».

Hasta aquí José Hilario, al que al fin le perdonaron la vida pero lo obligaron a servir en el ejército español, donde estuvo algunos años. El Alejo Sabaraín que salió de sexto y que se ganó la lotería de la muerte era el novio de la Pola Salavarieta.

El domingo será que seguimos la historia del amigo Modesto Hoyos y de su bella Margarita.

Habíamos dejado al amigo Modesto en la fila de presos, con la tarjeta roja de MUERTE; que le había tocado en suerte (¡si que amanecí poético!). Pues, en vista de que yo soy tan mal poeta, más bien voy a seguir citando en partes al doctor Duque y a ratos metiendo yo la cucharada, pero en prosa.

Cuentan las crónicas que tres horas antes de la hora fijada para la ejecución, se presentó la esposa de Hoyos ante el cuartel del general Sámano para implorar gracia. La guardia le impide penetrar. La dama espera, persevera y suplica.

Ante la insistencia, Sámano se presenta con el adusto ceño de siempre; pero cuando trata de rechazarla, el velo que le cubría a ella en parte el rostro, deja éste al descubierto, y entonces se opera el milagro de la belleza.

Sámano, después de preguntar por el nombre de su esposo, da orden al escribiente para que transmita al jefe de capilla que ponga en libertad a Modesto Hoyos y se lo entregue a la señora.

De Sámano casi no se recuerdan acciones que pudieran revelar algo de humano o de noble. Sin embargo, este caso fue una de las notables excepciones.

Los esposos lograron regresar a su tierra durante la derrota de los patriotas y su persecución por los españoles, y a Hoyos le tocó el dolor de verla morir, aunque ya en el seno de su familia.

Los esposos, en medio de las contingencias de la guerra, se habían hecho el propósito de que cualquiera de los dos que llegara a sobrevivir a la muerte del otro se haría religioso. Así que a la muerte de la bella Margarita Urrea se fue Hoyos para Popayán, donde adelantó estudios y se ordenó sacerdote. Pasó a ser coadjutor de Marinilla en 1827 y después fue cura de Guatapé y más tarde párroco del Peñol y de San Jerónimo.

Allá en San Jerónimo, una vez que iba de paso para la ciudad de Antioquia el general Pedro Alcántara Herrán, que había sido compañero de armas de Hoyos y que más tarde fue presidente de la República, al brindar con Hoyos en una atención que se le dispensó, lo hizo con estas palabras:

-Brindo a la memoria de la esposa del capitán Hoyos, la dama más hermosa que he conocido en el mundo.

Todavía le tocó figurar al padre y capitán Hoyos en un capítulo doloroso de nuestra historia que fue el final de la revolución de José María Córdova. Según relata un sobrino de Hoyos, fue éste el que absolvió a Córdova moribundo después del combate del Santuario.

Vicente Sánchez Lima. Éste era un español del ejército que Morillo había mandado dizque a pacificar a Antioquia. Venía al mando de Warleta, que lo encargó del gobierno de la provincia en junio de 1816.

Según cuentas éste fue uno de los contados españoles buenas personas, si juzgamos por lo que dicen los historiadores.

Era de modo de ser fiestero y parrandista, y aunque le critican que muchas veces hubiera decretado como obligatorias fiestas de baile y juego, cuando la patria estaba de luto, lo cierto es que «ni un sólo caso de ese luto fue causado por él, por sangre derramada en el patíbulo, lo que es mucho decir entre ese grupo de pacificadores tan soberbios y crueles como Morillo, Enrile, Sámano, Warleta».

Como Mon y Velarde, firmó un bando de buen gobierno, en él dispone que se fomente la agricultura, llama la atención de las autoridades para el castigo de los delitos, así como para que se procure abolir el vicio de la embriaguez y de los juegos prohibidos. Se muestra severo contra el ocio y la vagancia, encarece el aseo de las calles y da órdenes para la extinción de los perros atacados de hidrofobia.

Dejemos esto así por el momento.

* * *

En ese año de 1816 se hizo un censo de población que dio estos resultados: la provincia en total tenía menos de 90.000 habitantes (como un pueblo grande de los de hoy). El casco urbano de la capital, que era Santa Fe de Antioquia, tenía 5.440; Medellín con su partido -o sea las poblaciones vecinas-, 27.000; Rionegro con su partido, 19.078; Marinilla, 7.000.

Siempre era que estábamos muy en pañales todavía.

Antes de salir escribió Sánchez Lima un informe para sus superiores que terminaba así:

«Mi corazón no puede soportar la idea de la desolación y miseria de estos pueblos, ni mis oídos taparse a los ayes y lamentos de unos vasallos que pertenecen al más piadoso y benigno de los monarcas».

¿Fernando VII el «más piadoso y benigno de los monarcas»? Ahí sí te equivocaste muy feo, hombre Vicente.

En todo caso, éste fue un buen gobernador, y de él dijo el Procurador de su tiempo:

«Ha sido el idolo de los pueblos por la suavidad de su carácter, por la prudencia y celo en el ejercicio de su empleo y por la humana, generosa y sabia conducta que le hemos visto observar desde el momento en que se le confió el mando».

Y esto era mucho decir para un chapetón de aquel tiempo.

* * *

Pantaleón Arango. Pantaleón Arango era natural de Girón (hoy en Santander). No sobra decir que era nacido en el Nuevo Reino, y aunque no antioqueño de nacimiento, sí lo era su padre don Tomás Arango, quien había contraído matrimonio en la población nombrada. Pantaleón estudió abogacía en San Bartolomé, y luego se estableció en Antioquia, tierra de su padre.

Era de convicciones realistas y por eso fue nombrado para reemplazar a Sánchez Lima en marzo de 1818.

Aunque se había graduado de abogado en Bogotá, parece que había hecho algunos estudios de Medicina, ya que la practicó al lado de los pocos que entonces la ejercían en Antioquia con escasa preparación.

Y hablando de la Medicina de esa época, se sabe que a fines del siglo XVIII el rey Carlos IV había enviado al médico francés Pierre Euse (con una sola s) para recetar en la colonia minera de San Luis de Góngora (Yarumal), y que de él descienden todos los Eusse con ss. ¡Puro caché!

* * *

Miguel Valbuena. Pocos días estuvo mandando don Pantaleón, porque en mayo de ese mismo año de 1818 tuvo que entregarle la vara al coronel Miguel Valbuena. Éste tampoco duró mucho, ni hizo mayor cosa, porque en noviembre de ese mismo año le hizo entrega a Carlos Tolrá.

* * *

Carlos Tolrá. Éste había venido con la expedición pacificadora de Morillo en 1816, y a fines de ese año andaba dando guerra por los lados de Popayán y Pasto.

En el año 18 contrajo matrimonio en Bogotá con la distinguida dama antioqueña, de Rionegro pero vecina de Medellín, Juliana Sánchez de Rendón, que «habría de desempeñar un papel importante en su hogar: el de moderar la fiera que había en la persona de su esposo», como dice el doctor Duque. Y ya lo había escrito don José Manuel Restrepo:

«Todo el mundo lo temía, y la única esperanza era que venía recién casado con doña Juliana Rendón, señora de virtudes e hija de esta provincia. Sus esperanzas no fueron vanas, pues contuvo a Tolrá e impidió que cometiera las tropelías que acostumbraba».

Tampoco alcanzó a hacer Tolrá mayor cosa, porque a los pocos meses tuvo que salir pitado, después de la batalla de Boyacá.

Del geniecito de Tolrá se puede formar una idea con lo que le dice a Sámano en una carta:

«En este correo me han pasado los oficiales reales un oficio muy insolente e irrespetuoso, y viva seguro, mi General de que no les aguanto más y en la primera que me hagan los meto al cuartel, los hago amarrar a un poste, y se lleva cada uno cien palos».

XXXIII

JOSÉ MARÍA CÓRDOVA

Vamos a hablar hoy del antioqueño más famoso de aquel tiempo: José María Córdova.

Éste cumplía 20 años en septiembre del año 1819, y en julio venía de Venezuela con el ejército de Bolívar, que el 7 de agosto le dio sopa y seco al del chapetón Barreiro en el Puente de Boyacá. A Córdova le tocó servir a las órdenes del general venezolano Anzoátegui, en la retaguardia. Ya tenía el grado de teniente coronel.

Cuando ganaron la batalla siguieron los patriotas para Bogotá, que todavía se llamaba Santa Fe, y cuando ya estaba llegando Bolívar a la ciudad, en el puente del Común supo que el virrey Sámano había salido huyendo por el camino de Honda a cuantas tenía, y para perseguirlo mandó a Anzoátegui, y le dio como jefe del estado mayor a Córdova.

Cuando llegaron éstos a Honda encontraron el rastro frío de Sámano, que se había embarcado y ya iba lejos.

De Honda le mandó Córdova un oficio a Bolívar en Bogotá, en que le pedía...pero mejor dejemos que nos cuente la historia doña Pilar Moreno:

«El coronel Córdova se dirigió a Bolívar solicitándole le concediera la gracia de libertar a Antioquia, su provincia nativa. Coincidentalmente el correo de postas se cruzó en el camino con otro que traía una comunicación en la cual Bolívar nombraba a Córdova comandante de una columna que debería trasladarse

para intentar la liberación de Antioquia. En ella se ordenaba también que el general Anzoátegui destinara para esa misión a 50 de sus veteranos. De la capital saldrían a marchas forzadas otros 50 hombres al mando del capitán Carlos Robledo para reforzar la columna.

«Anzoátegui entendió la imposibilidad de invadir la extensa provincia antioqueña con tan escasa tropa, y por eso destinó 100 hombres para la misión de Córdoba. Éste se había embarcado en Honda el 20 de agosto en dos balsas y tres barquetas».

El 22 desembarcó en Soplaviento, a una legua de Nare. Allí empezaba la cuesta para meterse en Antioquia.

Veamos ahora lo que nos cuenta Duque sobre lo que estaba pasando en el interior de esta provincia.

El 15 de agosto se pudo conocer en Rionegro la sensacional novedad de que Santa Fe de Bogotá estaba definitivamente en poder de los patriotas y que las autoridades españolas, con Sámano a la cabeza, huían por Honda, a tiempo que el gobernador Tolrá recibía un pliego de tal gravedad que desde ese momento resolvió la retirada de su tropa, por no considerarla suficiente para resistir.

El 23 salió Tolrá en forma definitiva por el camino de Zaragoza, dejando como autoridad en Medellín a un tal doctor Faustino Martínez, conocido realista americano, que era un desleal a la causa de sus compatriotas.

Tolrá estaba en Barbosa el 25, pasó por Santo Domingo el 26 y el 27 por Yolombó, con otros emigrantes, en vergonzosa retirada. El doctor Faustino Martínez, por su parte, que debía estar recordando la parte que había tomado en los consejos de guerra que a nombre de Morillo había enviado al patíbulo a muchos hombres eminentes de la Nueva Granada, salió en volandas tan pronto supo la llegada de Córdoba a Rionegro el 29 de agosto.

Ya con Córdoba aquí y con Tolrá huyendo sí podemos estar más tranquilos hasta la semana entrante.

* * *

El 28 de diciembre les dije que podíamos estar tranquilos porque Córdoba ya estaba aquí para acabar de sacar a los españoles, y que el jefe de éstos, Tolrá, ya iba lejos.

También les prometí seguir contándoles la historia a los 8 días, pero resulta que me echaron a vacaciones y apenas ahora vuelvo a estar con ustedes, que me estaban haciendo mucha falta.

Después de estas dos cucharadas de caldo voy a agarrar la presa con la mano de la querida historiadora doña Pilar Moreno.

«Córdova empleó cinco días en llegar a Marinilla, donde se enteró de la grave situación que dominaba la provincia. Entonces resolvió dejar sus tropas en Marinilla y se encaminó hacia Rionegro. La misma noche en que llegó tuvo la oportunidad de volver a ver a sus padres, después de cuatro años de ausencia. Encontró que su padre había envejecido, pero la ternura y devoción de su madre se habían multiplicado con el correr del tiempo. Allí se encontraba también su hermano menor, Salvador, observándolo con la devoción que siempre sintió por él.

«El temperamento de Córdova no era ciertamente el de un hombre calmado. Había nacido para la acción. Tenía mucho que contar y estaba ansioso por escuchar todos los relatos de la vida familiar. Sin embargo, su destino no le permitía detenerse, y esa misma noche, con 40 de sus jinetes, emprendió marcha hacia Barbosa.

«Era su intención cortarle el camino al teniente del gobernador Faustino Martínez, a fin de que no se uniera con Tolrá. Pero Martínez se había escapado con anterioridad.

«En vista de eso se dirigió a Medellín, a donde llegó el 1° de septiembre. Allí empezó a organizar su gobierno: él se encargaría de la parte militar, y el doctor José Manuel Restrepo, de la civil.

«Así encontramos a Córdova, secundado hábilmente por José Manuel Restrepo, administrando la provincia con un vigor y una eficacia que sorprenden en un hombre que tiene su primera experiencia como gobernante y que cuenta apenas 20 años de edad.

«Entre las instrucciones que recibió Córdova del Gobierno de Bogotá, una de las más importantes fue la de formar un cuerpo de ejército lo más numeroso y eficiente posible. Llamó a esta columna Cazadores de Antioquia. Fueron reclutados los soldados en Rionegro, Antioquia, Medellín y Marinilla.

«La lluvia incesante no era obstáculo para el entrenamiento, que se practicaba con fusiles pesados de madera, ya que carecían de los verdaderos.

«Unos de los reclutas que se alistaron con los Cazadores de Antioquia fueron los cinco hijos de una viuda pobre, Simona Duque de Alzate, quienes vivían en Marinilla. Fueron ellos los hermanos Manuel, Andrés, Francisco, Salvador y Antonio María Alzate.

«Las calamidades de la época no amilanaron a Simona Duque. Personalmente presentó a sus hijos para que fueran reclutados.

«Córdova, atendiendo a las precarias condiciones de la madre, se opuso a recibir en el ejército a los cinco hermanos. Sin embargo, Simona insistió altiva y resuelta, acabando por imponerse.

«El Comandante Córdova escribió entonces al vicepresidente Santander una carta admirable en la que exaltaba la conducta de la madre y solicitaba para ella una recompensa. Santander consideraba que 'el erario no puede sufragar pensiones vitalicias'. Pero ante la justa petición ordenó que del tesoro público le fuesen

pagados \$16 mensuales a Simona Duque durante su vida. Recomendó además que en la Gaceta se publicara este rasgo de amor a la República».

* * *

Tiene ahora un intermedio de amor y en seguida otro de dolor. Le cedo las teclas de mi máquina a la amiga doña Pilarcita Moreno:

«El joven comandante y gobernador de Antioquia José María Córdova se enamoró por aquella época con todo el ímpetu de sus años juveniles y de su temperamento apasionado.

«Durante su vida en los campamentos militares su figura y su hombra habían sido una gran fuerza de atracción para el sexo opuesto. Conquistaba a las mujeres con la misma facilidad con que luego se alejaba de ellas, y parecía que nunca colmaría sus ansias de amar. Por su escenario sentimental pasaron muchas damas de todas las alcurnias. Sin embargo, una de las más amadas por él fue sin lugar a dudas Manuela Morales, quien le despertó una pasión ardiente.

«Esbelta y airosa, en su fino rostro sobresalían los ojos grandes y aterciopelados característicos de las mujeres antioqueñas. Era tal su belleza que llegó a conmovier al seco y reposado gobernador civil José Manuel Restrepo, quien escribió en una carta a Santander:

«'...ella es preciosa', mientras Córdova se la describía al mismo Santander como 'la muchacha más bella que para mi gusto he visto'.

«Perteneía a una de las familias más distinguidas de Rionegro y poseía las pequeñas habilidades del medio en que se había educado: escribía bien, bordaba con primor y confeccionaba dulces y golosinas.

«Esta joven sencilla y adornada con todas las virtudes de la mujer antioqueña fue quien despertó por esta época una profunda pasión amorosa en el futuro héroe de Ayacucho. Él la quiso con toda la vehemencia de su carácter y fue por ello por lo que hasta en su correspondencia con el vicepresidente Santander lo encontramos hablándole repetidamente de su novia.

«El amor del comandante general de Antioquia por la bella Manuelita Morales casi que le cuesta la vida. En efecto, el 28 de diciembre de 1819, día de los inocentes, el pueblo de Rionegro, con el apoyo de las autoridades civiles y militares se reunió alegremente en la celebración de festejos populares. Entre el programa figuraba una corrida de toros, circunstancia que aprovechó Córdova para lucir ante su novia su magnífica destreza de jinete.

«Montaba un brioso caballo alazán de hermosa alzada, llamado el Inca, que el comandante general de Antioquia había incautado al realista Joaquín de Upegui con el argumento de que el animal era un elemento de guerra y por consiguiente necesario para su servicio.

«El 28 de diciembre estaban congregadas en la plaza de toros improvisada de Rionegro todas las gentes del vecindario y desde luego en primer fila Manuelita Morales, sonriendo, clavados sus ojos en el apuesto comandante general.

«Córdova, jinete en el Inca y luciendo el impecable uniforme de los Cazadores de Antioquia, no actuaba sino para la dama, cuya belleza la destacaba entre la bulliciosa multitud.

«El estallido de los cohetes en el aire y los gritos de los espectadores encabritó al caballo hasta el punto de volverlo casi incontrolable. Dio varios saltos y finalmente lanzó a su jinete contra un muro de calicanto. Recibió el impacto en la cabeza. Córdova perdió el sentido, su respiración se volvió difícil y ruidosa, el pulso latía débilmente. Todos a su alrededor pensaron que había entrado en agonía.

«En ese estado fue trasladado al hospital de Rionegro, donde estuvo más de ocho horas sin sentido.

«La provincia contaba por aquella época con muy pocos médicos graduados, y la mayoría de quienes ejercían el oficio eran meros aficionados. Uno de ellos, Juan Carrasquilla, fue quien tuvo la misión de atender a Córdova usando los procedimientos rudimentarios de la época. Muy posiblemente la fortaleza física del joven gobernador y la quietud a que forzosamente estuvo sometido, fueron los factores que le salvaron entonces la vida.

«El enfermo principió a recuperar el conocimiento. Algunos ratos deliraba. La fiebre que le consumía lo tenía trastornado: veía la llanura solitaria, entonaba coplas llaneras, hablaba el francés que había aprendido con Serviez y daba órdenes a un ejército imaginario; quería lanzarse de la cama y difícilmente lograban mantenerlo en reposo. De pronto vio a un personaje de sotana que se le acercó y lo instaba a confesarse. Córdova le respondió que ese asunto lo dejaría para mañana y que para hoy le trajeran una mujer bonita».

* * *

Dejamos a Córdova en convalecencia. Sigamos con la historiadora:

«El 6 de enero de 1820 le comunicó José Manuel Restrepo a Santander que 'nuestro amigo Córdova está fuera de riesgo, según la opinión de los médicos, pero desgraciadamente continúa la locura, con muy cortos momentos de razón y se teme que dure así algún tiempo'.

«Hasta el cuarto silencioso no llegaban las voces que hablaban de una nueva invasión de la provincia por parte de las fuerzas realistas al mando del coronel Warleta.

«El 7 de enero al anochecer se supo en Rionegro que Francisco Warleta con 330 infantes realistas había cruzado los límites del territorio antioqueño con dirección a Zaragoza. Warleta tenía en su haber el conocimiento de la provincia, puesto que ésta era la segunda vez que se internaba en ella.

«La posición estratégica de Antioquia y la fama de sus riquezas hacían que los españoles ansiaran desesperadamente tomarla, por lo cual buscaron abrir frente por el Chocó, por el Magdalena, por el Valle del Cauca y finalmente el veterano Warleta había logrado penetrar en ella con 300 soldados.

«José María Córdova, indispensable en aquellos momentos para la defensa de la provincia, iba entre tanto recobrando lentamente la lucidez de su espíritu.

«El 24 de enero, muy débil aún, logró llegar a Barbosa, donde estaba instalado el cuartel general.

«Se acercaba la hora de la máxima prueba para él. La enfermedad no había quebrantado su carácter y conservaba intactas sus capacidades. Empleó todos sus conocimientos militares y la experiencia de largos años de lucha, que dieron como resultado que los invasores fueran expulsados de Antioquia.

«Al cuartel general de Barbosa comenzaron a llegar voluntarios de toda la provincia. El sacerdote José Antonio Montoya había reclutado a sus feligreses de Envigado y vino a ayudar al ejército patriota. Córdova ordenó que los paisanos voluntarios regresaran a sus casas. Carecía de armas y tenía una fe ciega en el brillante cuerpo de Cazadores de Antioquia que tan pacientemente había organizado y disciplinado. Contaba además con 25 llaneros, 7 de los cuales habían pertenecido a la guardia de Páez. En los mejores 25 caballos de la región montó este cuerpo de dragones.

«De Barbosa le escribió la siguiente carta a Manuelita Morales:

27 de enero de 1820.

Mi noble amiga:

Que no exponga mi vida me dices en tu carta y sabes que soy un loco que pierde la razón delante de las balas. Sabes que no moriré en los campos de pelea sino en tus brazos y acariciado por tus manos, que beso desde aquí con entusiasmo.

Sabrás que cuando te veía a todas horas no creía que al apartarme de ti me dejaras en la oscuridad de las tinieblas. Y te juro que los realistas no me vencerán porque tú me guiarás en el combate y acabaré con ellos.

¡Qué gloria volver a Rionegro y presentarte, con mi amor crecido en la ausencia, mi espada tinta en la sangre de los enemigos de la Patria!

Cuánto agradecí los regalos que me enviaste, sobre todo el dulce que traía mi nombre con jazmines. Me pareció exquisito. Comprendí que tus manos lo prepararon para tu Pepe.

Dile a Mercedes que el pañuelo para el cuello que me mandó está muy bueno y la cifra de seda parece hecha de imprenta.

Hazle una visita a mi familia y no cuentes allá que te escribí, porque sólo a ti te escribo, pues sigo muy enfermo y loco, de amor por ti.

Adiós. No te olvides de rezar por mí y escíbeme.

Tuyo.

Pepe.

P. Te prometo cuidarme mucho, sólo por darte gusto».

* * *

Chorrosblancos. Voy a seguir por encima la historia de la liberación de Antioquia, como la cuenta doña Pilar Moreno en su libro de la vida de Córdova.

«Al ser informado el vicepresidente Santander de la enfermedad de Córdova mandó desde Bogotá, para reemplazarlo, al teniente José María Ricaurte, que llegó a Rionegro el 25 de enero de 1820. Allí se enteró de la mejoría de Córdova, que había vuelto a asumir el mando.

«Entre Ricaurte y Córdova siempre hubo gran armonía y sincera amistad.

«Ricaurte tomó a su mando un batallón de 300 soldados.

«Entre tanto Warleta había logrado cruzar la montaña y llegar a Yarumal con el grueso de sus tropas, donde acampó el 1° de febrero.

«Esta población, muy pequeña todavía, no había definido su nombre. Unos la llamaban San Luis y otros, por los numerosos árboles de yarumo que la rodeaban, principiaron a darle el nombre de Yarumal.

«Los realistas habían sufrido toda clase de dificultades al cruzar la montaña. No sólo tuvieron que abrir trocha con machete entre el monte sino aguantar el rigor del clima y la escasez de alimentos. Por eso al llegar a Yarumal consiguieron restablecer la moral de sus tropas al conseguir alimentos y otros enseres que los vecinos habían dejado abandonados en su fuga precipitada.

«Cuando Córdova se enteró del avance realista hasta Yarumal, su primera medida fue organizar un servicio de espionaje. El 3 de febrero ordenó desde Barbosa movilización general de sus tropas, y como él todavía se encontraba impedido para viajar a caballo, se hizo transportar en una silla de manos. En estas circunstancias el batallón llegó a Santa Rosa de Osos a las 10 de la mañana del 4 de febrero.

«Inmediatamente despachó un cuerpo de infantería para los llanos de Cuibá y otra compañía hacia Angostura, donde se creía que estaban ya las tropas españolas.

«Warleta, que había debilitado su batallón al dejar rezagada una columna a la espera de refuerzos, tomó posiciones en un punto crucial, que era el de convergencia de dos caminos fundamentales en la región: el uno comunicaba a Yarumal con un sitio de colonos donde más tarde sería fundada la población de Campamento. El otro iba hacia Angostura.

«Sobre este último camino existe un fenómeno natural conocido por los vecinos como 'puentes de piedra', que consiste en que el río Nechí corre hundido profundamente en la tierra hasta el punto de que ni siquiera se oye, dejando en la superficie un prolongado puente natural.

«Por este sendero avanzaban las fuerzas patriotas.

«Para Warleta no había sino dos posibilidades: o se abría paso para llegar a Medellín o se devolvía a Yarumal para buscar la ruta hacia Cáceres para salir al Cauca.

«El paraje donde se libró la acción decisiva de la liberación de Antioquia recibe su nombre de la quebrada de Chorrosblancos, que al caer de una altura forma la cascada de Las Dantas. Desciende luego saltando en chorros que van dejando espumas que blanquean las aguas para desembocar finalmente en el Nechí.

«Un cuerpo de la división Córdoba emprendió la marcha al amanecer del 12 de febrero. A su retaguardia iban los 25 lanceros llaneros montados en los caballos que les habían entregado los patriotas de Medellín. A las dos de la tarde se encontró la vanguardia patriota con los españoles. Warleta tenía sus tiradores bien situados, por eso lograron repeler la vanguardia republicana. En ese momento se presentó Córdoba con el resto del batallón y con una rápida ojeada se hizo cargo de la situación, y sin vacilar, gracias a su calidad de estratega, ordenó una carga masiva lanzando al combate a todos los hombres que tenía a su disposición en ese momento».

Y dejemos la cosa aquí, en este punto de suspenso.

* * *

Estábamos en Chorrosblancos. Íbamos en que «Córdoba se presentó con el resto del batallón y, sin vacilar, ordenó una carga masiva lanzando al combate a todos los hombres que tenía a su disposición en ese momento».

Y sigue doña Pilarica: «En esta forma se consiguió hacer retroceder al enemigo que, como último recurso, se parapetó en la altura, dispuesto a resistir la carga final. Los españoles estaban a la defensiva. Córdoba arremetió con dos compañías, que avanzaron a bayoneta calada, soportando los tiros del enemigo. A la cabeza de los cuadros patriotas iba el subteniente Pedro Carrasquilla, quien fue el primero en ascender a las posiciones enemigas. Su coraje sirvió de ejemplo. Los realistas abandonaron sus puestos y se retiraron. Finalmente huyeron en completo desorden. Como resultado de esta acción quedaron prisioneros 4 oficiales españoles y 30 soldados con sus fusiles.

«En el combate de Chorrosblancos ni Warleta ni Córdoba pudieron usar la totalidad de sus hombres. Joaquín Viana, testigo presencial, dice que las tropas españolas estaban compuestas por 400 hombres y que los patriotas eran aproximadamente 500. Añade que en el combate de Chorrosblancos sólo tomaron parte 80 hombres de Warleta y 60 soldados de Córdoba; que la duración del encuentro fue de una hora y que 'el enemigo, después de dos ligeras escaramuzas, emprendió el 12 por la noche su retirada hacia Cáceres. El 13 se le comenzó a perseguir y esperamos que sufra mucho en la montaña'.

«Las consecuencias del combate de Chorrosblancos fueron definitivas.

«En este encuentro, último librado por España en territorio antioqueño, sobresalieron las cualidades militares de Córdoba. Obró con rapidez, demostrando que su batallón Cazadores de Antioquia era un cuerpo disciplinado y eficiente.

«Aquella noche los patriotas pernoctaron en el campo de Chorrosblancos mientras los realistas se reagrupaban en una eminencia llamada El Mortiñal, por donde pasaba el camino que llevaba de Yarumal a Campamento.

«Al amanecer del día siguiente estaba listo Córdoba para atacar de nuevo. A la media hora de marcha tropezó con dos paisanos que le informaron que los españoles habían pasado la noche reuniendo sus efectivos y que ya desde la madrugada habían emprendido la marcha.

«Córdoba procedió en seguida a ocupar a Yarumal. Las tropas de Warleta, en estado lamentable, se internaron por la montaña de Cáceres, y en su persecución se envió la segunda compañía de Cazadores de Antioquia. Solamente fueron seguidos durante dos días, logrando hacer 12 prisioneros.

«La persecución implacable del enemigo en derrota era una de las tácticas de Napoleón, conocida de sobra por Córdoba, cuyo maestro de técnica militar había sido Serviez, que fue soldado de Napoleón.

«Córdoba regresó rápidamente a Rionegro, a donde llegó el 17 de febrero a las 7 de la mañana. Trabajó incesantemente a pesar de que, como consecuencia del golpe sufrido, no hablaba aún con soltura, había perdido la memoria para las cosas sin importancia y le costaba trabajo mantenerse despierto. Pero, a

pesar de eso, mandó 25 fusileros hacia la vega de Supía para proteger el paso de Bufú, que era el punto obligado de cruce en el camino que venía del Valle del Cauca.

«También fue despachada la tercera compañía de los Cazadores de Antioquia con destino a la población de Arma, en el distrito de Aguadas, para proteger esa región.

«Al quedar conjurado el peligro de invasión pudo Córdova dedicar su atención a otras actividades. Como excelente jinete volvió a montar a su alazán el Inca. Entre los hípicas es punto de honor cabalgar de nuevo la bestia que los ha derribado. El caballo, encabritado de nuevo, lanzó el jinete a tierra y, como consecuencia de un golpe en una pierna, se lastimó un tendón. Pero como no lo doblegaba cualquier contratiempo, pronto volvió a cabalgar, utilizando un asiento para alcanzar la montura».

Y dejemos esto aquí por hoy.

* * *

Estando Córdova en Rionegro, después de Chorroblancos, recibió orden de Bogotá, del vicepresidente Santander, de seguir hacia la costa sacando a todos los españoles que se fuera encontrando, especialmente a los de Mompós, donde estaban muy fortificados.

Sigamos revolviendo trozos de lo que nos cuentan los historiadores.

Obedeciendo esas órdenes, el 16 de abril al mediodía salió de Medellín para Zaragoza una compañía al mando del capitán Francisco Jaramillo, reforzada con el teniente Manuel Dimas del Corral, hijo del difunto Juan del Corral, y con el subteniente Salvador Córdova, hermano menor del gran José María.

Las instrucciones que llevaba el capitán Jaramillo eran que una vez tomada Zaragoza avanzara por la trocha abierta por la tropa española de Warleta.

Entre tanto el comandante español José Guerrero Cabero, con 26 hombres, permanecía en Zaragoza. Allí fue sorprendido en la mañana del 28 de abril y, después de un corto tiroteo, los realistas huyeron y fueron a fortificarse en la desembocadura del Nechí al Cauca.

El capitán Jaramillo, obedeciendo instrucciones de Córdova, se aproximó con cautela al puerto de Nechí y en la noche del 13 de mayo dejó correr río abajo una canoa con faroles; cuando la vieron los realistas, creyeron que los patriotas les habían cortado el paso, y como los granaderos de Jaramillo atacaron con decisión por tierra, eso fue suficiente para que los españoles huyeran precipitadamente río abajo, con su comandante Guerrero Cabero.

El puesto de Nechí, que estaba bien fortificado por los españoles, fue una gran adquisición para los patriotas ya que dominaba las dos entradas a Antioquia -por los ríos Cauca y Nechí- y la salida hacia la costa, por el Cauca.

Jaramillo se quedó en Nechí y Manuel Dimas y Salvador siguieron para Majagual -de donde son los famosos Corraleros- en el que es hoy departamento de Sucre.

Allí fueron atacados por una fuerza enemiga compuesta por 120 hombres y que contaba además con dos embarcaciones de guerra, comandadas por Guerrero Cabero.

Ante la superioridad del enemigo los patriotas acordaron retirarse navegando por el brazo de la Mojana, que comunica los ríos Cauca y San Jorge. Perseguidos por las fuerzas sutiles realistas los patriotas cambiaron de táctica y resolvieron enfrentárseles, obteniendo una brillante victoria. Fueron tomados prisioneros José Guerrero Cabero, el teniente Carlos Ferrer, otros dos oficiales y 60 soldados.

Esa victoria fue de gran importancia estratégica ya que les abrió a los patriotas la navegación del Cauca.

Volvamos a Córdoba. Éste recibió órdenes de Bolívar de entregar el mando militar que tenía en Antioquia y seguir hacia la costa, limpiando de españoles todo el camino. Córdoba le entregó sus funciones militares y administrativas a su amigo el teniente José María Ricaurte, bogotano, y el 11 de mayo salió a su misión.

En Rionegro se despidió de su amiga Manuelita Morales, aunque pronto la olvidaría, convirtiéndose ella así en la primera víctima de la campaña del Magdalena.

Cedámosle la máquina a doña Pilarcita:

«Primero la recordó, como se lo hizo saber a su amigo el vicepresidente Santander:

'Mi general, sigo triste por la muchacha más bella que para mi gusto he visto. Ella domina mi pasión amorosa'.

«Luego se sintió de nuevo sin ataduras amorosas y tan sólo deseaba vivir rápida y apasionadamente. Obsesionado por su gloria militar, se fue esfumando en su recuerdo el bello rostro de Manuelita Morales. Su sueño de guerrero era primero que su amor por ella».

* * *

Habíamos visto que en la perseguida que les estaban dando a los españoles Manuel Dimas del Corral y Salvador, el hermano de José María Córdoba, habían cogido prisioneros a José Guerrero Cabero, a Carlos Ferrer y a otro poco de chapetones en el caño de la Mojana, y mientras tanto José María andaba por

Rionegro entregándole el mando de la provincia a su amigo y tocayo José María Ricaurte y despidiéndose de Manuelita Morales. Recuerden también que el grueso de las tropas patriotas que iban detrás de los españoles en esta región las mandaba el capitán Francisco Jaramillo, que ya los había echado de Nechí.

Sigamos a grandes rasgos a misiá Pilarcita:

El 20 de mayo de 1820 se encontraba Córdova en la población de Remedios cumpliendo las instrucciones impartidas por el Libertador para que se tomara a Mompós.

En Remedios recibió las noticias enviadas por el capitán Francisco Jaramillo acerca del éxito de sus operaciones en la boca del Nechí. Dos días más tarde se enteró del brillante triunfo obtenido por las tropas al mando del teniente Manuel Dimas del Corral y de su hermano el subteniente Salvador Córdova en el caño de la Mojana.

Con los buques incautados al enemigo, el teniente Corral remontó rápidamente el río con el objeto de ayudar al transporte de las tropas de Córdova, que descendían por la caudalosa corriente en frágiles canoas. Esta operación se cumplió a satisfacción, de tal suerte que los patriotas llegaron a la población de Majagual el 29 de mayo a las 10 de la mañana. Allí conoció Córdova a los prisioneros españoles, a quienes mandó fusilar al día siguiente. Más tarde recibió instrucciones de Bogotá, de parte del Ministro de Guerra, para que fueran fusilados esos prisioneros. Cuando Córdova recibió ese oficio ya habían sido ejecutados. (Aquí sí cabe decir: fusiló mientras llegaba la orden).

El 30 de mayo, al despuntar el día, tres oficiales y varios soldados españoles, que previamente habían recibido los últimos auxilios religiosos, fueron conducidos a la orilla del brazo de la Mojana, donde habían instalado los escaños de la iglesia parroquial para que sirvieran de banquillos.

Los jefes realistas ajusticiados fueron el coronel José Guerrero Cabero, natural de Sevilla, España, y que había sido gobernador militar de Antioquia cuando mandaban aquí los españoles. De él escribió sarcásticamente Córdova al vicepresidente Santander: «El capitán español José Guerrero se fue de Majagual a ver a Dios». Otro de los jefes españoles era el teniente de marina Carlos Ferrer y Xiques, alias Picapica, oriundo de Cataluña, quien a finales del régimen colonial había contraído matrimonio en Quibdó con la dama caleña María Manuela Scarpetta. Una de las hijas de este matrimonio, Marciana, fue la madre de César Conto, militar, político, filólogo, poeta, periodista y notable personaje colombiano del siglo XIX. Otra de las hijas del teniente Picapica, Manuela, fue la madre de Jorge Isaacs, el autor de la María.

Me he demorado un poco en el amigo Carlos Ferrer, Picapica, español fusilado por Córdova, por haber sido él el origen de los Ferrer de Antioquia, así que viene a ser el trasabuelo de mi llorado compañero Luis Fernando Vélez Ferrer, Velezefe, y de su queridísima parentela.

Cuenta don Gabriel Arango Mejía en sus Genealogías de Antioquia y Caldas:

«Carlos Ferrer y Xiques fue un bravo capitán de marina que hizo armas en defensa del rey al estallar la guerra magna. Cayó prisionero en el año de 1820 en poder de las tropas de Córdova, que comandaba el teniente Manuel del Corral y fue pasado por las armas en Majagual.

«Su hijo Vicente Ferrer Scarpetta nació en Quibdó y allí contrajo matrimonio con Virginia Alfaro. Fueron los genitores de la familia de este apellido que existe hoy en Antioquia».

* * *

Dejamos a Córdova arreando españoles para afuera, y vimos que en Majagual había hecho pasar al papayo al ex-gobernador español Guerrero y a dos compañeros mártires, y que había seguido Magdalena abajo quitándoles Mompós y Cartagena a los chapetones. Que después pasó al Ecuador, donde peleó en la batalla de Pichincha, y al Perú, donde estuvo en Junín y Ayacucho. Aquí fue donde marchó con armas a discreción, a paso de vencedor.

Pero toda esa historia tan emocionante, y que todos ustedes deben de conocer, no es propiamente la de Antioquia, así que la dejamos a un lado y seguimos con la de nosotros.

Pasando a la carrera por lo que no tenga mayor interés les contaré que al salir Córdova de Antioquia, en mayo de 1820, le entregó el mando a su amigo el bogotano coronel José María Ricaurte, y éste no duró en el puesto sino hasta mediados de agosto porque tuvo que seguir para Santa Marta a echar también españoles para afuera.

A Ricaurte lo reemplazó aquí como gobernador el coronel Pedro Acevedo Tejada. Este muchacho, también bogotano, era hijo nada menos que de José Acevedo y Gómez, el Tribuno del Pueblo, el que el 20 de julio de 1810 había arengado así desde un balcón en la plaza de Santa Fe:

«Si dejáis pasar estos momentos de efervescencia y calor...».

El amigo Pedro Acevedo había hecho estudios en el Colegio del Rosario y había estado en las campañas del Sur. Cuando fue nombrado gobernador de Antioquia tenía 21 años, la misma edad de Córdova cuando entró a desempeñar el mismo puesto. Éstos son, creo, los dos gobernadores más muchachos que hemos tenido.

Acevedo despachó desde Rionegro, aunque la capital de la provincia era Antioquia. Desde Rionegro había despachado también el dictador Juan del Corral, pero éste había pedido permiso para pasarse a vivir allí por motivos de salud.

En todo caso, a Santa Fe de Antioquia la estaban dejando poco a poco a un lado, porque otros, como los españoles Warleta y Sánchez Lima habían despachado desde Medellín.

En 1822 le entregó Acevedo la vara de mando al coronel Francisco Urdaneta. Este Urdaneta era uruguayo, de Montevideo, pero desde 1809 se había establecido aquí en la Nueva Granada y estuvo luchando al lado de los patriotas. Como gobernador nos mandó hasta octubre de 1825.

De modo, pues, que en los primeros años de la independencia nos mandaron bogotanos, españoles y hasta un uruguayo. Paisas fueron Córdova y José Manuel Restrepo. ¡Ah! y se me olvidaba que después de Urdaneta siguió un cartagenero: el coronel Gregorio Urreta.

(Y entre paréntesis: pregúntenle a cualquiera qué jefe uruguayo, que no haya sido director de fútbol, hemos tenido, y voy doble a sencillo a que nadie da con Urdaneta. Y tampoco con el cartagenero Urreta).

A Urreta le tocó el traslado de la capital de la provincia, de Santa Fe de Antioquia a Medellín. Esto ocurrió el 17 de abril de 1826.

Pero todos seguimos queriendo mucho a la vieja ciudad, pues, como dice el doctor Pacho Duque:

«Fue indudablemente la ciudad madre o cuna del pueblo antioqueño, de donde partieron todos los esfuerzos y las generaciones para hacer, durante más de dos siglos y medio lo que es hoy el departamento de Antioquia, y donde se firmó el acta de su independencia».

Pasando a otro tema: habíamos dejado a Córdova en los países del Sur, Ecuador y Perú, peleando con los españoles. Después de Ayacucho regresó a Bogotá donde, en septiembre de 1828, tuvo lugar la conspiración contra Bolívar, en la cual no participó Córdova. Al contrario, fue él uno de los que intervinieron en el castigo que se les dio a algunos de los conspiradores. Pero individuos mal intencionados lograron, por medio de chismes, indisponer a Bolívar con Córdova, y como éste solicitó a Bolívar que se le extendieran «sus letras de retiro» del servicio militar, obtuvo, en cambio, el siguiente nombramiento:

«El benemérito general de división José María Córdova se encargará del Ministerio de Estado en el Departamento de Marina.

13 de julio de 1829.

Simón Bolívar».

El domingo veremos qué va a hacer nuestro primer Ministro de la Marina.

Vimos que Bolívar, en lugar de darle a Córdova los papeles de retiro que le había pedido, le hizo el nombramiento de ministro de marina. (¡Cómo sería la marina que teníamos en ese tiempo!). Pues esto no le gustó nada a Córdova, y así se lo dio a conocer a su hermanito Salvador en una carta en que le decía:

«El Libertador ha negado mi petición. En vez de mandarme las letras de cuartel me ha mandado el despacho de ministro de marina. ¡Qué sé yo de marina! Él calculó que estando yo en aquel ministerio estoy fuera de dar peligro aunque en un puesto más eminente. Allí ni mando hombres ni armas. Y al mismo tiempo cree que me alucina con darme esta colocación».

Y se declaró en rebelión destapada.

Una de las cosas que más lo hizo volverse enemigo de Bolívar fue que en esa época andaban muchos con la idea dizque de volver esto una monarquía, y que Bolívar debía ser el primer rey, pero que al morir él siguiera gobernando aquí un príncipe francés. Esta propuesta la hicieron unos franceses importantes que andaban por aquí en ese tiempo. Y hubo muchos criollos que les pusieron bolas.

Miren, por ejemplo, lo que le escribía a Bolívar Estanislao Vergara, uno de sus ministros:

«Una monarquía constitucional es lo que puede conservarnos y hacer a Colombia grande y respetada. Estamos ya todos en ese proyecto, que comenzará en vida de Su Excelencia, siendo Su Excelencia presidente mientras exista, y después continuará en un príncipe extranjero, que podrá tomar el nombre de rey o el que quiera. Su Excelencia sabe muy bien que con elecciones y con gobierno alternativo Colombia no puede marchar».

Pues esto no le sonaba ni cinco a Córdova, que le escribía así a su cuñado Manuel Antonio Jaramillo, el casado con su hermanita Mercedes y que en ese tiempo era gobernador de Antioquia:

«¿Convendrá la Nueva Granada con que el Libertador se corone como emperador? El Libertador no puede ser emperador de Colombia porque es venezolano muy parcial de sus paisanos...; porque es incapaz de sujetarse a constitución, a leyes, a regla ninguna; porque lo domina una mujer a quien ya cortejan tantos canallas como a una princesa; y por un millón de razones poderosas más».

Sigamos citando a doña Pilar.

«Es evidente que la idea no más de establecer un gobierno monárquico fue una de las causas fundamentales de la rebelión de Córdova contra Bolívar. Córdova, que estaba de comandante general del Cauca, le entregó en Popayán el puesto a un coronel Andrade y salió en uso de licencia para Antioquia, su tierra. Recorrió el valle del Cauca, que le causó gran admiración y lo llevó a decir:

‘¡Qué hermoso es el valle que he andado! Es lo más bello que conozco de América’.

«Hizo escala en Cali, Palmira, Buga, y finalmente llegó a Cartago. Esos largos días de camino le sirvieron para meditar sobre el sistema del gobierno de ese tiempo, que le gustaba menos cada vez, y sobre la

revolución como única salida. Ya en Cali y Buga había manifestado muy claramente sus propósitos, buscando adeptos. A lo largo del camino, según relató su edecán Francisco Giraldo, se había dedicado a hablar en contra de Bolívar hasta con los arrieros.

«El general Córdova salió de Cartago y llegó a Rionegro el 8 de septiembre. Eran las 7 de la noche cuando cruzó el zaguán de la casa de su madre, situada en un costado de la plaza mayor de Rionegro. Ese día estaba cumpliendo 30 años de edad».

* * *

La misma noche que llegó Córdova a Rionegro lo invitaron a una fiesta de vísperas de un matrimonio muy elegante, a la cual se presentó el héroe de Ayacucho a las 9 de la noche. Una vez allá levantó la copa y con voz clara y fuerte expresó su opinión contraria al sistema monárquico que se pretendía implantar en Colombia.

Lo que sigue es un resumen de lo que cuentan el doctor Antonio Mendoza y doña Pilar Moreno.

Al día siguiente convocó el general para una reunión en su casa a Juan de Dios Aranzazu y a otros amigos. Cuando estuvieron todos presentes se expresó así Córdova:

Que todos los sacrificios hechos eran estériles puesto que ya se trataba de implantar la monarquía y que Bolívar se había declarado dictador. Que él -Córdova- había vuelto a su tierra decidido a poner término a esos desmanes y que a Antioquia le estaba guardada esa gloria.

Todos los presentes le manifestaron opiniones como ésta:

Nos parece conveniente que esperemos un poco más, hasta ver qué efecto produce en la nación el proyecto de dictadura. Entonces obraremos juntos con otras provincias y con mejores esperanzas de éxito.

Córdova, al ver a todos sus amigos de esta opinión, dijo:

Desisto, pues, de ir a la guerra. Pero voy a Santa Rosa y a Antioquia y a otros pueblos a sondear la opinión.

Don Juan Uribe Mondragón y su esposa Teresa Santamaría eran vecinos de Medellín pero se encontraban en Rionegro, y al regresar a la Villa se trasladó el señor Uribe a la casa del coronel Francisco Urdaneta, jefe militar, y le comunicó lo que había oído de la sublevación de Córdova.

Bueno. Para no prolongar mucho esta historia, les cuento que tan pronto como Urdaneta informó de todo a Bogotá, de allá comisionaron al coronel Daniel Florencio O'Leary para que al mando de un batallón viniera a ponerle el tatequieto a Córdova.

Éste, mientras tanto, se dedicó a organizar sus fuerzas, que no pasaban de 300 bisoños mal armados.

Ya estaba casada, pues, la pelea.

Entre la gente que traía O'Leary venía José Manuel Montoya, amigo de Córdova, que fue comisionado para que le propusiera a éste un arreglo decente, para ver si se evitaba una guerra civil. Pero como Córdova se mostró inflexible en sus puntos de vista, le dijo su amigo Montoya:

-José María: fijate que en las condiciones en que estás te es imposible vencer.

A lo que contestó Córdova:

-Pero no es imposible morir.

Y eso fue lo que le sucedió al gran Córdova, que, por doloroso, lo voy a resumir en pocas frases.

La batalla que se armó entre los dos ejércitos, de los cuales el del gobierno era muy superior al de Córdova, ocurrió en las cercanías de la pequeña aldea que era en ese tiempo El Santuario.

En dicha acción recibió Córdova dos heridas de bala: una en el hombro derecho y otra en un muslo. En tales circunstancias se dirigió a una casa situada en la plaza, donde lo ayudaron a apearse, y luego de recostar su lanza contra la pared se acomodó sobre un cajón que servía para guardar granos.

En éstas llegó el coronel irlandés Ruperto Hand, del ejército enemigo, a quien O'Leary había dado orden de ultimar a Córdova y de dos sablazos, uno de ellos en la cabeza, acabó con la vida del gran héroe de Ayacucho.

Sigamos con el amigo doctor Pacho Duque:

«O'Leary, después de la muerte de Córdova y su victoria sobre la revolución, restableció la tranquilidad por medio de una amnistía muy general, con las excepciones del gobernador Manuel Antonio Jaramillo y de Salvador Córdova, el cuñado y el hermano del héroe. Sin embargo, cuando ocupó a Medellín hizo una lista de 32 de los que consideró más comprometidos y les impuso una contribución de guerra.

«Todos éstos, menos José Antonio Barrientos, que logró ocultarse, los 31 restantes se negaron a cumplir dicho pago, por lo cual se les puso en prisión desde principios de noviembre, y aún continuaba esta situación el 24 de diciembre, cuando estuvo a punto de ocurrir algo lamentable, entre los dos batallones que habían entrado a Medellín, uno de los cuales se llamaba 'Occidente' y constaba de mil hombres. El otro era el batallón 'Callao', compuesto casi todo por venezolanos y que había luchado en las campañas del Perú. Éste era fuerte de 900 hombres y lo dirigía el valiente coronel llanero Florencio Jiménez.

«Ese día 24 de diciembre, Nochebuena, que sin duda era de gran fiesta para casi todos, no habían sido racionadas las tropas por falta de fondos y se les dijo que la causa era porque los ricos que estaban presos no querían pagar la contribución de guerra, lo cual, oído por el batallón 'Occidente' fue motivo para que oficiales y soldados prorrumpieran en gritos y amenazas de muerte contra los presos, con el intento de pasar a las vías de hecho.

«Cuando se vio el peligro de ocurrir lo peor se presentó el valiente y caballeroso coronel Jiménez, y frente a los presos pronunció estas palabras, que fueron oídas por todos:

'No teman ustedes, que para degollarlos tendrán que pasar por sobre los cadáveres de los 900 hombres de que consta el batallón Callao. Que, aunque tiene 100 hombres menos que el Occidente, son más aguerridos y valerosos que ellos'.

«Ante este gesto, no sólo no se atrevieron a más los soldados del batallón amenazante, sino que los presos, para corresponder a la actitud del coronel Jiménez, resolvieron pagar, haciendo constar que lo hacían a manera de donativo.

«Un rasgo de humanidad y de amor filial hubo de presentar el señor Alejo Santamaría, quien se hallaba en Bogotá cuando a dicha ciudad llegó la nueva de que habían sido puestos en capilla los presos de Medellín, y temeroso por la vida de su padre -uno de ellos- resolvió acudir ante el ministro de Guerra, general Rafael Urdaneta, en solicitud de pasaporte para él y un salvoconducto para su padre, con la promesa de arreglar la contribución de guerra.

«Provisto de los documentos, que obtuvo con facilidad, se puso en camino y llegó a Medellín, cambiando cabalgaduras, a los cuatro días y medio, en una época en la cual muchas personas gastaban hasta un mes de jornadas, por lo pésimo de los caminos y la carencia de recursos.

«Gran satisfacción debió sentir el señor Santamaría cuando encontró libre a su padre, como a los otros compañeros de prisión».

XXXIV

ALEJANDRO VÉLEZ

Conforme a una ley de 1830 la Provincia de Antioquia quedó convertida en Departamento y el jefe de la administración tomó el nombre de Prefecto (equivalente a Gobernador).

«Como Prefecto se posesionó Alejandro Vélez el 20 de julio de 1830. Había nacido en Envigado en 1794, y fue discípulo de Caldas en Medellín.

«En las primeras luchas por la independencia el gobierno lo mandó a fortificar la angostura de Nare, en el Magdalena, y cuando la reconquista de Morillo fue tomado prisionero por los españoles y enrolado como soldado en el batallón Numancia. Pascual Enrile, el segundo de Morillo, en vista de los conocimientos de

Vélez, lo empleó en la elaboración de planos que debía enviar a Madrid, y en estas labores consiguió permiso para regresar a la provincia de Antioquia, donde, después de la batalla de Boyacá, pudo incorporarse de nuevo a las tropas republicanas.

«En Medellín, organizó el batallón Girardot y luego pasó a Bogotá. Fue oficial de artillería y más tarde oficial del Estado Mayor. Trabajó en el periodismo en Bogotá en colaboración con don Juan de Dios Aranzazu, entre los años 1825 y 1826. A continuación fue nombrado cónsul en los Estados Unidos. Regresó a Colombia para tomar parte en el llamado Congreso Admirable, de 1830.

«Sus biógrafos le señalan una gran cultura y firmeza de carácter. Antes de su cargo en los Estados Unidos tuvo ocasión de viajar por Europa y perfeccionar sus estudios en París.

«Como secretario general llamó a don Mariano Ospina, que se había radicado ocultamente en Antioquia después de la conspiración del 25 de septiembre contra Bolívar, en la cual había tomado parte. Buena parte de su tiempo estuvo oculto en la hacienda de Tenche y en una mina cerca de la cascada de Guadalupe, ambas propiedades de la familia Barrientos Fonnegra, en el municipio de Carolina.

«A pesar de su amplia preparación, era reconocido Vélez como persona modesta y jovial.

«Cuando llegó su secretario le preguntó:

«-¿Sabe usted gobernar, señor Ospina?

«Y como éste le contestara que no, replicó él:

«-Pues yo tampoco.

«A propósito de estas palabras se comenta lo difícil que era entonces para la administración organizar sus tareas entre personal escaso y sin experiencia, en medio de continuos problemas de agitación y cuando los beneficios de la independencia comenzaban a producir nuevas inquietudes y aspiraciones».

* * *

Por ese tiempo, septiembre de 1830, ocurrieron en Bogotá hechos muy graves, causados por el batallón Callao, que era el que había estado aquí en Antioquia, y, para no hacerme muy largo les cuento que ese batallón, que era casi todo de venezolanos, le ganó al gobierno del presidente Joaquín Mosquera una batalla y se apoderaron de la capital y nombraron al general Rafael Urdaneta como presidente. Fue, pues, un golpe de estado.

En vista de estos sucesos renunció a su mando en Antioquia el señor Alejandro Vélez, porque no estaba de acuerdo con los hechos cumplidos. Este Vélez fue un individuo instruido, serio y muy correcto en

todas sus actuaciones, que es muy desconocido hoy en día, pero que es más merecedor que muchos otros, por lo menos a un busto.

El 11 de diciembre de ese año de 1830 le entregó el mando Vélez al que habían nombrado en Bogotá, un venezolano coronel Juan Nepomuceno Santana, que vino de Bogotá con un regimiento de 500 hombres al mando de Carlos Castelli, un italiano que había luchado en la guerra de la Independencia.

Pero en Antioquia había franca oposición a ese estado de cosas, lo que hizo que fueran apresados Salvador Córdova, Ramón Palacio, Valentín Jaramillo, José Antonio Rodríguez y Eusebio Isaza.

Según un historiador, Castelli hasta trató de fusilar sin fórmula de juicio al coronel Córdova, pero se opusieron varios militares y se ordenó en cambio llevarle a él y a sus compañeros presos a Cartagena.

Éstos debían ser conducidos a esas prisiones bajo la custodia del teniente Miguel Alzate, que se los entregó en Nare al teniente Bibiano Robledo. El doctor Mariano Ospina, que también era buscado por los encargados del gobierno, no fue encontrado porque, avisado por sus amigos, se ocultó a tiempo.

Un poco abajo del puerto de Nare, en el Magdalena, el teniente Robledo, que resultó ser partidario del coronel Córdova, les quitó los grillos a los presos, que se metieron por las montañas hasta Remedios, donde reclutaron más gente, con la cual siguieron Nechí arriba hasta Cancán, donde encontraron una compañía de milicianos a órdenes del capitán Salvador Alzate, con quien se entendieron para ir formando una columna de operaciones. En Yolombó fueron auxiliados por el doctor Blas Obregón y cerca de Barbosa se les reunió el doctor Mariano Ospina, quien venía de su refugio en Tenche, y juntos continuaron su marcha hacia el centro del departamento para atacar su capital. Y así lo hizo saber a sus partidarios el coronel Córdova por conducto del capitán Anselmo Pineda. Pero al llegar a Copacabana cambió de plan, por consejo de su amigo Mariano Ospina, y más bien siguió hacia Rionegro para cortar las comunicaciones entre Castelli, que estaba en Medellín, y su comandante Miguel Núñez, que estaba en Abejorral.

En Rionegro se le unió a Córdova el capitán Ramón Escobar con otros ciudadanos, y de Marinilla recibió 35 fusiles.

El domingo veremos en qué va a parar este enredo.

* * *

Córdova salió de Rionegro para Abejorral a buscarle pelea a Núñez, y llegó allá el 13 de abril de 1831 a las dos de la tarde.

A pesar de la oposición ventajosa de Núñez, después de un ligero tiroteo se desbandaron sus 200 hombres y dejaron en poder de Córdoba 60 prisioneros, 100 fusiles y 10.000 cartuchos.

Al amanecer del día siguiente llegó Castelli y presentó ataque, cuando los hombres de Córdoba no habían acabado de perseguir a los vencidos de la víspera, y se atrincheró detrás de las tapias del cementerio. Pero los de Córdoba tomaron las posiciones que había tenido antes el capitán Núñez y forzaron las defensas de Castelli, que huyó antes de ordenar el cese del fuego. Entonces Córdoba se entendió amigablemente con los vencidos y los hizo pasar a su bando.

La cosa va bien. El domingo veremos cómo sigue.

XXXV

ANTIOQUIA DURANTE LA NUEVA GRANADA

Dejamos a Salvador Córdoba peleando en Abejorral con la gente que habían mandado de Bogotá de parte de Rafael Urdaneta, que se había apoderado de la presidencia, pero al que no le marchaban en Antioquia.

Córdoba derrotó en Abejorral a Castelli y entró triunfante a Medellín. Con el poder que le había otorgado la mayoría de los pueblos, desconoció el gobierno de Urdaneta y se puso a las órdenes de la autoridad legítima que la tenía Domingo Caicedo como vicepresidente.

Los problemas en Bogotá se arreglaron cuando Caicedo y Urdaneta convinieron entrevistarse en Juntas de Apulo, donde el último hizo entrega del mando.

Se convino en seguida citar a una asamblea constituyente para que dictara la convención que iría a regir en el país, después de separado de Venezuela y de Quito -lo que es hoy Ecuador-.

Esa convención se reunió en octubre de 1831 y uno de los primeros asuntos que trató fue el nombre que se le daría al país, que en esos días se llamaba Departamento de Cundinamarca, como parte de la Gran Colombia. No quisieron conservarle este nombre ni el de Colombia, sino que le pusieron el de Nueva Granada, que había tenido cuando era virreinato. Con este nombre duró hasta 1858.

Una muestra del ambiente de la época nos lo da el historiador en estos párrafos:

«El célebre naturalista Boussingault, contratado por Zea para una misión científica y que visitó por esa época la provincia de Antioquia llamó a Medellín 'encantadora y hermosa' y muy comercial, a pesar de que sólo tenía 14.800 habitantes...

«En esta ciudad cultivó relaciones con distinguidas familias, entre las cuales pasó repetidas veladas que se prolongaban hasta las 11 de la noche en la lectura y hasta representación de los dramas que estaban de moda en ese tiempo. Rionegro, según el mismo observador, contaba por entonces con 12.000 habitantes. Las casas estaban bien dispuestas y en la que habitó encontró periódicos franceses e ingleses, además de buen vino de Burdeos y de España. A Marinilla le anotó 5.000 habitantes y la señaló como lugar de almacenamiento de mercancías entre Nare y Medellín, muchas de las cuales se transportaban a espaldas de cargueros. Santa Rosa tenía 3.000 habitantes, La Ceja 800, Cañasgordas 300 y Buriticá 1.200. Los habitantes de la antigua ciudad de Antioquia se ocupaban más de sus fincas que del comercio.

«Anotó Boussingault que desde entonces llamaban maiceros a los antioqueños y para su gusto encontró muy 'hermosas' a las maiceras.

«El gobernador que mandó desde junio de 1831, en que le recibió el puesto a Salvador Córdova fue el rionegrero Francisco Montoya, que fue reemplazado en enero de 1832 por el doctor Francisco Luis Campuzano, rionegrero también, hijo del español realista Francisco Antonio de Campuzano. A éste le había embargado los bienes don Juan del Corral y estuvo en lista para ser fusilado después de Boyacá, pero fue borrado de esa lista por influencias de su hijo».

X X X V I

A R A N Z A Z U

Habíamos dejado de gobernador al doctor Francisco Campuzano, que no duró en el puesto sino unos 6 meses, al cabo de los cuales le entregó la vara al famoso Juan de Dios Aranzazu, de los Aranzazus de La Ceja. (Que, entre otras cosas, creo que fue el único).

Esta vez voy a utilizar la mayor parte de la información que nos da el doctor Duque.

Tomó Aranzazu posesión de la gobernación de la Provincia de Antioquia el 6 de junio de 1832. Su paso por este cargo fue de gran eficacia debido a su preparación, capacidad y patriotismo.

Atendió con gran preocupación al mantenimiento del orden, la educación pública, las vías de comunicación, y las rentas. Intervino en la fundación de las siguientes poblaciones: Campamento, Cocorná, Ebéjico, Entrerrios, Girardota y Liborina.

El señor Aranzazu le prestó especial atención al ramo de la educación pública. Durante su mandato hubo necesidad de que los representantes de Antioquia en Bogotá reclamaran que por la carencia de fondos no funcionaba el Colegio Provincial, que fue la cuna de la Universidad de Antioquia. El Congreso accedió a proveer más fondos, de modo que el establecimiento de educación secundaria reanudó sus tareas con el nombre de Colegio Académico de Medellín. El cual dio comienzo a sus labores docentes el 19 de octubre de 1834, con gran celebración de regocijos públicos, en los que se destacaron las representaciones teatrales y las corridas de toros.

El mismo día 19 de octubre de 1834 se inauguró por la noche el teatro llamado de La Unión, conforme a la iniciativa del progresista doctor Pedro Uribe Restrepo, médico antioqueño distinguido, quien después de estudios en Europa ejercía en Medellín, donde a su vez fundó la primera farmacia que, con el nombre de Botica de los Isazas, ha perdurado hasta hoy. (Hasta hace poco funcionó en la carrera del Palo con Colombia).

Al doctor Pedro Uribe se debió también -en 1842- la fundación del Cementerio de San Pedro.

Pero el principal acontecimiento que ocurrió durante la gobernación de Aranzazu fue la iniciación de lo que se ha llamado la colonización antioqueña por el occidente de Colombia, o sea la emigración de familias antioqueñas, principalmente del oriente del departamento, hacia el sur, a fundar las poblaciones de lo que más tarde fue el departamento de Caldas, y los de Risaralda y Quindío actuales, así como las regiones del norte del Valle y del Tolima.

En efecto, alrededor de 1834, Fermín López, uno de los primeros y más esforzados campeones de la colonización del sur, vecino de Salamina y nacido al parecer en Rionegro, empezó su ejemplarizante tarea.

También fue Aranzazu uno de los precursores de la Carretera al Mar, por cuanto aconsejó la apertura de un camino que pusiera a la ciudad de Antioquia en comunicación con un puerto sobre la parte navegable del río León, para salir al golfo de Urabá.

El domingo seguiremos comentando la obra de Aranzazu.

* * *

El amigo Aranzazu nació en La Ceja del Tambo en 1798, hijo del español vasco José María de Aranzazu y de la antioqueña María Antonia González. Sus padres, que eran ricos, lo mandaron a estudiar al colegio de

San Bartolomé. Desde el 20 de julio de 1810 se mostró partidario de la independencia, y por eso los encargados de vigilarlo lo señalaron como peligroso a su padre realista, y éste resolvió mandarlo para Maracaibo, Venezuela, donde su familia tenía una casa de comercio, y lo dedicaron a eso.

En Maracaibo se vio enredado en una tentativa contra las autoridades españolas y por eso tuvo que salir de allí y se trasladó a Méjico. Permaneció algún tiempo allí y después se dedicó a negocios de comercio por las Antillas. Más tarde regresó a Antioquia.

Desempeñó muchos cargos importantes, no sólo en Antioquia sino en el país, como representante al Congreso. Sufrió toda su vida de muy mala salud, debido a una lesión en la columna vertebral, lo que no le impidió prestar importantes servicios a la patria.

Como miembro del Consejo de Estado le tocó desempeñar la presidencia de la República de marzo a octubre de 1841, durante la ausencia del presidente Pedro Alcántara Herrán, cuando la guerra de los Supremos.

XXXVII

LA REVOLUCIÓN DEL PADRE BOTERO

Después de Aranzazu estuvieron de gobernadores don Luis Latorre, don Juan Santamaría y el doctor Francisco Antonio Obregón, ya en 1836. En este año tuvo lugar la llamada revolución del padre Botero.

Se las voy a contar, siguiendo por encima el relato que nos hace don Luis Latorre Mendoza en su Historia de Medellín.

El padre José María Botero, nacido en Medellín, hizo sus estudios en el Colegio del Rosario y se ordenó sacerdote en 1818. En 1829 tomó posesión del rectorado del Colegio de Medellín. El obispo Garnica lo nombró canónigo de la Catedral y cura de varias parroquias, pero él rehusó y dijo que no aspiraba sino a puestos secundarios.

En este año de 1836 empezó el padre Botero a hacer violentas publicaciones contra el presidente Francisco de Paula Santander y contra otros altos personajes del gobierno, valiéndose del pretexto de que la educación que se daba en los colegios oficiales tenía por base las enseñanzas de Bentham, utilitarias y de Tracy, materialistas.

También trataba el padre Botero de una manera fuerte y confianzuda en sus publicaciones al obispo Juan de la Cruz Gómez Plata.

La ley de imprenta era cosa seria en ese tiempo y como el fiscal era el doctor Manuel Tiberio Gómez, marinillo de esos que no se paran en pelillos para aplicar la ley, acusó al padre Botero por calumnia e injurias contra el presidente de la república y otras personas de alta dignidad. El jurado para la causa del padre Botero se celebró en la plaza principal de Medellín, en presencia del pueblo entero. Para el efecto, al pie de uno de los balcones del lado occidental se construyó un tablado en el cual se situaron: el juez, don José María Barrientos; el fiscal, Manuel Tiberio Gómez; el acusado, padre Botero y los jurados.

Cuando el fiscal peroraba, apretando de lo lindo, hubo un momento en que el padre Botero, no pudiendo contener su impaciencia, se levantó en ademán de interrumpirlo. Entonces le dijo el señor juez:

-Cálmese padre, y siéntese, que después se desfenderá.

Botero obedeció, pero al sentarse le dijo al juez Barrientos:

-¡Ay, pariente! ¿Dijo desfenderá?

El padre Botero fue condenado a presidio.

El domingo veremos en qué pára esta revolución.

* * *

Digamos para esta historia lo que nos cuenta don Luis Latorre, algo modificado.

Habíamos dejado al padre Botero en la cárcel. Estando en ella se armó la gran guachafita que llevó el título de Revolución del Padre Botero.

Varios vecinos de la villa reunieron una apreciable cantidad de gente, sobre todo de la loma del Garabato y de la Aguacatala y con ellos atacaron la cárcel y sacaron de ella al padre Botero.

Cuando el comandante de armas, coronel Salvador Córdova, se enteró de esa asonada, sacó personalmente del cuartel a varios veteranos, y poniéndose a la cabeza de ellos marchó a la plaza, con lo que los rebeldes se retiraron a la parte alta de la población.

Córdova envió a sus soldados por las calles de Colombia y Ayacucho hacia arriba, al oriente, y el motín fue debelado rápidamente. Pero siempre hubo varios heridos y muertos, entre ellos una mujer.

Pasaron muchos días y ya la atención del público se dirigía a otros asuntos, cuando un viernes de principios de 1837 fue presentándose el padre Botero en plena plaza, jinete en una enorme mula. Como jamás desperdió ocasión de dirigirse al 'pueblo soberano' en son de arenga, trepándose con mula y todo

sobre un morro de tierra que había al frente de una casa en construcción, puso de presente a los presentes que había resuelto entregarse a las autoridades y esperar resignadamente la suerte que hubiera de tocarle.

Dicho y hecho. Se presentó y sobre la marcha fue mandado a la cárcel, en donde le remacharon un par de grillos. Las autoridades levantaron una escuadra de milicianos para que lo custodiara.

Y le siguieron una causa por sedición, y a pedido del fiscal, doctor Gómez, le fue impuesta la pena de muerte, fundándose en una ley de 1833 sobre orden público, y el juez lo condenó a sufrir la última pena, a pesar del concepto de los médicos, quienes declararon que el padre Botero estaba loco.

Y entonces vivieron los medellinenses horas de angustia esperando la ejecución de una sentencia que a todos les parecía inicua. Y había que tener en cuenta que el asunto se agravaba más, ya que las clases populares lo tenían por santo, y no por un santo cualquiera, sino de los milagrosos.

Por fortuna don Juan Uribe Mondragón, quien tenía vara alta con el presidente de la República, general Santander, y otros gamonales de la villa, se empeñaron en que se le concediera el indulto al pobre cura. El presidente consideró todas las circunstancias que se habían presentado en este caso y le concedió indulto absoluto.

Hallándose preso, con grillos y condenado a muerte, fueron de visita a la cárcel a ofrecerle sus servicios el coronel Salvador Córdova y el doctor Antonio Mendoza. Después de los saludos de rigor, se encara el padre Botero con Córdova y le va diciendo:

«Señor coronel Córdova: sepa usted que yo en ningún caso y por ningún motivo cambiaría mis grillos por esas charreteras que lo adornan a usted.

A lo cual contestó Córdova:

- Y sepa usted, padre Botero, que yo en ningún caso y por ningún motivo cambiaría por sus grillos estas charreteras que me adornan».

Hasta el domingo, que veremos en qué acaba la revolución del padre Botero.

* * *

Para acabar lo de la revolución del padre Botero voy a citarles a don Luis Latorre:

«Cuando el presidente de la República, general Mosquera, estuvo en Medellín en 1848, recibió al padre Botero, quien a modo de saludo le dijo:

«- Vengo, señor general, cual otro profeta Daniel, a trabajar por la libertad de la casta Susana.

«El general, malicioso como ninguno, y maestro de la conversación, le voltió la hoja y el padre Botero no pudo insistir.

«Cuentan que como el padre Botero estaba bastante distanciado del obispo Gómez Plata, encontrándose alguna vez con don José María Isaza, le dijo:

«-Echa acá, esa mano, José María. Y te advierto que te doy la izquierda porque la derecha la tengo muy untada de Gómez Plata.

«El padre Botero murió en Copacabana en 1850».

XXXVIII

MARIANO OSPINA RODRÍGUEZ(I)

Pasemos a otra cosa. Habíamos dejado como gobernador de Antioquia, en 1836, al doctor Francisco Antonio Obregón, que gobernó hasta octubre de 1840. Lo reemplazó por mes y medio, en diciembre del 36 y enero del 37, el doctor Mariano Ospina Rodríguez. Como este joven Ospina, que fue el padre de Pedro Nel y abuelo de Mariano Ospina Pérez, funcionó mucho en Antioquia, es bueno contar cómo llegó aquí.

Porque nació en Guasca, Cundinamarca, en 1805; pero como fue uno de los conspiradores contra Bolívar en el atentado del 25 de septiembre de 1828, salió huyendo de Bogotá, para escaparse de ser fusilado, como les sucedió a algunos de sus compañeros, y vino a dar aquí.

Que nos lo cuente él mismo:

«A mediados de 1829 vine a la provincia de Antioquia en compañía de Anselmo Pineda, y por invitación suya, para alejarme del foco de la persecución, y nos alojamos en Marinilla, su patria chica (en realidad, la patria chica del coronel Pineda era el Santuario, que en ese tiempo era una aldea perteneciente a Marinilla. Que siga don Mariano).

«Nos alojamos en Marinilla en casa de uno de sus parientes situada en la plaza.

«Pronto se vino Pineda a Medellín y quedé aislado y solitario. Debilitado por las tercianas y aburrido del escondite, me presenté un domingo en la plaza para distraerme un poco conociendo el mercado. Allí fui reconocido por Cosme Hoyos, condiscípulo mío en Bogotá, quien, estrechándome en sus brazos, pronunció mi nombre en alta voz, sin caer en la cuenta de que tal indiscreción podía perjudicarme. Por eso aquella tarde abandoné a Marinilla y caminando a pie me dirigí a Rionegro en solicitud del doctor Antonio Mendoza (médico bogotano) para pedirle una receta. Halléle en la botica conversando con las notabilidades del lugar, me hizo seña de que me alejase y disimuladamente salió a saludarme.

«Me condujo luego el doctor Mendoza a una casa de pobre apariencia y como en la vecindad se celebraba un baile, no pude dormir en toda la noche. Al día siguiente, después de almuerzo y por intervención del doctor Mendoza y de algunos señores de la respetable familia Montoya, fui conducido a la hacienda de Llanogrande. Los señores Montoyas me recomendaron al mayordomo que cuidaba de la hacienda, y allí ocupaba yo parte del tiempo enseñando a leer a sus hijos.

«Oyendo decir un día: 'Allá vienen dos de capisayo', a medida que se acercaban comprendí que no eran dos caballeros de capa y sayo, a la antigua usanza española, como los de las famosas órdenes de la Edad Media, sino dos buenos arrieros antioqueños cubiertos con la ruana larga y angosta, o capisayo, que usan los conductores de recuas».

Dejemos aquí, por el momento, a don Mariano, que el domingo seguimos.

* * *

Habíamos dejado a don Mariano Ospina Rodríguez escondido en la hacienda de Llanogrande cuando una mañana vio venir a dos arrieros de ruana, que llamaban capisayo.

Pues estos arrieros le informaron que en Medellín estaban ocurriendo novedades importantes. Se trataba del pronunciamiento del general José María Córdova «contra el gobierno dictatorial del Libertador Bolívar».

Pues esto que oye don Mariano y que sigue para Medellín a ponerse a órdenes de Córdova. Se ve por esto que no fue don Mariano Ospina muy partidario de Bolívar que digamos: primero, fue uno de los conjurados en la conspiración contra el Libertador el 25 de septiembre, y luego en 1829, fue ayudante de Córdova en la revolución de éste contra el mismo Bolívar. Y pensar que Ospina fue uno de los fundadores del partido conservador en el que muchos son verdaderos adoradores de Bolívar...

SALVADOR CÓRDOVA Y LA GUERRA DE LOS SUPREMOS

Pero estábamos en el año de 1837 y les interrumpí para contarles la llegada de don Mariano a Antioquia, huyendo de la justicia, y que en ese año del 37 estuvo unos días de gobernador, en reemplazo del titular, que era el doctor Francisco Antonio Obregón.

En tiempos de Obregón, y siendo presidente de la república José Ignacio de Márquez, en 1840, empezó la llamada Guerra de los Supremos, que fue la primera guerra civil de importancia de las que nos aporrearón el siglo pasado.

Esta guerra empezó porque el gobierno mandó cerrar unos conventos en Pasto, de acuerdo con una ley que ordenaba que los que tuvieran pocos religiosos se suprimieran, y que sus propiedades y sus rentas fueran dedicadas a las misiones. Pues esto no les gustó ni cinco a los pastusos, y por allá andaba el general José María Obando y a éste el que no le gustaba era el presidente, y con el pretexto del cierre de los conventos se rebeló, y pronto lo siguieron otros en todo el país. Como en cada provincia los jefes que iban entrando en la revolución se titulaban ellos mismos Jefes Supremos de tal y tal Provincia, por eso a esta guerra se la conoce con el nombre de Guerra de Los Supremos. A los partidarios del gobierno se les daba el nombre de ministeriales.

En Antioquia las cosas ocurrieron así: como jefe supremo se alzó el coronel Salvador Córdova, el hermano de José María. Salvador era muy respetado y querido en Antioquia, y tal vez por eso no se le quiso poner muy de pechitos el gobernador Obregón.

El gobierno de Bogotá nombró en ese tiempo, como jefe militar de Antioquia, al coronel Juan María Gómez, que había sido soldado de la independencia, y el 8 de octubre de 1840 estaba este Gómez conversando con el gobernador Obregón cuando en esas se apoderó Córdova del cuartel y empezó a figurar como gobernador de hecho.

La gente del gobierno -los ministeriales-, quedaron sin armas y sin gente, y el coronel Gómez tuvo que salir escondido, de noche, por el camino para Riosucio.

A Córdova empezaron a llegarle voluntarios de Barbosa y en la misma noche en que se apoderó del gobierno se le incorporaron 80 hombres que vinieron de Rionegro. Al otro día ya contaba la revolución con 200 hombres.

Pero pronto tuvo noticia Córdova de que venía contra él de parte del gobierno un ejército al mando del general Eusebio Borrero y de Juan María Gómez, y entonces resolvió salirles al encuentro y dejó encargado de la gobernación al doctor Juan N. Pontón, abogado medellinense, hermano de Sixta, la esposa de Santander, que también era de Medellín.

Pues en Riosucio, que en ese tiempo pertenecía al Cauca, derrotó Gómez a Córdova, y este tuvo que devolverse por Caramanta hasta Abejorral. Gómez no lo persiguió porque recibió órdenes del general Borrero, que venía del Cauca, de que lo esperara. Éste llegó de Cartago con 300 hombres, y siguieron avanzando hasta llegar a Itagüí.

De parte de la revolución venían los pocos hombres de Córdova, pero se le juntaron 150 que traía un coronel revolucionario, Vezga, tolimense, que venía de Honda, y ligero completaron mil hombres los de la revolución para medírsele a la gente de Borrero y Gómez, que estaban acampando en Itagüí (cerca al puente viejo de doña María, en una finca que fue de don Bernardo Mora).

* * *

Dejamos a Salvador Córdova junto con el coronel José María Vezga, jefes de la revolución en Antioquia, agarrados con los coroneles Juan María Gómez y Eusebio Borrero, de parte del Gobierno, en un altico al frente del puente viejo de doña María, es decir frente a Sedeco, en Itagüí.

Según cuentas allí pelearon todo el día sin que la batalla se resolviera a favor de ninguno de los dos bandos, aunque siempre sufrieron muchas pérdidas. Al fin acordaron un convenio para parar las hostilidades y quedaron en que Borrero se retiraba para el Cauca con su tropa.

Córdova resolvió entonces seguir Cauca arriba hacia Popayán, a unirse con Obando, que era el jefe de la revolución allá en el sur, y dejó encargado de la gobernación de Antioquia a Vezga.

En esas cambió el país de presidente porque se terminó el período de Márquez, y el que siguió, que era el general Pedro Alcántara Herrán, mandó tropas al mando del capitán Clemente Jaramillo a combatir a los revolucionarios. Jaramillo siguió por el páramo de Herveo y fue a dar a Salamina, que en ese tiempo pertenecía a Antioquia. Allá cogió de sorpresa a la guarnición de los revolucionarios y los tomó prisioneros.

Cuando supo Vezga en Medellín que ya venía la gente del Gobierno contra él, trató de salirle adelante al venado y se puso en marcha con 400 fusileros, y llegó a completar hasta 500 con los que se le juntaron en el camino. Con éstos llegó hasta cerquita de Salamina el 5 de mayo de 1841. Cuando pasaron por la quebrada de la Frisolera los de la revolución, los del Gobierno se regaron por la falda que hay de ahí para arriba, protegiéndose con los árboles y disparándoles a los revolucionarios sobre seguro. Después hicieron

como que se retiraban a la parte alta y resulta que allá era donde tenían sus reservas, y cuando se juntaron con éstas bajaron a toda, atacando a bayoneta y con lanza, que eso parecía la hora llegada. Y oigan en qué terminó ese disgusto: Vezga tuvo 77 muertos, 69 heridos y 148 prisioneros, y los del gobierno apenas tuvieron 2 muertos y 9 heridos. Mejor dicho, victoria más completa pocas veces se ha visto.

X L

DOÑA MARUCHA MARTÍNEZ

En esa batalla peleó, al lado del gobierno, la famosa doña Marucha Martínez. Y como algunos de ustedes es posible que ni siquiera la hayan oído mentar, y ésta fue una mujer tan pantalonuda, voy a leerles por encimita lo que nos cuenta don Manuel Pombo en el relato de un viaje que hizo él de Medellín a Bogotá en 1852.

«En Salamina tuve la honra de tratar a la heroína de 1841, la señora María Martínez, casada con el señor Pedro Nisser, natural de Suecia.

«Me pareció una mujer de 36 años, agraciada e interesante, de rasgos fisonómicos que revelan inteligencia, imaginación y vehemencia de sentimientos: buen cuerpo, tez delicada, cabello y ojos negros y brillantes, modales sueltos y conversación viva y afuente. Fuera del idioma patrio, que domina con cultura, traduce con facilidad el inglés y el francés, lee mucho y en libros bien escogidos; y escribiría, si el temor de extralimitar la esfera en que nuestra sociedad quiere encerrar a las mujeres, no la retrajese de intentarlo.

«En 1841 se imprimió su Diario de la revolución de Antioquia, el que tuvo la condescendencia de leerme ella misma, y al terminar la lectura le dije con arranque de sinceridad.

-Usted fue vaciada en el molde de Judit, Juana de Arco o Carlota Corday.

Y ella me dejó sin respuesta al replicarme:

-Acepto su galantería, pero le digo que más me gustaría haber sido vaciada en el de Policarpa Salavarrieta».

(El domingo seguimos con doña Marucha).

Veníamos hablando de doña Marucha, la que peleó en la batalla de Salamina, en la guerra de los Supremos, a favor del Gobierno. Doña Marucha se había declarado francamente contra la revolución, en unión de su esposo, el ingeniero sueco Pedro Nisser.

Cuando a éste lo tomaron preso los revolucionarios en Medellín, se enfurruzó doña Marucha y resolvió unirse al ejército nacional. Pero como en ese tiempo el asunto de ver a una mujer metida en esas andanzas daba mucho que hablar, oigamos lo que nos cuenta ella misma de cómo resolvió el problema:

«Mi viaje estaba ya resuelto, y queriendo consultar este paso con alguna persona sensata antes de consultar el consentimiento de mi familia, me dirigí a un sujeto de juicio, que me dijo:

«-Me parece una acción demasiado heroica pero peligrosa.

«-Yo sólo quiero saber si perjudicará mi honor -le interrumpí-. Porque sólo eso será capaz de contenerme.

«A lo que me contestó:

«-Deshonroso no es, sino al contrario: una acción virtuosa; pero usted debe hacer todo lo que su padre le diga.

«Fui a la casa de mi padre y, dirigiéndome primero a mi madre, le dije que esperaba de ella que se interesara con mi padre a fin de que me diera su consentimiento.

«Vi con placer que a ella no le desagradaba mi viaje; solamente se limitó a hacerme presente el estado de mi salud».

Y sigue el historiador doctor Emilio Robledo, gran admirador que fue de la heroína:

«La que tomaba todas estas precauciones para su resolución y que, además, estaba acompañada de dos de sus hermanos e iba en busca de su esposo, no andaba en aventuras que pudieran poner en tela de juicio su reputación.

«A pesar de su salud delicada y de reconocer que no iba a pasear sino a habérselas con mil inconvenientes y peligros, nada la atemorizó. Marchó con el mayor Braulio Henao, y fue tal el ánimo que infundía en los soldados, que algunos manifestaron que de no ir allí esa señora que les daba ejemplo de sufrimiento y de valor, ellos volverían a sus casas.

«En Salamina fue el alma de las tropas; allí, en unión de doña Raimunda Marulanda y de doña Dolores Macía, no sólo ayudaba a limpiar las armas sino a fabricar cartuchos. El 5 de mayo, día de la batalla, se halló doña María en medio de los combatientes hasta que fue gravemente herido su hermano Isaac, y se aplicó a vendarle sus heridas, así como a otros militares.

«El Congreso Nacional expidió la ley 17 de 1841, la cual dice:

'Art. 4º. A la señora María Martínez, como vencedora en Salamina, se le dará la medalla que corresponde a los jefes; y el Poder Ejecutivo, al remitírsela, le manifestará cuánto se ha hecho acreedora a la admiración pública por su heroico y singular comportamiento'.

«Su esposo se trasladó a Australia en asuntos relacionados con su profesión y doña Marucha se radicó en Medellín, donde murió en 1872, de 60 años de edad».

¡Muy bien, doña Maruchita!

* * *

Cuando los del Gobierno -que llamaban los ministeriales- les ganaron a los revolucionarios la batalla de Salamina, ésa en que peleó doña Marucha, siguieron para Medellín. Y oigamos lo que nos cuenta don Eladio Gónima en su encantador librito *Vejece* de Medellín:

«Para el recibimiento de los vencedores de Salamina prepararon los ministeriales grandes festejos.

«Se fabricó un pabellón en la plaza y lo adornaron con todo el lujo posible, pues estaba destinado para que allí tomaran asiento los jefes y los principales personajes de la ciudad.

«Entraron las fuerzas a la plaza conduciendo a sus prisioneros -entre los cuales estaban Vezga, el jefe de los revolucionarios, y su ayudante Galindo-; subieron los jefes ministeriales y con ellos, vestida de soldado con pantalón colorado y blusa de bayeta verde, doña María Martínez de Nisser, mujer de arriesgada historia, a la que generalmente se llamaba doña Marucha.

«A poco de colocados en el pabellón los personajes y después de un discurso encomiástico dirigido a doña Marucha por una señorita, varias de ellas con sus manos virginales y a la vista de medio Medellín, coronaron la cabeza de aquella señora...

«¡Y estas señoritas de las primeras casas estaban allí con sus padres, los que consentían y aplaudían este acto poco decoroso!

(Aquí se ve el escándalo que produjo la machería de doña Marucha, hasta en personas tan liberales como don Eladio Gónima).

«Mientras tanto, Vezga y Galindo, a quienes se había colocado en frente para insultarlos, reía el primero irónicamente sentado a mujeriegas sobre una mula enjalmada, y el otro se arrancaban los bigotes con ira».

Hasta aquí don Eladio.

Mientras tanto el coronel Salvador Córdova, su cuñado Manuel Antonio Jaramillo y el doctor Manuel Camacho, que estaban en Cartago en viaje hacia el sur a reunirse con Obando, se pusieron en marcha, pero fueron sorprendidos y hechos prisioneros por los del Gobierno. Los llevaron a Ibagué y los volvieron a traer a

Cartago, donde se los entregaron al jefe gobiernista Tomás Cipriano de Mosquera, que sin mayores averiguaciones los mandó fusilar en los que se han seguido llamando los «escaños de Cartago».

Y es que en ese tiempo las leyes eran cosa seria. Miren, por ejemplo, lo que dicen los artículos 4o. y 5o. de la ley del 16 de abril de 1841:

«Art. 4o. Las autoridades políticas y judiciales pueden allanar las casas cuando sepan o lleguen a su noticia que en ellas se hacen juntas de personas que por su conducta u opiniones den algún motivo de temer que traman contra el orden público, o que en ellas haya armas, municiones u otros elementos de guerra, sin otro requisito que el de ir acompañada la autoridad de dos o más personas de conocida probidad, y no será necesario practicar ninguna diligencia por escrito.

«Art. 5o. Los gobernadores pueden separar del territorio de su mando, o arrestar y mantener arrestado por el tiempo que se juzgue necesario, a cualquier individuo a quien por su conducta, teman que trama contra el orden público o que fomenta o auxilia la rebelión».

¿Qué tal?

Hasta el domingo.

XLI

DON GABRIEL ECHEVERRI

En plena guerra de los Supremos, en agosto de 1841, fue nombrado gobernador de Antioquia don Gabriel Echeverri, uno de los hombres más importantes que dio esta tierra en el siglo pasado.

Pienso detenerme con especialidad en esta clase de personajes que son hoy injustamente desconocidos, pues considero que en nuestra historia de ese siglo son más importantes los hombres que los hechos. Naturalmente que en los hombres incluyo también a nuestras queridas contrapartes, las mujeres, como lo demostré con las líneas que le dediqué en las charlas pasadas a doña Marucha. Para que vean que yo no soy tan machista como piensan algunas.

Voy a hablarles, pues, de don Gabriel Echeverri, el padre de Camilo Antonio, el Tuerto, que tanto dio qué hacer en aquellas calendas.

Don Gabriel nació en el paraje de Guacimal, en Copacabana, a fines del siglo XVIII: en 1796. Desde muy niño perdió a su padre, don Joaquín, y la familia quedó prácticamente en la miseria. Pero la madre, misió

Josefita Escobar, era mujer de armas tomar y se propuso levantar su familia en la escuela del trabajo y la honradez.

Cuenta don Teodomiro Llano, yerno y biógrafo de don Gabriel, que «con la mano puesta sobre el timón del arado, el pie descalzo y la frente al sol, fue como el joven Echeverri adquirió la musculatura recia y vigorosa, las formas varoniles, la talla levantada y la gran figura».

Y don Luis Latorre:

«Y este hombre que, ya hecho y derecho, apenas leía, y escribía mal, iba nutriendo su intelecto, que era poderoso, gracias al tesón que recibiera por herencia, y al mismo tiempo iba acumulando un capital que también llegó a ser poderoso. De manera que ya en la edad madura llegó a ser el árbitro de los destinos de Antioquia y el más destacado elemento del progreso de Medellín».

Ya en 1834 era considerado como uno de los miembros más distinguidos de la sociedad. En ese entonces ya había desempeñado los cargos de alcalde y personero.

En 1836, en compañía de don Juan Santamaría, don Juan Uribe Mondragón y don Miguel Restrepo, gamonales de Medellín, empezó a abrir el camino que dio origen al Suroeste de Antioquia, que en ese tiempo no era más que baldíos. Desde la Valeria -lo que hoy es Caldas- pasando por la Sinifaná, llegó a lo que hoy es Fredonia, en ese tiempo recién fundada. De ahí siguió hasta el Cauca, pasó al otro lado y abrió su hacienda Careperro.

Efectuó también varios viajes de negocios de comercio a Jamaica, en los cuales aumentó mucho su fortuna. Y en ese tiempo un viaje a Jamaica -o siquiera a la Costa- era de hacer testamento.

Don Gabriel fue el primer comerciante que estableció la exportación de cueros y también el primero que emprendió el cultivo del tabaco, especialmente en su hacienda Careperro, en el Cauca, y en Cancán, por los lados de Remedios.

Dice don Teodomiro Llano:

«Una de las prendas morales que más realce daban a don Gabriel era su altruismo, o sea el olvido de sí mismo para pensar en los demás. Donde quiera que ocurría un conflicto, una dificultad, una calamidad cualquiera, bien fuera en público o en familia, allí estaba él entre los primeros; y no para hacer acto de presencia sino para procurar remediar el mal, bien con su recomendación, bien procurando recursos pecuniarios, ya solicitando el concurso de la autoridad o de hombres buenos, ya en fin poniéndose él mismo a la obra».

Dejemos por hoy a don Gabriel, que el domingo seguiremos con él, si ustedes lo desean.

Veníamos hablando del gran don Gabriel Echeverri, y hoy les voy a leer un trozo que le dedica don José María Restrepo Sáenz en el artículo tan elogioso que trae sobre él en su obra sobre los gobernadores de Antioquia.

«Uno de los hechos más dignos de admiración de la vida de don Gabriel, que pone en relieve su fortaleza física y moral, es la extracción que hizo de unas cajas de oro perdidas en el fondo del Magdalena.

«Echeverri, don Juan Santamaría y otros comerciantes habían despachado para Bogotá, al cuidado del coronel José Manuel Montoya, algunas cajas que contenían gran cantidad de oro en polvo con destino a la Casa de Moneda. Desgraciadamente, a poca distancia de Nare, en el brazuelo del Tigre, se volcó la barqueta que conducía esos caudales, los que quedaron sepultados a una profundidad considerable, aunque cerca a la orilla.

«El coronel Montoya, al avisar a Medellín el siniestro, dio señales claras del punto en que había sucedido, comunicó los nombres del piloto y de los bogas, y siguió a la capital.

«Escogido Echeverri por sus socios para dirigir la empresa de salvamento de los caudales, la acometió sin dilación, acompañado de peones valientes y provistos de vituallas y herramientas, por abril de 1832, en momentos en que las lluvias torrenciales hacían crecer el Magdalena, dificultando los planes adoptados.

«El intrépido director no cejó. Improvisó un rancho y se albergó en él con su gente; trabajó 3 meses en medio de las incomodidades de la selva espesa y del intenso calor tropical, mal alimentado, pues los mantenimientos se agotaron y hubo necesidad de recurrir a otros inadecuados y desagradables; empleando instrumentos toscos que no surtían el efecto apetecido y viendo burlado su dinamismo, pues las cajas, por su mucho peso y poco volumen, se habían hundido a través del fango.

«Regresó a Medellín a buscar nuevos recursos y elementos para tornar a la labor con brío recobrado.

«Al cruzar una tarde por la placita del caserío de Canoas tropezó con un negro viejo, quien le manifestó ser capaz de sacar el tesoro en tiempo de verano.

«Pasados algunos meses partió don Gabriel para el Magdalena a continuar la brega, llevando consigo al negro aludido, cuyas instrucciones se obedecieron al pie de la letra.

«La tarea iba ya larga; los obreros enfermaban y aun morían; las provisiones escaseaban y el invierno se aproximaba. Todos, excepto don Gabriel, desmayaba, cuando un día, con general sorpresa, se palpó que tanto trabajo había sido eficaz, y al fin y al cabo las cajas anheladas se sacaron a la orilla.

«Terminado el trabajo, el oro siguió su destino; Echeverri volvió a Medellín; se remuneró generosamente al viejo negro, y la honra del coronel Montoya, puesta en tela de juicio por algunos individuos suspicaces, quedó incólume.

...«Preocupóse don Gabriel por la prosperidad de Medellín. Embelleció con árboles la banda derecha de la quebrada Santa Helena (del lado donde está hoy el edificio Coltejer), y en asocio de algunos vecinos cívicos de la villa -míster Tyrrel Moore, Evaristo Zea y Marcelino Restrepo- acometió la empresa de convertir los terrenos desiertos del norte -parque de Bolívar y alrededores- en un barrio hermoso y elegante».

* * *

Y por fin, cuando le faltaban dos meses para cumplir los 90 años, se le llegó la hora de morir a don Gabriel Echeverri. Era el 15 de febrero de 1886.

Pocos años antes había dejado escritas estas disposiciones, que cumplieron al pie de la letra sus herederos:

«Gabriel Echeverri espera que al fin de su existencia, y aun después de ella, sus hijos, yernos y nietos actúen y cumplan lo prevenido aquí, y en consecuencia dispone:

1. Que cuando expire, su familia tenga el valor suficiente para no presentar a los extraños el espectáculo de ayes y alaridos con que en ocasiones semejantes acostumbran algunos acompañar la eterna partida de sus deudos;

2. Que no se doble por su muerte, ni se fijen carteles, ni se hagan otras manifestaciones de esta clase, que en su concepto son mera fantasía;

3. Que su casa no se cierre ni se enlute, porque se cumple un fenómeno enteramente natural;

4. Que si muriere temprano, se lleve al templo su cadáver, y de allí al lugar de su sepultura, sin ruido de campanas y sin más concurrentes que los miembros de su familia;

5. Que si el suceso ocurriere en hora impropia para celebrar sus funerales, se le coloque en la sala de su casa, en donde no habrá más que un crucifijo y una lámpara;

6. Que en el templo no haya más ceremonias que las acostumbradas en los casos comunes con las personas humildes de la sociedad;

7. Que bajo ningún pretexto se celebren honras fúnebres (cabo de año) en memoria suya, y

8. Que su familia no guarde luto por él».

Don Gabriel había desempeñado el cargo de gobernador desde agosto de 1841.

En febrero de 1842 se dio por terminada la guerra civil de los Supremos, que había empezado en junio de 1839, o sea que había durado 2 años y medio. Casi que es otra guerra de los mil días.

Don Gabriel siguió en su puesto hasta junio de 1842, cuando le entregó la vara de mando a don Manuel Posada Ochoa, que no duró en él sino 6 meses, y cuyo mayor mérito fue el de haber sido el abuelo de mi queridísimo profesor Juan de la Cruz Posada.

Don Manuel le entregó al general Juan María Gómez, que fue otro de los antioqueños importantes, olvidados.

Éste había nacido en Santa Fe de Antioquia en 1798, y a los 16 años, es decir en 1814 ya estaba en Medellín estudiando ingeniería militar en la escuela que dirigía allí el sabio Caldas. Éste empleó los dos primeros meses de clases en enseñarles a sus 10 estudiantes la Geometría y Trigonometría que ya habían empezado a estudiar con el doctor José Félix de Restrepo. Pero en 1815 tuvo que salir Caldas para Bogotá, llamado por el gobierno, y con él pasó también a la capital el amigo Juan María, que ya tenía el grado de teniente.

Parece que en la reconquista de Morillo cayó prisionero y fue puesto, junto con otros compañeros, a empedrar la plaza de Bogotá, que es hoy la de Bolívar.

Dejémoslo allí empedrando hasta el domingo.

XLII

JUAN MARÍA GÓMEZ

Dejamos al teniente Juan María Gómez empedrando la que iba a ser Plaza de Bolívar en Bogotá. De allí regresó a Antioquia, y el gobernador español que había allá lo mandó en vista de que tenía buenos conocimientos de ingeniería a dirigir los trabajos de apertura del camino del Chocó por la cordillera de Urrao.

En esas llegó Córdova, mandado por Bolívar, a libertar a Antioquia, después de la batalla de Boyacá, y de lo primero que hizo fue mandar a Juan María al Chocó, a limpiarlo de españoles. Porque éste había sido su condiscípulo en la escuela de ingeniería que había tenido Caldas en Medellín, y él lo conocía bien.

Juan María cumplió a satisfacción su misión, de acuerdo con este certificado que le extendió Córdova. Y éste no recomendaba sino al que lo mereciera:

«El expresado Gómez ha contraído mérito considerable en su expedición al Chocó. Las medidas que ha tomado para la seguridad y defensa de aquellos pueblos, su actividad, su energía, sus luces y valor merecen

un grande aprecio. El es teniente de ingeniería discípulo de Caldas, muy aprovechado y que promete muy buenas esperanzas».

Lo que sigue son apartes de una carta que envió Gómez al presidente de la República, dándole cuenta del resultado de su misión:

«Ya son libres las provincias del Chocó. Su gobernador, el español Juan de Aguirre, intentó escaparse por el Atrato para Cartagena; pero una partida que mandé a perseguirlo, lo aprehendió en el río Mazamorrales y fue conducido al punto de la Vigía, en donde trató de seducir al guardia para evadirse; el oficial comandante en aquel punto mandó fusilarlo al momento porque temía que al fin lograra su proyecto de fuga, con unos soldados que 8 días antes le obedecían temblando. Se me han remitido las manos de este sátrapa en testimonio de su muerte.

«Ya es tiempo de que Vuestra Excelencia nombre un gobernador para estas provincias o que decreta su reunión a la de Antioquia, que por ser su libertadora tiene el más bello título para subordinarlas. Los mismos habitantes del Chocó lo desean, conociendo la escasez que tienen de sujetos de luces que sepan gobernarlos.

(Y sigue esta parte, que muestra su modestia y sencillez):

«Yo soy un joven de 20 años sin conocimientos políticos ni militares, y debo decir ingenuamente que no soy a propósito para el mando interno de estas provincias. Yo sólo deseo que Vuestra Excelencia me destine a uno de los ejércitos de operaciones en donde pueda adquirir conocimientos, al mismo tiempo que defienda la libertad de mi patria.

«Dios guarde a Vuestra Excelencia muchos años.

Citará, octubre 23 de 1819.

Juan María Gómez»

Después de la anterior comisión al Chocó le confirió el Libertador el título de capitán de ingenieros efectivos.

De regreso a Antioquia a fines de 1819, cuando Córdova sufrió el accidente del caballo que lo tiró al suelo, fue aclamado Gómez como comandante militar provisional de la provincia, y este puesto se lo entregó a principios de enero del año 20 al capitán Carlos Robledo, que había sido nombrado en propiedad.

El domingo seguimos, Dios mediante.

Cuando se supo en Antioquia que ahí venía Warleta con una rama, salió Juan María con su batallón Antioquia para acompañar a Córdova en la campaña del Atlántico; pero se tuvo que devolver de Remedios porque de Bogotá lo mandó llamar el presidente Santander para que, como ingeniero, dirigiera unas fortificaciones en Honda y en otros puntos del río.

De allí lo mandaron para la campaña que estaba dirigiendo Sucre en el Sur, en el Ecuador. Y la opinión que se formó Sucre del amigo Juan María se ve en esta carta que escribió el que iba a ser Gran Mariscal, desde Cuenca, en febrero de 1826:

«El capitán de ingenieros Juan María Gómez, que por disposición superior se separa de la división para seguir a una comisión del Gobierno, ha servido durante el tiempo que está a mis órdenes, con el mayor celo, puntualidad e interés público, haciéndose por tanto acreedor al aprecio de todos los jefes y a la distinguida consideración que ha merecido generalmente del ejército y de los ciudadanos. Para su satisfacción doy la presente.

Antonio José de Sucre».

Se ve, pues, que el amigo Juan María era muy buen tipo. Y tanto Bolívar como Santander le encomendaron misiones importantes para tratar con el general San Martín sobre la guerra del Perú con España.

Y cómo desempeñaría de bien esas comisiones se ve por esta carta que le mandó Bolívar a Santander, desde Guayaquil, el 3 de agosto de 1822:

«Allá mando al capitán Gómez con el tratado de federación concluido con el Perú. Él lleva la orden de dar a usted todas las noticias que sepa del Perú y de Guayaquil. Sin duda puede informar a usted extensamente de todo si usted tiene la paciencia de interrogarlo frecuentemente, porque sus respuestas en general son concisas y parece poco inclinado a contar. Yo creo que usted debe verlo muchas veces y aún tomar por escrito las noticias más importantes que dé de los negocios del Sur.

«Lleva, además, Gómez, la agradable noticia de que el negocio de Guayaquil se ha decidido por aclamación y con el mayor orden posible».

Y ese mismo día, 3 de agosto de 1822, firmó el Libertador el ascenso de Juan María al grado de teniente coronel de ingeniería.

Ya en Bogotá le encomendó Santander varias comisiones, y todas las despachó a satisfacción. Tan buen nombre se había ganado y tan buena fama de hombre reservado había adquirido, como lo notó Bolívar, que en octubre de 1822 lo nombró Santander secretario de la legación de Colombia en los Estados Unidos.

Pues allá se fue, y hasta noviembre de 1824 estuvo en Washington. Entonces pidió, y le concedieron, licencia por 6 meses para ir a Inglaterra, pues tenía muchos deseos de conocer a Europa y pensaba establecerse después en París.

En 1826, estando todavía en los Estados Unidos, lo nombró Santander secretario de la legación de Colombia en el Brasil, y en enero de 1827 llegó a Río de Janeiro. Allá desempeñó ese puesto hasta marzo de 1828, y en agosto de ese año ya estaba de regreso en Bogotá.

* * *

El teniente coronel Gómez llegó a Bogotá, de regreso del Brasil, en agosto de 1828, y el primero de septiembre le concedió el Libertador el grado de coronel efectivo.

Siguió luego para Santa Fe de Antioquia a ver a su familia, y a principios de octubre supo allá lo del atentado del 25 de septiembre contra Bolívar. Inmediatamente siguió para Bogotá.

En octubre lo nombraron encargado de negocios de la República ante su Majestad el Emperador del Brasil, Pedro I.

En ese país estuvo hasta 1832, en que regresó a Antioquia en compañía de su esposa, Antonia Márquez, con quien se había casado en Río de Janeiro.

Fue enviado entonces como jefe militar del Chocó, y en ese puesto se encontraba a principios del 33, cuando fue nombrado tesorero de Hacienda de la provincia de Antioquia.

Anota el historiador que «en julio de ese año donó patrióticamente la suma de cien pesos para la apertura del camino del Chocó». A finales de ese año del 33 se presentó en el país cierto problema con el gobierno de Francia, causado por las reclamaciones que hacía un tal Barrot, súbdito francés, sobre agresiones que había recibido aquí. El asunto se complicó hasta el punto de considerar necesario el Gobierno enviar a aquel país un encargado de negocios para dar las explicaciones necesarias, y para tal misión encargó el presidente Santander al amigo Juan María.

«El 5, el 20 de junio y el 20 de julio dirigió al general Santander desconsoladoras cartas, a causa del mal ambiente que rodeaba el asunto». Sin embargo, en la última da cuenta de que ha conseguido hacer una transacción.

El 8 de abril de 1835 se encontraba de regreso en Antioquia, y al recordar las peripecias anteriores se indignaba contra los franceses.

De 1836 a 1840 ocupó su curul de senador.

En ese año precisamente se desató la guerra civil llamada de los Supremos. Esa en la cual peleó doña Marucha Martínez. En ella tomó parte Gómez a favor del Gobierno, contra Salvador Córdova, jefe de los insurrectos de Antioquia.

Y va esta anécdota, tal cual la cuenta don José María Restrepo:

«El 20 de enero de 1841 la vanguardia del ejército legitimista se hallaba en Sepulturas, donde Gómez se aprestaba para el paso del Cauca, operación delicada pero necesaria. Gómez llegó a la orilla del río y al dar con un destacamento enemigo que guardaba la ribera opuesta y disponía de algunas canoas, le intimó las entregas. En vista de la negativa, Gómez, con gran denuedo, atravesó el Cauca en una balsa insignificante y tomó por sí mismo las canoas, en presencia de los contrarios, quienes abandonaron el puesto. A favor de esta proeza, calificada de acción distinguida de valor, pudo la división pasar el río».

* * *

Estábamos en la guerra de los Supremos, que duró de 1840 a 1842. En ella luchó el coronel Gómez a favor del gobierno, como jefe del estado mayor del general Eusebio Borrero, contra Salvador Córdova, jefe de los revolucionarios.

Después de derrotar Gómez a Córdova en Riosucio, siguió con Borrero hacia Medellín; pero al llegar a Itagüí tuvieron un combate con los revolucionarios, y aunque pelearon todo el día, la cosa quedó en tablas. Al llegar la noche firmaron Borrero y Córdova un armisticio, por el cual las tropas del gobierno, o sea las de Borrero, tenían que retirarse de Antioquia para el sur, sin que las pudieran molestar las de la revolución, que estaban mandadas por Córdova, gobernador militar, de hecho, de la provincia.

Este armisticio no fue del gusto de Gómez, que prefirió retirarse y se fue para la ciudad de Antioquia.

Lo anterior había ocurrido a principios de febrero de 1841, pero ya en junio de ese año volvió Gómez a desempeñar la jefatura militar de la provincia, y ya con ese cargo organizó un batallón y salió con él para la Costa, a continuar la guerra a favor del gobierno de Márquez. Pasó por Ayapel y Corozal, y en Ovejas venció a Manuel Ortiz Sarasti, jefe de los rebeldes. Gómez siguió con sus tropas victoriosas hasta Barranquilla, y tuvo el gusto de recibir el siguiente decreto del general Pedro Alcántara Herrán, jefe supremo del ejército de la Costa.

«Atendiendo a los servicios, valor y capacidad militar del coronel efectivo del ejército Juan María Gómez, especialmente al mérito que ha contraído en la presente campaña de la Costa, habiendo dirigido hábilmente la expedición que obró en la parte occidental del Magdalena, y habiendo obtenido en persona la victoria de

Ovejas, cuyos resultados han sido decisivos en la campaña, he venido en concederle, a nombre del poder ejecutivo, el grado de general».

El mismo Herrán lo nombró en seguida gobernador de Santa Marta, y en ese puesto estuvo hasta junio del 42. En diciembre de ese año se posesionó de la gobernación de Antioquia, donde duró hasta febrero de 1844, en que se separó con licencia para asistir al Congreso. Volvió a tomar posesión de la gobernación en julio del mismo año y estuvo en dicho cargo hasta enero del 45.

Como gobernador se interesó en la apertura de un camino para el Golfo de Urabá y en mejorar la explotación de las minas de oro; pero su interés principal fue la educación, especialmente la de la mujer, algo poco común en aquel tiempo.

Actuó como senador en los años 44, 45, 47 y 49. Como presidente del Senado le tocó darle posesión a Tomás Cipriano de Mosquera en su primera presidencia. Éste nombró en seguida a Gómez como secretario - lo que hoy es ministro- de Guerra, y encargado de las Relaciones Exteriores.

En 1850, en viaje de Antioquia a Bogotá a ocupar su curul en el Senado, se vio atacado del cólera morbus, esa espantosa epidemia que azotó el país en aquella época, la que le sirvió a García Márquez como tema para su novela El amor en los tiempos del cólera. Lo cierto del caso es que no alcanzó a llegar a Bogotá porque colgó los guayos en una fonda cerca de Facatativá, el 20 de febrero de 1850. Tenía 52 años el tan importante como desconocido general Juan María Gómez.

XLIII

DON JULIÁN VÁSQUEZ

Por fin acabé de contarles la vida del general Juan María. Pero como la historia en los años siguientes no es que tenga muchas cosas interesantes para contar, voy a seguir hablándoles, más bien, de los personajes que desempeñaron la gobernación. Porque yo he llegado a la conclusión de que en la historia son más interesantes las personas que los hechos. Y más si tenemos en cuenta que los tales hechos son por lo general guerras y más guerras.

Empecemos por don Julián Vásquez. Éste sirvió de gobernador dos veces: la primera, de febrero a julio de 1844, como reemplazo del general Juan María Gómez, cuando éste tuvo que irse para Bogotá al Congreso, y la otra, 20 años después, en 1864, como suplente de Berrío el de la estatua.

Don Julián nació en Angostura en 1809, de una familia muy decente pero pobre, por lo cual tuvo que trabajar en agricultura y en minas cuando muchacho. Aprendió las primeras letras en Santa Rosa pero en general se puede decir que fue un autodidacto -no autodidacta, como dicen muchos, refiriéndose a un hombre-.

Se dedicó un tiempo al comercio al por menor y estuvo encargado varios años de la mina La Constancia, en Anorí.

«De allí viajó a Europa para dar más extensión a sus empresas comerciales, de minas y agrícolas. Como era hombre muy observador y de gran visión, aprovechó de manera notable la experiencia de estos viajes y trajo del Viejo Mundo expertos en varios ramos de la construcción y de la mecánica, como el ebanista Alejandro Johnson y el ingeniero alemán don Enrique Haeusler. El apellido de éste se pronuncia en alemán casi como Jóislar, pero aquí en Medellín lo llamaban mister Aila. Fue el abuelo de León de Greiff y del Gencho Villa.

Pero me estoy apartando de la historia que les venía contando, de don Julián Vásquez. Éste fue nombrado diputado de Antioquia en 1836, y en 1840, cuando todavía estaba de diputado, se presentó la guerra de los Supremos, de que tanto hemos hablado. Fue en ésta en la que funcionó misía Marucha Martínez y en la que Salvador Córdova fue el jefe revolucionario en Antioquia. Don Julián se puso a favor del gobierno de José Ignacio de Márquez, y con 60 hombres se fue para el Cauca abajo a abrir una trocha en media selva, por donde después iba a pasar la tropa gobiernista que mandaba Juan María Gómez, de paso para Ayapel, que después derrotaría a los revolucionarios en Ovejas.

Don Julián vivió muchos años en Guatemala, «donde fundó un importante cafetal llamado Las Mercedes, a fuerza de energía, de privaciones y en medio de una selva virgen. Volvió a Colombia en 1870, pero dejó tan gratos recuerdos en Guatemala que, cuando realizó otro viaje en 1878, en el que cooperó al establecimiento del Banco Colombiano en aquel país, el dictador Barrio, no obstante su elevado puesto, al encontrarse con don Julián en la calle hacía detener su coche para saludarlo».

De él dice don Estanislao Gómez:

«Ciudadano de altas cualidades, de inteligencia, juicio elevado y recto, espíritu público, buen sentido práctico y responsabilidad personal. En los cuerpos colegiados discurría con sencillez, sin tratar de deprimir a los demás. Los que se preocupaban por el bien general solicitaban su opinión en las situaciones críticas y delicadas».

Y este hombre prácticamente se hizo solo, como tantos otros antioqueños de ese tiempo.

Y hasta aquí por hoy. ¡Chao! Como no diría don Julián Vásquez.

XLIV

DON MARIANO OSPINA (II)

Ya les había hablado de don Mariano Ospina, que estuvo encargado de la gobernación por unos días, en 1836. Y les conté, por encima, la historia de él hasta ese año. Pues el mismo cargo lo viene desempeñando, ya en propiedad, en 1845, por nombramiento que le hizo Tomás Cipriano de Mosquera en su primera presidencia.

Durante su gobernación se preocupó don Mariano principalmente por la educación y por las vías públicas. Se le puede considerar como precursor de la carretera al mar, y decía en una memoria: «Un camino directo a las costas del mar es la empresa de mayor importancia para esta provincia».

Don Mariano figuró mucho en la política de los años siguientes, y desempeñó puestos muy importantes, como el de ministro. En 1857 fue elegido presidente de la república y durante su mandato se expidió la Constitución de 1858, que le dio un rumbo federativo al país. Éste cambió de nombre: se llamaba República de la Nueva Granada, y pasó a ser Confederación Granadina.

También durante el mandato de Ospina fue cuando se alzó Mosquera en armas contra el gobierno y venció en 1862. Al terminarse esta revolución salió don Mariano, en compañía de su hermano Pastor y del procurador don Bartolomé Calvo, huyendo hacia Antioquia, pero fueron descubiertos en La Mesa y llevados presos a Bogotá fueron condenados a muerte. Por la intervención del arzobispo de Bogotá y de varios ministros extranjeros les fue conmutada la pena por prisión en las bóvedas de Bocachica en Cartagena.

Volvamos un poco atrás. Don Mariano se había casado la bobadita de tres veces: primero, en 1834, con Marcelina Barrientos Zuláibar. Al morir ésta volvió y jugó don Mariano con su cuñada María del Rosario Barrientos. Ésta también pasó a mejor vida, con lo que don Mariano aprovechó la oportunidad para contraer en terceras «náuseas» con doña Enriqueta Vásquez.

Hasta doña Enriqueta quería llegar yo para contarles cómo logró ella librar a don Mariano de su prisión en Cartagena. Que nos cuente la historia mi querido amigo Eduardo Lemaitre:

«De San Fernando de Bocachica pasaron a los tres personajes a la cárcel de San Diego de Cartagena. Ejercía entonces el sacerdocio, como capellán de aquella cárcel, el padre Eugenio Biffi, futuro obispo. Era un hombre humilde y manso, pero que no transigía con la injusticia. Y así, se atrevió a participar en una conjura, urdida desde Medellín por la esposa de don Mariano, doña Enriqueta Vásquez. Para esto, lo primero que se hizo fue comprar una casa colindante con la prisión, próxima a la muralla y al lado de El Cabrero. Y mientras esta operación legal se efectuaba, el padre Biffi llevaba todos los días a la cárcel no sólo sus consuelos espirituales sino también algunos materiales, como cierta cafetera con aromático café, en cuyo mango de madera hueca entraban también a la cárcel limas, seguetas y madejas de hilo de seda. Con todo lo cual don Mariano y sus compañeros tejieron cuerdas y limaron barrotes, hasta que una noche, dice un cronista que participó en el complot, 'los cautivos salieron de su prisión y salvando la tapia del patio, erizado de vidrios, cayeron sobre el corral de la casa recién adquirida y de allí, por la calle del Camposanto, alcanzaron la muralla de San Pedro Mártir, cuya base lamía entonces el lago de El Cabrero. Allí los esperaba una barca salvadora que los llevaría hasta un buque inglés, surto en la bahía'.

Y adiós, paloma, que no hay gavilán que se la coma».

* * *

Jota. El domingo dejamos a don Mariano Ospina a bordo del barco que lo llevó a Puerto Rico, después que logró escaparse de la cárcel de San Diego, en Cartagena.

Don Mariano estuvo 8 meses en Puerto Rico, de donde salió para Guatemala. Allí se estableció con su familia y vivió unos 8 años, hasta 1871, cuando regresó a Colombia, propiamente a Medellín. En Guatemala había establecido una hacienda cafetera y sido profesor de Economía Política y de Derecho en la Universidad de Guatemala, y también miembro de la Cámara de Representantes de dicho país, para lo cual pidió permiso al gobierno de Colombia. Fue nombrado allá ministro de Hacienda, pero no aceptó. Vino, pues, como vimos, a radicarse en Medellín, donde murió de 80 años de edad y donde ejerció hasta su muerte el periodismo y el profesorado.

JOSÉ MARÍA MARTÍNEZ PARDO
Y JORGE GUTIÉRREZ DE LARA

Volvamos atrás. Habíamos dejado a don Mariano de gobernador de Antioquia en 1847. En ese año le entregó el mando al doctor José María Martínez Pardo, médico y patriarca, dos especialidades que poco se ven juntas hoy en día.

El doctor Martínez nació en la ciudad de Antioquia en 1805. De 17 años fue a Bogotá a estudiar al Colegio del Rosario, donde obtuvo el grado de doctor en Medicina.

Volvió a Antioquia y se dedicó al ejercicio de su profesión y a la enseñanza. Una descripción de la personalidad del doctor Martínez Pardo nos la da su colega Emilio Robledo:

«Desplegó una actividad extraordinaria, pues no solamente atendía con esmero a todos los que lo buscaban, sino que enseñaba en la cátedra, estudiaba las ciencias naturales e intervenía en la política. De tal modo que a causa de sus múltiples habilidades y quizá también por la escasez de personal en aquella época, llegó a ser el factótum de su ciudad.

«El doctor Martínez era muy dado a favorecer las defensas del organismo, y no era por tanto muy adicto a las enseñanzas de la Escuela fisiológica, sino más bien seguidor del sabio principio que dice:

Natura morborum curatrix; medicus naturae minister (La Naturaleza es quien cura la enfermedad; el médico es su ayudante).

«No fue cirujano y esquivaba, por blandura de carácter, todo lo que se tradujera en dolor».

De don José María Restrepo Sáenz es el siguiente relato, que da razón del renombre de que gozaba el doctor Martínez:

«El enorme prestigio de que disfrutaba en todos los campos en la tierra de Robledo, por su don de gentes, que le permitía componer casos difficilísimos, inclusive matrimonios desavenidos; por su caridad ejemplar y por la fama de rectitud de su criterio llegaba a tal punto, que se le tenía confianza ilimitada. Prueba de ello la siguiente anécdota:

«Cuando la guerra Franco-Prusiana de 1870 varios de los vecinos principales de la ciudad de Antioquia comentaban una tarde acerca de los apuros de los contrincantes (Bismarck y Napoleón III) y sobre la suerte caótica que corría Europa, y se rompían la cabeza pensando en la forma en que podría arreglarse el mundo,

cuando uno de los contertulios, hombre sencillo, pariente del doctor Martínez Pardo, preguntó con deliciosa ingenuidad:

-¿Y por qué no irán a consultarle a mi primo José María?»

El doctor José María Martínez Pardo estuvo en la Gobernación hasta diciembre de 1848, cuando tuvo que dejarla para irse a Bogotá al Congreso. Se la entregó al coronel Gregorio Urreta, que ya había sido gobernador y que fue al que le tocó el traslado de la capital de la Provincia de la ciudad de Antioquia para Medellín, en 1826.

* * *

Después del doctor Martínez Pardo fue nombrado gobernador el doctor Jorge Gutiérrez de Lara. Éste había nacido en Medellín en 1805 y se había graduado de abogado en el Colegio del Rosario, en Bogotá. En 1829 se casó en Rionegro con la señorita Estanislao Sáenz. (Esto no lo cuento sino para que se den cuenta ustedes de los nombrecitos que les ponían en ese tiempo a las inocentes criaturas: dízque Estanislao. No hay derecho).

Gutiérrez de Lara se estableció a trabajar con la firma comercial Lorenzana, Mejía y Montoya, que tenía una sucursal en Jamaica y para allá se fue y allá vivió 10 años. Cuando volvió al país intervino en política como congresista, y fue de los que en la sesión del 7 de marzo, dio su voto por José Hilario López para presidente de la república, y éste no se demoró en nombrarlo gobernador de Antioquia.

En 1850 inauguró en Medellín el Colegio de Santa Teresa, que fue el primero de segunda enseñanza para mujeres que hubo en la ciudad. Siempre es que la sociedad era algo machista en ese tiempo.

Ahora, escuchen el reglamento que dictó el señor gobernador para el uniforme que debían llevar los alumnos del Colegio Académico, que era el nombre que tenía en ese tiempo la que después se llamó Universidad de Antioquia:

«Pantalón y casaca azules, ésta con botones amarillos; chaleco blanco; botines, corbata y sombrero negros. Sobre cada una de las extremidades del cuello de la casaca llevarán bordado con hilo de plata el emblema de las esperanzas que la Provincia finca en este Establecimiento, a saber: un libro abierto sobre un áncora».

También le tocó a Gutiérrez de Lara la expulsión de los jesuitas, que había sido decretada por el gobierno.

Y también le dio cumplimiento a una ley que expidió el Congreso el 22 de junio de 1850, por la que decretaba la libertad de los esclavos. Porque todavía había esclavos aquí: ¿qué opinan? Pero esto lo dejamos para el domingo.

* * *

En tiempo de Gutiérrez de Lara, siendo presidente José Hilario López, expidió el Congreso una ley sobre libertad definitiva de los esclavos, que venía por fin a poner en práctica la legislación que había lanzado por primera vez -y sólo para la provincia de Antioquia- don José Félix de Restrepo.

La ley del 21 de marzo de 1851 dispuso que:

«Desde el 1° de enero de 1852 serán libres todos los esclavos en el territorio de la República. En consecuencia, desde aquella fecha gozarán de los mismos derechos y tendrán las mismas obligaciones que la constitución y las leyes garantizan e imponen a los demás granadinos».

Esto se celebró con una fiesta muy solemne en Medellín, que relata así el periódico de esa época La Estrella de Occidente:

«En la plaza se había levantado un templete a la Libertad, ricamente adornado con bellos tapices y asientos para las autoridades y corporaciones.

«Desde la sala del despacho de la gobernación fueron conducidos a él por respetables ciudadanos los retratos del Libertador y de José Félix de Restrepo, escoltados por la Guardia Nacional y por una inmensa multitud de ciudadanos.

«Presidió el gobernador, Doctor Jorge Gutiérrez de Lara, quien pronunció un elocuentísimo discurso invitando a todos a una reconciliación franca, sincera y fraternal. Colocó sobre la cabeza de uno de los manumisos el gorro frigio, emblema de la libertad, y expidió cartas de hombres libres a ciento treinta y tres esclavos, en medio de las vivas, música y salvas de artillería.

«Restablecido un tanto el silencio, los niños Juan Clímaco y María Teresa, hijos de Don Tomás y de Don Juan Uribe, presentaron al señor Gobernador sendas comunicaciones en que manumitían dos esclavos en honor a la memoria de su abuelo Don Juan Uribe Mondragón.

«La niña Ana María Lince, alumna del Colegio de Santa Teresa, manifestó que su padre la había autorizado para dar libertad en su nombre a una esclava, sobre cuya cabeza puso el gorro frigio».

(Hay que tener en cuenta que esta fiesta tuvo lugar el 3 de noviembre de 1850 y que la ley de libertad de los esclavos sólo entraba en vigencia el 1° de enero de 1852).

Dejemos esto así por hoy, que la semana entrante vamos a entrar en un capítulo muy diferente, como es la colonización antioqueña en el occidente de Colombia.

XLVI

LA COLONIZACIÓN ANTIOQUEÑA

A mediados del siglo pasado se regaron los antioqueños a colonizar, que eso parecía la hora llegada. Fue mucho el monte que tumbaron y muchos los pueblos que fundaron en lo que son hoy Caldas, Risaralda, Quindío, norte del Valle y norte del Tolima.

Pero antes de meternos en esta historia veamos cómo empezó ese movimiento 50 años antes.

Primero fue el sur del departamento. A finales del siglo XVIII, en 1763, la Real Audiencia de Santa Fe le concedió a don Felipe de Villegas, un español que se había venido para América «a buscar la vida y con quién casarse», como en los cuentos del Mayor, el Menor y el Patojo... pues a ese don Felipe le habían adjudicado un globo de tierra comprendido entre los ríos Arma, el Buey y Piedras. Como quien dice lo que son hoy los municipios de Sonsón y Abejorral.

Unos 20 años más tarde, ya en tiempo de Mon y Velarde, fomentó éste el nacimiento de muchos pueblos, como Sonsón, Yarumal, Carolina, Don Matías y otros.

Los primeros pobladores de Sonsón, cuando estaban en ésas, le dirigieron al gobernador de la provincia, don Francisco de Baraya, el siguiente memorial el 27 de agosto de 1789:

«Nosotros, los suscritos vecinos de la ciudad de Rionegro y del valle de San José de la Marinilla, venimos ante vos con toda humildad y declaramos que hemos sido llevados a este movimiento por nuestra extrema pobreza en bienes materiales, por la escasez de tierras, ya para cultivarlas como propias, o en las cuales construir habitaciones para nosotros y para nuestras familias.

«Así hemos venido, sin dinero, a estas montañas de Sonsón, donde hay buena tierra, amplios pastos para nuestros ganados, salinas y ricas minas de oro, a hacer nuestras casas y erigir una nueva población. Esto traerá beneficios, tanto para nosotros como para el Real Tesoro, como resultado del descubrimiento de dichas salinas y aluviones de oro y por la apertura de comunicaciones entre el nuevo plantío y Mariquita, que está cerca del dicho valle de Sonsón».

En 1797 se construyeron en la plaza las primeras casas de bareque y en 1800 se repartieron los lotes para los fundadores.

Por ese mismo tiempo empezó también su vida Abejorral. Éstos dos fueron los primeros pueblos que fundaron los antioqueños en su empuje hacia el sur. De aquí salieron, años más tarde, a tumbiar monte, a sembrar maíz y frisoles y por ahí derecho a fundar un pueblo.

Había otra concesión de tierras que le había dado la Corona española a una compañía llamada González y Salazar. Eran las tierras donde están hoy los municipios de Salamina, Aranzazu, Neira y Manizales. Aunque en realidad éstos no están hoy en Antioquia, sí deben figurar en la historia de ésta hasta 1905, cuando entraron a pertenecer al recién creado departamento de Caldas. Y sobre todo porque en una historia de Antioquia no puede faltar la principal obra que ejecutaron sus hijos, como fue la colonización de gran parte del occidente de Colombia.

* * *

Fermín López. Este Fermín López, tan poco mentado, fue uno de los más importantes paisas del siglo pasado.

Parece que era de Rionegro o de esos lados. Lo cierto es que en el año de 1834 se había establecido con su familia en una tierrita por donde después iba a ser Salamina. Esa tierra venía a quedar, entonces, en la concesión de González y Salazar, y entonces le tocó enredarse en un pleito con esa compañía y lo condenaron a que se saliera de los límites de esa concesión.

Él no tuvo más remedio que empacar sus corotos y salir con su mujer y sus muchachitos para el sur, porque no quiso devolverse para Sonsón o Abejorral, de donde había salido. En adelante lo que esté entre comillas es obra del doctor Duque en su Historia de Antioquia:

«Este valeroso colonizador recogió su familia y haberes con el ánimo de traspasar el Chinchiná, en busca de tierra libre». (Ustedes recuerdan que el Chinchiná, que queda más allá de Manizales, era el límite de Antioquia con el Cauca, y que hasta allí llegaba la concesión de González y Salazar). «... y así atravesó selvas, ríos y montañas armado de su valor, con la mirada en el horizonte, con la compañía de su mujer, sus hijos y sus animales, y con el machete al cinto para descuajar la maraña. Bien podemos figurarlo con el brazo extendido señalándole el más allá a su propia mujer, como en el Cuadro Horizontes del maestro Francisco A. Cano.

«Como verdadero héroe no se preocupó mucho en contar sus hazañas; pero éstas fueron de tal naturaleza que los demás se encargaron de recogerlas».

Después de muchos días llegó al Guacaica, que es un río que queda entre lo que después iban a ser Neira y Manizales, y creyendo que ese era el Chinchiná, pasó al otro lado y montó ahí su carpa provisional, «sin temor de la selva ni de las fieras, para desmontar alguna extensión y construir su vivienda».

Pues allá empezó a levantar su rancho y cuando ya lo tenía casi acabado y había sembrado su rocita de maíz pasó por ahí algún metido y le dijo que ese río no era el Chinchiná y que entonces estaba todavía dentro de la concesión. «Y así hubo de abandonar lo realizado en terrenos de la futura Manizales para seguir más al sur. Siguió por las vertientes del Chinchiná y se internó en las selváticas y prometedoras regiones que bañan los ríos Claro y Otún hasta que salió a Cartago.

«Tanto se admiró entonces la hazaña, antes no realizada, travesía que abarcó de norte a sur todo lo que son hoy los departamentos de Caldas y de Risaralda, con familia y todo, que cuando lo supo el gobernador del Cauca le otorgó permiso para que fundara una población al norte de Cartago», en el sitio donde Jorge Robledo había fundado 300 años antes a Cartago, que es donde está hoy Pereira.

Pues allá desmontó terreno y trató de establecerse con su familia, pero como que le pareció palúdico el sitio, o quien sabe qué, porque levantó toldas otra vez y fue a buscar otro punto mejor, algo más al norte y allá fundó un pueblo que llamó Santa Rosa de Cabal. Lo de Santa Rosa, por la santa limeña y lo de Cabal para lamberle al gobernador del Cauca, que era el doctor José María Cabal.

Esta fundación, que hizo López en compañía de otros compañeros antioqueños, tuvo lugar en 1844. Por eso Fermín López puede ser considerado como el primer fundador del Departamento de Risaralda.

* * *

Y se regaron a colonizar los paisas. Ya tenemos fundada a Santa Rosa de Cabal. Siguen ahora las otras poblaciones del antiguo Caldas.

Empecemos por Manizales. Para no ponerme a redactar de nuevo lo que otros han relatado con tanta propiedad, me voy a permitir seguir a grandes rasgos la clásica obra de James Parsons y la Historia del doctor Duque.

Manizales comenzó con unos pocos desmontes esparcidos en la selva, en el anfiteatro formado por el alto Chinchiná.

Dejando atrás sus maizales y sus crías de cerdos los colonos regresaron por sus familias a Neira, Salamina, Sonsón y Abejorral, y se reunieron de nuevo en Neira en junio de 1848 para formar la expedición llamada de los veinte -o los veintiuno-, con el objeto de fundar una población al Sur. El viaje de Neira al

Chinchiná implicaba pasar dos cañones profundos y subir a altas y pendientes montañas. El camino era todavía intransitable para animales de carga.

Después de dos intentos frustrados en el valle del alto Chinchiná, la nueva población se levantó al fin en lo alto de una imponente cuchilla, entre el Chinchiná y el Olivares.

En ese sitio se bifurcaba, además, el camino del Ruiz, que conduce a Mariquita y Bogotá. Por lo tanto, Manizales vino a quedar en el cruce estratégico de dos caminos: el de Oriente a Occidente, de Bogotá al Chocó, y el de Norte a Sur, de Medellín a Popayán.

También las minas de oro atrajeron en bandada a los pobladores del norte.

El primero de enero de 1850 empezaron a funcionar las autoridades del nuevo distrito de Manizales.

Los principales fundadores de Manizales fueron:

Don Antonio Ceballos. Fue el primer alcalde. Era probablemente de Sonsón, y no sólo fue un colonizador de hacha y machete sino que también le jalaba a la pluma, para hacer memoriales y para manejar como alcalde la nueva población.

Don Antonio María Arango. De La Ceja. Fue de los primeros exploradores del terreno donde se iba a fundar el pueblo. Fue también de los primeros en subir las faldas del Ruiz en cacerías de ganado salvaje. Le tocó también, en compañía de don Joaquín Arango, el reconocimiento del nuevo camino a Mariquita, el que siguieron a través de los nevados y por la garganta que abrió una erupción del Ruiz por los lados del Lagunilla. También entendía de letras y fue el primer juez.

Don Joaquín Antonio Arango. Fue de los pobladores de Neira, y de allí salió a explorar. No lejos de donde está hoy Manizales, cerca del cerro de San Cancio, encontró el desmonte que había hecho Fermín López y construyó allá su casa, en 1844. Pasó después a Manizales, cuando se fundó, y fue el primer personero.

Por último.

Don Marcelino Palacio, que fue el que se dirigió a la Cámara Provincial de Antioquia para que se elevara a municipio el caserío de Manizales. Se dice que no hubo obra de progreso a la cual no estuviera vinculado: caminos, escuelas, edificios públicos. Fue también el que estableció el primer mercado público en la plaza, sobre los troncos de árboles recién derribados.

* * *

Ya dejamos fundado a Manizales. Voy a seguir ahora a tramos el relato inmejorable de Parsons, con lo cual ganarán ustedes. (Y yo también, porque me quito una carga de encima).

Más allá del río Chinchiná las vertientes orientales del río Cauca, cubiertas de una selva espesa y de cenizas volcánicas, formaban parte de la provincia del Quindío, en el departamento del Cauca. Toda la provincia había permanecido selvática e inhabitada, sin atractivo para los mulatos del Cauca, salvo las praderas y las plantaciones de cacao, cerca a Cartago.

Los colonos antioqueños del norte habían comenzado a moverse de uno a otro estado, aún antes de la fundación de Manizales.

Las tierras entre Manizales y Santa Rosa fueron rápidamente pobladas durante las décadas de 1850 y 1860. El Estado adjudicaba concesiones hasta de 10 hectáreas a los colonos. Era condición que se había estipulado que los adjudicatarios no podían vender ni enajenar dichas tierras a individuos que poseyeran más de 30 hectáreas dentro de la región, a fin de que no se acumularan en unas pocas manos. El derecho a una propiedad se adquiría por cultivo, que se comprobaba levantando una casa o haciendo una labranza.

De una legislación tan razonable surgió la sociedad minifundista de agricultores en las nuevas tierras de Cabal.

De toda esta zona de colinas de la provincia del Quindío solamente hubo una colonia próspera de origen no antioqueño, pero esta misma quedó pronto absorbida en la ola de inmigración del norte.

Ésta era Pereira, fundada en 1863 con el nombre de Cartago Viejo, en el sitio de poblamiento de Jorge Robledo en el siglo XVI, en las márgenes del río Consota. Los nuevos fundadores, un puñado de ciudadanos de Cartago, describen los mismos densos guaduales que los primeros cronistas habían descrito 300 años antes. Algunas de las antiguas piezas de cal y canto descubiertas por la gente de Fermín López se usaron para los cimientos de la nueva ciudad.

El distrito de Pereira comenzó recibiendo gran número de inmigrantes antioqueños después de 1870. Estas tierras más bajas y calientes habían llamado la atención de los pobladores antioqueños.

La actitud hostil de los residentes de Cartago hacia estos antioqueños intrusos, locuaces y vigorosos, sin duda hizo cambiar de propósito a muchos de los que pensaban dirigirse a Pereira. Sólo después de 1900 cesó la represalia contra los colonos antioqueños.

El ondulado altiplano del Quindío está al sur de Pereira, al oriente del río Cauca y ocupa una zona de 40 kilómetros en cuadro, de suelos con rica ceniza volcánica, recostados contra la cordillera.

La rápida e inigualada ocupación ha sido llamada con propiedad «la épica de la colonización antioqueña». El prolongado fervor de las gentes montaÑeras del norte, deseosas de colonizar estas tierras, se intensificó aquí por cuatro motivos: caucho, oro, alto precio de los cerdos y las ventajas de la región como refugio para librarse de las guerras civiles que asolaban la república.

(Dejemos aquí por hoy a estos colonos, escondidos para que no los reclutaran los azules o los rojos).

Un halago que incitó a muchos a irse para el Quindío fue el oro de las guacas, trabajado primorosamente por los Quimbayas. Las leyendas -mezcla de realidad y de fantasía sobre la riqueza en oro del Quindío- se regaron como pólvora en Antioquia.

Una de las más difundidas fue la de Pipintá, templo subterráneo perdido al pie de la cordillera, que se suponía lleno de hermosos ornamentos de oro, entre ellos una enorme serpiente. La entrada, que estaba tapada con una gran piedra, la había encontrado un colono que andaba en busca de iraca para hacer sombreros, pero que cuando regresó a buscarla no la pudo encontrar.

La historia se recibió en Antioquia con mucho entusiasmo y atrajo a muchos aventureros, la mayor parte de los cuales se dirigieron al distrito de Salento. Muchos de los habitantes del Quindío han confesado que fue la leyenda de Pipintá lo que principalmente los atrajo a la región; y que, no atreviéndose a regresar a sus casas con la manos vacías de oro, se habían establecido en estas tierras.

El modelo de establecimiento agrícola se vio mejorado aquí por las guerras civiles, como consecuencia de la devastación de otras regiones. Primero se cosechó el maíz para la mazamorra; más tarde, con el aumento de la superproducción, alimentaron con él cerdos flacos comprados en las regiones vecinas del Estado del Cauca. Estos cerdos, engordados con maíz y plátano, eran vueltos, 3 ó 4 meses más tarde, en partidas de 200 a 300, a los mercados, donde eran vendidos con mucha ganancia.

Dice Roberto Restrepo en *El Quindío y su colonización*:

«Este ejemplo fue seguido por muchos, y se puede decir que en un tiempo Cauca y Antioquia sólo consumieron cerdos procedentes del Quindío. Grandes capitales de los que hoy existen tuvieron origen en aquel negocio, que fue sin duda el factor más importante en la colonización del Quindío».

Otra causa de la inmigración al Quindío fue la furia de las guerras civiles de 1885 y de los Mil Días, las cuales fueron especialmente destructoras para Antioquia y el Cauca. Las amenazas de expropiación y de venganzas políticas hicieron que muchos se refugiaran en el Quindío. Contribuyó así mismo a la rápida colonización de estas tierras el mejoramiento de las vías de comunicación. El viaje de Manizales a Cartago, que antes se tomaba de 8 a 10 días, se había reducido en 1890 a un día y medio, pernoctando en Santa Rosa del Cabal.

Dejemos ya la colonización del Quindío, que por ese lado se tendió hasta la población de San Luis (hoy Sevilla), impulsada esta última ciudad por el patriarca antioqueño don Heraclio Uribe Uribe, hermano del general Rafael.

La estrecha banda de tierra caliente a los largo del río Cauca, en territorio antioqueño, obró como una barrera efectiva contra la colonización hacia el occidente, hasta bien entrado el siglo XIX.

Observaba Mon y Velarde en un informe de 1788 que 40 familias pobres de Envigado se habían mudado recientemente, pasando la baja cresta de la cordillera en la cabecera del Valle de Aburrá, hacia Amagá, con el propósito de fundar una población. Desde 1800 las minas de Titiribí, recién descubiertas, fueron explotadas de manera informal. Hacia 1807 había 94 familias establecidas en las vecindades de Titiribí, y seguían llegando más. El hambre de 1808 trajo una nueva ola de pobladores al distrito.

Otra base que sirvió para el movimiento hacia las tierras de más allá del Cauca fue Fredonia, situada en la parte más alta de las laderas del cono volcánico de Cerro Bravo. Hasta 1829 la región que incluía a Fredonia -que entonces se llamaba Guarcitos- había hecho parte del distrito de Santa Bárbara; pero al año siguiente se fundó una nueva parroquia donde está hoy la ciudad. Sus pobladores eran principalmente gente de Envigado, Itagüí, Medellín y Amagá.

* * *

El censo de 1828 dio los siguientes números de habitantes para las tres poblaciones que entonces existían hacia el suroeste: Amagá, 4.300; Titiribí, 2.539; Santa Bárbara 1.045.

No se había fundado todavía ninguna población al otro lado del Cauca, en tierras que pertenecían entonces a Titiribí y de 1830 en adelante a Fredonia.

Es interesante la siguiente resolución que aprobó en 1834 la Legislatura de la Provincia de Antioquia, de la cual era presidente don Mariano Ospina Rodríguez:

«Considerando

Primero: Que el establecimiento de nuevas parroquias en buenas tierras contribuye directamente al bienestar público, dando valor a la tierra que no lo tenía y al mismo tiempo facilitando el sustento de un crecido número de familias que no tienen tierra ni ocupación para socorrer las necesidades de la vida.

Segundo: que en las montañas de Comiá, en el cantón de Santa Fe de Antioquia, que son propiedad pública, se han establecido un considerable número de colonos, excelentes trabajadores, suficientes para formar una parroquia y sostener un curato.

Tercero: que dicha región ofrece muchas ventajas para una nueva población.

se ha resuelto

que la personería provincial solicitará el establecimiento de la parroquia de Comiá y la adjudicación de 12.000 fanegadas de tierras baldías, y otras ventajas que la ley de 5 de mayo concede a las nuevas colonias».

La parroquia de Concordia, establecida en 1848 y que comprendía todas las tierras entre el río Cauca y la cordillera Occidental, desde la quebrada de Comiá hasta el río San Juan, cubría la concesión original de Comiá. En 1864 ya tenía Concordia más habitantes que Amagá y que Titiribi.

Al sur del San Juan están las tierras de Caramanta. La mayor parte de esos montes baldíos les había sido dada en concesión a tres ricos de Medellín: don Gabriel Echeverri, don Juan Santa María y don Juan Uribe Mondragón. Éstos se dedicaron ante todo a la construcción de un camino entre Santa Bárbara y la región minera de Marmato y Supía, que ofrecía un buen mercado para maíz y carne. Este camino cruzaba el Cauca en el Paso de Caramanta -hoy La Pintada-. Les ofrecieron parcelas a los colonos que convinieran en trabajar 5 días al año en la construcción del camino. El primer poblamiento se hizo en Caramanta.

Comenta don Heriberto Zapata Cuéncar, a propósito de los señores Echeverri, Santa María y Uribe:

«Estos señores, que a más de ser emprendedores eran fuertes capitalistas, dieron principio a la colonización de esta vasta zona. Era un nuevo claro que se abría en la selva, y Antioquia se expandía. Pronto los dueños comenzaron la fundación de un caserío donde habían de establecerse muchos de sus trabajadores y los nuevos colonos que fueron llegando. Los vecinos lo llamaron 'Sepulturas', por el gran número de tumbas indígenas o guacas que por allí hallaron. Fueron don Juan Santa María y don Gabriel Echeverri quienes mayor entusiasmo le pusieron a la nueva fundación, que desde un principio quisieron que se llamara Caramanta, como homenaje a la que existiera allí antes».

Y esto es todo por hoy, muchachos.

* * *

Continúo basándome en las obras de Duque y Zapata.

En la ribera izquierda del Cauca, y siempre en la región del suroeste, otras fundaciones de importantes municipios tuvieron lugar, como fueron las de Jericó, que recibió su nombre bíblico del obispo Gómez Plata, y fue parroquia en 1857 y distrito 10 años más tarde; Andes, cuya primitiva fundación tuvo lugar en 1850 por el doctor Pedro Antonio Restrepo Escobar (padre de Carlos E.) y que vino a ser municipio y parroquia en 1870; Caldas, antigua Valeria, elevada a la categoría de municipio en 1848 y cerca de Medellín y sin

embargo cubierta años después por selvas primitivas. A partir de este año hasta 1860 se erigieron los municipios de Jardín, Bolívar, Támesis y Valparaíso más allá del Cauca y en la región de suroeste.

Acerca de estas fundaciones voy a tomar algunas informaciones que trae don Heriberto Zapata:

Sobre Jericó. «En 1840 don Santiago Santamaría, quien había adquirido esas tierras por herencia y compra, inició la colonización de ese sector de Antioquia acompañado de varias familias procedentes en su mayoría de Fredonia. Descuajaron la selva y levantaron sus viviendas e hicieron sus primeros cultivos. Cuando el número de colonos llegó a 200 se determinó por cabildo abierto que presidió don Santiago, el lugar que habría de ocupar la población. Una ordenanza de 1850 creó la Aldea de Piedras, y otra de 1852 le dio categoría de distrito y le puso el nombre de 'Felicina' como homenaje al doctor José Félix de Restrepo».

Acerca de Andes. Se cree que por allá por el año de 1820 llegó al lugar el indio Guaticamá, quien venía huyendo de la justicia y procedente del Chamí. Se estableció en un punto que él llamó 'La Bodega'.

Más tarde llegaron otros indígenas, al parecer también fugitivos. En persecución de éstos vino del Chamí el doctor Antonio Tascón. Éste, a su regreso al Chocó, ponderó la riqueza de las tierras del río San Juan. Esto atrajo más gentes, que fundaron un caserío que se llamó Gólgota. Por una ordenanza de 1850 se creó la aldea de Soledad, que estaba situada en territorio hoy de Andes. Era dueño de aquellas tierras el doctor Pedro Antonio Restrepo quien, en vista de su feracidad, resolvió fundar una población que sirviera de centro a los numerosos colonos que comenzaban a afluir hacia esa zona. El 13 de marzo de 1852 hizo derribar el primer árbol en el centro del lugar que ocuparía la plaza y declaró fundada una población con el nombre de San José de los Andes. Rápido fue el crecimiento del poblado, que en 1853 quedó incluido en la lista de los distritos.

(Nota. Ningún historiador de cuantos he consultado registra el memorable hecho de que en dicha población vio la primera luz del día, bien avanzado ya el Siglo XX, este vuestro rendido servidor)

* * *

Y siguen nuestros paisanos fundando pueblos en el Suroeste de Antioquia. ¡Qué cuentos de Suroccidente!

Vamos a Támesis. Sigo a grandes rasgos a don Heriberto Zapata:

Las tierras de Támesis fueron de don Juan Uribe Mondragón.

A su muerte las vendieron sus herederos a cinco hermanos Orozco, de Sonsón, que habían ido al suroeste antioqueño en plan de colonización. Fue el ingeniero sueco don Carlos Segismundo De Greiff -

bisabuelo de León y Otto- quien hizo la partición. Los pobladores acordaron verificar la fundación del pueblo el 25 de diciembre de 1858.

Nos cuenta don Ovidio Martínez:

«Terminado el oficio divino, en la ceremonia de la fundación, entre música de cuerdas, pólvora y redoble de tambor y con alegres aplausos del escaso vecindario, don Mariano Orozco, trepado sobre una enorme cepa, pronunció unas breves palabras, terminando con la frase: 'Desde hoy queda fundada la importante ciudad de San Antonio de Támesis'. Ya echados los cimientos del nuevo caserío, convinieron los fundadores que el nombre de éste sería San Antonio, y Támesis el del río que asoma al occidente, después de perforar por entre la montaña un túnel de 3 kilómetros de longitud con una cuadra de profundidad. Tenían ellos conocimiento de que el río Támesis corría por debajo de la ciudad de Londres y quisieron darle ese mismo nombre a la corriente que aquí lo imitaba. Así lo decían sus habitantes: 'corregimiento de San Antonio y río Támesis'; pero uno de los hermanos Orozco propuso llamar Támesis al caserío y San Antonio al río, para que el santo milagroso librara a la población de una inundación, en caso de que el túnel se obstruyera y se detuvieran las aguas. Así llegó a quedar para la población el nombre de Támesis y para el río el de San Antonio».

Pasemos ahora a Valparaíso. El alemán Ferdinand Von Schenck, que recorrió a Antioquia a finales del siglo pasado, observa en 1880 que «en toda una jornada a caballo, atravesando desde el Cauca a Caramanta, sólo se pueden ver unas pocas casas aisladas en la selva». Y comenta Parsons: «La nueva población de Támesis, fundada por sonsones, era conocida por sus aguerridos trabajadores agrícolas; pero Valparaíso era considerado como poblado por 'vagabundos inútiles', cuya sola ocupación era lavar oro del río Cauca durante la estación de verano».

El territorio de Valparaíso pertenecía también a don Juan Uribe Mondragón. A mediados del siglo pasado varios colonizadores procedentes principalmente de Caramanta levantaron allí sus viviendas, y en 1857 se dirigieron a la legislatura del Estado pidiendo la erección de un distrito. Entre los que hacían esta petición estaba don Tomás Uribe Toro, padre de Rafael Uribe Uribe. Este último nació en la hacienda El Palmar, de este municipio, en 1859.

Y esto es todo por hoy.

* * *

Sigamos con la fiebre colonizadora de los paisas en la época comprendida entre 1840 y 1870.

Ya vimos lo que colonizaron en el viejo Caldas, de Sonsón para arriba, hasta el Quindío. Hablábamos últimamente de la abertura de las tierras del suroeste de Antioquia, de las situadas en el lado izquierdo del Cauca.

Vamos a hablar hoy de Bolívar. Cuenta don Heriberto Zapata que por allá entre 1840 y 1847 vivían en esa región algunos colonizadores, que fueron formando un caserío sin ningún orden. Esos terrenos eran propiedad de un rico que se llamaba don Luis Uribe, que contrató a Luis Álvarez y a otros hacheros para que tumbaran monte para hacer una roza. Como empezó a llegar mucha gente de todo el estado, se entusiasmó don Luis Uribe y se fue a Titiribí en busca de mister Tyrrel Moore, un ingeniero inglés que trabajaba en la mina del Zancudo, para que le dibujara el plano de un pueblo que pensaba fundar. Pues con ese plano se fue a hacer el trazado y a distribuir lotes. El nombre que le dieron a la fundación fue de San Juan, que en 1859 fue agregada al corregimiento de Andes, en el distrito de Concordia.

Éstos fueron los principios de la que hoy llaman sus queridos habitantes, inflando el pecho «Ciudad Bolívar», cuna de mi adorada mamá.

Otra población que dependió al principio de Andes fue El Jardín.

Las tierras donde está asentada pertenecían a don Mariano Orozco, que en 1860 se las vendió a don Indalecio Peláez, que vivía en Andes. Don Indalecio inició la colonización de esta región al frente de un grupo de hacheros. Levantó una casa, y cuando todo estuvo listo, se pasó para allá con su familia. Con la herencia de su mujer, doña Clara Echeverri, con unos préstamos montó una hacienda magnífica y siguió tumbando monte con un grupo de colonizadores de hacha y machete.

El 26 de abril de 1863 llegó a aquellos parajes el padre José María Gómez Ángel, cura muy importante de la catedral de Medellín, que fue hasta rector de la que más tarde se llamó Universidad de Antioquia.

Iba huyendo de la persecución que le estaba haciendo el amigo Tomás Cipriano de Mosquera al clero. El padre Gómez Ángel se alojó en la casa de don Indalecio y fue un elemento muy importante en la fundación del pueblo. Él lo cuenta en una carta:

«En estos últimos días tuve una ocupación que me fue agradable. El delicioso valle del Jardín convida a la formación de un pueblo. Varios individuos lo desean, y nosotros estimulamos o avivamos aquel deseo.

«Se pensó seriamente en designar el campo donde en la serie de los tiempos se ha de edificar el nuevo lugar con el nombre de Sión. Yo fui quien le dio el nombre; construí una escuadra de agrimensor y estuve delineando la plaza y las calles, midiendo solares y entregándolos, acariciado con la idea de que aquella población se llevaría a cabo y yo mismo me llevaba ilusiones de que sería quizás el párroco de aquella nueva sociedad de fieles. Tanto era ya mi apego a aquella tierra que pensé vivir y morir allá». Por lo visto el deseo

del Padre Gómez Ángel de que el pueblo se llamara Sión no tuvo arraigo, y los vecinos le impusieron el nombre de El Jardín.

Y de este modo quedó fundado el querido Jardín y terminada esta charla.

* * *

Salgamos ya del suroeste de Antioquia y cojamos Cauca arriba.

Dice Parsons que la región de Anserma, al sur de las tierras de Caramanta, había sido desde largo tiempo conocida de los españoles antes de la llegada de los pobladores antioqueños. La ciudad de Anserma, fundada en 1539 en el pico de una colina, sirvió como puerta de paso para los campos auríferos del Chocó y Marmato, y también de límite norte del gobierno de Popayán. La actividad se concentró alrededor del real de minas de Quiebralomo, por los lados de Supía.

Las minas de Marmato nunca se bastaron a sí mismas y para muchos recursos dependían de Cartago, de Mariquita y de la misma Antioquia.

Dice el sabio Boussingault, que estuvo por esta región a principios del siglo pasado:

«No bastando la población negra para el trabajo, fue preciso traer obreros de Antioquia, los cuales llegaban provistos de víveres para 15 días y luego regresaban a sus casas para volver en seguida. Para poderlos retener era preciso asegurar su subsistencia, y para atender a esta necesidad se sembró una gran plantación de plátano a la orilla del Cauca y se hicieron desmontes para sembrar maíz, yuca y frisoles».

El principio de la colonización antioqueña en estas tierras data de la refundación, en 1872, de la antigua ciudad colonial de Anserma. Por el mismo tiempo los colonos antioqueños empezaron a engrosar la población de Quiebralomo (Riosucio). Después de esto, un numeroso torrente de colonos vino del otro lado del Cauca, de Salamina, Sonsón y Manizales, mezclándose con muchos indios que había establecidos en la región. Quinchía y Mocatán estaban en los asientos de las primeras poblaciones de indios. Pueblorrico estaba en el camino comercial hacia el Chocó. Apía y Santuario fueron poblados primero por guaqueros que encontraron aquí guacas tan ricas como las del Quindío, aunque menos numerosas.

En el presente siglo la colonización ha empujado firmemente hacia el sur, a lo largo de la cordillera occidental. Balboa, fundado como municipio en 1907 y el más meridional de las colonias caldenses, ha sido seguido de una docena de poblaciones dentro del departamento del Valle. Entre éstos se hallan los municipios antioqueños de Versalles, Trujillo, Darién y Restrepo; y las poblaciones de El Cairo, Albán, La María, Betania, El Águila y el Porvenir. Todos están en las lomas de las vertientes de la misma cordillera tanto tiempo desdeñada por el pueblo del valle. Algunos, como Versalles y Restrepo, están más allá del filo de la

cordillera, ya en la vertiente del Pacífico, limitados hacia el oeste por la selva virgen y lluviosa de las hoyas bajas y húmedas del Calima y el San Juan.

La apertura del camino a Trujillo favoreció la colonización del alto Calima y más allá al sur hasta La Cumbre y Dagua. Más hacia el sur, en dirección a Popayán, continuaron llegando colonos de Antioquia y Caldas y del suroeste de Antioquia, y echaron por las pendientes de la tierra templada. Se ha estimado que los colonos que han abierto los baldíos montañosos del Valle del Cauca han sido más del 80% antioqueños y caldenses, 10% nariñenses, 5% vallecaucanos y 5% de otras regiones.

* * *

La arriería de marranos. De mi querido Fabio Arango Cárdenas he recibido la siguiente carta:

«Estimado Argos: en uno de tus recientes relatos sobre la colonización antioqueña contabas cómo desde el Quindío se enviaban manadas de 200 a 300 cerdos al Cauca y a Antioquia. Ello comprueba que hubo entonces arriería de cerdos y que el dicho ‘más largo que un viaje a Dabeiba arriando marranos’ tiene base en esa realidad histórica.

«El objeto de la presente es preguntarte si hay algo escrito y publicado sobre la arriería de marranos, así como se ha escrito tanto sobre los arrieros de mulas. Hasta el momento no recuerdo haber leído nunca nada sobre ese particular, y se me hace extraño, pues debe de haber sido un trabajo muy duro para hombres muy machos. No puedo imaginarme en qué forma se llevaban 200 ó 300 marranos por largos caminos, ya que dicho animal no entropa como el ganado mular, caballar o vacuno.

«Decías en otro escrito reciente que se llevaban centenares de perros al Chocó, pero ahí explicaste que los llevaban amarrados, lo cual parece bastante lógico, pero no creo que se hubiera podido hacer lo mismo con los cerdos».

Respuesta

Mi querido Fabio: Lo relativo a tal arriería de marranos en grandes piaras lo tomé del clásico libro de Parsons sobre la Colonización Antioqueña, en el cual da como fuente de su información la obra de Roberto Restrepo El Quindío y su Colonización, publicada por Archivo Historial, de Manizales, en julio de 1921, págs. 228 a 231.

Obra es ésta que desconozco olímpicamente, pues me encuentro en las mismas condiciones tuyas de absoluta carencia de información sobre la ardua y fatigosa tarea de arrear cochinos. Agracederé, por tanto, en nombre mío y de Fabio, al lector que nos suministre detalles acerca de tan puerca actividad.

Por el momento sólo se me ocurre comentarte que la exageración que traes, para ponderar lo largo y enojoso de una tarea, de compararla con un viaje a Dabeiba arreando marranos, la había escuchado yo en esta forma: «es más cansón que un viaje al cielo, por tierra, arriando marranos».

Y se me viene a la cabeza una anécdota que me relató una vez un amigo mío, sonsonero por cierto.

Encargaron una vez a un bobo en Sonsón de llevar arreados unos marranos a la feria de Abejorral. Salió, pues, nuestro hombre, desde tempranas horas, con su lenta y zigzagueante manada, cuando a media mañana, al irse acentuando cierto bochorno y pasar esa tropa por frente a una dilatada charca de lodo, no pudiendo los pesados y sudorosos suidos resistir la tentación, hicieron alto y se fueron extendiendo en el espeso y fresco légamo, cuan gordos eran.

El amigo bobo, que también iba ya fatigado, se sentó en una barranquita a contemplarlos, y se hizo en voz alta esta reflexión, dirigida a ellos:

-Ustedes siquiera van pa Abejorral al matadero; yo que me tengo que volver pa Sonsón...

* * *

En la charla pasada les manifesté a mis queridos lectores que si alguno de ellos podía suministrarnos informes sobre la «puerca actividad» de la arriería de marranos, sería bienvenido a esta columna.

Pues mi querido y erudito amigo Carlos White me ha enviado una carta ilustrativa, de la cual paso a copiarles lo siguiente:

«Estimado Argos: leí su charla 130 sobre historia de Antioquia. Deseo aportarle la información de que actualmente existe la arriería de cerdos, a los que usted denomina elegante y eruditamente suidos.

«Eso ocurre en el alto Nendó, río que desemboca al Penderisco. Éste cuelga como una gargantilla de diamantes de la ciudad de Urrao, la que Uribe Uribe llamó 'paraíso escondido'.

«La familia de los señores Montoyas, urraeña, es la movilizadora en apreciable escala de estos mamíferos. Los levantan con el maíz, yuca y otros frutos que les sobran de sus cosechas, ya que no pueden transportar económicamente estos productos a las plazas de consumo.

«La manada, que es aproximadamente de unas 100 unidades, la comandan dos jóvenes a través de la trocha de comunicación con Urrao, que se toma 2 jornadas a caballo, de 3 a 4 a pie, y 10 días como mínimo cuando se llevan marranos.

«Uno de los muchachos va adelante, como guía, con un cerdo amarrado con 'nudo de marrano', y el otro arrea atrás. Llegan vivos a su destino la mitad, y de éstos la mitad flacos. Con la venta compran por lista pantalones, camisas, botas, pilas para lámpara, petróleo, cigarrillos y fósforos. Los señores Montoyas producen el resto y viven bastante bien.

«En otra nota le informo cómo construyen sus excelentes casas, todas hechas de palma barrigona: piso, paredes, techo: todo.

Cordialmente,

CARLOS WHITE ARANGO».

* * *

Del libro de Parsons:

Al empezar el año de 1850 otros grupos de colonos antioqueños se dirigieron al oriente a través de la cordillera Central, hacia las selvas del Tolima.

Las primeras migraciones siguieron las principales vías de comunicación, como el camino que va de Manizales a Mariquita. A lo largo de esta ruta fue apareciendo una hilera de pueblos como Fresno, Herveo y Casabianca, todas de origen antioqueño.

Otros asentamientos iniciales, Libano y Murillo, estaban situados en el viejo camino del Ruiz, entre Manizales y Lérida.

Manzanares y Marulanda quedaban en el camino de Herveo, a partir de Salamina.

Más hacia el norte familias de colonos de Sonsón y de Aguadas fundaron la nueva población de Pensilvania, en el viejo camino de Villegas, entre Sonsón y Mariquita. Se le solicitó permiso para esta fundación al gobernador del Tolima, que lo negó. Pero el gobernador de Antioquia, Pedro Justo Berrío, autorizó la nueva ciudad en 1860, como fracción de Sonsón, ya que los terrenos para su fundación habían sido cedidos por un habitante de esta ciudad. Posteriores reclamaciones del Tolima fueron negadas, y en 1870 un arbitramento le asignó a Antioquia toda el área que quedaba al norte del río Guarinó. La cual en 1905, junto con Manzanares y Marulanda, quedó perteneciendo al recién creado departamento de Caldas.

Sigamos con Parsons:

La parte meridional del Tolima, los vastos y áridos llanos del Magdalena medio no ejercieron atracción sobre los antioqueños, quienes en todas partes prefirieron las vertientes de la montaña.

El bajo nivel de lluvias y la pobreza de suelos no volcánicos puede explicar la disminución de la marcha de la colonización antioqueña al sur de Ibagué.

La corriente principal de la colonización antioqueña en el siglo XIX fue irresistiblemente hacia el sur y el suroeste. Los altiplanos saludables de Rionegro y el oriente suministraron los primeros y más numerosos colonos. De las montañas de Sonsón hacia el sur había tierras baldías disponibles, cubiertas de ceniza volcánica productiva, y por añadidura allí se encontraban los atractivos de las guacas de indios. Finalmente hubo cierta inercia en el movimiento colonizador, el cual, una vez orientado hacia el sur, trató de seguir adelante en la misma dirección.

* * *

Urabá. Sellado por la España colonial a todo tráfico, a no ser el de contrabando, el camino de los conquistadores de Antioquia al golfo de Urabá había sido olvidado y cubierto de maleza. Los indios rebeldes del Chocó y anteriormente el temor a los piratas ingleses había desanimado el viaje dentro de la cordillera occidental para todo, excepto para las expediciones punitivas. Hasta la validez de las reclamaciones de Antioquia a una salida al Caribe había sido motivo de una larga disputa con el estado del Cauca, que continuaba monopolizando el comercio con el Chocó.

El siglo XIX escuchó mucha verbosidad pero vio poca realización en la colonización de la vertiente occidental de la cordillera que se interpone entre el Cauca y el Atrato. En un principio hubo mucho entusiasmo por la construcción de un camino entre Urrao y Quibdó, que serviría para atraer hacia Antioquia el comercio de la última plaza, pero después de 1870 se abrió una campaña a favor del camino de occidente por Dabeiba y Pavarandocito hasta el golfo de Urabá.

Pero no avanzaba la colonización hacia ese lado. El Secretario de Hacienda del Departamento informaba así en 1898:

«La verdad es que los esfuerzos hacia el desarrollo de esta región del departamento han sido inefectivos hasta la fecha, y la colonización del occidente es todavía un problema sin resolver. La migración antioqueña al Cauca y al Tolima es reconocidamente considerable; pero el estímulo a la colonización de esta región inmensamente rica debería eliminar esta sangría diaria de la población del departamento, que es el resultado del vigoroso espíritu colonizador de los antioqueños y de nuestro fracaso en sacar ventaja de nuestros inmensos baldíos».

Ocurría que esta área era demasiado lluviosa en comparación con lo que estaban acostumbrados los antioqueños y por consiguiente el fuego era de muy poca utilidad en la tala de los montes.

La culminación, en 1954, de la Carretera al Mar, que va hasta Turbo, y la decisión de la United Fruit Company de dar créditos a los productores de banano de la zona, abrieron el camino a una ola masiva de colonos. La vasta región que comprende los municipios de Turbo y Arboletes tenía 15.000 habitantes en 1951; hoy en día tiene más de 200.000 y la población es una mezcla de inmigrantes del Sinú, de las sabanas de Bolívar, de las montañas de Antioquia y hasta de Cundinamarca y Boyacá.

XLVII

LAS TRES PROVINCIAS

Antes de meternos a hablar de las colonizaciones de los antioqueños habíamos dejado el departamento en las buenas manos del doctor Jorge Gutiérrez de Lara, que gobernó hasta febrero de 1851. Éste le entregó la vara a don Estanislao Barrientos, y a éste lo siguió don José María Sáenz.

A mediados de ese año llegó a Medellín una pila de bronce traída desde París «por intermedio de un señor Fourquet, y se inauguró con regocijo público durante la gobernación del señor Sáenz, quien fue el que más contribuyó en donativo, porque la obra se hizo por suscripción popular. Levantada en el centro de la plaza mayor permaneció allí hasta 1895 cuando se trasladó a la plazuela llamada hoy de San Ignacio, para colocar en el primitivo lugar de ésta la estatua del doctor Pedro Justo Berrío».

De suerte que donde está hoy la estatua de Berrío había una pila en la cual la gente recogía agua para llevar a las casas, porque en ese tiempo no tenían servicio de acueducto particular sino unos pocos ricos. Y la pila seca que sigue adornando la plazuelita de San Ignacio tiene de llegada a Medellín la bobadita de 137 años.

En mayo de ese año de 1851 se promulgó en el Congreso una ley que dividió a Antioquia en tres provincias: la de Medellín, capital Medellín; la de Antioquia, capital Santa Fe de Antioquia y la de Córdoba, capital Rionegro.

En ese mismo año tuvo lugar la llamada revolución de Borrero. Este general, de nombre Eusebio, se alzó en armas contra el gobierno del presidente José Hilario López, y en Medellín encontró seguidores,

porque éstos no estaban conformes con la partición de Antioquia en tres pedazos. Esta revolución no pasó a mayores y Borrero salió derrotado. Punto.

En octubre de ese año tomó posesión como gobernador el doctor José María Facio Lince. Éste había nacido en Medellín en 1816 y se había graduado en Derecho en Bogotá a los 21 años de edad. Llevó a cabo muchas obras importantes, como vías de comunicación y sobre todo fomentó la educación restableciendo el Colegio Provincial, que estaba casi arruinado...

El 26 de noviembre, estando como presidente del concejo don Canuto Toro -no el que conocíamos sino otro más viejo- se estableció en Medellín el alumbrado público, para lo cual se colocaron faroles en las esquinas de la plaza mayor y algunos más en las próximas. El acuerdo que creó la mejora decía en su artículo 2°:

«Este alumbrado podrá excusarse mientras alumbre la luna en tiempo de verano».

Por ese tiempo se creó también el cuerpo de serenos en el centro de la ciudad.

«En diciembre de 1851 cundió alguna alarma porque en Abejorral y en Sonsón se habían hecho disparos con armas de fuego y se proferían gritos en altas horas de la noche, lo que también se observó con tumultos en algunos pueblos de la provincia de Medellín. Se despachó fuerza para esas poblaciones y el orden quedó restablecido».

Siempre es que la gente, en ese tiempo, era un poquito más mansita que hoy.

XLVIII

LA REVOLUCIÓN DE MELO

El 1° de enero de 1854 se posesionaron los gobernadores de las 3 provincias en que había quedado partida Antioquia: en la de Medellín, capital Medellín, don Mariano Ospina; en la de Antioquia, capital Santa Fe de Antioquia (en ese tiempo llamada

Ciudad de Antioquia), don José J. Pabón, bogotano que hacía muchos años se había establecido en Antioquia; y en la de Córdoba, capital Rionegro, el doctor Rafael María Giraldo.

De presidente de la república estaba el general José María Obando, que había seguido después de José Hilario López desde el 1° de abril de 1853. Pero resulta que a Obando lo bajó de la silla el general José

María Melo el 24 de abril del 54. Ese golpe de estado dividió a los colombianos -o granadinos, como nos llamábamos en ese tiempo- en dos bandos: los partidarios del gobierno legítimo de Obando, o sea los constitucionalistas, y los revolucionarios o melistas.

En Antioquia la cosa se puso así: en la provincia de Antioquia, propiamente en el pueblo de Sopetrán, se encontraba el jefe melista coronel Vicente Cardona con una columna a su mando. El gobernador Pabón fue de la ciudad de Antioquia a Sopetrán a someter a este rebelde, y... (sigue el doctor Duque).

«... se dirigió resueltamente a la casa municipal situada en la plaza, que en esos momentos servía de cuartel. Penetró al local, no sin que el centinela le opusiera alguna resistencia. Acto seguido salió el señor Pabón al balcón con sus acompañantes y ordenó al comandante del ejército que hiciera formar la tropa. El militar le hizo ver lo peligroso de la medida, por el estado de ánimo en que se hallaban los soldados, no obstante lo cual el gobernador insistió y una vez formada la tropa el gobernador se inclinó en actitud de arengarla; pero antes de que pudiera hacerlo, el oficial Cardona ordenó a las tropas que terciaran, lo que éstas no obedecieron, sino en forma de apuntar, como les habían indicado previamente, y al punto sonó una descarga que ocasionalmente no hirió a ninguno. Los acompañantes del gobernador Pabón le advirtieron el peligro, y pidieron que se retiraran cuando notaron que los 16 hombres del cuadro volvían a cargar, y ya lo hacían todos cuando el gobernador, que quedaba de último, fue alcanzado por las balas y cayó agonizante sobre el pasamano de la escalera. Pocos minutos después murió.

«El gobernador de la provincia de Medellín, don Mariano Ospina, redactó una proclama para el público, que mandó fijar en las esquinas. Decía:

‘Compatriotas.

Los feroces bandoleros que en esta provincia tramaban una sublevación en apoyo de los que oprimen y saquean a Bogotá, han consumado su crimen. El activo y enérgico gobernador de la provincia de Antioquia ha muerto ayer vilmente asesinado en Sopetrán. Los asesinos, proclamando la infame causa de los pretorianos de Melo, han seguido para la ciudad de Antioquia, entre el horror y la execración que inspiran los malvados.

¡Volemos, sin detenernos un instante, volemos a libertar a los honrados antioqueños de las manos rapaces y ensangrentadas de aquellos tigres!»

Proclama como para narcotraficantes.

Lo último que vimos fue la proclama que hizo fijar en las esquinas de Medellín don Mariano Ospina, gobernador de la provincia, contra los partidarios de la dictadura de Melo.

Ese cartel animó mucho a los constitucionalistas, y al día siguiente, como lo cuenta el periódico La Transición, de Medellín, «el toque de generala indica el punto de reunión. Todos vuelan al cuartel, piden y obtienen armas; juran escarmentar a los criminales y se abrazan en un solo sentimiento por la justicia, por la constitución, por el orden, por la libertad. El jornalero, el labriego, el artesano, el comerciante, el pobre, el rico, todos compiten en actividad, en decisión, en ardor por desear que llegara el momento de la marcha. Por todas partes se encontraban hombres que iban corriendo a dar su nombre en el cuartel y a ser armados; y que volvían precipitadamente con su fusil al hombro, a decir adiós y volver a tomar su puesto en la formación para marchar; o agentes subalternos que conducían al galope las caballerías. Las calles se encontraban en una agitación grandísima; pero los semblantes risueños denunciaban que esa agitación era el efecto de un sentimiento de alegría y de esperanza en todos, y que había sucedido una fiesta cívica al furor de la indignación que había encendido antes los corazones. Y para que nada faltara en esta fiesta, el bello sexo, conmovido, ocupaba los balcones y ventanas y presenciaba con miradas de aprobación aquel movimiento por la patria».

A tanta indignación siguió un entusiasmo enorme. En Bello, que en ese tiempo se llamaba Hatoviejo, se juntaron los voluntarios que venían de Santa Rosa, de Titiribí, de Amagá, de Heliconia (que entonces se llamaba -y se sigue llamando- Guaca; ¿no es cierto, hombre Luis Fernando Solórzano*?). El 3 de junio -del año 54- llegaron 200 hombres de Marinilla y después vino el coronel Braulio Henao con más gente de Abejorral y de Salamina.

Pero siempre resultó un grupito de melistas, es decir, de los que estaban a favor de la dictadura de Melo. Entre éstos estaban unos hermanos Alzate, un oficial Cardona, y otros que se escaparon con algunas armas. Pero en seguida los persiguieron.

El general Tomás Herrera, un panameño que llegó a ser presidente de la república, y que en Bogotá era el jefe de los constitucionalistas, le ordenó al general Marcelo Buitrago que se hiciera cargo de las fuerzas que iban a llegar de Antioquia. Esta gente salió para el puerto de Nare, para embarcarse para Honda, a principios de julio.

Pero cuando salieron éstos de Antioquia, los melistas que habían quedado aprovecharon para armarse y salir a atacar a los constitucionalistas. El principal jefe de este movimiento melista era el doctor Antonio Mendoza, que había sido gobernador de la provincia de Córdoba. Pues el 7 de agosto por la noche dieron el grito a nombre de Melo y por la reforma de la constitución.

Y dejemos esto en ese punto por hoy.

* * *

Veíamos que en Antioquia siempre tuvo sus partidarios el dictador Melo. Los de un grupito que lideraba -como dicen ahora- el doctor Antonio Mendoza, que había sido gobernador de la provincia de Córdoba, con capital en Rionegro, dieron el grito a favor de Melo el 4 de agosto de 1854 a las 7 de la noche. Se armaron con unos cuantos rifles viejos y salieron de Rionegro para Marinilla en busca de más armas, pero nada hicieron porque los hermanos marinillos las habían escondido. Lo único que hicieron allá fue abrir las puertas de la cárcel y dejar salir a los presos.

Después se devolvieron para Rionegro y allá se hicieron fuertes. Pero de nada les valió porque los constitucionalistas juntaron unos 500 hombres, y don Mariano Ospina, gobernador de Medellín alistó otros 700 para mandarlos a Rionegro. Cuando iban a atacar los constitucionalistas a los melistas que se habían parapetado en Rionegro, se encontraron con que éstos se habían largado para el Cauca pasando por Santa Bárbara. Y en el camino se dispersaron y nada hicieron.

Otro grupo de melistas, dirigidos por Manuel José Jaramillo Córdoba, que era un muchacho... pero mejor que nos lo cuente el doctor Duque:

«... sobrino del héroe de Ayacucho, reunió en la población de San Jerónimo unos 30 hombres y proclamó allí la dictadura el 8 de agosto. Siguió a Sopetrán, donde aumentó su grupo, y el 9 pasó el Cauca, en dirección a la ciudad de Antioquia, la cual esperó tomar, por estar desguarnecida; pero el comandante Antonio Escobar, encargado del orden en la Provincia de Antioquia, reunió en forma precipitada 33 hombres, y con 15 de ellos que tenían armas de fuego salió a su encuentro y se apostó a esperar en el punto denominado La Mica. A la vista de la gente de Jaramillo dieron la primera descarga, de la cual sólo resultó muerta la mula del jefe Jaramillo, lo cual bastó para que la guerrilla se dispersara.

«En el trayecto supo el comandante Escobar que el joven Jaramillo estaba en la estancia llamada El Arado, y entonces encargó a Isidro Martínez que con algunos hombres trataran de capturarlo y de reducirlo a prisión. Este comisionado rodeó la casa y le intimó prisión al fugitivo, quien ofreció abrir la puerta si se le daba garantía de la vida para presentarse. Martínez ofreció su palabra para lo que se le pedía y el refugiado abrió la puerta, con tan mala suerte que en ese momento cayó mortalmente herido, no por Martínez, sino por mano de un tal José María Larada, que desde alguna distancia espía la ocasión y que de tiempo atrás guardaba propósitos de venganza con su víctima».

* * *

Vimos que el 7 de abril de 1854 el general José María Melo con un golpe de estado había sacado del mando al general Obando. Pues el 21 del mismo mes se declaró en Chocontá en ejercicio del poder ejecutivo el general Tomás Herrera, panameño. El Congreso se trasladó a Ibagué y allí tomó el mando el 5 de agosto don José de Obaldía, también panameño, que era el vicepresidente. De suerte que en esa época estuvimos mandados por dos panameños.

Las tropas antimelistas le presentaron batalla a Melo en el mes de noviembre en las cercanías de Bogotá. Una de las batallas más definitivas fue la del puente de Bosa, que libró el coronel Braulio Henao con 200 antioqueños contra más de 2.500 de Melo. La pelea estaba tan desproporcionada que el general José Hilario López, uno de los jefes antimelistas, le mandó orden a Henao de retirarse, para evitar una derrota casi segura. Y Henao le contestó:

-Dígale al general López que el batallón Salamina no sabe retirarse.

«No quiso por tanto ceder una línea el coronel Henao y hubo entonces necesidad de enviar varios batallones para sostener a este valiente cuerpo, porque llevaba ya una hora luchando contra los aguerridos cuerpos de la dictadura. En su lucha parecía resuelto a vencer o a morir» (Duque).

Para no hacerme muy largo: la lucha entre los melistas y los constitucionalistas siguió en pleno Bogotá y en sus alrededores y el 4 de diciembre quedó por fin derrotado Melo, que al poco tiempo salió para el destierro.

Lo bonito de esto es que para derrotarlo se unieron liberales y conservadores. Aquí quedó demostrado que «Colombia es tierra estéril para las dictaduras».

Por variar veamos lo que le pasó a uno de los pocos melistas que tuvimos en Antioquia: el doctor Francisco Antonio Obregón.

«Hemos visto las anteriores administraciones del doctor Obregón y su destierro a cambio de la pena de muerte que estuvo a punto de sufrir como consecuencia de su participación en la revolución de 1840 (la Guerra de los Supremos), cuando era gobernador, y su indulto, gracias a la llegada oportuna del general Pedro Alcántara Herrán. Estuvo por muchos años en el exterior y al volver se afilió a la causa de los draconianos, por lo cual apoyó el golpe de Melo. A la caída de éste supo ocultarse en su propia casa detrás de un escaparate, pero los que lo buscaban mantuvieron centinelas al pie de la puerta.

«El vicario Antonio Herrán -que más tarde fue arzobispo- ofreció su ayuda a la señorita Julia Obregón, hija del perseguido, para facilitarle asilo, y de este modo, en una noche oscura y lluviosa, por medio de unas sábanas atadas pudo descolgarse a la calle mientras los centinelas se habían retirado un poco por la lluvia. Empapado llegó a la legación de Venezuela, y de allí pudo seguir a este país y luego a La Habana, de donde regresó poco después bajo la administración de Mallarino.

* * *

La ley 14 de 1855 volvió a armar la antigua provincia de Antioquia que, como vimos, había sido dividida en tres: la de Medellín, la de Antioquia y la de Córdoba. Pero la gran provincia de Antioquia no incluía la región de Urabá, que durante el gobierno de José

Hilario López (1849-1853) se la habían quitado para dársela al Cauca.

En aquel tiempo pertenecía a Antioquia, por el lado derecho del río Cauca, toda la parte de territorio que pertenece hoy al departamento de Caldas, hasta el río Chinchiná. De ahí para el sur seguía el Cauca. Por el lado izquierdo del Cauca el límite con la provincia del Cauca es el mismo que hoy tienen Antioquia y Caldas, o sea que Marmato, Supía y Riosucio pertenecían al Cauca y nunca fueron de Antioquia.

Quedó formado así el Estado de Antioquia, que se dividió en varios departamentos mandados por prefectos. El gobernador del Estado era el doctor Rafael María Giraldo y el prefecto del departamento de Córdoba, con capital en Rionegro, era don Heraclio Uribe Echeverri.

Éste era un señor «liberal», de ideas moderadas y querido y admirado por toda la sociedad, aun entre sus adversarios políticos. «Hacia poco se había negado don Heraclio a dar el permiso para un baile y cierto día, avanzada un tanto la noche, regresaba a su casa el prefecto don Heraclio, y cerca de la plazuela de Jesús -era en Rionegro- cuando trataba de abrir la puerta, se le acercó un individuo y le mandó un lanzazo que le causó la muerte inmediatamente. El asesino fue condenado a la pena capital y sus cómplices a presidio.

«Don Heraclio Uribe era natural de Santa Rosa de Osos, donde había nacido en 1812. Fue autodidacto y llegó a ser muy docto en leyes. Una de sus hijas fue la madre del general Rafael Uribe Uribe».

La Constitución Federal, es decir la que abarcaba todo el país, que fue sancionada el 22 de mayo de 1858, dividió a éste en 9 estados: Antioquia, Bolívar, Boyacá, Cauca, Cundinamarca, Magdalena, Panamá, Santander y Tolima. En aquel tiempo teníamos más territorios que ahora, y sólo 9 estados, y venido a ver hoy: ¡jijjuemil departamentos!

El censo del año de 1858 marcó para Antioquia una población de 300.000. Siempre es que éramos muy poquitos.

Y voy a dejar esto aquí por hoy, porque va a empezar una época de guerra y de muchas complicaciones.

XLIX

LA REVOLUCIÓN DE MOSQUERA

En 1859 le ganó don Mariano Ospina las elecciones para presidente de la república a Tomás Cipriano de Mosquera. Éste, que era cosita, no quedó como muy contento y resolvió hacerle la guerra a Ospina. Esta revolución empezó por Santander y por el Cauca, y se fue regando por todo el país.

En Antioquia estaba de gobernador el doctor Rafael María Giraldo, que en seguida reunió un ejército para defender al gobierno y lo fue mandando, batallón por batallón, para el frente de Manizales, que estaba recién fundada, y que era el punto hacia donde se dirigía desde el Cauca el general Mosquera con su ejército revolucionario.

Los antioqueños estaban al mando del general Joaquín Posada Gutiérrez, cartagenero que había sido héroe de la Independencia, y que tenía como segundo al paisa Braulio Henao, que en esta guerra ganó el grado de general. Éstos tenían 3.000 hombres, todos bisoños.

Pues Mosquera llegó con sus tropas hasta la Aldea de María, al pie de Manizales, y allí acampó. Sigue Duque:

«Mosquera tenía cerca de 3.000 hombres de infantería, 500 de caballería, bandas de música, 5 cañones y parque en abundancia.

«El general Posada Gutiérrez colocó sus fuerzas en los sitios que estimó como de mayor peligro, tales como la salida para Cartago, la de Neira por el puente de Olivares y la colina del cementerio».

(Y esto no lo cuenta Duque, pero yo lo leí hace años en otra historia. Que en lo que es hoy la calle que se llama la Quiebra del Guayabo hizo abrir Posada una zanja a todo lo largo y en ella clavó estacas con la punta de hierro para arriba y después tapó todo con ramas y tierra, y cuando llegó la caballería de Mosquera allí fueron quedando heridos en los cascos o clavados los caballos).

«El combate se inició el 28 de agosto y la lucha fue tan tenaz y sangrienta que sólo al cabo de 7 horas las tropas caucanas empezaron a ceder y se declararon en derrota; pero no fueron perseguidas y en la Aldea de María empezaron a reorganizarse.

«Mosquera tendió bandera blanca que fue aceptada y propuso un convenio o esponsión, como se lo llamó. (Esta palabra, esponsión, con s, no exponsión como la escriben muchos, es de origen latino y significa convenio. Tiene la misma raíz de esponsales). Mediante esta propuesta Mosquera suspendería toda

hostilidad contra el gobierno, se sometería y entregaría las armas. Por su parte, el gobierno nacional concedería amnistía a todos los comprometidos».

Tal convenio se firmó entonces, pero el presidente Ospina no lo aprobó, y esto ha sido considerado por todos los historiadores como un gran error, porque la guerra siguió y al fin la ganó Mosquera y Ospina fue puesto preso, y por poco pasado al papayo, como lo veremos la semana entrante.

* * *

Les di a entender la semana pasada que esta guerra se iba a acabar con la pasada al papayo que pensaba darle Tomás Cipriano a don Mariano; pero todavía falta el rabo por desollar.

Porque a fines de agosto de 1860 fue lo de la esponsión de Manizales y en febrero del año siguiente se sublevó en Barbosa, contra el gobierno de Ospina, el comandante Clemente Jaramillo, y a éste lo acompañaba el Tuerto Echeverri -Camilo Antonio, famoso escritor y orador, hijo de don Gabriel-. Éstos lograron reunir algunas tropas en Barbosa, Medellín y Rionegro, con la intención de tomarse a Medellín, que estaba muy desguarnecida.

El gobernador, doctor Rafael María Giraldo, carecía casi por completo de elementos bélicos; pero, como era hombre enérgico, mandó construir lanzas y llamó al servicio a los hombres útiles disponibles y construyó trincheras en la orilla izquierda de la quebrada de Santa Elena.

Los liberales que intentaban el ataque a la ciudad dieron tiempo, durante sus preparativos, para que llegara de Manizales el auxilio que había pedido el gobernador Giraldo. Auxilio que llegó al mando del coronel Braulio Pagola. Este coronel atacó a los revolucionarios en los alrededores de la ciudad, los que, después de una corta resistencia huyeron, unos por la falda de La Ladera y otros cayeron prisioneros. Entre estos estaban los jefes Jaramillo y Echeverri, el primero de los cuales se había enloquecido.

Mientras tanto el gobernador del estado de Bolívar, general Juan José Nieto, que estaba a favor de Mosquera, mandó invadir a Antioquia por el norte con un ejército que venía al mando del general Ramón Santodomingo Vila (abuelo de Julio Mario Santodomingo, el de Bavaria, Avianca y otras*). Estas tropas desembarcaron en Zaragoza y Dos Bocas y siguieron hasta Anorí. Más adelante se les sumaron refuerzos de Medellín y de Rionegro, entre los cuales estaba el joven Pascual Bravo.

El gobernador Giraldo despachó fuerzas para contenerlos. Allí colaboró muy bien el coronel Pedro Justo Berrío -el gran Berrío, el de la estatua del Parque- que ya había estado en la campaña de Manizales. Uno de sus biógrafos lo describe así:

«No ceñía espada ni ostentaba uniforme ni divisa de ninguna especie, ni conocía las evoluciones de la táctica militar, pero admiraba por su serenidad y valor y por su atrevimiento en los conflictos más serios. Su valor reflexivo le permitía meditar planes acertados, que ejecutaba sin vacilación cuando le tocaba obrar bajo su responsabilidad. Como subalterno obedecía las órdenes superiores, aunque no estuviesen de acuerdo con su manera de pensar, y si alguna vez las censuraba, llevado de la impetuosidad natural de su carácter, jamás lo conducía éste hasta la insubordinación».

* * *

Se encontraba el coronel Pedro Justo Berrío en Amalfi en el desempeño de su tarea de oponerse a la penetración de las fuerzas revolucionarias que venían de la Costa, cuando tuvo la noticia de que una columna de éstas había ocupado a Anorí, y por eso el 7 de abril de 1861 dio la orden de marcha a su batallón, atravesó el Porce de noche y al amanecer del otro día sorprendió a sus enemigos en la posición de Tinajitas y los derrotó por completo.

Con esta victoria se prepararon las fuerzas del gobierno para los dos triunfos que siguieron: el de San Bartolomé, el 6 de mayo, y el de Carolina, el 16 de junio del mismo año de 1861.

En esta población las fuerzas de la Costa, al mando del general Ramón Santodomingo Vila tomaron posiciones en el pueblo, que está rodeado por colinas. En estas colinas se colocó el ejército del gobierno, en el que estaba el coronel Berrío.

Este ejército se atrincheró sobre los montículos que rodean el pueblo. El sitio fue largo.

Los revolucionarios sitiados, acosados por la falta de alimentos y porque el círculo de los sitiadores se estrechaba cada vez más, resolvieron atacar por sorpresa a las fuerzas sitiadoras y encargaron para eso al coronel Enrique Lara con otros 23 muchachos, entre los que estaba Pascual Bravo. Éstos sorprendieron a las 3 de la mañana una columna que mandaba Eliseo Arbeláez, que era un joven oficial del ejército del gobierno. A éste le dieron muerte y en seguida trataron de organizarse a la defensiva, pero no lo lograron y tuvieron que volver a su campamento en el pueblo.

Con esto se activaron las acciones del ejército gobiernista, y los revolucionarios tuvieron que rendirse y casi todos fueron tomados prisioneros, entre los cuales estaba Pascual Bravo, que fue traído a Medellín.

Sobre Eliseo Arbeláez, que, como vimos, perdió la vida, dice el amigo Duque: «El joven Eliseo Arbeláez alcanzó a brillar en diversos campos en su corta existencia. Era marinillo, hermano del que más tarde fue arzobispo de Bogotá, Vicente Arbeláez. Fue fiscal en Medellín y en 1858 representante al Congreso. Al lado del batallón Marinilla le tocó entrar triunfante a Bogotá en la guerra contra Melo».

En esta batalla de Carolina se lució también el general Eusebio María Gómez, que se ganó en ella el cognomento de El León de Carolina; pero que siempre fue conocido como La Tapa del Congolo. Y este fue nada menos que bisabuelo de mi queridísimo cuñado León de Gómez, príncipe consorte de mi hermanola Amparo.

* * *

Esta guerra la ganó Mosquera, que se tomó a Bogotá el 18 de julio de 1861. Pero en Antioquia siguieron luchando contra los revolucionarios los coroneles Marulanda, Barrientos y Berrío, que en el sitio de El Tambo, cerca de Yolombó, fueron derrotados por las fuerzas que había mandado de la Costa el general revolucionario Juan José Nieto.

Cuenta el amigo doctor Duque:

«Al saber algunos jóvenes de Medellín la derrota de las fuerzas del gobierno en El Tambo quisieron aprovechar el momento en que estaba desguarnecida la ciudad para atacar al gobierno y apoderarse de ella. Su primer intento fue el de la cárcel, para libertar de allí los presos políticos que se encontraban dentro con la sola vigilancia de la guardia.

«En cumplimiento del plan salieron un domingo 18 jóvenes revolucionarios de una casa cercana a la cárcel y se precipitaron sobre la guardia, que por lo que parece estaba bien armada. El primero en agarrar a uno de los centinelas para quitarle el arma fue Antonio Rodríguez, a tiempo que el oficial de guardia cerraba y trancaba la puerta de la cárcel.

«Con esto quedó asegurada ésta y los jóvenes obligados a huir o a rendirse. Casi todos los atacantes fueron apresados en el momento o poco después.

«El gobernador Giraldo, en vista del peligro de invasión por el ejército revolucionario que venía de la Costa, y no contando con fuerzas suficientes para oponerle, avisó al general Braulio Henao, que estaba con su ejército por los lados de Silvia, cerca de Popayán, para que se viniera a marchas forzadas. Cuando llegaron estas fuerzas tuvieron un encuentro decisivo con los revolucionarios en la plaza de Santo Domingo, donde estaban acuartelados éstos, y los gobiernistas los derrotaron el 14 de enero de 1862. Los oficiales del ejército de la revolución cayeron presos.

«Bajo este ambiente se llegaron las elecciones para gobernador del Estado, que ganó el doctor - abogado- y general Marceliano Vélez.

«El doctor Giraldo le entregó el mando el 22 de enero y en seguida entró al servicio del ejército. En la plaza mayor, lo que es hoy el parque de Berrío, pronunció un discurso en que manifestó delante de las

tropas que ofrendaba su vida como soldado para la lucha por la legitimidad y que si no volvía vencedor, sería porque había muerto en el campo de batalla».

Salió del cargo de la primera magistratura de Antioquia, que desempeñó por varios años -anota Duque- en la más absoluta pobreza, como lo aseveró el administrador de Hacienda.

Organizó, pues, el doctor Giraldo, la Tercera División, que puso al mando del general Henao con la que marchó al Cauca; pero en la batalla de Santa Bárbara de Cartago fueron derrotados y allí encontró Giraldo la muerte, como lo había vaticinado.

* * *

Como las tropas gobiernistas que estaban al mando del general Braulio Henao fueron derrotadas en el combate de Santa Bárbara de Cartago, el general Henao echó con ellas para Manizales, pero detrás de él, en su persecución, iba Mosquera, que se acuarteló en la Aldea de María, cerquita de Manizales.

El nuevo gobernador de Antioquia, que era el general Marceliano Vélez, le mandó allá una comunicación manifestándole que se entregaba, pero con la condición de que hubiera amnistía para todo el ejército conservador.

Entonces se firmó un tratado de paz entre Mosquera y Marceliano Vélez, el 13 de octubre de 1862. Al día siguiente se proclamó Mosquera gobernador «provisorio» de Antioquia. Y siguió para Medellín, adonde llegó el 6 de noviembre.

Mosquera y la Iglesia. Desde mediados de 1861, en plena revolución, había expedido Mosquera los decretos de «tuición (defensa) de cultos y desamortización de bienes de manos muertas». Por el primero, «ningún sacerdote podía ejercer sus funciones sin permiso del Gobierno General o de los Estados, so pena de expulsión del territorio nacional». El otro decreto disponía que «todas las propiedades rústicas y urbanas, derechos y acciones, capitales de censos, usufructos, servidumbres u otros bienes que tienen o administran como propietarios o que pertenezcan a las corporaciones civiles o eclesiásticas y establecimientos de educación, beneficencia o caridad, en el territorio de los Estados Unidos (de Colombia), se adjudicarán en propiedad a la Nación».

El 28 de julio de ese año se había declarado disuelta la Compañía de Jesús y se decretó la ocupación de sus bienes con la orden de salida inmediata del país de todos sus miembros.

El 24 de noviembre, ya como gobernador de Antioquia y al mismo tiempo presidente de la República, ordenó Mosquera que condujeran a su presencia al obispo Riaño, que tenía su sede en Santa Fe de Antioquia.

Veamos cómo nos cuenta esta parte de la historia don Eladio Gónima en su encantador librito Vejeces, del Medellín de este tiempo:

«Dio orden el general Mosquera de aprisionar al obispo Riaño y a los doctores Ramón Martínez, Román de Hoyos y Manuel Vicente de la Roche. Únicamente el último y el obispo fueron hallados y llevados a la cárcel.

«Se decía que Mosquera había decretado la prisión de estos señores porque tenía pruebas de que ellos eran la causa de la resistencia del obispo a someterse a los decretos de Mosquera, por aconsejarlo en tal sentido.

«Dispuso Mosquera a que el doctor De la Roche fuera fusilado, y al efecto se le colocó en capilla.

«Al saberse este paso, la conmoción fue profunda y todos los hombres de valer del liberalismo se acercaron a Mosquera para tratar de evitar el cumplimiento del funesto atentado. Nada se consiguió. Mosquera fue inexorable».

(El domingo veremos en qué paró la ejecución del doctor De la Roche).

* * *

Dejamos al doctor Manuel Vicente de la Roche condenado por Mosquera a ser fusilado, dizque porque le había aconsejado al obispo Riaño que desobedeciera los decretos de Mosquera sobre «tuición de cultos y desamortización de bienes de manos muertas».

Les había contado, también, que muchos liberales importantes le habían rogado mucho a Mosquera que lo perdonara, pero que no había valido. El general seguía ranchado en que lo fusilaba.

Sigamos con el relato de don Eladio Gónima: «El señor Obispo, con el objeto de salvar la vida del prisionero, firmó en la prisión una circular con la que permitía al clero someterse a los decretos de Mosquera. Con esto sólo consiguió el obispo que lo pusiera a él en libertad.

«Afligida la sociedad por la capilla para la pena de muerte en que estaba el doctor De la Roche, se dieron algunos a buscar el medio de salvarlo. Al efecto se reunieron el doctor Gutiérrez de Lara, don Juan Pablo Sañudo y el doctor José Ignacio Quevedo y no encontraron más recurso que el siguiente: se sabía de manera cierta que el general Mosquera respetaba altamente al general Santos Gutiérrez y fincaron en él su última esperanza.

«El general Gutiérrez había partido para Rionegro de paseo, y esto era lo malo, pues eran las dos de la tarde y al día siguiente debía tener lugar la ejecución. No se desanimaron estos caballeros. Enviaron a Rionegro a Benigno Zapata, al que entregaron una carta para ponerla en manos del general, y lo despacharon pasadas las 3 en un buen caballo del doctor Quevedo, autorizándolo para reventarlo, si era preciso.

«Zapata llegó a Rionegro a las 7 de la noche y encontró al general a punto de acicalarse para asistir a un baile que se daba en su honor. Leyó la carta; hizo a un lado los arreos; hizo ensillar su caballo y a toda prisa emprendió camino a Medellín. Serían las 10 cuando llegó a la casa donde se alojaba el presidente, desmontó y se presentó a la puerta del salón donde estaba el general Mosquera conversando con varios ciudadanos.

«Gutiérrez saludó con una inclinación de cabeza y se dirigió a Mosquera con estas palabras:

«-General: la orden para sacar de capilla y de la prisión al doctor Manuel Vicente de la Roche.

«-Al instante, general- contestó el presidente. Y llamando a su ayudante le dictó la orden, que firmó y pasó a entregar al general Gutiérrez. Al entregarla, Mosquera le alargó la mano, que Gutiérrez estrechó, y saludando salió a toda prisa de la sala. Montó en su caballo y al mismo paso que había traído se dirigió a la cárcel, de donde salvó al infortunado doctor De la Roche».

(El domingo veremos cómo le fue al obispo Riaño).

* * *

La vimos cómo logró escaparse de la pasada al papayo el doctor Manuel Vicente de la Roche gracias a la mano tan oportuna que le prestó el general Santos Gutiérrez -El Tuso-. (Quiero explicarles que la palabra tuso no tiene en el lenguaje cundiboyacense el significado de 'con el cabello rapado' que tiene entre nosotros, sino el de 'picado de viruelas').

Vimos también que el obispo Riaño fue sacado de la prisión donde lo tenía Mosquera tan pronto como firmó una circular por medio de la cual le permitía al clero someterse al decreto de «tuición de cultos y desamortización de bienes de manos muertas» que había dictado Mosquera.

Sigue ahora don Eladio Gónima:

«El obispo Riaño, luego que se vio en libertad, revocó el consentimiento para el juramento de los sacerdotes, y esto hizo subir la cólera del general Mosquera, quien dispuso tener una conferencia pública con el obispo para tratar de traerlo al camino de la conciliación.

«Tuvo lugar la conferencia en la casa del general, rodeado éste de varios abogados y caballeros adictos, y el obispo fue acompañado de varios sacerdotes.

«El general Mosquera, de vasta ilustración y de una memoria prodigiosa, citaba textos de escritores sagrados que, según él, aconsejaban lo que él pretendía, y el obispo nada contestaba. De vez en cuando el general interpelaba al obispo para que contestara, y éste sólo decía:

«-Non possumus (no podemos).

«Cansado el general de oír siempre lo mismo cortó la conferencia y envió al obispo a la cárcel.

«A poco dictó el decreto de extrañamiento para la isla de San Andrés, a donde marchó el obispo acompañado del padre Naranjo, cura de Santa Bárbara, quien no quiso dejar marchar solo al prelado, y de una fuerte escolta mandada por el coronel Vicente Piñeres».

Eso dice don Eladio; pero, según el doctor Andrés Posada Arango, el presidente Mosquera «lo envió a la cárcel sin decreto alguno y le previno que al día siguiente saldría para Iscuandé, lugar solitario en la costa pacífica».

En todo caso, ninguna de las dos partes para donde lo hubieran mandado era muy agradable: Iscuandé era un pueblito muy de tercera en la costa nariñense del Pacífico, al norte de Tumaco, y a la isla de San Andrés le faltaba en ese tiempo el encanto que le prestan hoy mi heredera Estemía y mis adoradas nietas - par de amores- Lina y Andrea.

* * *

El Gran General -como se hacía llamar- o Mascachochas, como lo llamaban (porque tenía la mandíbula inferior de plata, por lo cual hablaba algo enredado); digo que Tomás Cipriano se autonombró Gobernador de Antioquia el 14 de octubre de 1862 en la Aldea de María, cerquita de Manizales, después de que derrotó a los conserveros. De allá se vino para Medellín, y de aquí fue de donde desterró al obispo Riaño porque no le quiso marchar a sus decretos de expropiación de bienes del clero.

Poco fue lo que duró de gobernador, porque el 15 de diciembre le hizo entrega del puesto al doctor Antonio Mendoza, para irse él a Rionegro a hacer los preparativos para la Convención que se iba a efectuar en esa ciudad.

El doctor Mendoza era un médico bogotano muy apreciado y correcto, que había desempeñado varios puestos muy efectivamente. Estaba radicado en Rionegro desde 1828, como quien dice hacía 34 años. Ya era casi antioqueño. Según entiendo, él fue uno de los médicos de cabecera del general Santander en su última enfermedad.

Acerca de la instalación de la Convención de Rionegro sigo la historia del doctor Duque:

«El día 3 de febrero de 1863 se reunió la junta preparatoria que presidió el más anciano de los presentes, doctor Antonio Mendoza, a la sazón gobernador de Antioquia. (Paréntesis mío: hombre doctor Duque: ¿cómo te atreves a calificar de anciano a un señor algo jecho como el doctor Mendoza, que apenas acababa de cumplir los 60? Sigamos). Se fijó para la instalación el día siguiente, lo que tuvo lugar en dicha fecha, 4 de febrero, a las 12 del día, en presencia de numerosa y entusiasta multitud.

«El General Presidente estaba en Rionegro desde antes de la instalación con una división de su ejército mandada por oficiales que le eran particularmente adictos.

«Muy pronto se marcaron dos tendencias entre los designados. En efecto, mientras unos eran partidarios incondicionales del General triunfante, pese a sus conocidas manifestaciones de cesarismo, otros se habían dirigido a la Convención en la esperanza de que ésta reglamentaría los derechos humanos y la marcha de la República.

«Desde el principio brilló como orador José María Rojas Garrido y entre los antioqueños Camilo Antonio Echeverri (el Tuerto); el primero como mosquerista y el otro en el campo opuesto. De este modo el 21 de febrero, día en que los primeros parecían tener en derrota a los segundos, el Tuerto reanimó a los suyos con una célebre arenga en que dijo, refiriéndose a sus contrarios:

‘Un hombre se levanta cuando comienza a subir una montaña: pero, si llegando a la cúspide se empeña en continuar, es fuerza que descienda por el flanco opuesto. César tomó ese flanco y bajó hasta tropezar con el puñal de Bruto. Cincinato trepó más de una vez y se detuvo siempre en lo más alto. Que esto no se olvide tampoco’.

«Se dice que el general Mosquera frunció el ceño al oír semejante amonestación, aunque tuvo el buen sentido de contenerse, lo que no era su costumbre, sin duda por no agravar la división».

L

LA CONVENCION DE RIONEGRO

La habíamos dejado instalada la Convención. Los principales puntos que se aprobaron en ella fueron:

1. «Los Estados soberanos de Antioquia, Bolívar, Boyacá, Cauca, Cundinamarca, Magdalena, Panamá, Santander y Tolima (9 en total) se unen y confederan a perpetuidad, consultando su seguridad exterior y recíproco auxilio, y forman una nación libre, soberana e independiente».

2. El nombre de esta nación será el de Estados Unidos de Colombia.

3. A cada uno de estos Estados se les permitirá darse su legislación en asuntos civiles y criminales, así como administrar justicia, imponer contribuciones y organizar y mantener milicias locales.

4. Se proclama la libertad de imprenta y de palabra, así como para el comercio de armas; libertad para la profesión de cualquier religión; pero el gobierno nacional, así como el de los Estados, se reserva el derecho de inspección de los cultos religiosos, y las comunidades quedan incapacitadas para adquirir bienes raíces.

5. El Presidente de la República se elegirá por el voto de los Estados, teniendo cada uno un voto, y el período del presidente será de dos (2) años.

Uno de los proyectos originales que se presentaron fue el siguiente: «Designase para capital de los Estados Unidos de Colombia la ciudad de Panamá. El poder ejecutivo dispondrá lo conveniente para la próxima traslación de las oficinas del gobierno federal a la ciudad de Panamá, de manera que el próximo congreso se reúna en ella».

A este proyecto le resultaron muchos opositores, entre otros un diputado por el Cauca, que dijo:

«Colocado el Distrito Federal en Panamá, la nación -permítaseme la comparación- alarga el pescuezo como un gallo para que la primera robusta mano que lo quiera lo tome y se lo tuerza. Basta poner un vapor en el Atlántico y otro en el Pacífico para que la capital quede perfectamente incomunicada con el resto del país».

Y no pasó el proyecto. Ahí sigue y seguirá Bogotá como capital. De un comentarista de esta constitución (Antonio Pérez Aguirre) son las siguientes consideraciones:

«No obstante sus errores, la Constitución del 63 trajo grandes beneficios para el país. Porque, por el establecimiento de gobiernos propios, los Estados Federales aprendieron a manejar sus rentas. El interés regional dio sus mejores frutos, impulsando los trabajos de servicio común y vigilando la conducta de los funcionarios. Las secciones, sometidas a vivir del auxilio de los poderes nacionales, pasaron a ser entidades autónomas y responsables, dirigidas por hombres de la región, directamente interesados en el bienestar de su patria chica y capaces de impulsar su adelanto».

¿Qué tal?

PASCUAL BRAVO

Uno de los delegados por Antioquia a la Convención de Rionegro fue Pascual Bravo, un muchacho que no había cumplido los 25 años y que tuvo que salirse de la Convención en abril del 63 para posesionarse de la presidencia del Estado de Antioquia, a la que había sido nombrado para reemplazar al doctor Antonio Mendoza, a quien habían destituido sin muchas explicaciones.

Este Pascual Bravo, que murió muy joven, prometía mucho. Leamos lo que dicen don Estanislao Gómez Barrientos, su adversario político, y el doctor Pacho Duque:

Nació en Rionegro en 1838. Empezó sus estudios en el colegio de los Jesuitas de Medellín, quienes lo miraban con grande estimación por sus talentos, laboriosidad, corrección, piedad y pundonor, y cuando aquellos padres hubieron de abandonar el país en 1850 por disposición del gobierno de José Hilario López, continuó sus estudios en el colegio del padre José Cosme Zuleta, y finalmente en Sonsón en el colegio dirigido por el señor Callon, ingeniero francés muy competente en ciencias físicas y matemáticas. Luego se entregó a labores agrícolas en las soledades del Nus, en Providencia.

Entonces se estaba preparando la revolución de 1860, encabezada por el general Mosquera. Bravo, que simpatizaba con ella, tomó parte activa en el movimiento revolucionario; cooperó a favor de los liberales y se unió a la invasión que venía de la Costa Atlántica, dirigida por el general Ramón Santodomingo Vila. Con éste soportó el sitio de Carolina en el cual cayó prisionero junto con todos los oficiales, y como tal estuvo hasta el triunfo de la revolución.

En seguida fue nombrado Prefecto de la provincia de Occidente, y cuando estaba de miembro de la legislatura del Estado fue nombrado, por sugerencias de Mosquera, Presidente, para reemplazar al doctor Mendoza. En el corto período de su administración mostró Bravo gran actividad y energía; auxilió la Escuela de Ciencias y Artes y dedicó el ejército al trabajo de las obras públicas.

Dice don Estanislao Gómez Barrientos, conservador de ultra derecha, a propósito de la muerte prematura de Pascual Bravo:

«Fue deplorable que al señor Bravo no le hubiera tocado emplear sus facultades en el servicio público en una época menos agitada y peligrosa. En todo caso, en Pascual Bravo perdió la nación entera un joven de muchas esperanzas por sus aptitudes, actividad, valor y energía, y si hubiera vivido 15 o más años hubiera venido a ser un factor de civilización y prosperidad del país».

Correspondió a Bravo poner en ejecución la expulsión de las monjas del Carmen. No hubo desorden alguno a la salida de esas pobres señoras, las que se asilaron en una casa de la Plazuela de San Roque (hoy plazuela de Uribe) que se les tenía preparada. Más tarde ocuparon la casa que sirvió al colegio de las Hermanas de la Presentación (donde funciona hoy la Policía).

* * *

Cuenta don Eladio Gónima de Pascual Bravo, cuando fue presidente del Estado:

«Dictó el famoso decreto que se llamó de conscripción militar, por el cual se dispuso el reclutamiento de los pudientes, sin consideración a edad, enfermedad, etc. El decreto se cumplió, y en consecuencia fueron conducidos a los cuarteles octogenarios inválidos, pero ricos. Allí se les impuso la ley: tuvieron que rescatarse por la suma que a cada uno le asignó el presidente. Esta inconsulta medida le enajenó la voluntad de muchísimos liberales y enconó más y más a los conservadores, que por otra parte no lo veían muy a gusto».

A fines de 1863, cuando ya se había disuelto la Convención de Rionegro, había un gran estado de oposición en Antioquia. El primer movimiento revolucionario partió del sur, con el general José María Gutiérrez, alias Botella, en Abejorral. Le siguió en Sonsón el poeta Gregorio Gutiérrez González, y otros en Aguadas, en Salamina, en Neira y en Suroeste. Porque todas estas regiones eran todavía de Antioquia. Mientras tanto estaba preso el coronel Pedro Justo Berrío, que había sido uno de los que se habían opuesto a Mosquera. Y nos cuenta el amigo Duque que iba a ser despachado para las bóvedas de Cartagena cuando, en un arranque de audacia, que pudo costarle la vida, se escapó de las manos de su conductor. Y se puso al servicio de los del movimiento de oposición al gobierno de Bravo. Y, sin mucha demora, reunió 600 hombres de Santa Rosa, Yarumal y Angostura, de los cuales sólo 150 tenían armas de fuego y el resto contaba con lanzas y machetes.

Con ellos fue Berrío a atacar a Medellín, que estaba defendida por una fuerza gobiernista a órdenes de un coronel José María Plaza. Entre las fuerzas de Berrío y Plaza se estableció una persecución, en la cual el amigo Plaza, ya general, se hizo fuerte en Yarumal. Berrío, por caminos ocultos a través de la fría montaña de Dolores se había dirigido al Alto Rin, cerca de Angostura, para concebir el plan para atacar a Plaza.

En el amanecer del 2 de enero de 1864 pasó Berrío del Alto Rin hacia Yarumal, sin ser visto, gracias a una espesa neblina que los ocultó de los que estaban en Yarumal. Sorprendidos los centinelas de observación se dio el toque de carga, el que tuvo lugar principalmente a lanza, machete y bayoneta.

El general Plaza, que había prometido no dejarse tomar prisionero, montó en su caballo sin dar tiempo de ensillarlo y trató de organizar la resistencia. El combate fue duro y en él murieron, atravesados por las balas, el general Plaza y su segundo, el coronel Antonio Rodríguez, alias Castillo.

El domingo será que seguimos.

* * *

Como vimos, el coronel Berrío (el del Parque) derrotó por completo a los liberales del gobierno en Yarumal, donde murieron el general Plaza y su segundo, Antonio Rodríguez. Los muertos se calcularon allá en 12 y los heridos en 56, que es mucho para una pelea tan corta.

Esta lucha tuvo lugar entre la una y las 2 de la tarde, y al día siguiente, a las 3 de la mañana, ya había llevado un tal Mario Latorre la noticia a Medellín. No le creyeron, porque consideraron imposible que en tan corto tiempo hubiera recorrido esa distancia tan grande. Tal vez había usado más de dos bestias, porque en ese tiempo no había telégrafo todavía. En todo caso, al amigo Latorre lo metieron a la cárcel para que no regara la noticia, pero a las 8 de la mañana la confirmó un posta que mandaron de Yarumal.

Casos como ese se habían visto en la guerra de la Independencia y en otras de las civiles.

* * *

La batalla de Cascajo. En seguida le comunicaron esta noticia al presidente del Estado, Pascual Bravo, que se encontraba en Rionegro, y él resolvió atacar a los revolucionarios conservadores que estaban acantonados en Marinilla, probablemente con la esperanza de vencerlos para salirle al paso a Berrío, que ya vendría de Yarumal. Antes de salir de Rionegro juntó Bravo en la plaza a sus tropas, que eran unos mil hombres, bien uniformados y armados, les echó una perorata y salió con ellos para Marinilla.

Al llegar a la quebradita de Cascajo, que pasa cerca de las fábricas que tiene hoy por esos lados Coltejer*, tropezó con las fuerzas conservadoras que mandaba el general José María Gutiérrez (Botella), que eran unos 750 hombres y que estaban acampados a la orilla de esa quebrada.

El ejército del presidente Bravo atacó con decisión, y estuvo a punto de dividir a los contrarios, pero esto lo evitó una carga de Botella, y el resultado fue que al cabo de un cuarto de hora los de Botella derrotaron a dos batallones del ejército oficial y les tomaron 73 prisioneros y un cañón.

El combate siguió muy parejo, pero al cabo de varias horas de duro batallar fueron tumbados de sus caballos, heridos de muerte, Pascual Bravo y su segundo, Juan Pablo Uribe. Esto ocasionó desaliento y deserción a sus tropas.

Comenta Duque:

«Don Pascual, Bravo por el apellido y bravo por su energía y heroísmo, moría en plena juventud, como mártir de lo que para él fue su deber. Quizá creyó, como Córdova, que si no era posible el triunfo, en cambio no era imposible sucumbir. Pero, no obstante su corta existencia, había logrado sobresalir por su actividad, energía, valor y un hábil manejo de la pluma, sin carecer de una gran inspiración poética».

Ambos bandos pelearon durante 5 ó 6 horas, con una intrepidez digna de los mejores tiempos... «Al llegar la noche, los triunfadores ocuparon el puente de Rionegro para detener a los fugitivos y tomar sus armas».

LII

PEDRO JUSTO BERRÍO

La batalla de Cascajo se desarrolló el 4 de enero de 1864. Los conservadores triunfantes se dirigieron a Medellín, y allá, el 9 de ese mes, reunidos los jefes de ellos en junta en la casa de don Julián Vásquez, resolvieron nombrar gobernador «provisorio» del Estado de Antioquia al doctor Pedro Justo Berrío.

Éste aceptó, y en seguida dictó un decreto en el que declaraba acatar la Constitución de Rionegro, pero al mismo tiempo invocaba el derecho de los estados a su autonomía.

Era el 10 de enero, y ese mismo día nombró a sus secretarios. El de Guerra fue el doctor y poeta Gregorio Gutiérrez González. (Aquí entre nos: ¡ah malito que sería para la guerra el cantor del maíz y de Julia!).

Como procurador nombró Berrío al doctor Pedro Antonio Restrepo Escobar, -el padre de Carlos E.- que se excusó, por seguir al pie de un pueblo que estaba fundando al otro lado del Cauca, por allá por suroeste: nada menos que Andes, en el cual, 50 años más tarde, tendría el honor de nacer el infrascrito que os está dirigiendo la palabra. Gracias infinitas, querido doctor Restrepo, por haber considerado más importante la fundación de mi querido pueblo que venir a desempeñar una corbata.

Berrío dividió el Estado en estos 7 departamentos: Medellín, Marinilla, Santa Rosa, Sopetrán, Sonsón, La Ceja del Tambo y Valdivia. Esta división se modificó más tarde y quedó reducida a los departamentos del Norte, Sur, Oriente y Occidente, mas el del Centro y el de Sopetrán.

Uno de los primeros actos de Berrío consistió en enviar una comisión a Bogotá a solicitarle al presidente en ejercicio, Mosquera, que reconociera el nuevo gobierno de Antioquia. Mosquera le dio largas - es decir, caramelo- como dejándole la solución de esta solicitud al próximo presidente nacional, que estaba a punto de entrar, en abril de 1864: el doctor Manuel Murillo Toro.

Al asumir éste la presidencia firmó un convenio con el gobierno de Antioquia, aceptándolo ampliamente.

En todo el país se creía que el gobierno nacional no aceptaría el de Antioquia, por ser el único Estado con presidente conservador, y como los conservadores habían sido derrotados en la guerra, y la derrota en esos tiempos era cosa seria; pero muy imparcial se mostró el amigo Murillo Toro, que, con extrañeza general, dio a conocer de la nación el convenio que había firmado con Berrío, presentándolo en estos términos:

«El Estado de Antioquia, de cuya adhesión sincera y completa a la obra de los legisladores de Rionegro se dudaba o desconfiaba, acaba de prometer espontáneamente que hace parte integrante de la Unión Colombiana (...) Con la paz y la libertad todos los demás problemas de nuestra vida social hallarán solución».

El gobernante Berrío dictó un decreto de amnistía e indulto y declaró establecido el orden público y disolvió el ejército del Estado el 6 de mayo de 1864. Al día siguiente dio reglas para la elección de una Asamblea Constituyente.

* * *

A principios de 1864 se reunió la Asamblea Constituyente del Estado de Antioquia, la que el 13 de agosto expidió la Constitución. Porque cada estado venía a ser como una republiquita aparte: solamente tenían en común entre ellos algunos lazos.

La que dictó esa Asamblea estableció, entre otras disposiciones, éstas:

«El poder Ejecutivo estará a cargo de un magistrado que tendrá el título de Gobernador y ejercerá sus funciones por un período de 4 años. No podrá ser elegido gobernador para dos períodos consecutivos».

Como primer gobernador del Estado fue nombrado Berrío casi por unanimidad. Su período iba de 1865 a 1869.

Estando de Gobernador del Estado, y Mosquera como presidente de la República, le pidió éste a Berrío que el Estado de Antioquia lanzara un plebiscito sobre la cuestión:

«¿Quieren los electores del Estado que el Gran General Mosquera concluya el período constitucional para que fue elegido?»

Y ésta fue la admirable respuesta de Berrio:

«Ciudadano Gran General Presidente de la República:

«Tuve el honor de recibir vuestra atenta del 8 del corriente, en que deseoso de consultar de una manera directa el voto de los pueblos sobre si se quiere o no que concluyáis vuestro actual período, tratáis de obtener un plebiscito en que se conozca la verdadera opinión de la República, en uno u otro sentido, con el fin de saber vos si debéis o no insistir ante el próximo Congreso en la renuncia que os admitió la Suprema Corte Federal.

«Es digna de aplauso la manifestación de respeto que tributáis de esa suerte a la opinión pública; y yo me apresuraría a complaceros si no fuera que ni la Constitución nacional ni la del Estado permiten que se convoque oficialmente a los electores o ciudadanos con ese objeto, y vos sabéis que en un país republicano los mandatarios debemos ser esclavos de la ley.

«En cuestiones de esta clase tiene el pueblo su órgano constitucional para expresar sus opiniones y votos, y ese órgano es el Congreso. Extraoficialmente se puede conocer esa opinión de muchas manera que brindan con profusión nuestras instituciones. La libre expresión del pensamiento, la libertad de imprenta, el derecho de petición y el de reunión son otros tantos medios por los cuales pueden los pueblos manifestar sus ideas y sus votos en relación a la cuestión que vos proponéis. Lo único que yo puedo hacer, referente a vuestros deseos, es dar inmediata publicidad a vuestra carta, para que los ciudadanos, impuestos de su contenido, la discutan, y por los medios que he indicado, o por cualesquiera otros que la Constitución permita, expresen sus opiniones con entera franqueza y con toda la libertad política, civil y social de que se disfruta en el Estado de Antioquia.

«Aprovecho esta oportunidad para reiteraros mis protestas de respeto y adhesión.

Santa Rosa, a 31 de diciembre de 1866.

Pedro J. Berrio».

Así se entrega decentemente, para que blanquee.

* * *

En abril de 1866 había sucedido a Manuel Murillo Toro en la presidencia de la República el Gran General -como se hacía llamar- Tomás Cipriano de Mosquera. Pues bien: al cabo de un año, el 29 de abril del 67, como el Congreso no le había concedido autorización para ejercer algunas facultades dictatoriales que él

había solicitado, disolvió el Congreso, puso presos a varios congresistas, declaró el estado de guerra y se declaró en ejercicio del poder absoluto.

Al día siguiente dirigió a los presidentes de los varios estados en que estaba dividido el país una comunicación en la que les pedía su aprobación para esos actos dictatoriales.

Cuando la recibió Berrío, y antes de contestársela, publicó en Medellín esta carajadita de proclama, destinada a todo un presidente de la República por un gobernador de departamento:

«¡Antioqueños! La revolución que desde su advenimiento al poder había estado preparando el Presidente de la República contra la nación misma que le honró con su confianza, ha estallado al fin.

«Un hombre que quiere ser superior a las leyes; un hombre a quien la Nación colmó de los más altos honores, vuelve hoy contra la patria el bastón y la espada que la República puso en sus manos porque lo consideró digno de defender sus instituciones y sus libertades, y comete con el Ejército un crimen horrendo, que las leyes y la conciencia denominan ‘alta traición’.

«Pues bien: se quiere someter a la República a nueva prueba; se la lanza a su pesar en la guerra, y la guerra se hará y su éxito no será dudoso: ¡triunfaremos!

«El General Mosquera ha levantado el estandarte de su personalidad, más allá de la cual no se alcanza a divisar un solo principio. Nuestra bandera es la Constitución, y podemos izarla tan alto que tendrán que verla hasta los que quieran apartar de ella sus ojos. La cuestión que va a ventilarse es muy clara: despojar del poder a un hombre alzado contra las instituciones que él mismo ayudó a fundar y contra la Nación que lo elevó, no para tener un amo vitalicio y absoluto, sino para que dirigiese sus destinos por los cauces constitucionales.

«En esta cuestión no hay más que dos partidos: el de los republicanos, que son la Nación misma, y el de los pretorianos que quieren imponernos a su señor. En cuestiones de esta clase la neutralidad es un crimen.

«Así, todo el que sienta latir en su pecho una sola pulsación de libertad estará con nosotros. Todo el que entre la República y un hombre prefiera a este último estará por la dictadura. En nombre de la libertad amenazada, en nombre de la patria insultada, yo convido a todo republicano a venir a nuestro campamento. ¡A las armas!»

El domingo veremos cómo termina esta proclama.

* * *

Digamos con otros apartes de la proclama de Berrío contra Mosquera:

«¡Colombianos todos! Vosotros sois un pueblo orgulloso y aguerrido, que jamás ha doblado la cerviz ante el sable de los tiranos ni ante los dictadores. Triunfaremos una vez más contra la dictadura con un esfuerzo simultáneo.

«En cuanto a vosotros, antioqueños, no creo que abriguéis en vuestro suelo un solo partidario de la tiranía; pero si lo hubiere, que vaya a engrosar las filas del dictador. Venga por su pasaporte, que se le dará inmediatamente.

«No dudamos un solo instante de la victoria. Está de antemano garantizada por la santidad de la causa que vamos a defender. Vendamos cara nuestra vida a los usurpadores. Ellos son pocos; se reducen a un hombre rodeado de un puñado sin principios. Nosotros somos la República en masa».

El 10 de mayo de 1867 decretó Berrío el estado de guerra y llamó al servicio al ejército. Éste se organizó en menos de 15 días y el número de soldados con su dotación subió a 6.000. Se dio la orden de movilización hacia Bogotá, y ya habían salido para allá cuando se supo que un grupo de liberales importantes había apresado al General Mosquera y nombrado para ocupar su puesto a uno de ellos: el general y médico Santos Acosta. Con esto se acabó la guerra, sin haberla empezado, y las fuerzas antioqueñas regresaron a su nido.

Por ese mismo tiempo -abril de 1867- se inauguró en Antioquia el servicio del recién inventado telégrafo, que había sido instalado por primera vez en el país bajo el gobierno de Murillo Toro, en el trayecto Bogotá-Las Cruces, cerca de Facatativá. En Antioquia había aprobado Berrío, a mediados de 1866, el contrato para la instalación de la línea entre Nare y Medellín, y en noviembre del mismo año la de Manizales a Medellín. El trayecto de Medellín a Rionegro fue inaugurado el 25 de abril de 1867 con el saludo para el gobernador de uno de los instaladores de la línea; Berrío respondió con este telegrama:

«Llor eterno al magistrado civil doctor Manuel Murillo Toro, que legó a la República este elemento de progreso. Pedro J. Berrío».

Y se llegó el año de 1868, en el cual el doctor Berrío tuvo una famosa intervención ante el presidente de la República, Santos Gutiérrez, que veremos la semana entrante.

* * *

El 14 de febrero de 1871 dictó Berrío un decreto que ordenaba la construcción inmediata de un camino que saliendo de Medellín y pasando por Copacabana, Girardota, Barbosa, Santo Domingo y Yolombó, fuese a terminar en el río Magdalena. El proyecto de esta obra lo elaboró el ingeniero extranjero Mr. Griffin, y de la construcción se hizo cargo don Benito Balcázar. A éste se le asignaron los presos de las cárceles, que fueron

distribuidos en distintos trayectos, junto con un número de peones en cada uno. Se solicitó del gobierno nacional la adjudicación de los baldíos por los que atravesara la vía.

El doctor Berrío pensó entonces en un ferrocarril, pero desechó la idea por lo costosa y por estar el Estado en situación económica difícil. Pero el camino estuvo listo en el curso de dos años: como carretera hasta Barbosa y de ahí en adelante como camino de herradura hasta el río, donde se habilitaron puerto y bodegas.

Fue también Berrío quien promovió la venida a Antioquia del gran ingeniero cubano Francisco Javier Cisneros, que poco después había de iniciar la construcción del ferrocarril.

Otro acto muy importante de la legislatura de 1871 fue la reorganización del Colegio del Estado, que se llamó desde entonces Universidad de Antioquia. Comprendía entonces las facultades de Literatura y Filosofía, Jurisprudencia y Ciencias Políticas, Ciencias Físicas y Naturales, Medicina e Ingeniería.

En 1873 se organizó también la Escuela Normal de Varones, bajo la dirección de dos profesores alemanes: Christian Siegert y Gustavo Botte.

En dicho año de 1873 terminó su segundo período como presidente del Estado el doctor Pedro Justo Berrío. Fue tan eficiente y honorable en todos los aspectos de su administración, como lo muestra su adversario en política don Eladio Gónima en este elogio que escribió de él después de su muerte:

«Amante del progreso en todas sus manifestaciones; de honradez indiscutible y de valor civil a toda prueba, pudo llevar y llevó a Antioquia a donde probable y difícilmente la volveremos a ver.

«Cuando definitivamente entregó el gobierno del Estado, dejó en las Cajas un sobrante de 300.000 pesos, y eso a pesar de obras tan costosas como emprendió y llevó a cabo, sin que nunca quedase un solo empleado que no hubiera recibido oportunamente sus emolumentos.

«El doctor Berrío contaba al encargarse del gobierno con un pequeño capital que descuidó por manejar bien los caudales públicos. Murió pobre y por consiguiente su familia quedó a linde con la miseria».

* * *

Dejamos al doctor Berrío entregándole el mando a don Recaredo de Villa. Recuerdo una copla de algún trovador de ese tiempo, que trae Ñito Restrepo en su Cancionero de Antioquia:

Ya murió el doctor Berrío,
cabeza de Medellín;
quedó Recaredo Villa

esperando el porvenir.

Y Berrío, como vimos, murió casi en la miseria. Después de haber manejado tantos millones. Tan pobre murió, que la Legislatura dispuso que la educación de sus hijos -entre los cuales estaba el gordo Pedro José- se hiciera por cuenta del Estado.

Antes de retirarse escribió un mensaje en el que, entre otras cosas, decía:

«Para mí no ha habido en Antioquia oposición; todos los partidos han apoyado mi administración. Esto seguramente porque he procurado ser justo e imparcial, sin dejarme arrastrar de las pasiones políticas. Si por medio de la prensa me han insultado en diferentes ocasiones varias personas, vosotros lo sabéis muy bien que eso no es otra cosa que desahogos personales y miserias humanas que yo perdono a mis enemigos».

Vimos que para el período siguiente fue elegido don Recaredo de Villa. Éste era natural de Medellín, «pobre pero de buena familia» como dicen algunos. Era un hombre inteligente, enérgico y hábil para los negocios. Cuando fue elegido era director del Banco de Antioquia.

Recién iniciada su administración vino a Antioquia el famoso ingeniero cubano Francisco Javier Cisneros, con el que en febrero de 1874 firmó don Recaredo el contrato para el trazado del ferrocarril, desde el río Magdalena hasta Medellín. Así empezó el Ferrocarril de Antioquia, hoy prácticamente abandonado.

Y se le llegó la hora al doctor Berrío, quien, después de su administración entró a desempeñar la rectoría de la Universidad, que tuvo que abandonar temporalmente debido a quebrantos de salud, y vino a morir en Medellín el 14 de febrero de 1875. Su tumba está en un mausoleo en el cementerio de San Pedro.

En noviembre de 1875 se graduaron los tres primeros médicos en la Escuela de Medicina de la Universidad: los doctores Jesús María Espinosa, Tomás Bernal y Julio Restrepo. Los doctores Restrepo y Bernal, que pudieron ampliar sus estudios en París, ganaron allá un concurso de Anatomía que abrió el profesor J. A. Fort. A propósito de esta distinción escribió el doctor Emilio Robledo:

«Es ésta una prueba inequívoca de que nuestras capacidades intelectuales no son inferiores a las europeas y que si fallan nuestros hombres es por falta de preparación o por carencia de elementos».

BICENTENARIO DE MEDELLÍN

Cuenta el doctor Duque: «Con gran solemnidad celebró Medellín su segundo centenario de erección en Villa. Tal fecha se cumplió el 24 de noviembre de 1875 y en tales festejos tomaron parte entusiasta no sólo las autoridades civiles y eclesiásticas sino la ciudadanía en general con verdadera complacencia y espontaneidad. Era entonces la población de la capital del Estado, con sus barrios rurales, de unos 30.000 habitantes, y la de todo el Estado, de unos 300.000.

«Desde la víspera acudió un numeroso concurso de gentes, la ciudad se adornó e iluminó profusamente por la noche y en la catedral hubo una solemne función religiosa. En las columnas del templo se habían puesto grandes colgaduras con los nombres de los personajes que se quería recordar, tales como los del conquistador de la provincia, don Jorge Robledo, del descubridor del Valle de Aburrá, Jerónimo Luis Tejelo y de los fundadores Alonso y Marcos López de Restrepo (fundadores del Restreperio), Pedro de Celada Vélez y otros. Jamás se había visto tanta abundancia de flores en el templo como en aquella ocasión, según las crónicas» (¡Qué tal que hubieran visto una feria de las Flores!)

Sigamos a ver en qué va a parar esa fiesta.

«A la catedral asistió todo el clero y la Municipalidad debidamente uniformada con todos los empleados municipales, quienes acompañaron al presidente del Estado, señor Recaredo de Villa desde su casa al templo.

«A la función religiosa siguieron fuegos artificiales en la plaza mayor (hoy parque de Berrío), la cual estaba colmada de gente que se extendía hasta las calles adyacentes.

«A las 11 de la mañana del día siguiente se puso en movimiento una gran procesión que, partiendo de la plaza mayor, siguió por la calle de Boyacá, volteó por la de Tenerife, continuó por ésta hasta la esquina del hospital (hoy la iglesia de San Juan de Dios, en Colombia) y volvió a su punto de partida por la calle de Colombia. En dicho desfile estuvieron varios carros alegóricos con la representación de las profesiones, los gremios y las escuelas.

«A las 5 y media de la tarde los gremios entregaron sus respectivas banderas en la Casa Municipal, con el objeto de que fueran conservadas en dicho lugar hasta la época del centenario venidero, junto con una descripción de la fiesta, los retratos de los principales funcionarios y algunos objetos simbólicos».

¡Esas sí eran fiestas decentes! No como esa inmoralidad del carnaval de Río de Janeiro. O el de Barranquilla, para no ir muy lejos.

La urna que tenía esas banderas y los otros objetos fue abierta en el tercer centenario, en 1975. Ahí estaban todavía las cositas.

LIV

LA GUERRA DEL 76 Y EL LEVANTAMIENTO DEL 79

A mediados de 1876 se declaró otra guerra civil: la de los conservadores contra el gobierno del liberal don Aquileo Parra.

El ejército conservador de Antioquia salió a combatir al del gobierno en el Cauca, y una de las principales batallas fue la de Los Chancos, entre Buga y San Pedro. En ella salieron derrotados los conservadores de la revolución y quedaron heridos y prisioneros los jóvenes conservadores Pedro Nel y Tulio Ospina, hijos del expresidente don Mariano. De entre los liberales también salió herido en una pierna otro muchacho de 17 años: Rafael Uribe Uribe.

El ejército conservador, derrotado, siguió hacia la joven ciudad de Manizales al mando del general Marceliano Vélez, y pasó al Tolima con la intención de avanzar hasta Bogotá, pero en el campo de Garrapata, cerca de Mariquita, después de una larga batalla indecisa, firmaron una tregua con el jefe liberal, general Santos Acosta.

Este descalabro vino a confirmar en la revolución la idea de entrar en arreglos de paz, la que se alcanzó el 5 de abril de 1877 por medio de una capitulación que firmaron el jefe liberal Julián Trujillo y el presidente del Estado de Antioquia, don Silverio Arango. Trujillo se comprometió a solicitar del gobierno amnistía para los alzados en armas, y a los jefes y oficiales revolucionarios se les concedió el honor de retirarse con sus espadas y con los bagajes (las bestias) a que tenían derecho.

«En Medellín, al saberse el resultado de la capitulación, se presentó una grave amenaza por parte de las turbas incontroladas el día 9 de abril». (Comentario, El 9 de abril como que es un día muy dulce para el levantamiento de turbas incontroladas).

Ese día se hizo cargo de la presidencia del Estado el sabio y patriarcal médico envigadeño doctor Manuel Uribe Ángel, a quien todos conocían como «el doctor Manuelito». (Comentario. A propósito, hubo a fines del siglo pasado tres médicos muy humanitarios y queridos por el pueblo del Valle del Aburrá, a los cuales, en prueba de cariño, se les conocía con su nombre en diminutivo: el doctor Manuelito, que, como vimos, era Uribe Ángel; el doctor Andresito Posada Arango y el doctor Pachito Uribe).

Al general Trujillo le fue ofrecida una gran recepción en Medellín, a la que concurrieron hasta sus adversarios políticos.

Dejemos esto aquí por hoy.

* * *

Estábamos en la guerra del 76, que la perdieron los conservadores, y en la que quedó como presidente del Estado de Antioquia el general popayaneño liberal Julián Trujillo, que gobernó hasta el 20 de diciembre de 1877 en que tuvo que abandonar este mando para irse a encargarse de la presidencia de la República, para la que había sido nombrado.

Ese día lo reemplazó el general Daniel Aldana, que era de Manta, Cundinamarca y doctor graduado en Derecho. Este general era buena persona y dio muestras de entendimiento con los vencidos y arregló algunos motivos de discrepancia que tenía el partido vencedor con el clero. Sacó del cuartel, por ejemplo, al famoso padre José María Gómez Plata, adonde lo habían llevado los mosqueristas.

El general Aldana no duró sino 2 meses y medio en el poder, en el cual lo reemplazó en forma definitiva el general Tomás Rengifo. Éste era de Cali. (Total, tuvimos de seguido tres gobernantes forasteros: de Popayán, Manta y Cali. Y habiendo aquí tanta gente preparada...)

De parte de la oposición en Antioquia se aumentó la inconformidad frente al gobierno, y un grupo de conservadores, de acuerdo con algunos liberales se sublevó con el fin de restablecer en el mando al general Aldana. Muchos les aconsejaron a los revolucionarios que desistieran, ya que carecían de disciplina y de armamento; pero no les valió, porque el levantamiento siempre tuvo lugar en enero de 1879.

«El 27 de ese mes -cuenta mi amigo el doctor Duque- el general Rengifo reunió sus fuerzas en la plaza mayor -hoy parque de Berrío- con el fin de arengarlas y prepararlas. Dio la circunstancia de que por coincidencia o por desacato, alguien tañía fuertemente las campanas de la catedral, y después de no haber sido atendido el general Rengifo en la solicitud de que suspendieran el repique, se dirigió a caballo hasta el sitio del bautisterio, y disparó su pistola en la dirección donde se hallaban los que repicaban, con lo cual cesó el ruido».

Al día siguiente tuvo lugar el primer combate contra las fuerzas revolucionarias que comandaba el general Macario Cárdenas.

(Este general debió de ser aquel de los versos que oímos en nuestra infancia:

Macario y Cárdenas,
que vende píldoras
y cura cólicos
con alcanfor...
Me duele el hígado,
me duele el píloro,
tengo el estómago
como un tambor

No ve: por ponerme a recitar versos bobos se me acabó el espacio y tengo que dejar para la semana entrante la continuación de la guerrita del 79.

* * *

Ibamos en que el general conservador Macario Cárdenas le presentó batalla el 28 de enero de 1879 al presidente liberal del Estado, general Tomás Rengifo, en el Ancón de La Estrella, pero fue vencido el amigo Macario y perseguido hasta tres kilómetros más allá de Caldas.

A los 4 días, es decir el 1º de febrero, fueron también vencidos los revolucionarios conservadores en el combate del Cuchillón. El Cuchillón son esas faldas que quedan en Medellín, arriba de Buenos Aires, a la derecha de la carretera subiendo a Santa Elena, frente al barrio Alejandro Echavarría.

El combate del Cuchillón, del que los historiadores dicen que fue «sangriento» se peleó entre las tropas liberales de Rengifo, que subieron de Medellín bien armadas, y las conservadoras, que se habían reunido de las poblaciones de Oriente: Marinilla, los Vahos (Granada), Santuario, Peñol y demás, y, como carecían de armas, se vinieron provistos de garrotes y bultos de panela para descalabrar liberales.

Pero al fin perdieron los tierrafrías.

El general Rengifo, después de esto, siguió para el Norte y acampó en Santa Rosa, donde se convino en una capitulación general; pero muchos soldados conservadores se fugaron la víspera de firmarse esa capitulación, llevándose las armas, y por eso no se llevó a cabo.

Era prefecto de Santa Rosa Guillermo Mac Ewen, cartagenero que hacía muchos años se había radicado en Antioquia, y que no huyó, como lo hicieron los otros, pues consideró que era su deber permanecer en su puesto. Este Mac Ewen era médico práctico y no quería abandonar a los desvalidos. Sin embargo (copio del doctor Duque) «fue condenado a la pena de muerte y rápidamente ejecutado (al pie de un eucalipto en la plaza) en represalia por la no entrega de las armas. Era evidente que no estaba en la responsabilidad ni en la voluntad de éste tal entrega, y que la pena de muerte hacía largo tiempo que estaba suprimida por motivos políticos. Tampoco se le siguió a este infortunado prefecto un juicio en el que hubiera un defensor, conforme a la ley. Si tanto escándalo produjo esta ejecución era porque violaba todas las leyes y costumbres establecidas, así como no se consideraba acorde con los antecedentes del general Rengifo, el cual mostró muchas veces rasgos de nobleza y consideración con los vencidos».

El general conservador Cosme Marulanda quemó los últimos cartuchos en Salamina, donde con 200 hombres mal armados luchó contra 600, hasta caer prisionero.

Así terminó la revolución conservadora de Antioquia de 1879.

El primero de octubre de ese año se reunió la Asamblea Legislativa del Estado, uno de cuyos miembros era el futuro fundador de El Espectador, papá Fidel Cano. En la sesión de apertura uno de los miembros propuso una felicitación al presidente del Estado, general Tomás Rengifo, por su labor al frente de ese cargo, e hizo constar que su «candidato para la presidencia de la República ha sido y es el esclarecido general Rengifo».

A esto replicó don Fidel: «No contribuyo con mi voto a dar uno de completa aprobación a la conducta observada por el general Rengifo porque entre los actos ejecutados por aquel funcionario hay varios en desacuerdo con el liberalismo. Entre ellos el fusilamiento de Guillermo Mac Ewen ha echado sangre sobre la Constitución y la bandera radical».

Este era don Fidel.

PEDRO RESTREPO URIBE

Teníamos de presidente del Estado al general caucano Tomás Rengifo, que por cualquier motivo se disgustó con la Asamblea Legislativa de Antioquia y se retiró el 24 de enero de 1880. Inmediatamente se posesionó el doctor Pedro Restrepo Uribe, abogado muy importante, que había manifestado públicamente que Antioquia debería ser gobernada por antioqueños.

(Y, a propósito de esto, y de que tenemos fama de ser tan regionalistas que por lo general no admitimos aquí gente de otra parte en los puestos públicos, veamos cuántos forasteros nos mandaron entre 1819 y 1880:

1. José María Ricaurte, bogotano, en 1820;
2. Pedro Acevedo Tejada, bogotano, 1820 a 1822;
3. Francisco Urdaneta, uruguayo, 1822 a 1825 y 1829 a 1830;
4. Gregorio Urreta, cartagenero, 1825 a 1829, 1830, 1848 a 1849;
5. Juan Santana, venezolano, 1830 a 1831;
6. Mariano Ospina Rodríguez, cundinamarqués, 1836-37, 1846-47, 1854-55;
7. José María Vesga, ibaguereño, 1841;
8. Eusebio Borrero, caleño, 1851;
9. Miguel Larotta, tunjano, 1851-52;
10. Antonio Mendoza, bogotano, 1851-54;
11. Antonio González Carazo, cartagenero, 1862;
12. Tomás Cipriano de Mosquera, payanés, 1862;
13. Julián Trujillo, payanés, 1877;
14. Daniel Aldana, cundinamarqués, 1877-78;
15. Tomás Rengifo, caleño, 1878-80;
16. Jorge Isaacs, Cali o Quibdó, 1880.

Fueron 16 forasteros, que ya es una cifra respetable. Apuesto a que no los ha tenido ninguna otra ciudad de aquellas que nos tachan de regionalistas.

Y esto sin contar los gobernadores que hemos tenido en este siglo: Quintero Santofimio y mi general Piofijo Requinto, digo Pioquinto Rengifo.

Pero me estoy apartando del asunto. Sigamos).

El doctor Pedro Restrepo Uribe, que se había encargado de la presidencia del Estado el 24 de enero de 1880 tuvo que salir volado a los 3 días de posesionado porque se rebelaron los radicales, que era una de las divisiones que se habían presentado en el partido liberal. El doctor Restrepo Uribe era de los independientes, que eran los que mandaban.

En Medellín hubo varios encuentros la noche del 28, y el doctor Restrepo, que había salido huyendo, fue apresado en Remedios y traído a Medellín.

El 1° de febrero tomó el mando como jefe civil y militar del Estado de Antioquia nadie menos que el autor de María, el célebre Jorge Isaacs. Pero los radicales revolucionarios perdieron su insurrección, y el amigo Isaacs tuvo que volver a entregarle el mando al doctor Pedro Restrepo Uribe, a los pocos días.

* * *

De la Historia del doctor Duque, y a saltos, va lo más importante de este período:

Durante la segunda administración del doctor Pedro Restrepo Uribe y por el mes de abril de 1880 tuvo lugar una catastrófica creciente de la quebrada Iguaná, que arrasó casi totalmente la fracción de Aná, situada entonces un poco más baja de la actual Robledo y que hasta el año de 1832 se llamó San Ciro.

(Comentario. Aná quedaba en parte de donde se encuentra hoy el barrio Carlos E. Restrepo).

No sólo fueron destruidas la mayor parte de las habitaciones, sino que perecieron también muchos de sus habitantes y los supervivientes quedaron arruinados. Fue con ocasión de este desgraciado suceso cuando el gobierno nacional y personas pudientes de Medellín se hicieron notar con sus auxilios y cooperaron en la reconstrucción del poblado en un sitio más al abrigo de las aguas, con lo que se vino a formar el actual barrio de Robledo.

LVI

LUCIANO RESTREPO

El doctor Restrepo Uribe lo sucedió en noviembre de 1881 don Luciano Restrepo. Éste fue un personaje interesante. Era sobrino segundo de José Félix de Restrepo. Nació en Envigado. Siguió cursos de segunda enseñanza en muy variadas materias, pero en su vida práctica fue farmaceuta y en 1831, teniente de un batallón. Se retiró luego del servicio militar y se dedicó al comercio. Desde los 27 años y en ejercicio de sus tareas comerciales se trasladó a Kingston, donde se hizo hábil en contabilidad, así como en los idiomas inglés y francés. Residió algún tiempo en Inglaterra, las Canarias, Francia y España. Vuelto al país en 1848 contrajo matrimonio con María Díaz Granados. Trabajador incansable, tenaz y metódico, a estas cualidades debió su fortuna.

Le tocó a don Luciano acordar con Cisneros el contrato de construcción de un segundo tramo del ferrocarril. El primer trayecto, entre Puerto Berrío y Sabaletas, se inauguró el 24 de diciembre de 1882.

(Comentario. ¡Cómo sería la matada de marrano con que celebraron esa nochebuena!).

El 1° de enero de 1885, todavía con don Luciano en la presidencia del Estado se inauguró una nueva sección de la línea hasta Pavas, en un trayecto de 47 kilómetros desde Puerto Berrío.

La carretera al Poblado se terminó hasta el punto de San Blas, y se resolvió continuarla hasta Envigado.

El 24 de julio de 1883 se celebró solemnemente el primer centenario del nacimiento de Bolívar, pero el cuento de esta celebración vamos a tener que dejarlo para la semana entrante.

* * *

Ibamos en que aquí en la Villa iban a celebrar muy solemnemente el centenario del nacimiento de Bolívar el 24 de julio de 1883. Y para que vean ustedes qué tan inocentes eran nuestros bisabuelos -o tatarabuelos- voy a copiarles la descripción que de esa conmemoración hace mi querido amigo el doctor Duque:

«En una reunión que convocó don Luciano Restrepo, que era el presidente del Estado, se convino en preparar una manifestación sencilla, pero que resultó solemne por el entusiasmo popular. La junta coordinadora convino en adornar la ciudad en lugares situados en la plaza de Bolívar, en la plaza mayor (hoy

parque de Berrío) y los cruceros de las calles Colombia con Junín, Ayacucho con Palacé, Colombia con Cundinamarca, puentes de Junín y de Bolívar, así como la plazuela de la Veracruz, o sea los lugares por donde habría de pasar un desfile cívico que presidieron las autoridades y el pueblo y para el cual fueron convidados los soldados que habían luchado en la guerra de la Independencia que aún vivían, y que alcanzaron el número de 6.

«Tales patriotas fueron : el general Francisco Giraldo, de Marinilla, quien sirvió a la patria desde los 10 años y a quien le tocó asistir, entre otras, a las batallas de Pichincha y Ayacucho, fue edecán de Córdova y asistió con éste a la derrota de El Santuario; el capitán Manuel Estrada; el capitán Simón Cuevas, de Bolivia, quien se radicó en la ciudad de Antioquia, donde contrajo matrimonio y dejó descendencia; el sargento José Bernardo Bolívar; el sargento Salvador Zapata y el sargento José María Meneses, de Carolina, que fue el que acompañó al Libertador bajo el antiguo puente de El Carmen en el atentado del 25 de septiembre de 1828 y que contribuyó así eficazmente a salvar la vida de Bolívar.

«Estos 6 héroes de la Independencia, todos octogenarios, desfilaron animosamente en la manifestación por las calles con nuevo uniforme que, conforme a su rango, les suministró el municipio de Medellín, y varios de ellos tuvieron que viajar a lomo de mula desde apartadas regiones. Como es de suponerse, fueron motivo de gran admiración».

(Comentario de mi tía Margarita: ¡Ah lindos! ¡ah bueno haberlos visto!)

(Comentario del doctor Duque: si 4 antioqueños, por lo menos, aún vivían pasados 60 años, aproximadamente, de la Independencia, puede juzgarse hasta dónde fue numerosa la contribución de Antioquia para la guerra magna, no obstante que gran parte se desplazó definitivamente o cayó en plena batalla).

LVII

LA GUERRA DEL 85

El 7 de agosto de 1884 había empezado Rafael Núñez su segundo mandato como presidente de la República. El partido liberal estaba dividido en dos fracciones: los radicales, que estaban contra Núñez -que también era liberal- y los independientes que, junto con los conservadores, estaban a favor de él.

Los radicales se levantaron en todo el país contra el gobierno de Núñez. En Antioquia llegaron estos revolucionarios a formar un ejército de 6.000 hombres, que fue vencido en Santa Bárbara de Cartago (Valle). Otras tropas rebeldes fueron vencidas en Salamina por las gobiernistas, mandadas por los generales Juan N. Mateus y Manuel Briceño.

En Medellín el gobernador radical don Luciano Restrepo se ocultó en la casa de una familia amiga que pertenecía al bando enemigo, el conservador. Y a pesar de que estaba en una casa conservadora, el general de este partido, Marceliano Vélez, cuando entró vencedor a Medellín, le respetó el recurso de asilo y lo dejó tranquilo. (Asilo, tranquilo: hoy todo lo que converso me sale en verso).

Sigo con don Luis Latorre:

«Llegó en seguida una capitulación que firmaron los dos bandos en Manizales, en que el gobiernista quedaba como vencedor. Pero con esto no terminó la guerra en Antioquia. El coronel Rafael Uribe Uribe no quiso acogerse a esta capitulación, que calificó de cobarde, y siguió hostilizando a las fuerzas del gobierno, con el objeto de impedir que éstas siguieran para la Costa, donde estaba actuando con éxito el jefe revolucionario Ricardo Gaitán Obeso.

«Una mañana de mayo de 1885 atacó Uribe Uribe, con unos pocos compañeros, la población de Santa Bárbara (Antioquia) en una de cuyas casas de la plaza principal tenía acuartelada una fuerza de 300 hombres el general Francisco Jaramillo (Pacho Negro).

«El 30 de junio se pronunció en Rionegro el general radical Cándido Tolosa, que venció a los conservadores y siguió para suroeste, donde fue vencido, a su vez, por el general Marceliano Vélez en el paraje conocido como La Mata de Guadua. Allí cayó prisionero Tolosa que fue llevado a Medellín, donde pagó 3 años de cárcel, acusado de asonada y robo, como jefe de cuadrilla de malhechores, porque a su paso por La Ceja no le fue posible evitar las depredaciones que cometieron sus soldados en esta población eminentemente conservadora».

(Comentario. La Mata de Guadua queda -hoy dirían que «está ubicada»- a la salida de Jericó por el camino de Buenos Aires, que también lleva a la finca Santa Clara, en la cual transcurrió parte de la deliciosa, campestre infancia de este -iba a escribir humilde, pero no lo merezco- servidor vuestro. Amén).

LVIII

GOBERNADORES DE FINALES DEL SIGLO XIX

Esa guerra del 85 la perdieron, pues, los radicales. Los nacionalistas, que eran los del nuevo partido formado por los liberales independientes y una parte de los conservadores, eran los que estaban en el poder, con Núñez. La otra parte de los conservadores se llamaban históricos ¡Qué enredajo! ¿No?

El último presidente del Estado de Antioquia fue don Luciano Restrepo. Después de él fue nombrado desde el gobierno central, como Jefe Civil y Militar de Antioquia, el general José María Campo Serrano, samario, que estuvo en este cargo desde el 1 de abril hasta el 21 de septiembre de 1885, cuando le entregó el bastón al doctor Marceliano Vélez.

El doctor y general Vélez era de Envigado, donde había nacido en 1832. Fue el primer abogado que se graduó en la que es hoy Universidad de Antioquia, en mayo de 1853. Durante su administración se volvió a abrir mi querida Escuela de Minas, la que fue dirigida en su primera época por el que en verdad sí era sabio: don Tulio Ospina.

Con la famosa Constitución del 86, quedó abolida la de Rionegro, del 63, se acabaron los «Estados Soberanos», y Antioquia vino a ser un «Departamento». Los «Estados Unidos de Colombia» se siguieron llamando, como hasta ahora, «República de Colombia».

Don Carlos Holguín, que ejercía el poder ejecutivo en ausencia del doctor Núñez, nombró gobernador de Antioquia, en 1889, al doctor Baltasar Botero -pero no el de Caracol*, sino Botero Uribe, un abogado famoso-. Éste fue un buen gobernador: se interesó mucho por las vías de comunicación, por la educación y por fomentar la industria.

Fue él quien le pidió a la Asamblea que entre las obras por emprender «deberían ser las primeras una estatua al libertador y otra al benemérito doctor Berrío». Éste es el origen del Parque de Bolívar y del Parque de Berrío. Para el de Bolívar se pidió a los Estados Unidos una fuente monumental, que se instaló en el centro del parque hasta que en 1923 se quitó de allí para colocar la estatua ecuestre de Bolívar.

Esta estatua fue pagada con una contribución voluntaria de los estudiantes de primeras letras, llamada el «Centavo Escolar», por la que éstos hacían el sacrificio de la velita que se iban a comer al algo.

Mister Tyrrel Moore, ingeniero de minas inglés que vivió muchos años entre nosotros, hombre muy progresista y filántropo, fue quien obsequió el terreno para el parque de Bolívar y para la que hoy es Basílica Metropolitana.

El parque estaba rodeado por una reja alta. Yo me acuerdo de esta reja, para que vean que no estoy tan pintón como creen muchas.

En junio de 1890 estaban concluidos los estribos y las torres del puente de Occidente en el Cauca, la obra maestra del superingeniero don José María Villa, el abuelito de mi querido amigo Hernando Agudelo*.

Durante la administración del doctor Botero llegaron al país los Hermanos de las Escuelas Cristianas (vulgo Hermanos Cristianos), que fundaron aquí el Colegio de San José el 9 de abril de 1890. En él estudié yo desde primaria hasta terminar el bachillerato, y sólo puedo hablar excelencias de la enseñanza y de la educación que en él recibí. Que no haya cumplido con ellas es otra cosa.

* * *

En 1892 se posesionó como gobernador el general Abraham García, salamineño, que hizo un buen gobierno. Durante su administración se inició el servicio de teléfonos para otras poblaciones distintas de Medellín y ese año ya funcionaba en Rionegro, Envigado, San Cristóbal (que en ese tiempo se llamaba La Culata), Robledo (que había reemplazado a la destruida aldea de Aná), Bello, América, Belén y El Poblado.

En 1893 entró como gobernador el ingeniero Miguel Vásquez Barrientos, que había estudiado minas en Alemania. El 30 de noviembre de ese año confirió la Escuela de Minas los primeros títulos de ingeniero de minas en la República, a los señores Carlos Cock, Alfonso Robledo y Antonio Álvarez. (Al doctor Carlos Cock lo conocí, y don Antonio Álvarez fue empleado de la Escuela de Minas cuando yo estudiaba en ella. Para que vean que ya me estoy encucheciendo).

En 1894 se posesionó como gobernador el abogado doctor Julián Cock Bayer. A principios del año siguiente tuvo lugar la revolución del 95, que los radicales le armaron al presidente Núñez. En ésta fue jefe del Estado Mayor de los ejércitos del gobierno el general Abraham García, que, según vimos, había sido gobernador.

Esta guerra se desarrolló principalmente en Santander, en donde el general Rafael Reyes, de los conservadores, le salió adelante al enemigo en el pueblo de Enciso, y le ganó la guerra. En ella había intervenido el oficial Pedro José Berrío, hijo de Pedro Justo, y por su manejo en la batalla le dieron en el campo el grado de General. Éste, en adelante, fue el famoso gordo general Berrío, que tantas veces nos gobernó después.

El 29 de junio de 1895 se inauguró la estatua de Pedro Justo en la plaza mayor, que desde 1890 se siguió llamando Parque de Berrío, en el marco del cual ha nacido todo antioqueño que se precie de algo. La estatua es obra del escultor italiano Giovanni Anderlini, que fue discípulo de Tenerani, el de la estatua de Bolívar en la plaza principal de Bogotá.

«En tal día se dio exacto cumplimiento a todo el panorama oficial, y a la celebración acudió gran concurso de gentes de la ciudad y poblaciones circunvecinas. Desde el parque de Bolívar hasta la plaza llenaba la multitud cerca de 5 cuabras. Tres lujosos carros alegóricos desfilaron entre la multitud, y las fachadas de las casas a lo largo del recorrido se engalanaron con adornos de una manera espontánea y sin que hubiese distingos políticos, todo lo cual dio a la celebración un carácter solemne y patriótico del más puro antioqueñismo».

(Comentario. La que me perdí, por no haber nacido todavía... ¡Qué iba a haber nacido, si en el año 95 mi papá iba a cumplir apenas 2 añitos en agosto).

* * *

En 1896 entró de gobernador el abogado salamineño Bonifacio Vélez, que fue progresista. Durante su administración, a mediados de 1897, se inauguró la luz eléctrica en Medellín.

En noviembre de ese año se posesionó de gobernador el abogado

Dionisio Arango Mejía (padre del Dionisio Arango Ferrer que recordamos). Durante su mandato se inauguró el alumbrado de calles y plazas con 150 lámparas de arco voltaico, lo cual fue ocasión de grandes fiestas. Fue en esa ocasión cuando el popular Marañas, parándose en media plaza de Berrío lanzó su famosa exclamación, dirigida a la Luna:

-Ahora sí te jodites. ¡A alumbrar a los pueblos!

Cuentan también que durante la festividad, un grupo de jóvenes organizó una cabalgata que recorrió las calles de la ciudad, y durante la cual fue generoso el consumo de licores, lo que dio ocasión a que un poeta, refiriéndose a un maestro Zapata, que había dirigido la instalación de los equipos, fabricara esta decidora copla:

Por festejar a Zapata,
que le dio luz a esta tierra,
hubo una gran cabalgata
que terminó en cabalperra.

Al doctor Dionisio Arango lo siguió en la gobernación don Juan Pablo Arango.

Durante la gobernación de éste tuvo lugar la inauguración de la Sociedad de Mejoras Públicas. La historia de la creación de esta sociedad es la siguiente: venía de Bogotá un grupo de amigos medellinenses, entre los cuales estaban Carlos E. Restrepo, Gonzalo Escobar y otros. Carlos E., que era hombre de arranques cívicos y de ideas originales, les propuso a sus compañeros de viaje la fundación de una sociedad que se interesara por el progreso ordenado y activo de la ciudad, sin «ánimo de lucro», por supuesto. A todos les pareció excelente la idea, y procedieron a establecer tal sociedad. En su acta de instalación se lee:

«Abierta la sesión, el señor Restrepo Carlos E. expresó a la Junta, en breves y concisas palabras, que el objeto de la invitación que se había permitido hacerles a los caballeros presentes era el de que, a semejanza de lo que pasa en centros civilizados, y aunando sus esfuerzos y concertando las voluntades, se organizase una Junta encargada de velar por el ornato y embellecimiento de la ciudad. Expresó, además, la manera como la Junta podría principiar sus trabajos y la forma en que debía organizarse».

Pues han de saber que éste es el origen, no sólo de la Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín, sino de todas las demás, que, a imitación de ésta, se establecieron en muchas otras ciudades del país.

* * *

Después de don Juan Pablo Arango siguió de gobernador el abejorraleño don Alejandro Gutiérrez, antepasado de mi queridísima amiga Estelita Gutiérrez. Fue don Alejandro uno de los primeros alcaldes de Manizales, a la que había ayudado a establecer, cuando estaba recién fundada. Fue también el primer gobernador de Caldas, cuando nació este departamento.

Pero antes de desempeñar esta gobernación, como les venía contando, había sido nombrado gobernador de Antioquia, y este cargo lo empezó el 29 de marzo de 1899. Pues bien, el 17 de octubre de ese año, según nos cuenta mi querido amigo el doctor Duque, «al anochecer se hallaban sentadas a la mesa del Hotel América, el más lujoso entonces de Medellín, tres personas importantes que eran el gobernador, don Alejandro Gutiérrez, su secretario, Alejandro Restrepo y un joven que a la edad de 23 años ya había sido alcalde de Medellín y diputado a la Asamblea Departamental. Conversaban tranquilamente sobre la marcha de la administración, pero sin adivinar en lo más mínimo el futuro.

«A poco entró una empleada de servicio para informarle al señor gobernador que un cartero deseaba entregarle personalmente un telegrama urgente. Después de haber leído el largo despacho, el señor Gutiérrez se lo entregó en silencio a su secretario, el cual, después de reflexionar, le preguntó al gobernador

si se lo podía mostrar al joven. 'No hay ningún inconveniente', contestó don Alejandro. Ese joven llegó a ser, desde el día siguiente, uno de los más importantes oficiales del ejército del gobierno, y al final de la guerra que había llegado, fue uno de los firmantes de la paz. Era el salamineño Víctor Manuel Salazar.

«El telegrama era un largo despacho del ministro de Guerra en el que anunciaba que al día siguiente - 18 de octubre de 1899- estallaría un movimiento revolucionario extendido a casi todo el país, y que hacía hincapié sobre todo en Santander, donde se hallaba como jefe del movimiento el prestigioso doctor y general Rafael Uribe Uribe.

«El secretario Restrepo le preguntó entonces al joven Salazar cuál era su opinión sobre esa comunicación, y éste le contestó que él quería empezar a luchar de una vez en defensa del gobierno conservador.

«Fue así como se vino a saber en Antioquia que comenzaba la más larga y cruel de las guerras civiles que haya tenido la República -guerra franca entre ejércitos, no como ésta de las guerrillas que nos tiene medio locos desde hace más de 30 años-. Fue la llamada Guerra de los Mil Días, que duró más de tres años: hasta noviembre del año 1902.

«Pues al día siguiente, desde antes de amanecer, se dirigió el señor Salazar a Sopetrán, en compañía de tres generales conservadores, a organizar las fuerzas de occidente.

«En el resto del país se regó como pólvora la revolución, unas veces con victorias del gobierno y otras de los revolucionarios. Una de estas últimas fue la del puente de Peralonso, cerca de Cúcuta, por el que atravesó Rafael Uribe Uribe en compañía de unos pocos valientes, en medio de las balas enemigas, lo que decidió su victoria y con la cual la derrota del ejército del gobierno fue considerable».

LIX

LA GUERRA DE LOS MIL DÍAS

La Guerra de los Mil Días no fue muy peleada en Antioquia, y muy pocos saben qué fue lo que pasó aquí en esa época.

Veamos qué nos cuenta el historiador.

Cuando en Antioquia se supo del triunfo de los revolucionarios liberales en Peralonso, se formó un batallón liberal en Guarne, al mando del general Cándido Tolosa y del doctor Roberto Botero Saldarriaga, el

padre de mi querido y llorado colega el eruditísimo geólogo Gerardo Botero. Mientras tanto, se organizó otro batallón liberal en la hacienda de Quirimará, de propiedad del doctor José Domingo Sierra, que queda por los lados de Ebéjico. Allá se trasladaron varios personajes notables de la revolución, como el doctor Jorge Enrique Delgado y don Fidel Cano, el fundador de El Espectador.

El 1° de enero de 1900 el gobernador del departamento, que como recuerdan eran don Alejandro Gutiérrez, junto con el jefe del estado mayor del ejército oficial, o sea el conservador, dispuso el inmediato ataque de las fuerzas liberales que tenía el general Tolosa en Guarne, y para eso despachó al general Víctor Manuel Salazar y a otros, con tropas suficientes. Cuando Tolosa supo que venían a atacarlo se retiró a La Concha, o sea Concepción (que fue la cuna de José María Córdova), y de ahí pasó a Barbosa. En Barbosa pasó el río Medellín y siguió por los municipios de Don Matías y San Pedro hasta Quirimará, donde estaban las otras fuerzas liberales. En persecución de éstas iban con una rama los generales Víctor Manuel Salazar y Leonidas Gaviria.

El ejército liberal que estaba en Quirimará marchó entonces sobre la ciudad de Antioquia que pudo ocupar fácilmente por cuanto allí el gobierno, inexplicablemente, no tenía ni una pequeña guarnición. Las fuerzas oficiales que llevaban Salazar y Gaviria se dirigieron hacia la misma ciudad, pero al llegar al puente colgante sobre el Cauca (que tenía pocos años de inaugurado) encontraron a los liberales situados a la orilla izquierda del río, y en esa situación se pasaron varios días los dos ejércitos, uno a cada lado del río, en pequeñas escaramuzas. Visto que esta situación se prolongaba, el general Salazar vino a Medellín a pedir refuerzos, y poco después volvió a la orilla del Cauca, en el puente de Occidente, con la División Antioquia, a órdenes del general Francisco Jaramillo, el famoso Pacho Negro. Con este aumento, las tropas del gobierno pasaron el puente y el ejército revolucionario se retiró en dirección a Urrao.

El domingo veremos en qué paró esta persecución.

* * *

Habíamos dejado al general conservador Jaramillo (Pacho Negro) persiguiendo al ejército revolucionario, al mando de Cándido Tolosa, que iba para Urrao. Allá llegó Pacho Negro el 23 de enero de 1900, cuando ya Tolosa había alzado el vuelo. Entonces Pacho Negro comisionó al general Fructuoso Escobar que se fuera detrás de los revolucionarios, y éste los alcanzó por los lados de Frontino y los envolvió, y ellos tuvieron que rendirse, entre éstos el general Tolosa.

De regreso para Urrao, hubo oficiales de los vencedores conservadores que les cedieron sus bestias a algunos de los jefes enemigos que iban prisioneros. Eso sí era caballerosidad.

«Permanecieron en la ciudad tres días mientras se hacían a nuevas caballerías y restablecían las líneas telegráficas, que habían sido cortadas, y en la tarde del 10 de febrero entraron a Medellín. De este modo, sólo 40 días había durado el movimiento revolucionario en territorio antioqueño.

«A la semana siguiente los presos estaban en completa libertad mediante el empeño de palabra de honor de guardar la paz, lo cual cumplieron con toda fidelidad».

Fue, pues, muy corta la parte de la Guerra de los Mil Días que se desarrolló en territorio antioqueño.

Cuando empezó la guerra era gobernador don Alejandro Gutiérrez, y durante ella fueron pasando por ese puesto el general Marceliano Vélez, don Abraham Moreno, don Justiniano Macía, el doctor Rafael María Giraldo, don Esteban Jaramillo y que sé yo cuántos más. El 20 de junio de 1903, se posesionó como gobernador el doctor Clodomiro Ramírez, padre del «Mister» Horacio. Clodomiro fue hombre muy importante, que nació en Abejorral en 1869 y se graduó de abogado en la Universidad de Antioquia en 1892. Ejerció en dos oportunidades la gobernación de Antioquia y fue también rector de la Universidad.

En octubre de 1904, siendo ya presidente de la República el general Rafael Reyes, éste nombró gobernador de Antioquia al medellinense don Benito Uribe, que fue el que gestionó la devolución del territorio de Urabá, que se le había quitado a Antioquia hacía como 50 años, desde la presidencia de José Hilario López. A Antioquia le fue devuelto este rico territorio, para compensarla por la pérdida que había tenido del territorio de los municipios Manizales, Neira, Aranzazu, Salamina y Pácora, que se le habían tomado para formar el nuevo departamento de Caldas.

Después de don Benito Uribe entró como gobernador, por segunda vez, el doctor Dionisio Arango Mejía. Durante la gobernación de éste se puso en práctica la ley del 5 de agosto de 1908 que dividió la República en 34 departamentos. Antioquia quedó dividida en 4: el de Medellín, el de Sonsón, el de Jericó y el de Antioquia. Esta división duró hasta el 30 de abril de 1910.

* * *

Aclaración. De mi querido amigo el doctor León Escobar Escobar he recibido la siguiente carta aclaratoria de algunos conceptos emitidos en esta columna en las ediciones del periódico del 23 y del 30 de octubre (1).

«Querido Argos: a propósito de 'La Guerra de los Mil Días' en tu Historia de Antioquia, creo que vale la pena precisar el breve capítulo que tuvo ese conflicto entre nosotros, y que se cerró con la rendición y captura de los rebeldes liberales en Urrao.

«Te acompaño copia de recuerdos urraeños que dejó escritos mi abuelo J. Emilio Escobar, de los cuales se concluye:

1. Los revolucionarios fueron derrotados, no por los lados de Frontino, sino cerca a Betulia, en el combate de El Aguacatal.

2. El general Cándido Tolosa (su tumba se ve todavía en el cementerio de San Pedro) no se rindió: huyó con varios de los suyos hacia el Chocó.

«El gobierno de Quirimará fue apresado en pleno, con su jefe civil y militar, don Fidel Cano, en una hacienda cercana a Urrao. Aún se conserva la vieja casona, construida a mediados del siglo pasado por alguno de los hijos del dictador don Juan del Corral.

«Mi otro abuelo, reclutado forzosamente apenas de 13 años de edad, gozó también de la caballerosidad de aquellos hombres, todo valentía y honor. ‘-Súbase al anca, Escobar’- le decía Pacho Negro al muchachito, viéndolo arrastrarse de cansancio por aquellos polvorientos caminos. ¡Qué tiempos aquellos!»

Comentario

Gracias infinitas por tu interesante e importante aclaración, mi querido Leo. La sola explicación que puedo dar sobre lo por mí afirmado es que los datos los tomé de la Historia de Antioquia, de mi querido amigo Francisco Duque Betancur, de acuerdo con la siguiente cita:

«Al caer de la tarde del 24 de enero de 1900, en una dirección que parecía conducir a Frontino, (el ejército del gobierno) dio con el grueso de las tropas revolucionarias, las que rodeadas por tropas superiores y después de algún tiroteo, se rindieron incondicionalmente.

«Buena parte de las fuerzas de éstos se habían desbandado, condición frecuente en las continuas retiradas; pero todos los jefes, entre estos el general Tolosa, cayeron en poder de las tropas comandadas esta vez por el general Salazar».

* * *

He recibido de mi querido amigo Alvaro Mejía Giraldo la siguiente consulta:

«Don Roberto: le pido el favor de que me aclare un dato sobre la Guerra de los Mil Días, para ver si estoy mal informado, y también informarme sobre otros asuntos de la misma guerra.

«Por televisión dijeron en un programa -el cual no recuerdo cuál fue- que la Guerra de los Mil Días había comenzado a mediados de 1898 y había terminado a mediados de 1901, por lo cual se llamó la Guerra de

los Mil Días. En la Charla 169 de su Historia de Antioquia, refiere usted que terminó en noviembre de 1902 (1); por lo tanto, le ruego una aclaración.

«También necesito saber quiénes más manejaron los ejércitos liberales, fuera del general Rafael Uribe Uribe, y también cuáles fueron los jefes conservadores.

«Yo sé que la batalla más sangrienta fue la de Palonegro en Santander, donde hubo 20.000 muertos. Un amigo mío me dijo que en esa guerra fratricida también sirvió como dirigente el general Benjamín Herrera. Sin otro particular, me despido...»

Respuesta:

Estimado Álvaro: voy a responderte someramente las preguntas que me hacés:

1. La Guerra se considera iniciada el 18 de octubre de 1899 con el grito que dio el general revolucionario Juan Francisco Gómez, en su hacienda La Peña, en cercanías de El Socorro. Se dio por terminada el 21 de diciembre de 1902 con el tratado de paz de Chinácota. Esto da un total de 1.164 días: más de «mil» que le dieron el nombre.

2. Además del General Uribe, en el campo liberal figuraron el general Gabriel Vargas Santos, don Foción Soto, el general Benjamín Herrera, el general Pablo Emilio Bustamante, el doctor Lucas Caballero, entre otros.

3. En el campo conservador figuraron los generales Próspero Pinzón, Manuel Casabianca, Carlos Albán, Pedro Nel Ospina, Víctor Manuel Salazar, Jorge Holguín. Y siguen más firmas.

LX

REYES EN MEDELLÍN

El 21 de mayo de 1908 entró a Medellín el presidente Reyes en visita oficial. Vino acompañado de su hija Sofía. La construcción del Ferrocarril de Antioquia venía avanzando desde Puerto Berrío y no llegaba todavía a donde más tarde se fundaría la población de Cisneros. El término de la línea estaba donde hoy se encuentra la estación Sofía, la cual tomó este nombre en recuerdo de la hija de Reyes.

Éste fue bien acogido en Antioquia, a pesar de que aquí había muchos opositores a su gobierno. Desde Fontidueño (Machado) empezó el «tope» con discurso del doctor Jorge Enrique Delgado. En la plaza de Berrío llevó la palabra el historiador don José María Mesa Jaramillo, quien propuso la colocación de la estatua de Reyes al lado de la de Berrío, como expresión del agradecimiento de Antioquia por la recuperación del territorio de Urabá, que se le había quitado desde la presidencia del general José Hilario López.

Ese día cayó un aguacero torrencial sobre la ciudad, y sin embargo el parque de Berrío se vio lleno de público. Reyes se alojó en la casa de don Alejandro Ángel, que estaba situada en la esquina noroeste del cruce de la carrera Sucre con la avenida derecha de la Playa, es decir, donde está hoy el edificio La Ceiba.

A los 3 días, o sea el 15 de mayo, se fue el presidente.

Sobre la oposición de algunos antioqueños a la dictadura de Reyes se expresa así el historiador Duque:

«No ha sido modalidad antioqueña la de la conspiración oculta. El antioqueño ataca de frente por lo regular. Antioqueños muy sobresalientes como lo fueron Carlos E. Restrepo y el antioqueño nacido en Bogotá Pedro Nel Ospina, se opusieron a plena luz y en forma eficaz a la dictadura. El general Ospina había elaborado un manifiesto contra Reyes, y por eso se desterró voluntariamente».

Una vez ausente Ospina encabezó la oposición Carlos E. Restrepo al frente del llamado «movimiento republicano», y vino a ser elegido presidente de la República después de las administraciones temporales de don Jorge Holguín y de Ramón González Valencia.

Y se llegó la celebración del centenario de la Independencia, el 20 de julio de 1910. El 19 se iluminaron profusamente con faroles y bombillas de color todos los árboles del parque de Bolívar, lo mismo que los frentes de las casas. Sobre las torres de la iglesia de Villanueva -entonces en construcción- se colocaron cerca de mil bombillas.

(Comentario- Origen de los alumbrados navideños de hoy).

Se ofreció en ese día un banquete a los periodistas y el 20 al amanecer se dieron las salvas acostumbradas. Durante varios días se hicieron carnavales y el día 30 hubo velada en la exposición de la Universidad.

(Comentario: ¡Lo que me perdí por no haber nacido todavía...!)

* * *

Eduardo Vásquez. Cuando la celebración del centenario de la Independencia era gobernador don Eduardo Vásquez. Éste fomentó la colonización de la región de Urabá, que había estado muy descuidada

desde que esa región había dejado de pertenecer a Antioquia, o sea desde la presidencia de José Hilario López.

Una vez incorporada al departamento, gracias a Reyes, manifestó el gobernador Vásquez, en un mensaje:

«Emprendamos la colonización de aquellas tierras que guardan inmensas riquezas y que abren nuestra comunicación con el mar por el distrito de Turbo».

Durante su gobierno se construyó el camino carretable entre Cisneros y Botero, atravesando el paso de La Quiebra, y se tendieron los rieles del ferrocarril entre Botero y Barbosa. De Barbosa hasta Medellín se continuó la construcción de la línea férrea, cuyo estado, a principios de 1910, era el siguiente:

De Puerto Berrío a Cisneros, carrilera en funcionamiento;

de Cisneros a Botero, carretable;

de Botero a Barbosa, carrilera en servicio;

de Barbosa a Medellín, línea en construcción.

El túnel de La Quiebra todavía estaba en la mente de Dios y de Alejandro López.

Durante la administración de don Eduardo Vásquez visitó a Medellín el presidente de la República, general Ramón González Valencia, que fue muy bien atendido.

* * *

Carlos E. Restrepo. El 7 de agosto de 1910 se posesionó como presidente de la República Carlos E. (por Eugenio) Restrepo, que fue el primer antioqueño elegido para ese cargo, ya que otros dos que lo habían ejercido en el siglo anterior lo habían hecho en calidad de suplentes: Liborio Mejía y Juan de Dios Aranzazu. En este siglo hemos tenido 5 presidentes: Carlos E., Marco Fidel Suárez, Pedro Nel Ospina (antioqueño nacido en Bogotá), Mariano Ospina Pérez y Belisario Betancur.

Carlos E. nació en Medellín en 1867, así que cuando se posesionó de la presidencia en 1910 tenía sólo 43 años: ha sido uno de los presidentes más jóvenes. Fue fundador del partido llamado Unión Republicana, que se opuso enérgicamente a la dictadura de Reyes. En los últimos años de su vida apoyó la candidatura de Olaya Herrera, que lo nombró ministro de Gobierno. Carlos E. murió en Medellín en 1937.

* * *

Pedro José Berrío. En abril de 1911 nombró Carlos E. como gobernador de Antioquia al general Pedro José Berrío. No debe confundirse con su padre Pedro Justo, el de la estatua del parque. Éste era abogado, y como militar de las guerras civiles no llegó sino a coronel. El general Pedro José, hijo de éste, era el gordo que fue tres veces gobernador de Antioquia y tiene su busto en la Plazuela Nutibara).

De él dice el doctor Duque:

«El general Berrío no tuvo ocasión de hacer grandes estudios como su padre, pero todo lo suplía con sus dotes naturales y su estilo de mando diplomático e imparcial, todo ello dentro de una acrisolada honradez. Como su ilustre progenitor, murió relativamente pobre, después de haber gobernado por muchos años el departamento».

* * *

Clodomiro Ramírez. En enero de 1912 se posesionó por segunda vez como gobernador el doctor Clodomiro Ramírez. Uno de los nombramientos más acertados que hizo fue el del doctor Miguel María Calle, médico eminente, como Rector de la Universidad de Antioquia. Fue éste quien hizo construir el Paraninfo, que hoy en día piensan reconstruir o modificar, por no sé qué problemas de estructura o de fundaciones. Es un querido salón muy hermoso y muy histórico*.

LXI

FIESTAS DE LA INDEPENDENCIA

Para el mes de agosto de 1913 se tenía preparada la celebración del centenario de la declaración de independencia absoluta de Antioquia, que ustedes recordarán que había sido proclamada en Santa Fe de Antioquia, en agosto de 1813, con las firmas del dictador don Juan del Corral y de sus secretarios José Manuel Restrepo y José María Hortic. (Y conste que éste es el primer Hortic con H que yo he oído nombrar).

Uno de los primeros actos de la Junta que habían nombrado para ese centenario fue la compra para el municipio de un lote de terreno de unas 24 cuadras, situado al norte de la ciudad, destinado a bosque o parque de recreo y de embellecimiento de la ciudad. Éste recibió inicialmente el nombre de Bosque del Centenario, pero más tarde fue conocido exclusivamente como Bosque de la Independencia, que hace unos

20 años aproximadamente pasó a ser el bellissimo Jardín Botánico. Conserva la mayor parte de los árboles que se le sembraron desde su fundación.

Muchos invitados importantes se hicieron presentes para esa celebración, tanto del poder Ejecutivo, como del Congreso y del Cuerpo Diplomático. El tren llegaba entonces hasta Girardota y el paso de La Quebra se hacía en carros de tracción animal. De Girardota hasta Medellín se viajaba en automóvil, vehículo que ya se había popularizado desde hacía unos tres años, y de los cuales había unos 50 en funcionamiento. Una gran caravana de personalidades, con el gobernador a la cabeza, salió a recibir a los invitados.

En Medellín empezaron el 17 de agosto los principales días del programa. En el salón de la Asamblea se exhibió por primera vez el escudo de Antioquia, que había sido decretado desde hacía más de un siglo, pero que sólo ahora vino a ser realizado por don Daniel Mesa, y que representa a «una matrona vestida y adornada a la usanza indígena, con el gorro frigio en actitud de colocárselo sobre la cabeza, sentada entre una palma y una mata de plátano. En el fondo, un cerro de oro y un río caudaloso al pie».

(Para representar a la matrona sirvió de modelo una artista de teatro mejicana que andaba entonces por estas tierras: Virginia Fábregas).

* * *

Estábamos en las fiestas de la independencia de Antioquia, en el año de 1913. El 17 de agosto hubo una sesión solemne en la Universidad de Antioquia, y en ella pronunció un discurso su rector, doctor Miguel María Calle, quien, entre otras cosas, dijo:

«Si a la ciudad de las águilas negras y de las granadas de oro (Bogotá) le correspondió el honor de haber iniciado el movimiento revolucionario el 20 de julio de 1810; si a la ciudad de Heredia (Cartagena) le toca el de haber proclamado la primera acta de independencia absoluta, a la tierra de Robledo corresponde uno no menos grande por su mérito humanitario. Fue en estas montañas donde primero se proclamó la libertad de una raza desvalida, que por costumbre secular venía siendo objeto de crueles ignominias y del más vil de los comercios».

El 19 se inauguró el trayecto del Ferrocarril de Antioquia entre Girardota y Copacabana. También por estos días se celebró la inauguración del Bosque de la Independencia, que hoy en día es el Jardín Botánico. El 24 se colocó la primera piedra del Hospital de San Vicente de Paúl, del cual fue principal impulsor el gran industrial y filántropo don Alejandro Echavarría.

Ese año de 1913, en octubre, dejó la gobernación Clodomiro Ramírez y la tomó don Carlos Cock, ingeniero de la Escuela de Minas.

* * *

Muerte de Uribe Uribe. El 15 de octubre de 1914 fue asesinado en el andén del Capitolio uno de los hijos más valiosos de Antioquia: el abogado y general Rafael Uribe Uribe. Uribe nació en El Palmar, una hacienda de propiedad de su padre, en Valparaíso, en 1859. A los 14 años se trasladó con su familia a

Buga, en el Valle del Cauca. No había cumplido los 17 cuando intervino en la batalla de Los Chancos, en la cual fue herido en una pierna, y en esa acción obtuvo el grado de capitán. Más tarde se graduó en Derecho y Ciencias Políticas. En lo restante del siglo peleó en las principales guerras civiles, en nombre del partido liberal.

El mejor elogio de Rafael Uribe Uribe lo hizo su adversario político don Marco Fidel Suárez, del cual son estas frases:

«Versado publicista, señalado jurisconsulto, polemista brillante, orador vehemente y persuasivo, diplomático distinguido por la discreción y el saber, adversario poderoso en las lides parlamentarias, erudito, académico, polígrafo fecundo y, como jefe político, incomparable por su destreza y actividad. Su inteligencia estaba compuesta de los talentos más variados, pues en ella brillaban rápida comprensión, vívida perspicacia, flexibilidad que abarcaba las más diversas materias, actividad sin par y aplicación al estudio, y como fruto de todo esto, una ilustración vasta y sólida que hizo de él un hombre verdaderamente superior. Su corazón fue privilegiado recinto en que crecieron y prosperaron muchas acendradas virtudes, entre las cuales descollaban la austeridad de sus immaculadas costumbres, la probidad de su conducta pública y privada, el método de sus ocupaciones, la energía, constancia y firmeza de su carácter, la frugalidad de sus hábitos, su tierno y acendrado amor a la familia, su patriotismo aquilatado, la benevolencia que lo conducía siempre a acompañar el infortunio. Y en el yelmo de otros días vinieron a enjambrar las abejas de la paz».

* * *

Ya bajo la presidencia de José Vicente Concha (1914-1918), en agosto del 14 se posesionó por segunda vez como gobernador el general Pedro José Berrío, que gobernó durante 4 años largos.

En el año 17 empezó a funcionar la Escuela de Agricultura y Veterinaria. Su primer director fue el doctor Eduardo Zuleta. (Me ha llamado la atención el que este doctor Zuleta, literato y médico, padre de los Zuleta Ángel, hubiera sido rector de cuanta facultad nueva aparecía aquí: ya lo había sido de la Escuela de Minas).

En esta facultad de Agricultura y Veterinaria, uno de los primeros profesores fue don Pedro Joaquín (Piquín) Santamaría Herrán, que se había graduado en Francia, y que fue durante la primera mitad de este siglo, el veterinario de cabecera de medio Medellín. ¿Le daba cojera a tu perrito René? «Lléveselo a Piquín...».

En el año 18 se les hizo entrega a los padres Carmelitas de la Prefectura de Urabá, bajo la dirección del padre español José Joaquín Arteaga, que fue un verdadero apóstol y creador de progreso para esa región, tan abandonada entonces.

A fines del 18 vino de visita a Medellín el presidente de la República, doctor Concha, y nos cuenta el historiador que «se alojó en una casa nueva del parque de Bolívar y el banquete principal de recepción se dio en la hermosa quinta situada al lado izquierdo de la iglesia de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, en el barrio de Buenos Aires».

(Comentario. Precisamente en esta «hermosa quinta» conocida siempre como el «castillo de los Boteros», funciona hoy una moderna y magnífica clínica -no cobro nada por la cuña-, en la cual tiene su consultorio -médico, no amoroso- mi querido colega del Club Memúa*, Jorge Hildebrando Franco).

LXII

PEDRO NEL OSPINA

El 7 de agosto de 1918 se posesionó de la presidencia de la República un antioqueño: don Marco Fidel Suárez, que había nacido en la famosa choza de Bello en 1855. Tenía, pues, 63 años. Los detalles sobre su origen y conocimientos son muy conocidos para repetirlos aquí. El mejor elogio sobre su dominio del idioma lo dio don Juan Valera cuando escribió: «Cervantes vive ahora en Colombia y se llama Marco Fidel Suárez».

En enero de 1919 hizo una visita a Antioquia y se alojó en Medellín. Vino acompañado de su Ministro del Tesoro, el abejorraleño Esteban Jaramillo. Salieron a recibirlo a la estación del ferrocarril todas las autoridades y se le ofreció un banquete en el paraninfo de la Universidad de Antioquia. De esta visita dijo el gobernador, que entonces lo era el general Pedro Nel Ospina: «El ilustre huésped, así como su distinguido compañero el señor doctor Esteban Jaramillo, llevaron de su visita a la montaña gratas impresiones».

Porque el general Ospina venía ejerciendo la gobernación desde el comienzo -o el inicio, como les gusta decir ahora- del gobierno de Suárez. Deseaba Ospina que el técnico que se debería contratar para hacer el estudio sobre un probable túnel en La Quebra, lo fuese también para el estudio de las caídas de

agua que habrían de aprovecharse -como en efecto se aprovecharon- para la generación de energía eléctrica.

Durante la gobernación de Ospina se contrató en Italia la ejecución de la estatua del Libertador que está en el parque de Bolívar.

Ya desde 1920 estaba trazado el tramo de ferrocarril que partiendo de Bolombolo sigue Cauca arriba hasta empalmar con el ferrocarril de Caldas.

Los planos y la construcción del palacio de la Gobernación fueron también contratados en esa época con el arquitecto belga Agustín Goovaerts.

En función oficial visitó el gobernador Ospina los municipios de San Jerónimo, Sopetrán, Antioquia, Buriticá, Giraldo, Cañasgordas, Frontino, Dabeiba, Pavarandocito, Chigorodó y Turbo. Y este viaje a lomo de mula, por entre el monte, siguiendo trochas, en su último trayecto, no era ningún programa muy divertido que digamos. En otro viaje visitó a San Pedro, Belmira, San Andrés, Ituango, Cáceres, Margento, Zaragoza, Segovia, Remedios y Yolombó. Comenta el doctor Duque: «con estos viajes estableció una verdadera novedad, ya que muchos gobernantes del mismo ramo ni siquiera habían visitado su pueblo natal después de radicarse en Medellín».

El general Ospina permaneció al frente de la gobernación hasta abril de 1920.

* * *

En abril de 1920 le recibió al general Ospina la gobernación el doctor Julio E. Botero, quien gobernó hasta junio de 1921. Durante su mandato se empezó la construcción de la cárcel de La Ladera y la instalación de la torre para la telegrafía inalámbrica en Las Palmas.

El 7 de agosto de 1922 se posesionó como presidente de la República el general Pedro Nel Ospina que, aunque nacido en el Palacio de San Carlos cuando su padre don Mariano gobernaba el país, era considerado antioqueño por propios y extraños, y él mismo así se reconocía, lo cual, como dice un historiador, se justificaba «por haber vivido en Antioquia la mayor parte de su existencia tanto él como su padre, y por ser antioqueña su madre y la ascendencia de esa ilustre matrona».

LXIII

OBRAS PÚBLICAS

En enero de 1923 se posesionó como gobernador el doctor Ricardo Jiménez Jaramillo y el 7 de agosto de ese año, fue inaugurada en su parque en Medellín la estatua de Bolívar, para la cual habían contribuido durante muchos años los niños de las escuelas con su óbolo, que era un centavo diario. Era la mesada que les daban en la casa para el «algo» y que ellos, en lugar de gastárselo en «velitas» lo daban para la estatua. Se llamaba «el centavo patriótico».

«La estatua fue fundida por Mascagnani, célebre escultor italiano, según el modelo ideado por Anderlini, el autor de la estatua de Berrio y discípulo de Tenerani, el artista que realizó la estatua de Bolívar para la plaza de este nombre en Bogotá.

«Hicieron el transporte gratuito de la obra la compañía de navegación italiana la Veloce, desde Génova hasta puerto colombiano, la Compañía Antioqueña de Transportes por el río Magdalena y el Ferrocarril de Antioquia. Pero como si esto no fuera bastante, el ciudadano don Carlos Fidel Cano hizo también de manera gratuita el paso de la pesada carga por la cordillera de La Quebra en los vehículos de entonces, y en la misma forma, sin cobrar un centavo, hizo el acarreo de la estación del ferrocarril al lugar donde había de colocarse, el pobre y humilde carrero de Medellín, Lázaro Cardona, cuyo nombre bien debe recordar la historia como ejemplo. (Observación. ¡Bravo, Lazarito!) ¡Ah! Si el mismo Libertador hubiera presenciado todo esto, cómo habría observado con complacencia y gratitud que no 'aró en el mar ni edificó en el viento'».

También por esta época, y en ello participó con su presencia el presidente de la República, tuvo lugar una exposición industrial y agropecuaria de Antioquia, efectuada por la Sociedad de Mejoras Públicas, que tuvo mucho éxito. Se efectuó en los edificios del Hospital de San Vicente, entonces en construcción.

* * *

En noviembre de 1925, estando de gobernador el doctor Jiménez Jaramillo se celebró el quinto cincuentenario de la erección de Medellín en «villa». Y esta celebración no fue cualquier cosita. Pongan atención:

«Hubo exposición de Bellas Artes, inauguración del tranvía al Poblado, fiestas en el Bosque de la Independencia con la colocación de los bustos de don Gabriel Echeverri y de don Gonzalo Escobar; sesión

solemne del Concejo Municipal en el Teatro Junín; sesión solemne de la Academia Antioqueña de Historia, del Centro Jurídico y de la Academia de Medicina; colocación de la primera piedra para el Monumento al Maestro y de una placa de mármol conmemorativa de la primera escuela abierta en Medellín; inauguración del busto a don Tulio Ospina cerca a la que era la Escuela de Minas...» (Comentario: me parece estar viendo el busto de don Tulio frente a la entrada de nuestra querida Escuela, en la plazuelita de Minas, al pie del cual nos sentábamos a repasar las lecciones de Wokittel o de don Antonio Villa. O tēpora, O Moras Hermanos como decía José Luis López). ¿En qué íbamos? En que «en los días 28 y 29 de noviembre hubo carnavales y regocijos públicos». ¡Esas sí eran fiestas!

Ya para terminar su administración firmó el doctor Jiménez Jaramillo con la casa Frasser Brace Ltd., del Canadá, el contrato para la construcción del túnel de La Quiebra, que se dio al servicio 2 años más tarde.

El 6 de mayo de 1926 se le dio comienzo a la Carretera al Mar. El «kilómetro cero» de esta obra quedó en la fracción de Robledo y el primer barretazo lo dio el Arzobispo Caicedo.

Entre los años de 1926 y 1927 se pavimentó el Parque de Berrío y las calles adyacentes; y se quitó la verja de hierro que lo rodeaba, para enviarla a Santa Rosa de Osos.

En noviembre de 1926 fue nombrado por el presidente Abadía el general Pedro José Berrío como gobernador. Era la tercera vez que ejercía este cargo. Le tocó soportar la crisis de 1929.

«Era la crisis económica una de las más agudas y universales de cuantas se han registrado en el mundo y llegó a ser motivo de trascendentales cambios de gobierno en diversos países del mundo».

En julio de ese año se posesionó como gobernador el ingeniero Camilo C. Restrepo, que tuvo que frenar muchas obras a causa de la crisis.

Sobre la Casa de Menores, fundada durante su mandato, decía un doctor Bejarano, bugueño:

«... Antioquia, departamento que en silencio, sin ostentación y sin imitar a nadie, va a la cabeza de la república física, intelectual y moralmente. En Antioquia encuentro algo que orgullosamente se puede exhibir en cualquier parte del mundo como el más bello esfuerzo de un pueblo en pro de la reforma del niño y de la profilaxis del crimen».

(Comentario. No existía en ese tiempo en Antioquia el Cartel de Medellín ni las escuelas de sicarios de los Nachos y otras análogas*. ¡Dichosa edad y tiempos dichosos aquellos...!).

* * *

El 7 de agosto de 1929, siendo gobernador Camilo C. Restrepo se dio paso a los trenes por el túnel de La Quiebra, que en ese tiempo era el más largo que se había construido en el país. Así quedó continuo el

servicio del ferrocarril desde Puerto Berrío hasta Medellín (193 kilómetros) y de Medellín al puente de Jericó, llamado Puente Iglesia (127 kilómetros). Faltaba el trayecto de Puente Iglesia a La Pintada.

Camilo C. inició una intensa campaña para emprender la Carretera al Mar. En una manifestación pública que se llevó a cabo el 26 de octubre de 1929 dijo Camilo C:

«Con Gonzalo Mejía y con Tobón Quintero, con el padre Arteaga y con el padre Máximo, apóstoles de nuestra obra, gritemos 'al mar', 'al mar', sin tregua, con fe en nuestros destinos, y al mar iremos. ¡Vive Dios, que iremos!»

El padre Arteaga y el padre Máximo de San José eran dos carmelitas españoles que habían estado ligados muy activamente a la región de Urabá. Jesús Tobón Quintero, periodista director del Heraldo de Antioquia, fue otro propulsor muy eficaz de la Carretera al Mar.

El 20 de julio de 1930 se retiró de la gobernación el gran Camilo C. y lo reemplazó el doctor Miguel Moreno Jaramillo, sabio jurisperito. En este año de 1930 se efectuó un cambio importante en el gobierno nacional, puesto que el partido conservador, que venía mandando desde hacía 40 años, perdió el poder al fraccionarse entre dos candidatos a la presidencia: Guillermo Valencia y Alfredo Vásquez Cobo. Salió ganancioso el liberal Enrique Olaya Herrera, que en ese tiempo estaba de embajador en Washington.

Olaya nombró como gobernador por segunda vez a Camilo C. Restrepo, quien sólo desempeñó este puesto de agosto a mediados de septiembre de 1930. De ahí en adelante hubo cambio frecuente de gobernadores, que desempeñaban su cargo por poco tiempo: Carlos Cock, Rafael del Corral, Jorge Restrepo Hoyos, Gregorio Mejía, Alberto Ángel, en fin.

En marzo de 1932 se posesionó del puesto el capitán Julián Uribe Gaviria, hijo del general Rafael Uribe Uribe. El país, y en general todo el mundo, estaba en la gran crisis que se había iniciado en los Estados Unidos en octubre de 1929. Al pobre Olaya le tocó, fuera de esta crisis, afrontar la guerra del Perú, que se prendió por el ataque sorpresivo que hicieron los peruanos, gobernados por Luis Miguel Sánchez Cerro, al puerto de Leticia.

Pero yo creo que debemos suspender hoy esta clase, que ya está muy pesada.

* * *

La guerra en el Perú. Estábamos en 1932. En la presidencia mandaba el Mono Olaya y en el Departamento, el capitán Uribe Gaviria. En agosto de ese año se celebraron en Medellín las Olimpiadas Nacionales y la Feria Exposición. Fue entonces cuando nos visitó el presidente Olaya.

En cuanto a la guerra con el Perú, éstas son las palabras del doctor Duque:

«Buena parte de la generación presente fue testigo del movimiento patriótico que hizo levantar al pueblo como un solo hombre al llamado de la Patria. No parecía sino que hasta los niños y los ancianos, además del aporte nobilísimo de la mujer, quisieran ofrendar cuanto podían para aquella invitación sagrada. Y a cumplirla acudieron oficiales y soldados sin discriminación alguna en materia política. De no haberse interpuesto, no sólo la distancia sino la falta de caminos y transporte, amén de la selva impenetrable, las mismas autoridades se hubieran visto impotentes para contener la avalancha de nuestras multitudes».

Trae en seguida el amigo Duque, en su importante obra, una ligera semblanza de un personaje que muchos han oído nombrar pero de cuya vida y méritos muy pocos están enterados. Veámoslo:

«Como un ejemplo entre muchos queremos recordar el caso del aviador Germán Olano, hijo del distinguido y progresista ciudadano don Ricardo Olano, nacido en Medellín, y cuya breve existencia, conforme lo apunta uno de sus biógrafos, fue una epopeya de acción y de generosidad. Era uno de esos jóvenes animados de una continua simpatía, sin afectación ni excitación alguna, ya que no acostumbraba el licor, pero que parecen iluminados por una llama especial del espíritu. A los 18 años y en asocio de su padre instaló en Medellín el primer ascensor en un edificio moderno que sirvió de modelo a muchos otros. (Comentario de Argos. Yo monté en ese ascensor, en el edificio Olano, de 4 pisos, en la esquina nordeste del cruce de la calle de Boyacá con la carrera Bolívar. Era el único que había en Medellín. Cuando empezaba a subir sentía uno como un vientecito frío en el estómago; pero no había que mostrar miedo). A los 22 fundó Germán el Club Campestre; a los 24 creó la Cámara de Comercio Colombo-Americana de Nueva York; a los 27 fue Cónsul General de Colombia en los Estados Unidos; y en la hora de la prueba (la guerra con el Perú) ayudó eficazmente a que Colombia se armara para la defensa de su territorio; y como comprendiera con certera visión que el país no podía contar únicamente con extraños para la defensa aérea, dejando el cargo de cónsul ingresó a una escuela de aviación donde pronto salió graduado como piloto, y después de conquistar varios triunfos vino al país como director e instructor de aviación.

«Se dijo que en los días de la guerra trabajó hasta 18 horas diarias sin mostrar fatiga y sin perder la serenidad ni descansar, sino para sentarse al piano, porque también era artista. Era hábil en muchos deportes, de aspecto distinguido y afable en el trato. Dio a su patria todo cuanto pudo en la hora del conflicto, y ya en la paz, siempre enamorado del aire pagó con su vida el tributo a su ideal.

«En la base aérea oficial que lleva su nombre hay un busto en su honor y a su memoria».

LXIV

GOBERNADORES 1932 - 1952

Íbamos por el año de 1932, cuando la guerra con el Perú. Teníamos de gobernador al capitán Julián Uribe Gaviria. El 9 de mayo de ese año empezó a funcionar el Hospital de San Vicente de Paúl con el mismo personal que venía trabajando en el de San Juan de Dios, que quedaba en seguida de la iglesita de este nombre, en Colombia con Cúcuta. Este último, que había sido el hospital general para Medellín, quedó destinado exclusivamente para los empleados del Ferrocarril de Antioquia. El nuevo hospital, que tenía unas mil camas, había sido construido por el arquitecto antioqueño don Enrique Olarte según planos del arquitecto francés Cavet. «Su iniciativa había tenido lugar desde el 16 de mayo de 1913, durante una junta que presidieron el arzobispo de Medellín, Caicedo y el gobernador, Clodomiro Ramírez. Se nombró presidente de la fundación a don Alejandro Echavarría, que desde entonces fue el alma de la obra. Contiguos a este hospital se levantaron los nuevos edificios de la Facultad de Medicina y Odontología de la Universidad de Antioquia».

Después de Uribe Gaviria quedó como gobernador el ingeniero Juan J. Ángel, de 1934 a agosto de 1935. Fue entonces cuando empezó a funcionar la cédula de ciudadanía.

Después del ingeniero Ángel vino Aurelio Mejía. Durante su mandato tuvo lugar la fundación del Instituto Central Femenino, que relata así don Nicolás Gaviria:

«El Instituto Central Femenino resultó de la fusión del Colegio Central de Señoritas con la Normal Femenina. Otra Escuela Normal Femenina fundó la Curia Arquidiocesana, cuya primera directora fue la señorita María de Jesús Mejía».

Sigue aquí una serie de gobernadores durante cuyo mando no ocurrieron cosas interesantes para chismear en esta historia, así que solamente voy a enumerarlos de corrido sin muchas explicaciones:

Marzo de 1936 a enero 1937, Francisco Cardona Santa;
enero de 1937 a julio de 1937, Jaime Arango Velásquez;
julio de 1937 a agosto de 1938, Alberto Jaramillo Sánchez;
agosto de 1938 a enero de 1939, Eduardo Uribe Botero;
enero a agosto de 1939, Emilio Montoya Gaviria.

El 4 de agosto de 1939 se encargó de nuevo de la gobernación el doctor Aurelio Mejía, quien, «en materia de educación recomendó los Liceos de Bachillerato en las poblaciones y manifestó que por el momento habían sido favorecidos con esta medida los municipios de Abejorral, Andes, Cañasgordas, Rionegro, Urrao y Yolombó, los cuales marchaban bien y habían correspondido con el beneplácito general». La idea inicial de estas creaciones había sido de don Nicolás Gaviria.

* * *

En la charla anterior omití involuntariamente en la lista de gobernadores al querido cantarrano Jesús Echeverri Duque, que le recibió el bastón de mando al amigo Aurelio Mejía el 11 de noviembre de 1935 y lo conservó hasta el 15 de marzo del año siguiente. Nombró como Secretario de Educación a mi querido colega y contertulio del Memúa, el presidenciable Joaquín Vallejo, que en ese entonces era un jovencito recién salido -egresado, como dicen ahora- de la Escuela de Minas.

Teníamos de gobernador, desde principio de agosto de 1939 a Aurelio Mejía, que ejerció su cargo hasta septiembre de 1942, con algunas interrupciones en que fue reemplazado por Pedro María Botero y por Luis Guillermo Echeverri.

Durante su gobernación empezó a funcionar una ciudad universitaria en la fracción de Robledo, que comprendía la Escuela de Minas, el Instituto Pascual Bravo y el Liceo Antioqueño.

Siguen después varias gobernaciones durante las cuales hubo poco chisme interesante que contar:

de septiembre de 1942 a abril de 1944, Pedro Claver Aguirre (el papá del desterrado Alberto*);

de abril de 1944 a marzo de 1945, otra vez Alberto Jaramillo Sánchez;

de marzo a junio de 1945, Alfonso Orozco;

de junio de 1945 a agosto de 1946, Germán Medina. Durante su gobernación se adelantó el montaje de la central hidroeléctrica de Río Grande, siendo alcalde el ingeniero civil Raúl Zapata.

El 7 de agosto de 1946 subió a la presidencia de la República el medellinense Mariano Ospina Pérez por haberse dividido el partido liberal en dos fracciones: una partidaria de Gaitán y otra de Gabriel Turbay. Ospina nombró como gobernador de Antioquia a su compañero José María Bernal -Chepe Metralla para sus amigos-.

El presidente Ospina había nacido en Medellín en 1891. Hizo sus estudios de bachillerato en el Colegio de San Ignacio y los profesionales en la Escuela de Minas, que dirigía su padre, don Tulio. A los 20 años se graduó y siguió a continuar sus estudios en el exterior.

Durante su presidencia, «el día 9 de abril de 1948 estalló en Bogotá el terrible movimiento de protesta y subversión del orden público tras el asesinato inesperado del entonces jefe único del liberalismo, doctor Jorge Eliécer Gaitán, en pleno centro de Bogotá. El doctor Ospina y su señora esposa, doña Berta Hernández, demostraron en forma innegable, como lo han reconocido propios y extraños, un valor heroico ante el peligro inmediato de las turbas amenazantes, que los pone muy en alto. Ante ese peligro exclamó el presidente Ospina: 'Para la democracia en Colombia vale más un presidente muerto que un presidente fugitivo'».

* * *

El 9 de abril formó el presidente Ospina Pérez un gabinete de unión con el partido liberal.

En esta administración se crearon, entre otras cosas, los Seguros Sociales y la Empresa Siderúrgica de Paz de Río.

Desde noviembre del 47 era gobernador el ingeniero envigadeño Antonio J. Uribe. Dice el historiador: «Aunque había presentado su renuncia desde antes de abril de 1948, ya que por su carácter era bastante alejado de los menesteres políticos, tuvo, sin embargo, la poca suerte de no ser reemplazado tan pronto como lo quería y alcanzó que sobre él se desatara el fatídico 9 de abril. Con la inmediata rapidez con que fueron tomadas las radiodifusoras comenzó a oírse en Antioquia lo que era transmitido a todo lo largo y ancho de la república, con todos sus detalles. Por lo que al departamento de Antioquia se refiere, justo es reconocer que la inmensa mayoría no desmintió la tradición de pueblo sereno y responsable». (Esto fue escrito antes de que se establecieran entre nosotros el Cartel de Medellín y las malhadadas escuelas de sicarios de los Nachos y los Priscos, sin contar con la multitud que nos abruma de mafiosos y narcotraficantes paisas).

Pero siempre hubo sus peloterías en varias poblaciones, como lo relacionó el próximo gobernador, Dionisio Arango Ferrer en su mensaje a la Asamblea. Por lo que hace a acontecimientos ocurridos el 9 de abril en Medellín, es de anotarse el incendio y saqueo de La Defensa y el intento de ataque a El Colombiano, que se frustró por la seguridad que le prestó su edificio. Parte de la multitud se adueñó del edificio del Palacio Municipal y en algunos municipios las autoridades fueron sustituidas por juntas revolucionarias.

El 10 de abril fue nombrado como gobernador Dionisio Arango Ferrer, médico abejorraleño, que manejó el Departamento con mano demasiado firme. Durante su mandato se inició la construcción del oleoducto de Puerto Berrio a Medellín, y para dentro de pocos meses estaba calculada la terminación de la carretera de Medellín a Cartagena.

El doctor Arango Ferrer gobernó hasta el 4 de diciembre de 1948.

* * *

El 4 de diciembre de 1948 se posesionó como gobernador nuestro querido compañero y director de El Colombiano Fernando Gómez Martínez. Éste había nacido en Santa Fe de Antioquia en 1897 y obtenido su título de abogado en la Universidad de Antioquia. Fue también alcalde de Medellín y Ministro ante los Reyes de Holanda, en cuya corte dio sus primeros pasos su encantadora hijita Ana Mercedes. Como diría León de Greiff:

¿El año? Yo no lo sé...

Sí lo sé, mas no lo digo.

Bueno. Como decían las viejas, pongámosle fundamento a esto.

En julio de 1949 le entregó el doctor Gómez Martínez la vara de mando al doctor, también abogado, Alfonso Restrepo Moreno, hermano de Noel. Pocas cosas hay de contar en su gobernación, que duró hasta octubre de 1949, cuando le entregó al también abogado Eduardo Berrío González, hijo del general Pedro José y nieto de la estatua del parque, como acostumbraba decirle el querido médico Emilio Jaramillo, el de El Diario.

Tampoco hay mucho que contar de esta gobernación ni en la que le siguió desde el 21 de agosto de 1950, la del médico Braulio Henao Mejía. La situación de violencia se había extendido por casi todo el país desde el 9 de abril del 48, fecha del asesinato de Gaitán. En su informe de agosto de 1951, según el historiador, «deja constancia de crímenes 'horripilantes' cometidos en Antioquia como en el resto del país, y ponía de presente que su gobierno, en persecución contra las cuadrillas de vándalos había despachado en el curso de un año 363 comisiones de orden público».

Así que esta situación de violencia no es de hoy.

Como gobernador interino reemplazó al doctor Braulio Henao el abogado Julián Uribe Cadavid, suegro de Guillermo Henao, que desempeñó este cargo del 15 de diciembre de 1951 a finales de julio de 1952. En esta fecha volvió a encargarse del mando el doctor Dionisio Arango Ferrer. Éste le tuvo que hacer entrega del puesto al coronel Piofijo Requito -digo Pioquinto Rengifo- a causa del golpe de Rojas Pinilla.

De Rengifo dice nuestro historiador Francisco Duque:

«El coronel Rengifo fue recibido con las naturales reservas, no por ser de fuera de Antioquia su nacimiento -del Tolima- sino porque no se le conocía. Pasado un corto tiempo en el ejercicio del mando, el pueblo antioqueño, con esa rápida percepción que tiene para juzgar a los hombres, empezó por darle un buen crédito de confianza y simpatía, que cada vez se hizo mayor, cuando pudo notar que se interesaba por su suerte como el mejor de sus hijos, y tal hecho se hizo patente en manifestaciones posteriores, prueba que destruye la farsa de que el pueblo de Antioquia sea hostil para los que no sean de su propio suelo».

Rectificación

A mediados de febrero recibí una amable e importante carta de mi querida amiga Angela Góez de Gaviria, que paso a transcribir parcialmente:

«Apreciado Argos:

«Por medio de la presente me permito hacerle una pequeña rectificación al capítulo de la Historia de Antioquia que publicó el domingo 5 de febrero.

«En la parte pertinente al comienzo de los trabajos de la Carretera al Mar, dice: 'el 6 de mayo de 1926 se dio comienzo a la Carretera al Mar', y no es así. Recuerde que ellos empezaron después de la muerte de Monseñor Arteaga, que ocurrió en Frontino el 18 de mayo de 1926, y sólo el 1° de junio se inició esa construcción, lo cual puede confirmarlo con la fotocopia del programa elaborado en Medellín para los actos que tuvieron lugar en dicha fecha, tan gloriosa para Antioquia y sin embargo tan olvidada.

«Hace muchos años leí ese error en la Historia de Antioquia del doctor Francisco Duque Betancur, error que no ha sido rectificado. El Colombiano del 6 de mayo de 1981 mencionó el histórico golpe de barra, pero con el mismo error.

«Una fecha tan importante para Antioquia no puede echarse al olvido ni cambiarse por otra. Le agradezco que saque en claro la verdad».

Respuesta:

Querida doña Angelita: Te agradezco infinito la anterior rectificación, que voy a acompañar de unos apartes de ese programa, emitido el 28 de mayo de 1928.

«... la inauguración de los trabajos de construcción tendrá lugar en la fracción de Robledo el martes 1° de junio, a las 9 a.m.

«1° Los vehículos, automóviles y carros del tranvía partirán de la Plaza de Berrío a las 8 y 45.

«Se suplica al Señor Director de Instrucción pública que conceda a los establecimientos de educación medio día de vacaciones para que puedan asistir a este acto patriótico».

A nosotros, los de tercero elemental con el Hermano Andrés, del colegio de San José, nos dieron libre y por eso no asistí a este acto patriótico. Pero sí me acuerdo de él. Para que vean que no soy tan muchacho como dicen.

LXV

LA CARRETERA AL MAR

Íbamos en que el general Pioquinto Rengifo, que había sido recibido con cierto recelo por ser desconocido, fue causando buena impresión en Antioquia por su modo de proceder equitativo y progresista. Y fue considerada como muy eficiente su gobernación, a pesar de que, como dice el amigo Duque, «se consideraba muy alta la criminalidad en Antioquia por la frecuencia de delitos consistentes en homicidios, lesiones personales, hurtos y otros varios. Juzgaba el general Rengifo como causa de esto la impunidad, las pasiones políticas y la falta de instrucción en profesiones y oficios prácticos, lo que hacía difícil la lucha por la vida. Se había eliminado la policía municipal y se organizó en cambio la División Antioquia de la Policía Nacional».

De suerte que el deterioro de esta que llaman equivocadamente «raza» antioqueña viene de muy atrás. Y ahora estamos a disposición de los sicarios. ¡Bendito sea mi Dios!

Durante esta gobernación se celebró el centenario del nacimiento de Marco Fidel Suárez, en 1955. Fabricato obsequió su estatua en bronce y le hizo colocar una vidriera de protección al rancho donde nació.

El 27 de enero de 1955 se inauguró la carretera al mar. Cuenta Duque que toda ella discurría «por territorio antioqueño y que el presidente de la República, Gustavo Rojas Pinilla, viajó hasta Turbo para celebrar la inauguración como un acontecimiento nacional. Desde 1953 algunos turistas habían hecho el viaje en carros camperos desde Medellín. Fueron éstos quizá los primeros en hacer el recorrido en vehículos de

motor. Estaba funcionando ya en el puerto un buen hotel de turismo. El costo de la carretera había sido aproximadamente 27 millones de pesos». (Observación mía: con eso no compra hoy uno de esos camperos).

«De esta manera Antioquia, a través de miles de vicisitudes y luchando con una naturaleza hostil y bravía, por lo que el expresidente Carlos E. Restrepo llegó a llamarla carretera mitológica, Antioquia triunfó de todos los obstáculos».

Al general Pioquinto Rengifo lo sucedió el también general Gustavo Sierra Ochoa, girardoteño, que venía de ser gobernador de Caldas, que se posesionó en octubre de 1956 y que murió en un misterioso accidente de aviación, en los Llanos Orientales, en enero de 1957. Estuvo 3 meses larguitos en la gobernación, y era uno de los más importantes elementos de las Fuerzas Armadas.

* * *

A la muerte de Sierra Ochoa recibió la gobernación por 15 días el mayor Antonio Mesa, que se la entregó al coronel Gustavo Quintero Santofimio el 8 de febrero de 1957; pero a éste le tocó el 10 de mayo de ese año, cuando fue derrocado mi general Rojas Pinilla, y entonces, como dice Duque: «el coronel gobernante no supo dirigir o interpretar la multitudinaria manifestación que tuvo lugar al recibirse la noticia, y desde su encierro en el edificio de la gobernación no logró sortear la situación de la que lamentablemente resultaron varios muertos y heridos, lo que no ha sido frecuente en Medellín en casos similares, ni aun el 9 de abril. Esta situación quizá habría sido peor de no haber tomado algunas personas sobresalientes la iniciativa para dirigirse adecuadamente a la ciudadanía y para anunciar poco después, por la radio, la próxima llegada del nuevo gobernador, el apreciado general Pioquinto Rengifo. Éste llegó a Medellín el mismo 10 de mayo a la caída de Rojas Pinilla y su reemplazo por una junta militar de cinco oficiales de las Fuerzas Armadas. El mismo 10 de mayo de 1957 tomó posesión de la gobernación en Bogotá y vino a Medellín en seguida y entró al palacio de la gobernación a las 7 y cuarto de la noche».

Gobernó Rengifo hasta el 13 de enero de 1958 cuando fue trasladado a Bogotá nombrado para un ministerio de la Junta Militar.

Después de Pioquinto estuvieron en ese cargo Rafael Restrepo Maya, por unos días. Después Darío Múnera Arango, de febrero a agosto del año 58. Luego vino Darío Mejía Medina, de agosto de 1958 a abril de 1959. Nada interesante para los amigos lectores ocurrió durante estos mandatos, así que pasémoslos por alto.

El 18 de abril de 1959 se posesionó como gobernador, ya por tercera vez, Alberto Jaramillo Sánchez, siendo presidente de la República Alberto Lleras Camargo, que había prometido devolver a los

departamentos la facultad de adjudicar baldíos en pequeñas parcelas. La centralización de este servicio había creado muchas injusticias porque infinidad de solicitudes dormían en el Ministerio de Agricultura y solamente los que podían viajar a Bogotá podían obtener algunas adjudicaciones. Una aspiración del gobernador Jaramillo Sánchez era la de «poner el servicio público al servicio de todo el público», para lo cual debía hacerse cada vez más real la descentralización, en busca de la cual emprendió una intensa campaña el gobernador. El domingo veremos cómo avanzó en este camino.

* * *

En tiempos de la tercera gobernación de Jaramillo Sánchez llevaron a cabo unos expedicionarios muy «alentados» una travesía del «Tapón del Darién», que es mejor que nos la cuente el doctor Duque:

«A propósito de la ruta Panamericana en su proyectado paso de carretera por el Tapón del Darién, que ha sido considerado por muchos como algo impracticable, hubo en el año de 1960 una hazaña optimista y afirmativa cuando dos canadienses, los señores Richard E. Bevir y Terry Whitfield tuvieron la idea de hacer por tierra el recorrido en dos carros un tanto acondicionados para el efecto, y acompañados desde Panamá por el estadounidense Otis Imboden y el historiador panameño Amado Araúz con su esposa y una cuadrilla de macheteros guías, suministrados por el subcomité del Darién, que es un grupo internacional de ingenieros de Panamá, Colombia y Estados Unidos que estudia la ruta para la carretera que habrá de construirse.

«Éstos salieron de Panamá el 3 de febrero de 1960 por la única carretera de entonces, hasta Chepo, donde terminaba la llamada carretera panamericana del Norte y de allí siguieron por trochas en la selva, por donde alcanzaban a recorrer entre 3 y 5 kilómetros por día y por sitios donde ni siquiera parece que hubiera una mala abertura, ya que ni aun pudieron en veces distinguir el cielo, por cuanto en esa dirección las copas de los árboles se interponían como un techo cerrado, y el mismo rayo del sol no alcanzaba a pasar la frondosa vegetación.

«El 13 de mayo (ya llevaban 3 meses y 10 días) cruzaron la frontera entre Panamá y Colombia, donde un sencillo monumento de hormigón es lo único artificial que muestra la línea divisoria en un desmonte de 20 hectáreas. Siguieron luego por el Atrato, y el 17 de junio (a los 4 meses y medio de haber salido) terminó esta odisea de lucha con la selva al llegar los expedicionarios a la ciudad de Quibdó, donde por entonces empezaba la carretera panamericana del Sur, y llegaron con sus carros todavía en servicio, después de haber sufrido las personas y los vehículos todas las inclemencias e impactos de la selva virgen y bravía».

Llegamos tan rendidos que vamos a suspender esto por hoy.

LXVI

ULTIMA

Queridos y pacientes lectores:

Vamos a dar por acabado este deshilvanado bla-bla-bla sobre la historia de nuestra querida tierra, en vista de que ya llegamos a una época muy contemporánea de la cual ustedes han sido testigos, y, según dicen, a la Historia hay que dejarla curar, como el vino.

Dejamos de gobernador, el domingo anterior, al amigo Jaramillo Sánchez, que le entregó el bastón de mando al amigo José Roberto Vásquez el 1° de julio de 1960. Este amigo José Roberto, abogado yarumaleño, había sido el proponente de varias importantes leyes como la que estableció el auxilio de la cesantía y las vacaciones remuneradas.

Después del doctor Vásquez vino mi amigo el médico Ignacio Vélez Escobar, que gobernó de enero a noviembre de 1961. En seguida tomó el mando el doctor Jorge Ortiz Rodríguez, que el 11 de septiembre de 1962 le pasó la gobernación al doctor Fernando Gómez Martínez, que llegó a ella por segunda vez. A él le correspondió hacerle a la nación la entrega del Ferrocarril de Antioquia, el 8 de diciembre de 1962.

Hasta aquí llegamos. El recopilador de estos apuntes se va a tomar unos pocos días de vacaciones donde sus nietas, en Cali y en San Andrés, por lo cual sus habituales columnas en este diario dejarán de aparecer en estas dos semanas. A su regreso volverá a estar al servicio de ustedes con su Preguntario y su Sanalejo.

¡Chao!

PIE DE PAGINAS

- Tirofijo. Manuel Marulanda Vélez, alias Tirofijo. Conocido comandante guerrillero de las FARC. De sus acciones se han tejido numerosas leyendas desde la década de los 50.

- Otto Morales Benítez. (Riosucio 1920) Abogado, sociólogo, historiador y político. Prolífico crítico y ensayista. Miembro de la Academia Colombiana de la Lengua y de la Academia Antioqueña de Historia.
- Contadora. Isla ubicada en el archipiélago de Las Perlas en el Mar Caribe (Panamá). El Grupo de Contadora (México, Panamá, Colombia y Venezuela) se conformó, en la década de los ochenta, para dirimir conflictos en países de América Central.
-
- Belisario Betancur Cuartas (Amagá 1923). Presidente de la República entre 1982 y 1986. Durante su gobierno ocurrió la toma del Palacio de Justicia y la erupción del Nevado del Ruiz. También durante su administración se promovieron los diálogos de paz con la guerrilla.
- Bernardo Guerra Serna dirigente político del liberalismo en Antioquia. Fue Gobernador del Departamento entre el 25 de agosto y el 17 de octubre de 1986.
-
- Raúl Tamayo Gaviria. (Sopetrán). Abogado, periodista, colaborador del periódico El Colombiano con su columna «Jus Gentium». Autor de Parábolas con Aguijones.
-
- Fernando Gómez Martínez (Santafé de Antioquia 1897 - Medellín 1985). En 1930 y en asocio con Julio César Hernández adquirió el periódico El Colombiano cfr. p. 325 del que fue Director. Abogado, Diplomático y Gobernador de Antioquia en dos periodos.
-
- Escuela Miranda. Entidad oficial ubicada en Juan del Corral con Miranda. En sus primeros años funcionó como escuela para niños. En ella enseñó el maestro Camilo García, integrante de El Dueto de Antaño.
-
- Alfredo Vásquez Carrizosa. (1919). Político, parlamentario y diplomático. Especialista en derecho constitucional y derechos humanos.
-
- Pablo Peláez. Alcalde del Municipio de Medellín entre 1984 y 1986. Fue asesinado en 1988.
-
- Cfr. p.
-
-

- Represa Nare. Traslado de El Peñol. Durante 1978 y 1979 se produjo el traslado de la población a una nueva cabecera municipal, para posibilitar la construcción de la Hidroeléctrica del Río Nare. El embalse de El Peñol tiene 6.365 hectáreas, con una capacidad de 1.240 millones de Mts³ de agua que abastecen la Hidroeléctrica de Guatapé.
-
-
- Luis Fernando Solórzano Sánchez. (Heliconia 1947). Autor de varios libros sobre folclor, refranes, costumbres y mitos. Entre otros: Estampas de mi pueblo, Los espantos de Guaca, etc.
-
-
- Julio Mario Santodomingo: presidente de uno de los grupos económicos de mayor poder en el país. Las entidades que el autor menciona forman parte del emporio que lidera («Avianca, Bavaria y otras»)
-
-
- Coltejer. Compañía Colombiana de Tejidos S.A. Fundada en 1907 por don Alejandro Echavarría Isaza.
-
-
- Baltasar Botero. Locutor vinculado al medio radial Caracol (Cadena Radial Colombiana). Fundada en 1948.
-
-
- Hernando Agudelo Villa. (Medellín, 1923). Abogado, catedrático, político, periodista y ensayista. Ha ocupado cargos públicos y con sus textos ha hecho significativos aportes al pensamiento y la historia política del país.

1. Cfr. pp. 302-305

1. Cfr. p. 302.

- Paraninfo. Mediante el decreto 9 de 1822 expedido por el General Francisco de Paula Santander, vice-presidente y José Manuel Restrepo, secretario, se creó el Colegio de Franciscanos de Medellín con sede en la edificación que usara desde 1803 Fray Rafael de la Serna con fines educativos. Allí nació y se desarrolló la actual Universidad de Antioquia. Esta sede originaria se conoce con el nombre de Paraninfo y está ubicada en la Plazuela de San Ignacio.

- Club Memúa. Sigla para identificar el grupo de tertulia que conformaban Argos y el doctor Jorge Franco Vélez para hablar sobre Medicina, Música y Averiguática. Se reunían, según lo cuenta el doctor Franco, casi todos los días de 4 a 6 de la mañana y a sus reuniones asistían eventualmente los doctores Joaquín Vallejo Arbeláez y Jaime Llano Cadavid.
- Nachos, sicarios y bandas. Referencia del autor a las diferentes «bandas» de sicarios que en el momento operaban como «brazo armado» del narcotráfico. Eran igualmente mencionados Los Priscos, Los Calvos, entre otros.
-
-
- Alberto Aguirre. (Medellín). Abogado, editor y periodista. Columnista y ensayista, reconocido por la agudeza de su crítica. Autor de Cuadro, una compilación de sus textos periodísticos; estuvo varios años fuera del país, durante el recrudecimiento de la violencia.